

A romantic couple is shown in a close embrace, kissing. The man is on the left, wearing a white shirt and a dark bow tie. The woman is on the right, wearing a black dress. They are positioned in front of a brick wall. The lighting is soft and focused on the couple, creating a warm and intimate atmosphere.

*Isabella
Marín*

LIBRO 3

INSACIABLE

TÚ ERES MÍA

Insaciable III

Tú eres mía

Isabella Marín

© Isabella Marín, septiembre 2017

Diseño de la portada: Alexia Jorques

Foto:

Primera edición: septiembre 2017

Corregido por Correctivia

“No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

ÍNDICE

Parte 1. Chicos malos, chica... aún peor.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

Parte 2. Black and Blue.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

Parte 3. La verdad es cuestionable.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

Parte 4. Gigantes y monstruos.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

Parte 5. Una comedia de lo más entretenida.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Y las llamas desatadas arrasaron con todo.

Parte 1
Chicos malos, chica... aún peor

*Cualquier hombre puede llegar
a ser feliz con una mujer,
con tal que no la ame.*
(Oscar Wilde)

Capítulo 1

Actualidad, ciudad de Nueva York, Nueva York

Robert

Anoche soñé de nuevo con esa fiesta. El encuentro casual, la mirada lanzada furtivamente, mis ojos reteniendo los suyos unos segundos más de la cuenta... ¿Es posible que un solo instante altere el curso de toda una vida? ¿Acaso una mirada es suficiente para echar abajo todos los límites y, así, desatar una pasión incontenible, avasalladora, del todo *insaciable*; una pasión lo bastante peligrosa y oscura como para reducir a pedazos los cimientos de una existencia que, a ojos ajenos, podría resultar tranquila? Oh, claro que lo es. Nada en el mundo resulta más sencillo que enamorarse. Ni más devastador.

¿Perder el control? Fue bastante fácil de conseguir. No supuso ningún esfuerzo, para ninguno de los dos, supongo. Como he dicho, bastó una maldita mirada intercambiada en una fiesta cualquiera. Nada más.

Desde que regresé a casa, pienso en ello más que nunca. En mis sueños, aún me atormenta el momento en el que la vi por primera vez. Y pese a todo el dolor que me produce recordarlo, me siento tan seducido que lo revivo cada noche. Cierro los ojos, me sumerjo en la nada y dejo que mi mirada vuelva a atrapar la suya. Sus labios se curvan en esa tímida sonrisa que tan seductora me pareció entonces, y, de nuevo, todo lo que nos rodea se desdibuja dentro de mi mente. No hay tiempo. No hay espacio. Solo estamos ella y yo, mirándonos fijamente, mientras el mundo entero se apaga en derredor nuestro. Creo que a ninguno de los dos nos preocupaba el mundo en ese momento.

Yo ya no soy el mismo hombre desde que ella se marchó, y lo noto. Esta insana obsesión me está pasando factura. Incluso mientras mantengo una conversación con alguien, de repente me quedo perdido, mi cara cubierta por una máscara rígida y helada. Nadie puede ver mis pensamientos, de modo que jamás

sospecharían que, mientras finjo escucharles, me distraigo con el recuerdo de su hermoso rostro. O que pienso en su manera de estudiarme por debajo de esas largas pestañas que tanto ensombrecían su mirada. O que casi puedo oler de nuevo el aroma a miel que desprendía su cabello. Todos tenemos nuestros demonios, ¿verdad? El mío se llama Adeline.

La verdad es que me enamoré de ella en cuanto la vi. Fue mía, aunque nunca sentí que la poseyera del todo. No se puede poseer a alguien cuyo espíritu es tan rebelde; alguien cuyo mayor anhelo es la libertad. Supongo que lo supe desde el principio. Sabía que aún quedaban partes de Adeline, oscuros escondites de su alma, a las que no se me permitía acceder. Eso me sacaba de quicio, porque las necesitaba con absoluta desesperación, al igual que necesitaba ella poseerme a mí por completo. Éramos dos *yonkis* enganchados al veneno más adictivo del mundo: el amor.

El deseo que surgió entre nosotros dos se volvió demasiado intenso, demasiado hambriento. Demasiado devastador, incluso. Una vida aparentemente apacible puede ser destruida en un solo instante. Así de fácil resulta.

Lo recuerdo. Lo recuerdo todo. Un cuerpo chocando contra el otro. Mis labios estrellándose, ardiendo contra los suyos.

Una advertencia: «*Estás jugando con fuego*».

Su respuesta: «*Déjame arder*».

Lo recuerdo, pero ojalá no lo hiciera. Ojalá pudiera olvidarme de todo, pasar página y seguir adelante.

«*Amor mío, jamás pensé que lo nuestro fuera a acabar así*».

Sintiéndome como si el grisáceo cielo estuviese a punto de derramarse por encima de mí, hundo las manos en los bolsillos de mi pantalón y, con la cabeza gacha, me abro paso a través de un grupo de turistas que se han detenido en la acera para sacar una bonita foto con el panorama de Manhattan detrás. Les lanzo una mirada mortecina al pasar por delante de ellos.

Un niño pecoso, todo vestido de marinero, me sonrío travieso. Acaba de lanzar un chicle al suelo, y una señora mayor, cuyo rostro se mantiene oculto por un enorme y ridículo sombrero amarillo, lo ha pisado con la punta de su zapato azul, lo cual complace al pequeño gamberro, a juzgar por el gesto cómplice que me dedica al darse cuenta de que lo he visto todo. Ojalá pudiera sonreírle yo a él, y convertirme así en un pletórico partícipe de sus travesuras. Pero no tengo tantas energías. ¿Cómo iba a conseguirlo, cuando tengo la sensación de que todo lo que me rodea luce desolador hoy? Incluso el entusiasmo de la gente me parece plomizo. ¿Acaso no resultan demasiado borrosas sus sonrisas?

—Cariño, sonrío —atrae mi atención la voz de un hombre.

Lo miro solo por un segundo. Después, aparto la mirada. Ni siquiera me quedo para ver si ella obedece. Ni siquiera me importa. Les vuelvo la espalda, a todos ellos, al niño gamberro, a la pareja de enamorados, a la señora del sombrero a punto de volársele, y sigo con mi caminata, en sentido contrario a las poderosas ráfagas de viento otoñal que me golpean en toda la cara, dificultándome un poco el paso. Las hojas de los árboles, muertas a estas alturas del año, me envuelven como un torbellino, pero yo no contemplo su belleza. Hay otras ideas ocupando espacio dentro de mi mente.

Lo nuestro empezó en un día de otoño como este. No puedo arrancarme de la cabeza su imagen, esa primera vez que la vi. Estábamos en una fiesta, y ella entró por la puerta colgando del brazo de un gilipollas con mocasines. La miré toda la noche, la seguí con la mirada allá adonde iba, sonreí cada vez que ella fingía una sonrisa. No podía dejar de observarla. Estaba claro que no se encontraba cómoda en ese lugar. Eso era algo que teníamos en común, pues yo me sentía igual de asfixiado.

Al cabo de un rato, debió de notar algo, porque levantó la cabeza y clavó sus ojos en los míos. Así es cómo empezó todo esto, con una mirada intercambiada furtivamente. Ahora tengo la sensación de que nos separa todo un abismo de años. ¿De verdad la conocí? ¿De verdad la amé? ¿Me amó ella a mí? ¡Dioses! ¡Ojalá lo supiera!

—¡Robert!

Interrumpidos mis pensamientos, me detengo y giro en redondo. Catherine Collins, ahora Black, me sonrío cuando nuestros ojos se encuentran.

—¿Adónde ibas con tantas prisas? —se asombra, con esa encantadora sonrisa, tan típica en Catherine.

Permanezco ausente, mirando cómo se abre camino entre los charcos. No sé qué contestar a eso. ¿Adónde iba? A ninguna parte, supongo.

—Solo estaba... dando una vuelta. No sé. Por aquí...

Se me acerca y planta un fugaz beso en mi mejilla. Lleva un abrigo color mostaza. Una cinta a juego se ocupa de retirarle los oscuros bucles de la cara. Parece sentirse molesta por esta ventisca, sobre todo por el hecho de que las puntas del cabello se le peguen constantemente a los labios, dibujando rayas de intenso rojo a lo largo de sus dos mejillas.

—¿Dando una vuelta? ¿Con el tiempo que hace? Dios mío, vas a salir volando.

Me obligo a componer algo similar a una sonrisa, un gesto forzado que no

alcanza mis ojos.

—Soy un chico fuerte.

—Eso no te lo discuto. —Catherine se agarra a mi brazo y juntos empezamos a encaminar nuestros pasos hacia una de las entradas del Central Park. La última vez que estuvimos aquí, yo estaba enamorado de ella—. ¿Cómo lo llevas?

—¿Cómo lo llevo? Muy bien. ¿Y tú?

Soy bastante convincente, aunque no lo suficiente como para engañar a Catherine.

—A mí me puedes decir la verdad. Te conozco, Robert. No estás bien. ¿Y cómo diablos ibas a estarlo, con todo lo que está pasando?

Caminamos callados unos cuantos metros, hasta que me decido a admitir la verdad.

—Dime, Catherine, ¿has sentido alguna vez que todo tu mundo se está tambaleando? ¿Que cuando por fin levantabas cabeza, sucede algo que hace que te vengas abajo de nuevo?

Catherine hace un gesto afirmativo.

—Sabes que sí —susurra, con la expresión de su rostro de pronto alterada; más vulnerable que nunca.

Mis parpados empiezan a entrecerrarse despacio. Claro que lo sé. Qué capullo. A veces creo que soy el único que lo ha pasado mal, y me equivoco. Catherine también conoce el sufrimiento. Y la incertidumbre. Sabe lo que significa que te quiten lo que más amas. Aunque ella, a diferencia de mí, lo recuperó. No es comparable. Aun así, me veo obligado a pedir disculpas.

—Lo siento. He sido insensible.

—No importa. Ha pasado mucho tiempo. Y todo salió bien. Pero no hablemos del pasado, porque aún me afecta. Háblame mejor de ella. ¿Cómo está?

—Angustiosamente congelada.

—¿Lo superará?

—Es más fuerte de lo que piensa.

—Eso creo yo también. ¿Hay esperanza?

—Habría que buscarla.

Los ojos de Catherine, de un intenso verde esmeralda, se alzan hacia los míos. Supongo que ha advertido la derrota que impregna mi voz.

—¿Y vas a hacerlo, Robert?

Bajo la mirada al suelo y agito la cabeza con tristeza.

—Me temo que no.

—¿Por qué no?

—Ella no me quiere ahí, Catherine.

—Ella no sabe lo que quiere.

—Puede que no, pero sabe que no me quiere *a mí*.

—Tonterías. Recuerdo cómo te miraba. Cuando tú entrabas en una habitación, ella se quedaba mirándote como si fuera incapaz de ver nada más allá. Esa clase de amor no se apaga tan pronto.

—No lo sé... Han pasado meses. Se ha casado con otro hombre. Las cosas cambian.

—Los grandes amores como el vuestro, nunca lo hacen —repite ella.

No digo nada. Me limito a pasear a su lado. Nos adelantan dos niños que persiguen una cometa de papel. Detrás de ellos, jadea un perro arrastrado de la correa por un dueño demasiado ensimismado por su móvil como para disfrutar del paseo. Me aparto para dejar pasar a una anciana que camina deprisa, zarandeando a un pobre niño cuyo helado de cucurucho se le ha escurrido encima de la ropa.

—¿Y ahora cómo vas a ir con esa camiseta al cumpleaños de tu padre? —es todo cuanto consigo escuchar, antes de que se alejen por la avenida.

Es como si hoy no pudiera concentrarme durante demasiado tiempo en nada de lo que me rodea. Mis ojos se elevan ausentes hacia el sendero blanco que acaba de dejar un avión al pasar por encima de nuestras cabezas. Con un suspiro fatigado, bajo la mirada y me fijo en las hojas de otoño que flotan en la atmósfera, casi al son de esa guitarra que se lamenta desde algún punto lejano de Central Park. Es una tarde tranquila, casi tan apacible como lo era mi vida antes de esa maldita fiesta.

Catherine dice algo, pero yo no me sumo a su conversación. Un extraño pensamiento se abre camino en mi mente, y yo solo puedo centrar mi atención en esa idea. Me doy cuenta de que me siento diferente con cada segundo que transcurre. Ya no soy el Robert que era hace un minuto, cuando paseaba con las manos en los bolsillos, meditabundo y empujado hacia atrás por rachas de áspero viento. Ahora he cambiado. Inevitablemente, el tiempo lo altera todo. Ahora me siento un minuto más viejo. Un minuto más gélido. Un minuto más solo.

—¿La echas de menos? —escucho de pronto la voz de Catherine.

Trago saliva. ¿Echarla de menos? Esas palabras son demasiado pobres como para abarcar la tempestad de sentimientos que se ha desatado en mi interior desde que volví a Nueva York.

—Todos los días de mi vida —confieso al cabo de una larga pausa.

—Entonces, ¿por qué no la recuperas, Robert?

—Ella no quiere ser recuperada.

—¿Se lo has preguntado?

—¡Está acusada de la muerte de su marido! —alzo el tono, lanzándole una mirada chispeante—. ¡Por el amor de Dios, Catherine! Tiene cosas más importantes en las que pensar.

Nos cruzamos con una pareja de corredores que van en dirección contraria. Al verlos, Catherine y yo guardamos silencio.

—¿Crees que lo hizo? —me susurra al oído, con toda la confidencialidad que requiere un asunto de tal delicadeza. Cuando se es famoso, hay que tener cuidado con las conversaciones que se tienen. Uno nunca puede saber en qué arbusto hay una cámara o un micrófono apuntándote.

—No, no lo hizo.

Mi respuesta es firme. Sencilla. No. Ella no apretó ese gatillo. Me da igual lo que desvelen las pruebas. Sé que no lo hizo. ¡Que se jodan la lógica y la ciencia! ¿Qué sabrán ellas sobre mi Adeline?

—En tal caso, si es inocente, todo va a salir bien.

Mi suspiro pone en evidente duda la afirmación de Catherine. ¿Acaso ella no sabe que hace mucho que las cosas no salen bien para Adeline y para mí? Parece que no.

—Supongo que sí. Todo se arreglará por sí solo —miento, con una sonrisa tranquilizadora.

Catherine bufa.

—Ya, claro. Espera sentado a que pase eso. ¿Y Monique?

—¿Qué pasa con Monique?

Catherine hace una pausa, como si intentara decidir algo.

—Compraste el anillo, ¿verdad? —susurra por fin, aun dubitativa.

Bajo los ojos hacia ella.

—¿Cómo diablos lo sabes?

Se encoge de hombros.

—Me lo dijo tu hermano.

—¿Por qué será que no me sorprende? Es incapaz de guardar un secreto.

Mi consternación le arranca una risa.

—Vamos, Black, no te pongas tan quisquilloso. En un matrimonio no hay secretos. Ya lo sabes.

—No podría decirlo. Nunca he estado casado. Y no precisamente por no haberlo intentado.

Catherine se torna seria.

—¿Cuándo piensas declararte?

—Iba a hacerlo este sábado. Supongo que ha llegado la hora de pasar página y asentar la cabeza. Formar una familia y todo eso.

—¿Pero...? ¿Estás confuso?

No consigo reprimir una risa desganada. Ojalá fuera *solo* confusión.

—Yo ya no sé nada, preciosa. Creía saberlo todo; saber quién era la mujer con quien iba a pasar el resto de mi vida, pero estaba muy equivocado, porque ella nunca tuvo intención de pasar el resto de su vida conmigo. Así que ahora... ya no sé nada. Bendita ignorancia. Me limito a vivir el día a día y nada más. No me cuestiono cosas. No reflexiono. Solo... sobrevivo. Día, tras día, tras día...

«*Como un jodido ratón atrapado en un jodido círculo*». Tal y como ella dijo.

La mano de Catherine se mueve por mi antebrazo hasta colocarse encima de la mía.

—Casarte con alguien a quien no amas no es la solución, Robert. Créeme. Intenté hacerlo, y mira cómo me salió.

—¿Y cuál es la solución, Catherine? —repongo con parsimonia.

—Luchar por lo que amas y conseguirlo de vuelta.

¡Como si fuera tan simple! ¿Acaso piensa que no lo he intentado? Lo hice durante meses enteros, pero fue en vano. Ella se negó a escucharme. Como siempre, Adeline se mantuvo indiferente a mi dolor.

—Amo a Monique —aseguro a través de los dientes apretados, aunque soy consciente de que intento convencerme a mí mismo y no a Catherine.

—Puede que le tengas cierto cariño. Pero jamás te importará como te importa Adeline.

—Obviamente.

—Ahí lo tienes.

—Pero ella no me ama a mí, así que la verdad es que da igual todo.

—¿Qué te hace pensar que ella no te ama?

—Bueno, para empezar, que me dejó. Creo que ese acontecimiento ahuyentó todas las dudas respecto a sus sentimientos hacia mi persona.

Catherine echa la cabeza hacia atrás y suelta tal risa que le lanzo una mirada fulminante. ¿Mi desgracia la divierte?

—¿Por qué te estás riendo?

—Porque los Black sois muy cortos de entender.

—No te sigo.

—Justo lo que decía... —se mofa.

—¿Quieres explicarte de una santa vez?

—No te pongas nervioso, y no me grites.

—¡Yo no grito!

—¡Y un cuerno!

—¡Catherine! —ladro otra vez, sin poder controlarme.

—¿Robert? —repone con tranquilidad.

Emito un gruñido gutural y frunzo el ceño con manifiesto enfado.

—Mira, ¿sabes qué? Olvídalo —escupo, enfurruñado—. Estoy cansado de las mujeres duras de pelar. En el futuro pienso buscarme a alguien que me diga a todo *sí, cariño*.

—Te aburrirías a los dos segundos. Eres un Black, Rob. Aunque quieras parecer normal, no lo eres. Te pone la adrenalina, admítelo.

—En tal caso, la compraré en la farmacia y me la chutaré en el retrete del trabajo —refunfuño, cada vez más exasperado por el rumbo que ha tomado esta conversación.

Catherine suelta una ruidosa carcajada.

—O puedes ir y recuperar a tu chica. Así no tendrías que pincharte nada.

—¡No me quiere! —bramo, con creciente irritación—. ¿Quieres que te lo diga en chino?

Tras mis últimas palabras, lanzadas en tono acalorado, se instala un silencio absoluto entre nosotros dos. Sin abandonar el aire tenso, giramos por otra avenida, menos transitada que la anterior.

—Que te haya dejado indica precisamente que te quiere —comienza Catherine otra vez.

—¿En qué jodido universo?

Frena en seco, lo cual me hace detenerme. ¿Y ahora qué pretende? ¡Dioses! ¿Por qué no lo deja estar de una vez?

Lejos de ceder terreno tan pronto, mi cuñada se coloca delante de mí, me coge la cabeza entre las dos manos y me obliga a sostener su mirada.

—Escúchame, Black. Liberar a alguien es el acto de amor más supremo que existe.

La miro con el ceño enfurruñado.

—¿Y no sería mejor casarse con él, para despejar dudas?

—No, si no sabes cómo hacerle feliz.

—Tampoco era tan complicado. Yo soy un hombre de gustos sencillos.

Catherine, suspirando, me libera la cabeza. Ella también luce exasperada. No es la mujer más paciente del mundo. Tiende a enervarse de inmediato, al igual que yo.

—Permítame que lo ponga en duda. Un Black puede ser muchas cosas, pero jamás es sencillo.

—Te garantizo que yo sí lo soy. Solo tenía que amarme. Nada más. Con eso habría bastado.

—¡Y te amó! A lo mejor, incluso demasiado.

—Bah. Creo que no lo hizo lo suficiente.

Se vuelve a agarrar a mi brazo y nos ponemos en marcha de nuevo, cruzando por debajo de un túnel de hojas de color carmesí. Observo cómo las ramas de los árboles se entrelazan en un inquebrantable abrazo por encima de nuestras cabezas. Nada podría romper esa unión. Resulta agradable saber que aún hay cosas irrompibles en este mundo loco en el que vivimos.

—No entremos en esos detalles, Robert. Olvídate del pasado. Tienes la oportunidad de recuperarla. La pregunta es ¿vas a hacerlo?

Me lo pienso unos segundos. Solo para complacer a Catherine. Lo cierto es que ya lo tengo bastante claro.

—No. Y ahora si me disculpas, he de marcharme.

Beso su mejilla con gesto apresurado y me dispongo a dar media vuelta, pero me agarra de un brazo y me detiene, casi con violencia.

—¿Adónde crees que vas tan pronto? No he acabado contigo.

—Lo siento, pero he quedado con tu marido y ya llego tarde.

Ella entorna los ojos.

—Vaya por Dios. Los hermanos Black atacan de nuevo. Asegúrate de que llegue a casa sobrio esta vez. La última noche que salisteis los dos, volvió en tal estado de embriaguez que tuve que soportarle durante cuarenta minutos berreando el himno de los Estados Unidos. ¡Desafinándolo! Yo ya no tengo la paciencia que tenía cuando era más joven, te lo advierto.

Sus palabras me producen una risotada. Ella nunca ha tenido paciencia, que yo recuerde.

—Lo intentaré, pero no te garantizo nada. Adiós, Catherine.

Me alejo de ella mientras sigue ahí, mirándome.

—¡Como beba algo que no sea leche, juro por Dios que os encerraré a los dos en Alcohólicos Anónimos! —amenaza, sin preocuparse ya por las formas.

La esquina derecha de mi boca se alza una sonrisilla socarrona. No nos vendría nada mal que nos ingresara un rato.

—Pues ya puedes ir pidiendo cita previa —le grito a la vez que apresuro el paso hacia la salida más cercana.

—Llegas tardes —es lo primero que me dice mi hermano, tan pronto como cruzo la puerta del antro en el que habíamos quedado hace media hora.

—Lo sé. Lo siento. Me he cruzado con tu mujer y hemos dado un paseo —me disculpo mientras me quito la chaqueta y la coloco en el respaldo de la silla.

Nate apura su copa y le pide al camarero otras dos.

—Ah. ¿Adónde iba Catherine?

—Ni idea. No lo dijo. Pero conociéndola, me figuro que a gastar su fortuna. O, peor aún, la tuya.

Mi hermano tose para ocultar una carcajada.

—Es posible. ¿Cómo estás? —Me lanza una mirada escrutadora—. Te veo cansado.

—Estoy cansado. Llevo demasiados días sin dormir.

Me froto las manos para calentarlas un poco.

—¿Cómo está Adeline?

—Jodida.

No doy más detalles. Agarro la copa y tomo un buen sorbo. Hoy necesito el veneno más que nunca.

—Que estés aquí, en Nueva York, es mala señal, ¿verdad?

Me quito el fular, lo coloco al lado de la chaqueta y ocupo una de las sillas altas que rodean la barra de acero. Sin contestar a la pregunta, retiro un cigarrillo del paquete y empiezo a jugar con él. Acabo de ver que hay una normativa municipal que impide fumar aquí dentro.

—He dejado el caso —respondo por fin, depositando el cigarrillo encima de la barra.

Los azules ojos de mi hermano buscan los míos.

—¿Qué? ¿Por qué?

—*Me echó* del caso, mejor dicho. Y me comparó con un roedor.

Nate suelta una carcajada y se me queda mirando con aire contemplativo.

—Hombre, si te dejaras un poco de bigote, te darías cierto aire —se mofa.

Con el rostro destilando un aire seco, ladeo el cuello hacia él y le dedico una peineta, lo cual le hace reírse aún más alto.

—¡Que te den!

Agarro de nuevo el cigarrillo, lo rompo y lo lanzo al cubo de basura. Sería incapaz de fumármelo ahora, después de haberlo dejado encima de la barra. A saber la de bacterias que habrá cogido.

—Mira que es silencioso este sitio —se lamenta Nathaniel, al cabo de unos momentos de silencio—. Me he aburrido y todo. ¿No te parece que hay demasiada calma en esta ciudad últimamente?

—Mmmm.

Pensativo, miro hacia atrás por encima del hombro, para ver de qué me está hablando, y constato que lleva razón. Pese a estar situado en el cruce de dos avenidas importantes, el bar se mantiene casi vacío. A diferencia de mi inquieto hermano, yo lo agradezco. Necesito un poco de tranquilidad.

Y este parece el sitio idóneo para conseguirla. Hay una balada de los *Scorpions* sonando por lo bajo, y las luces que rodean las estanterías de detrás de la barra son de un color morado que invita al sopor. El camarero, un tipo de la vieja escuela, de los que fuman tabaco de liar, aguantan bien el alcohol y votaron a Reagan en el 84, está sacando brillo a unas copas de balón. Resulta todo tan apacible que empiezo a sentirme un poco menos agotado. Creo que ahora mismo podría descansar la cabeza encima de la barra y dormirme. De no ser por los gérmenes, claro.

—¿Qué vas a hacer con Monique? —me distrae la voz de mi hermano—. ¿Sigue en pie tu plan de declararte, ahora que la niña bonita de Long Island está en el mercado de las viudas?

Le lanzo una mirada censuradora.

—¡Viudas! Por Dios, tío. Tiene veintidós años. Cuando dices viudas, no sé, pienso en señoras de mediana edad, austeras y con los labios constantemente arrugados en una mueca de severidad, no en Adeline. Ella es...

Nathaniel entorna los ojos.

—Sí, sí, está buena. Ya lo sé.

—Vuelve a decir una vez más que está buena, y juro por Dios que te tragarás las palabras a la vez que las muelas —gruño.

Mi hermano finge una mueca de espanto.

—¡Uy, chico, qué carácter! —silba Nathaniel, buscando con la mirada al camarero—. ¿Lo ve usted, *garçon*? Mi hermano es una bestia. En nada se parece a mí. Yo soy como el Dalai Lama de esta familia. Siempre sereno y nunca pierdo los papeles.

Pongo mala cara. ¿En qué jodido universo pasa nada de eso?

—Ni caso. Este la lía más que yo. Todas las semanas le detienen.

—¡Oh, cuántas difamaciones y calumnias! Hace un mes que *ni siquiera* me multan —puntualiza, tan orgulloso de ello.

—Lo cual será todo un récord para ti.

—Así es. Y permíteme que te diga que deberías estar preocupado. Tu sueldo depende de las fianzas y las multas que yo deposito en las arcas municipales.

—En absoluto. Trabajo en el sector privado.

—¿Desde cuándo? ¡No me cuentas nada! No me cuenta nada, en serio —se le queja al *garçon*—. Vaya hermano. Siempre igual, guardándoselo todo. Es muy hermético, ¿sabe usted? Por eso le dejó su novia —cuchichea, y yo hago una mueca—. ¿Cuándo demonios te cambiaste de trabajo?

Me vuelvo con la silla para que mi hermano pueda ver bien la magnitud del aburrimiento que me produce esta conversación.

—No entiendo tu pregunta. Nunca he trabajado en el sector público, y sigo en la misma empresa desde el último año de universidad. Yo no tengo la culpa de que tú te hayas pasado la última década en tan avanzado estado de borrachera que no te enteraras de nada de lo que sucedía a tu alrededor. Ah, y por cierto, ya que ha salido el tema, te informo de que tu mujer ha dicho que, como bebas algo que no sea leche, nos encerrará a los dos en Alcohólicos Anónimos.

—Pues espero que haya reservado plaza —se burla, señalándome su copa con un travieso gesto.

—Eso mismo le dije yo —coincido con una carcajada.

Hacemos una breve pausa, y poco a poco nuestras sonrisas se borran. Me vuelvo de nuevo de cara a las luces moradas. Me calma mirarlas. Me distraen de mis pensamientos.

—¿Aún la amas? —pregunta mi hermano abruptamente.

Me tomo unos momentos, y suelto un suspiro.

—No lo sé. He estado unos días a su lado y me parece que nada ha cambiado entre ella y yo.

—Sí, ha quedado evidente que sigue poniéndote cachondo, ¿pero piensas que podrías estar casado con ella? Vale, no contestes a eso —se apresura a acallarme—. Ya sé que podrías estar casado con ella. De hecho, te encantaría estar casado con ella. La pregunta es: ¿podría ella casarse contigo?

—¡Y yo que sé! Llevo dos años igual, intentando descifrarla para comprender en qué piensa; qué pasa por esa cabecita suya. Y no lo conseguí nunca, porque Adeline es... complicada. Y cruel. Es la mujer más despiadada que conozco. Adora jugar conmigo y hacerme perder el norte. Siempre me pone a prueba, siempre arrastrándome más allá de los límites. Estoy cansado de toda esa mierda.

—Anda, toma otro trago. Te veo alterado.

Esbozo una sonrisa de incredulidad.

—Alterado se queda corto. Estoy desquiciado. Se supone que soy un hombre

hecho y derecho, mientras que ella no es más que una niña. Y aun así, mira en qué estado me ha dejado. ¡Otra vez!

—Lo veo. Y por eso creo que deberías tragarte tu orgullo y regresar.

Me vuelvo sobre la silla alta para encarar a mi hermano. Se mantiene relajado, con la mano izquierda apoyada contra la barra de acero y los dedos de la mano derecha aferrados en torno a su copa de *bourbon*. No parece tener ninguna clase de preocupaciones hoy.

—¿Regresar? ¿Adónde?

—A Texas, obviamente.

Aclarado eso, Nate se lleva la copa a los labios y la acaba de un solo trago.

—¡No pienso regresar a Texas y dejar que Hannibal Lecter siga trastornándome la mente! —declaro rotundamente.

Las carcajadas de mi hermano atraen la atención de los pocos clientes del establecimiento.

—Conque Hannibal Lecter, ¿eh? —Cabecea, divertido—. Hay que admitir que el apodo le viene como un guante.

—Si la vieras, lo entenderías todo.

—No, y lo entiendo. Ella es tu antagonista. Sois como Sherlock e Irene.

Esa referencia me hace sonreír. No sabía que mi hermano hubiese leído a sir Arthur Conan Doyle.

—Ella no es como Irene. Es peor que eso. Es como...

—¿Catherine Tramell? —me propone.

Me quedo meditándolo.

—Mmmm. Caliente, caliente.

—Y por eso deberías volver —resuelve, una vez más.

Agito la cabeza para rechazar esa idea.

—No pienso volver con ella. Nate.

—No he dicho nada de volver con ella, Robert. He dicho que debes volver a *Texas*.

Le lanzo una mirada confusa.

—¿Para qué?

—Ayudarla, por supuesto.

—No quiere que yo la ayude.

Nathaniel se pone en pie. Retira la cartera del bolsillo trasero de sus vaqueros, llama al camarero y solicita la cuenta, que abona de inmediato en cuanto el *garçon* le ofrece el ticket.

—¿Te he dicho que voy a hacer una película de Sherlock Holmes? —cambia

de tema mientras espera el cambio.

—¿Otro Oscar a la esquina?

—Eso espero.

Le doy un corto abrazo.

—Enhorabuena, tío. Me alegro por ti.

Me da una palmadita en la espalda, antes de retroceder.

—Gracias, hermano.

Tras dejarle propina al camarero, coge las vueltas, se las guarda y desliza la cartera en el bolsillo trasero. Estamos a punto de ponernos las chaquetas para marcharnos, pero Nathaniel frena en seco y se queda abstraído, como si hubiera algo preocupante dando vueltas por su mente, algo que le vence cada vez más y más.

—¿Oye, estás bien?

—Irás a la cárcel, Robert. —Con aire de repentina seriedad, Nate levanta los ojos hacia los míos y me evalúa en silencio—. Sabes que irás a la cárcel. He leído el *Times*. Está bien fastidiada. Esa prueba que tiene la acusación... Hay gente que ha ido a la cárcel por menos.

Entrecierro los ojos. ¡Maldita sea! Soy consciente de ello.

—Lo sé.

—Estamos hablando de asesinato, no de hurto. Si va a la cárcel, es de por vida. En el mejor de los casos.

Se me forma un enorme nudo en la garganta. Esa idea me enferma.

—Lo sé —susurro, bajando la mirada al suelo.

—Bien, ahora tómate un momento y reflexiona acerca de eso: si ella va a la cárcel porque tú no has movido un dedo para ayudarla, ¿podrás perdonártelo alguna vez?

Lo niego con la cabeza. No necesito un momento para pensármelo. Ya conozco la respuesta.

—Jamás.

Nathaniel me da una palmada en el brazo.

—Ese es mi hermanito. Vas a volver a Texas y vas a hacer lo correcto, porque Adeline te necesita, tío. ¡Es Adeline! ¡Nuestra Adeline!, la chica con la que nos cogíamos cogorzas en fiestas y nos burlábamos de los *elegidos*. No podemos dejar que vaya a la cárcel, Robert. Y si tú no piensas ayudarla, que sepas que lo haré yo.

Lo miro confuso.

—¿Tú?

—Yo —asegura, vistiendo su chupa de cuero. No sé muy bien cómo puede ayudar el chico rebelde de Hollywood a mi ex novia, pero seguro que algo malo se le ocurre. Mi hermano es un maestro de lo retorcido.

Se pasa una mano por el cabello despeinado y me señala la puerta con un gesto de cabeza.

—¿Nos vamos?

Me pongo la chaqueta y el fular, y lo sigo. El tiempo ha empeorado bastante. La tormenta se aproxima cada vez a más velocidad. La ventisca dificulta la tarea de mantenerse en pie, incluso para dos tipos fuertes como nosotros dos.

Aun así, a pesar del borrascoso escenario, la ciudad está soberbia, exhibiendo un impresionante despliegue cromático que ningún pintor sería capaz de plasmar en su lienzo. Alzándose entre los rascacielos de Manhattan, los árboles se han teñido de dorado y ocre, alejándose cada vez más del verde que poco a poco comienza a morir a estas alturas del año.

—¿Un cigarrillo? —me ofrece Nate, y yo asiento en silencio.

Retrocedemos un poco, para no entorpecer el paso de la gente que se apresura por la acera, de camino hacia un refugio seguro antes de que empiece a descargar la tormenta. Nos apoyamos contra el muro de piedra arenisca y encendemos nuestros cigarrillos.

—¿Qué te parece el otoño? —me pregunta mi hermano, pasados unos momentos.

Doy una profunda calada, suelto el humo despacio y me quedo absorto en mi contemplación.

—La época más mágica del año —musito.

A ambos lados de la concurrida avenida, mantos de hojas caídas otorgan una peculiar y exquisita nota de color a la ciudad. A Adeline le encantaría estar aquí. Pero no lo está. Porque la han encerrado. En la oscuridad. Allá donde yo no puedo seguirla.

Un cuerpo moviéndose contra el otro. Mis labios, gélidos, estrellándose contra los suyos. Mi lengua recorriendo su boca. Bajo por su mentón y mordisqueo su piel. Ella gime por debajo de mí y se retuerce. No le digo que me mire. No quiero que lo haga.

Pero lo hace. Sus ojos azules se clavan en los míos, y ese simple gesto me arroja a otro de esos momentos en los que me vuelvo abstraído, sombrío, menos

humano que nunca. Porque, cada vez que me mira a los ojos mientras me hundo en su interior, me doy cuenta de que ella no es Adeline, y esa es una idea devastadora para mí.

«*Por favor, no me mires. No me mires...*»

Mis labios suben por el lateral de su cuello y le lamen la oreja. Ella gime de nuevo. Yo me concentro en arañar su piel con los dientes.

—Robert, te quiero —musita, cogiéndome la cabeza entre las manos, para buscar mis ojos.

No puedo soportar esto. Esta noche, no. Aparto sus manos con delicadeza, acerco los labios a su oído y le susurro:

—Monique...

—¿Sí? —jadea, arqueando las caderas contra las mías, haciendo que la penetre cada vez más profundo.

—Quiero hacerte algo. Algo que nunca antes te he hecho.

Parece entusiasmarle la idea.

—¿Alguna perversión?

Antes de que me dé tiempo a contestar, sus labios se aferran al tatuaje de mi pecho, el tatuaje que me recuerda a *ella*. Pasa la lengua por encima de mi piel mientras mueve las puntas de los dedos por mi espalda. Quiero pararla, quiero que no se acerque a eso, que no lo contamine con sus labios, pero no debo hacerlo. Debo esforzarme por ser normal. He de comportarme como los demás. Pasar página y olvidarme de ello. ¿Cómo dijo? Ah, sí. «*Romper las pesadas cadenas*».

—Sí —me obligo a responder, escondiendo de nuevo la nariz en su cuello—. Es una perversión.

Monique hunde los dedos en mi cabello y tira de mí hacia arriba. De nuevo, sus ojos se clavan en los míos y los escrutan con avidez. Intento refrenar esa angustia intolerable, ya familiar a estas alturas, pero se apodera de mí con más y más fuerza, hasta que termina derrotándome.

—Pues hazlo —me susurra Monique.

Trago saliva. Me siento como un capullo. De hecho, soy un capullo. Adeline llevaba toda la razón al acusarme de ello.

—Bien —cojo la almohada y se la coloco encima del rostro—. Manténla así. No la muevas.

Noto cómo ella se tensa. Con brusquedad, aparta la almohada y busca mi mirada.

—¿Quieres asfixiarme? —parece cabreada, acaso asqueada por esa idea.

—No —la tranquilizo. Coloco las manos a ambos lados de sus hombros mientras entro y salgo despacio—. Solo quiero que la mantengas así.

Su ceño se frunce de confusión.

—¿Por qué?

«*Porque no quiero que me mires, maldita sea*».

—Me pone mucho. Ya sabes, la perversión de follarse a alguien cuyo rostro no puedes ver.

Monique asiente, agarra la almohada de mala gana y se tapa el rostro con ella.

—Eres raro, Black. Cada día me vienes con una rareza diferente. ¿Así está bien?

Mis labios se deslizan por su cuello, se aferran a su clavícula y siguen descendiendo hacia su pecho. Rodeo la punta erecta, paso la lengua por encima y luego aprieto los labios en torno a ella y tiro suavemente hasta que se yergue aún más.

—Así estás perfecta —murmuro con voz ronca. Por fin Monique ha dejado de mirarme, y una vez más puedo engañarme a mí mismo fingiendo que la mujer que está debajo de mí es *ella*.

«*Maldita seas, Carrington. Me has jodido la vida*».

La ciudad me parece diferente esta noche. Su ritmo es... laxo, supongo. Nueva York suele ser una ciudad viva, llena de color, de luz, ¡de alegría! Su fuerza vital resulta impresionante a ojos de un chico pobre del sur, acostumbrado a veranos ardientes y paisajes lánguidos. Aquí, a diferencia del pequeño pueblo en el que me críe, se respira vida en cada rincón, en cada calle, en cada carrito ambulante... en cada músico callejero. Es mágico. Incluso los olores y los ruidos de Nueva York son mágicos. Siempre que me quedo aquí, delante del ventanal del salón, aprecio con qué exaltación late el corazón de Nueva York. Jamás he visto nada que pareciera más vivo que eso.

Sin embargo, esta noche, Nueva York se me antoja una ciudad tan mortecina como lo es mi mirada. Esta noche, no hay vida en ninguna parte, ni ahí abajo ni aquí arriba. Está todo paralizado.

Oigo los pasos de Monique resonando por el pasillo, y veo su reflejo en el cristal, pero me niego a volverme de cara a ella. Prefiero ver cómo muere la ciudad ahí abajo, cómo se apagan los ruidos, cómo la gente sale cada vez menos, ahuyentados por la tormenta. ¿Cómo es posible que un lugar tan poblado

muestre una soledad tan devastadora?

—Robert.

Me llevo la copa a los labios y tomo un trago.

—¿Mmmm?

—Lo de antes...

—Monique, vete a tu casa —le pido en un susurro.

—Pero me gustaría hablar contigo de ello.

—No hay nada de lo que hablar ahora. Vete. Quiero estar solo.

Testaruda como siempre, se me acerca y coloca las palmas en mis hombros.

—Vamos, Robert, no hagas eso.

Con movimientos aplomados, me acerco de nuevo el vaso a los labios. Me noto los músculos tensos, cada vez más rígidos.

—No sé de qué hablas.

—Claro que lo sabes. Llevamos meses así. Después de cada maldito polvo, te apartas de mí. Te encierras en tu mundo particular y nunca te comunicas conmigo. Te vuelves demasiado atormentado, Robert. Antes no eras así. ¿Quieres decirme qué te pasa?

Agito la cabeza. Su insistencia me está impacientando.

—Te he dicho que no me pasa nada.

—¿Es por tu ex? ¿Aún te afecta?

El aire sale de mis pulmones en un hastiado soplido.

—Monique, déjalo estar, ¿quieres? Esta noche, no. No estoy de humor para contestar a tus interrogatorios sobre Adeline.

Me suelta y retrocede. Sé que se ha enfadado, y me da igual. Solo quiero que se marche.

—Está bien. Cuando hayas decidido dejar de joderte el hígado con esa mierda que bebes últimamente, llámame. Estaré ahí. Como siempre. Esperándote...

Cabreada, agarra el bolso que antes había dejado en el sofá, y se marcha, cerrando de un portazo. La ciudad parece verdaderamente carente de vida esta noche.

Son casi las tres de la madrugada cuando marco el número de mi hermano.

—Te voy a regalar un puñetero reloj para tu cumpleaños, Robert, hablo en serio —gruñe al descolgar.

—No puedo seguir así —le digo en voz baja.

Nathaniel hace una pausa, supongo que para incorporarse de la cama.

—Así, ¿cómo?

Parsimonioso, agarro la botella, me relleno el vaso y tomo otro trago.

—Fingiendo que Monique es ella.

Nate suspira.

—No, no puedes. No es justo para Monique.

—No lo es. Nada de esto es justo para nadie. Me estoy volviendo loco, Nate.

—¿Estás borracho?

Bufo una sonrisa. Miro a mi alrededor. Estoy sentado en el suelo del salón, con la espalda apoyada contra el sofá. Jamás pensé que acabaría así.

—No lo bastante.

—No hagas nada estúpido, ¿quieres?

—¿Cómo qué?

—Lanzarte del Empire, por ejemplo.

Me río. Hoy le ha salido la vena melodramática.

—Jamás me lanzaría del Empire, Nathaniel.

—No sé yo. ¿Qué esperar de un tío al que le encantan los museos y Shakespeare?

Entorno los ojos.

—A ti también te encanta Shakespeare, pero nunca lo admites.

—No mientras viva, hermano.

Me echo a reír. Me enciendo un cigarrillo, doy unas cuantas caladas y luego me vuelvo otra vez taciturno, mientras jugueteo distraído con las colillas del cenicero.

—La he perdido, Nate... —murmuro al cabo de unos momentos de silencio, y admitirme esto a mí mismo me resulta demoledor.

—Tranquilo. La recuperaremos.

«Sí, claro. ¡Ni que fuera tan fácil!»

—¿Cómo?

—Tengo un plan.

Que Nathaniel Black tenga un plan, no puede ser nada bueno.

—¿Qué plan?

—Relájate. Tu hermanito te ayudará. ¿Para qué están los hermanos mayores?

Me incorporo del suelo, preocupado por el rumbo que está cogiendo esta conversación. Me siento como si, de pronto, todo el alcohol ingerido en las últimas horas se hubiese desvanecido de mi sistema, dejándome absolutamente lúcido.

—Nate, ¿qué vas a hacer?

—Lo que debí haber hecho desde el principio. Ir al puto Texas y tener una agradable charla con *Miss Lecter*.

—Ni se te ocurr... ¿Nate? ¿Sigues ahí?

¡Qué capullo! Me ha colgado en las narices. Enervado, marco de nuevo su número.

—Hola. Soy Nate. Probablemente esté borracho o... echando un polvo, así que... deja tu mensaje.

Espero al *bip* para desahogar mi ira con alguien, aunque solo sea con un contestador de voz.

—¡Te voy a patear el culo! —rujo, y, fuera de quicio, lanzo el móvil contra la pared—. ¡Joder!

*El alma libre es rara,
pero la identificas fácilmente cuando la ves.*
(Charles Bukowski)

Capítulo 2

Actualidad, Austin, Texas

Nathaniel

Echaba de menos este estado, tan encantador, con sus praderas verdes y su alcohol de contrabando.

«*Y también echabas de menos cabrear al benjamín de la familia*», se empeña en recordarme mi propia consciencia, lo cual me hace poner los ojos en blanco por debajo de las gafas de sol.

Nada más bajar del avión, cojo una honda bocanada de aire puro, que hace que mi expresión de malvada satisfacción se trueque en una de asco.

—¿Por qué huele tanto a estiércol? —le digo al guardaespaldas, que me sigue muy de cerca. Lleva traje negro, unas oscuras gafas de sol y el auricular colocado, aunque no sé para qué. Puro teatro, sospecho.

—Hay una granja de vacas ahí. Mira.

Mis ojos siguen la dirección de su dedo.

—¿En pleno Austin? ¡Vivimos en un mundo loco, chaval!

—Estamos en las afueras, en realidad. Este el aeropuerto privado que más cerca pillaba de tu chica. Para la vuelta, despegaremos del *ABIA*. Tenlo presente. Volverás en un vuelo comercial. Tu mujer necesita el jet para volar a Londres mañana. El piloto saldrá esta noche hacia Nueva York y, a no ser que acabes tus recados antes de las seis de la tarde, no podremos regresar con él.

—Uno: Adeline no es mi chica, es la de mi hermano. Dos: era consciente de lo del vuelo comercial. Ya sé que Catherine quiere ir al cumpleaños de su tía Agatha. Es demasiado compasiva como para dejar que la anciana pase el día

sola, rodeada de ocho gatos. Gracias a Dios, tengo una excusa para escaquearme este año. La tía Agatha no me soporta. No soy católico. ¡Ni británico! Ni *decoroso*, lo que sea que haya querido decir con eso.

—Pues que eres indecente —aclaras, de lo más divertido.

—Ah. ¿Y desde cuándo ser indecente es un defecto?

Mi colega suelta una carcajada.

—Para los británicos, desde tiempos remotos.

—Mmmm. Son una especie aparte, ¿verdad? Tan distinguidos y tan... ¡europeos! Por cierto, ¿me has conseguido un coche para pasar desapercibido?

Sonriendo de oreja a oreja, John Maverick me ofrece la llave de un Ferrari.

—Todo tuyo. Llámame cuando quieras verme. ¿Seguro que no quieres que te acompañe? Después de todo, es por lo que me pagas.

Hago una mueca de autosuficiencia.

—Tranquilo, chaval. Estamos en Texas. Nadie quiere verme muerto aquí. Es mi estado favorito en el mundo. Ni los mismos tejanos son *tan* tejanos como yo. Ni tienen mi puntería, ni aguantan el alcohol como caballeros. Y eso, amigo mío, es fundamental para ser un auténtico hijo del Oeste. Te llamaré para cuando decida volver a la Enorme y Corrompida Manzana. Entretanto, considérate de vacaciones. Hasta la vista.

—Que te vaya bien, jefe.

De espaldas a él, alzo la mano en el aire, a modo de saludo. Desde un incidente que tuve en el pasado, Catherine se empeña en que vaya siempre acompañado por un guardaespaldas. Pero Catherine no está aquí para verme ahora, ¿verdad?

Según la prensa sensacionalista, a mí me pone mucho romper las normas y crear follones. A lo mejor es que llevan razón. Lo cierto es que el mundo sería un lugar demasiado aburrido si todos nos limitáramos a hacer siempre lo que debemos, en lugar de lo que se nos antoja.

Con mi enorme sombrero de vaquero tapándome el rostro, me enciendo un pitillo y atravieso el aparcamiento silbando una alegre canción de pistoleros.

—Hola, preciosidad —le digo al coche.

Un Ferrari rojo, reluciente, como a mí me gustan, aguarda bajo la sombra de un castaño de ramas retorcidas. Doy dos palmaditas en la puerta lateral, como si quisiera comprobar su solidez, y sonrío encantado. Este viaje va a ser cojonudo.

Entusiasmado, ocupo el asiento de detrás del volante y me entretengo buscando una emisora decente. Rectifico. *Cualquier* emisora donde no pongan *country*. Vale, rectifico de nuevo. *Cualquier* emisora donde, de vez en cuando,

suene una canción *rock*.

Al cabo de un rato, comprendo que eso es imposible dentro de las fronteras de este estado, así que arranco de mala gana y me adentro en Austin, en dirección a la prisión. La hija del senador republicano Edward Carrington, detenida. ¡Qué escándalo! Los *paparazzi* deben de estar como locos. No se ha visto nada tan inmoral desde que a mí me acusaron de venderles cocaína a los nietos del presidente. Rumores que, por supuesto, desmentí de inmediato. De todos modos, yo no les había vendido nada ilegal. ¡Se lo había comprado!

Cuando aparco delante del edificio donde se supone que mantienen encarcelada a *Miss Lecter*, todo el mundo se abalanza sobre mí. Después de tantos años en esta profesión, es increíble lo mucho que aún me molestan los *flashes*.

—¡Nate!

—¡Aquí, Nate!

—¡Nathaniel, sonríe!

—¿Nathaniel, me das tu teléfono?

Le sonrío seductor a esa rubia que pestañea con demasiada rapidez, en un triste intento por ligar conmigo. ¿En serio? Más que ligar, parece intentar deshacerse de un mosquito que se le ha metido en los ojos.

—Estoy casado, muñeca. Llegas tarde. Hace unos cuantos años quizá te lo hubiera dado.

—Nathaniel, ¿alguna declaración?

—¿Cuándo fijarán la fianza de Adeline?

—¿Dónde está tu hermano, Nathaniel?

—¿Por qué crees que lo ha matado?

—¿Va a declararse culpable?

Levanto las manos para acallarlos.

—Amigos, amigos, amigos, no hay declaraciones hoy. Y no gritéis, por el amor de Dios. Tengo mucha resaca esta mañana.

—Siempre tienes resaca, Nathaniel.

—Es muy difícil ser yo, amor.

Después de despedirme con otra sonrisa seductora, me abro paso entre los fogonazos y cruzo las puertas.

Me encuentro a Adeline en el pasillo, toda vestida de negro, preparada para ir al entierro. Parece cambiada. Mayor. Lleva el pelo mucho más corto que antes, y apenas se ha puesto maquillaje. Según era de esperar, hay un agente acompañándola.

—Miss... eh... ¡Adeline! —saludo con buen humor.

Al escuchar mi voz, alza la mirada del suelo. Se levanta de la silla metálica en la que estaba hundida y se encamina hacia mí. Diría que se alegra de verme, ya que sonrío. Aunque poco. Muy poco. Parece una *femme fatal*.

—¡Nathaniel Black! —suelta un soniquete sarcástico—. ¡Chico, qué sorpresa! ¿A qué debemos la visita de una superestrella de Hollywood en el país de los vaqueros? No me digas que estás grabando una peli. Bonito sombrero, por cierto.

Me llevo la mano al ala y la saludo cortésmente. Quiero parecer un *cowboy*, pero uno de buena familia. Así la gente dejará de decir que no soy decoroso.

—Nop, nada de pelis. Vengo a llevarte al entierro de tu marido.

Adeline enarca una ceja lentamente. Su ropa oscura y su rostro inflexible hacen que mi mente desarrolle el argumento de una película policíaca ambientada en los años cuarenta. Adeline haría de viuda retorcida y yo sería el *cowboy* apuesto. Vale, ese parece más bien el argumento de una porno. Dejaré de pensar en ello. Está claro que, como director de cine, apesto.

—¿Tú? —la sarcástica *Miss Lecter* interrumpe la intensidad de mis conflictos mentales con su (para nada) elegante bufido.

Decido no ofenderme por lo despectiva que ha sonado su pregunta, y, en vez de eso, extendiendo los brazos en ademán de recibimiento, dedicándole mi sonrisa más radiante.

—No hagas pucheritos, princesa. Sé que no soy tu favorito de los Black, pero ten en cuenta que el resto de mujeres del planeta matarían por un viaje en coche conmigo.

—Vuestra madre nunca os dio una charla acerca de la modestia, ¿eh?

—No ser consciente de tus atributos no es modestia, Adeline.

—¿Y qué es, si no?

—Estupidez. ¿Preparada?

—Bueno...

Se saca del bolsillo del vestido unas enormes gafas negras y se las coloca encima de su respingona nariz. Bien hecho. Así nadie podrá verle los ojos. Recuerdo lo expresiva que solía ser Adeline. Será mejor que la gente no vea las inquietudes de su alma reflejadas en la hondura de su mirada.

La contemplo con la intención de decirle algo, insuflarle un poco de valor quizá, pero ella hace como si yo no estuviera aquí, por lo que me mantengo callado. De todos modos, tampoco es que se me ocurra nada inteligente que decirle.

Adeline duda un momento, y luego cuadra los hombros. Me recuerda a una actriz intentando tranquilizar sus nervios antes del comienzo una función. Coge una honda bocanada de aire en los pulmones, alza la barbilla y por fin se encamina hacia la puerta. Su extrema delgadez, la sofisticación de su porte y sus andares elegantes me hacen evocar la imagen de una moderna Audrey Hepburn. Lo único que le falta a Adeline para parecerse a ella es el cigarrillo.

—¿A qué coño estás esperando, superestrella? —vocifera, sin girarse de cara a mí, lo cual me hace comprender que Adeline nada tiene en común con la distinguida Hepburn—. ¿Piensas que tengo todo el día?

Sacudo la cabeza con falsa reprobación, esbozo una sonrisa socarrona y la sigo. Es perfecta para él. Lo supe desde el principio. Puede que sea retorcida, y puede que incluso se haya cargado a su marido (hecho que dudo, pese a las pruebas en su contra). Con todo ello, Adeline es la mujer que mi hermano necesita a su lado. La pregunta del millón es: ¿aún le ama ella?

Eso es lo que he venido a averiguar, y no tengo pensado abandonar este estado hasta conseguirlo. Me siento como un James Bond enfrentado a una letal villana. Black vs Lecter.

Divertido por esa idea, cojo yo también aire en los pulmones, me coloco las gafas de sol y me apresuro a alcanzar a *Miss Lecter*.

En cuanto uno de sus altos tacones rozan la acera, un grupo de chiflados cargados con pancartas (algunas religiosas acerca de cierta damisela de Babilonia cuya mala reputación aún recuerdan los beatos; otras bastante más ofensivas), se abalanza sobre ella, desatando un impresionante follón.

Los reporteros se empujan los unos a los otros, ansiosos por acaparar el primer plano, la gente grita a nuestro alrededor, y Adeline me parece dispersa ahora. Todo transcurre de un modo tan rápido que necesito unos cuantos instantes para entender qué diablos está sucediendo.

Vociferando insultos del tipo «asesina» y «zorra», los buenos ciudadanos empiezan a lanzarle objetos a Adeline. Corro y la abrazo para protegerla, apartando a los *paparazzi* con los codos. Tienen la poca decencia de quedarse de brazos cruzados, grabando esta mierda e incordiando a Adeline. Si tuvieran que fastidiar a sus propias madres para obtener la puta exclusiva, no me cabe duda de que lo harían.

Seguidos por los abucheos y las botellas de plástico que llueven en nuestra dirección, nos apresuramos hacia el coche patrulla, en cuya parte de atrás conseguimos entrar a duras penas. Hay mucha gente congregada delante de las puertas de la prisión. Por lo visto, el maldito marido de Adeline era toda una

leyenda aquí; lo más famoso que ha parido el estado de Texas después de Beyoncé y el asesino de Lennon.

El agente deja caer la puerta a nuestras espaldas, y yo arranco las gafas de Adeline para poder verle los ojos.

—¿Estás bien? —pregunto ansioso, con su cabeza entre mis manos—. ¡Adeline! —La sacudo para que reaccione—. ¿Estás bien?

Sus ojos, completamente ausentes, se elevan hacia los míos. Algo se contrae dentro de mí. Jamás he visto una mirada tan vacía como la suya.

—Me merezco todo eso. Me merezco que me llamen zorra —murmura abstraída—. Seguramente, tú también lo estés pensando, después de todo lo que le hice a tu hermano.

Lo niego de inmediato.

—No, no te lo mereces. Adeline, no digas eso. Nadie se merece nada parecido.

—¿Me devuelves las gafas? Tienen valor sentimental —susurra, y, por primera vez, ya no me parece una chica dura, sino una niña muy frágil, muy vulnerable; una niña perdida a punto de romperse delante de mí.

—Claro —musito con ternura, ofreciéndoselas.

Un poco turbada, las coge de mi mano, se las coloca encima de la nariz y se acurruca en el rincón más apartado, donde se mantiene callada durante toda una eternidad.

—¿Cómo está? —susurra por fin—. Supongo que habrá regresado a Nueva York.

Cojo aire en los pulmones, lo retengo unos instantes y luego lo dejo salir despacio.

—Sí, y está hecho polvo —me sincero, ya que no veo razón para ocultárselo—. ¿Y tú?

—Viva, por desgracia —me contesta, con voz tan indiferente que me hace esbozar una sonrisa repleta de dolor. Sé perfectamente lo que siente. Yo también pasé por lo mismo.

—Del, escúchame...

Le cojo la mano entre las mías, pero ella se libera de inmediato.

—No me gusta que me toquen —musita a modo de explicación.

Asiento con gesto apesadumbrado y procuro no tocarla, por mucho que me gustara darle un abrazo en este momento. Creo sinceramente que Adeline necesita que la abracen. Quizá no un abrazo mío, quizá uno de mi hermano. Como sea, lo necesita.

Sin embargo, no hago lo que me parece bien, porque la veo reacia al contacto humano, actitud que no me sorprende demasiado. No quiero ni pensar en lo que estará viviendo en estos momentos. El brillo que capté antes en su mirada me transmitió que todos los seres humanos de su vida la fallaron y ahora está muy decepcionada por ello.

—¿Qué te ha pasado, Adeline? ¿Qué ha sido de la niña bonita de Long Island?

Se queda tan lejana que empiezo a cuestionarme si sigue aquí conmigo o su mente ha volado muy lejos.

—La vida la ha matado, Nate —susurra de pronto, frunciendo el ceño—. Esto es lo único que queda de ella. Cenizas.

Estoy a punto de colocar una mano encima de la suya, cuando recuerdo que no soporta que la toquen, y desisto de hacerlo.

—Debería decirte algo sabio en este momento, pero nunca se me ocurren cosas sabias, por desgracia.

—Entonces, cállate, Nathaniel Black. No interrumpas el sonido del silencio. No hay nada mejor que la quietud, ¿no te lo parece?

Como de todos modos no se me ocurre nada mejor que añadir, nos mantenemos en silencio hasta que el coche se detiene delante de una funeraria, en la otra punta de la ciudad. Adeline se baja con toda la dignidad de la que es capaz, endereza los hombros y taconeá por la acera en dirección a la entrada. Como imaginé que pasaría, los parientes del difunto se alteran nada más verla. Delante de nosotros, el gentío se separa en dos hemisferios, dejándonos aislados y expuestos en el centro.

—¿Qué hace aquí? —susurran a medida que avanzamos.

—Es una asesina.

—Lo ha matado. ¡Lo ha matado!

Me da igual que a Adeline no le guste que la toquen. Coloco una mano en su brazo para protegerla cuando la hermana del difunto se nos acerca, solemnemente envuelta en telas negras. Tiene los ojos tan enrojecidos de llanto y su rostro está torcido en tal mueca de demencia que me parece una aparición del otro mundo, un ser vengativo que ha regresado de entre los muertos para clamar justicia.

—¿Por qué has venido? —le grita, con una mirada frenética oscureciendo el verdor de sus ojos—, ¿para asegurarte de que está bien muerto?

—No quiero discutir contigo, Hayley. Vengo a presentar mis respetos y a despedirme de él. —Adeline habla bajo, con lentitud, asombrando a todo el

mundo con la serenidad de su voz—. Estoy en mi derecho de hacerlo. A él le hubiese gustado saber que he venido.

—¡Él está muerto! —ruge, y un hombre, quizá algún familiar, tiene que sujetarla para que no se venga abajo—. Muerto... —repite, devastada, vencida, impotente.

El rostro de Adeline se mantiene congelado. Hermoso, pero demasiado gélido ahora, como si no hubiera nada humano dentro de su corazón.

—Tristemente, sí. Lamento tu pérdida.

—¿Pérdida? ¿Lamentas mi pérdida?! No te atrevas a hablar como si hubiese perdido un pendiente, maldita seas. ¡Ese de ahí es mi hermano! —No puede aguantar más presión, y estalla en ruidosos sollozos—. Era mi hermano, ¡y tú lo has matado! —balbucea entre hipos entrecortados—. ¡Asesina!

Decido intervenir, porque noto que Adeline está a punto de venirse abajo también. Su corteza de hielo no es tan impenetrable como a ella le gustaría.

—Escuche, señora, sé que es un momento muy complicado para usted.

—¡Usted no sabe nada! ¡Era mi hermanito, y ella lo ha matado! —solloza.

—*Presuntamente*. Que yo recuerde, ninguna corte la ha declarado culpable aún, de modo que hay que respetar su presunción de inocencia. No queremos problemas. Adeline solo quiere despedirse. Deje que lo haga, y nos largaremos de aquí. Llévesela a que le dé un poco de aire —aconsejo al hombre que la sostiene, y él asiente. Sospecho que es su marido.

—Vamos, cariño, vamos a salir —la insta con dulzura.

Finalmente, al cabo de unos cuantos forcejeos, consigue que ella se marche. Adeline coloca una mano en mi brazo.

—Gracias —me susurra—. Te debo un favor.

—No me debes nada. Anda, vayamos a acercarnos.

Cogiéndola del brazo, caminamos despacio hasta el ataúd, por una alfombra roja que amortigua el ruido de nuestras pisadas. No miro el cadáver. Detesto los cadáveres y los entierros. Nunca he participado en uno desde la muerte de Mary, una mujer cuyo fallecimiento lo cambió todo. Que esté hoy aquí supone un enorme esfuerzo para mí. De no haber sido por mi hermano, no lo habría hecho. Hay que ver los sacrificios que hace uno por sus hermanos pequeños.

—Hola, Hunt —le susurra Adeline, inclinándose para besarle—. Me hubiese gustado traerte unas rosas blancas. Significan amor eterno. Pero no pude comprarlas porque me tienen encarcelada día y noche. Te resultaría divertido verme entre rejas, lo sé. Te mofarías de mí.

No soy capaz de seguir mirando hacia el otro lado, y, muy en contra de mi

voluntad, mis ojos lanzan una mirada furtiva al cadáver. Nunca conocí al marido de Adeline, y ahora tengo la ocasión de apreciar bien el aspecto que tenía. Es claramente más mayor que ella. *Era* más mayor que ella. Se le parece un poco a mi hermano. Quizá Adeline sea una de aquellas mujeres que tienen un tipo bien definido.

—Es como si estuviera dormido —comento, inclinado hacia el oído de Adeline. Todo el mundo nos está mirando, y no pretendo que escuchen nuestra conversación.

Ella curva la boca en un gesto tembloroso. Al mirarla con más atención, advierto las pequeñas lágrimas que se escurren por debajo de sus gafas, aportando un gélido destello a sus mejillas. Me alegro de ver que un *paparazzi* ha conseguido colarse y sacar una foto de este momento. Así el mundo podrá ver que Adeline Graham no es una asesina. Solo es una chica cuyo marido ha fallecido; una chica asustada, que tiene que estar viviendo un infierno en este momento, pero que es lo bastante valiente como para enfrentarse a ello.

—Es muy guapo, ¿verdad? —susurra, con una mano encima de la de él—. Cuando le conocí, me pareció que semejaba un dios griego. Estaba tan lleno de vida... Y ahora me parece tan... *gélido*. Ni un solo músculo se le mueve.

—Sería raro que se moviera —hago un desafortunado chiste que, pese a ser de muy mal gusto, consigue arrancarle una sonrisa a Adeline.

—¿Te lo imaginas? —pregunta, lanzándome una miradita rápida por encima de las gafas, antes de volver a centrar toda su atención en su difunto esposo.

Eso me hace venirme arriba y seguir con las chorradas.

—Sería un puto espanto —le susurro, ya que no estoy muy seguro de si es conveniente o no decir la palabra *puto*, en voz alta, en un velatorio. Nunca he sabido comportarme en estas situaciones. Ojalá estuviera aquí mi hermano. Él siempre sabe qué decir, en cada ocasión.

—Ya te digo que sería un puto espanto.

Medio sonrío al descubrir que Adeline coincide conmigo. En el fondo, ella y yo somos muy parecidos. Lejos de derrochar refinamiento, *Miss Lecter* y yo siempre soltamos lo primero que se nos cruza por la mente. Y eso, casi nunca, suele ser lo... decoroso.

Nos quedamos en silencio por algunos momentos, yo, con las manos hundidas en los bolsillos de mis vaqueros negros, mientras Adeline se mantiene recta y rígida a mi lado. Al cabo de un tiempo incalculable, extiende el brazo y roza la mejilla del difunto. Y el *paparazzi* saca otra foto.

—He empezado a entender la muerte —comenta Adeline de pronto, lo cual

me hace mover la mirada hacia ella.

—¿Ah, sí? Porque yo no la entiendo en absoluto.

—Es muy sencillo, Black. Todo comienzo necesita tener un fin.

—Tu filosofía es un tanto siniestra, Adeline, permíteme que te lo diga.

—¿Siniestra? En absoluto. Es realismo lo que me embarga en estos momentos. He estado rodeada de muerte desde que nací. El mismo día en el que nací yo, murió el padre de mi madre. En el mismo hospital. Una planta más abajo. Supongo que comprendo la muerte porque la he conocido desde que pisé este mundo. Estoy más que acostumbrada a ella. Es más, hay veces en las que la muerte incluso me parece una salida noble.

—¿En serio? —me asombro—. Porque a mí me parece una puta basura que nada tiene que ver con la nobleza.

—Te equivocas. Es noble. La muerte es noble porque hay gente que lo más *noble* que ha hecho en toda su vida ha sido... *morirse*. Me parece que la muerte tiene un lado fascinante. Sin embargo, a lo que no encuentro justificación alguna es al dolor. ¿Por qué hemos de sufrir? ¿Por qué las demás cosas no pueden ser tan sencillas como la muerte?

—Si te hubiera entendido, te contestaría, pero lo cierto es que no te entiendo, Adeline.

Ella hace el esfuerzo de componer un condescendiente gesto de amabilidad con los labios.

—No tienes que entenderme. Solo tienes que estar aquí, sujetándome el brazo, como ya estás haciendo. Eso sí, procura no rozarme la piel, porque no soporto que me toquen. Es una fobia que he adquirido recientemente y aún no la he superado.

—De acuerdo. Puedo hacerlo. Sujetar a las damiselas es lo que mejor se me da en la vida. Y, descuida, no te tocaré.

—Bien. Excelente —otra pausa, y prosigue—. Sabes, aún recuerdo la primera vez que lo vi, con su mandíbula tensa, su aplomo y esos ojos suyos tan penetrantes. Entonces no fui consciente de ello, pero ahora sé que lo que sentí al cruzarse nuestros ojos era amor. Ese nudo en el estómago, todos esos escalofríos a lo largo de mi espalda, el descontrolado latido de mi corazón, ¡era amor! Fue amor a primera vista, Nate. Me enamoré de él nada más verle. Por desgracia, a veces no basta con el amor para conservar a quién más amas en el mundo. A veces, la vida te lo arrebatata todo. ¡La vida es tan injusta, Nathaniel! ¡Dios, es tan, *tan* injusta! Ojalá fuera la vida tan fácil como la muerte.

Palidezco ante sus palabras. ¿Eso quiere decir que, mientras las cosas aún

iban bien entre ella y mi hermano, estaba enamorada de este tipo?

—¿Le pusiste los cuernos a mi hermano con este pringado?! —Un poco avergonzado por mi arrebató, carraspeo y añado, lo más solemne que me es posible— ¿Que en paz descanse?

Adeline me mira como si no me comprendiera.

—¡Ponerle los cuernos a tu hermano! ¿De qué hablas? Habría sido más probable que el Ártico ardiera en llamas y que los bloques de hielo se convirtieran en cenizas y no en agua.

—Pero si acabas de decir que...

—Acabo de decir que la primera vez que vi *a tu hermano* —se impacienta—, me enamoré de él. ¿Quieres hacer el favor de no interrumpirme? Sé que no viene a cuento todo esto, y que es un pésimo momento para hablar de ello, pero necesitaba confesárselo a alguien, y por razones evidentes, no se lo puedo decir a la familia de Hunter ni a ese agente de ahí. Con lo que te lo estoy diciendo a ti, mi querido amigo Nathaniel Black, que has volado desde Nueva York solo para estar a mi lado en este momento. Tú y yo somos muy parecidos, ¿verdad? Siempre lo he sabido. Creo que eres el único que me comprende ahora. Tú me comprendes de verdad, porque tu alma está tan dañada como la mía, Nate.

Asiento en silencio. *Miss Lecter* es muy inteligente. Y muy observadora; una de las pocas personas que pueden ver detrás de la máscara de un artista del engaño.

—Llevas razón, Adeline. Lo está...

Bajo la cabeza y me mantengo ausente durante un rato, atormentado por mis propios demonios. Sus palabras resuenan una y otra vez dentro de mi mente. «*Tu alma está tan dañada como la mía, Nate*». «*¡Tu alma está tan dañada como la mía!*» ¡Maldita sea! Lleva razón.

—No te chivarás de eso si te llamasen a declarar, ¿no? —escucho de pronto el susurro de Adeline, tan cerca de mi oído—. No sería muy apropiado admitir en el estrado que la viuda ha confesado algo semejante durante el entierro de su marido.

Las esquinas de mi boca se alzan en una sonrisa socarrona. No, no sería apropiado hacer mención a su poco *decoroso* secreto. Demonios, lo que me chifla esa palabra.

—Puedes confesarme lo que te apetezca, princesa. Mis labios están sellados. No diré ni *Miau*, por muy escandalosas que sean tus confesiones. Sabes que puedes fiarte de mí.

Sin embargo, ella no dice nada más, silencio que me hunde en (cada vez más)

confusión. ¿Qué es lo que acaba de pasar exactamente? ¿Acaso ha admitido que aún le ama? ¿O solo que le amaba? Me tomo unos momentos para reflexionar, ya que Adeline se ha vuelto a anegar en la quietud. Ahora mismo luce tan solemne como una estatua.

Doy vueltas a sus palabras durante un rato, hasta que llego a la conclusión de que debe de amarle. De lo contrario, ¿por qué me diría lo que me acaba de decir? ¿Por qué, mientras entierran a su querido marido, ella está aquí de pie, hablando de mi hermano, pensando en mi hermano, recordando lo que sintió al verle por primera vez?

—Aún le amas, ¿no es así? —decido ir al grano. Reflexionar nunca ha sido lo mío.

—¿Amarle? No, no llares *amor* a lo que siento. Haces que parezca puro.

—¿Y no lo es? ¿No son puros tus sentimientos?

Baja la cabeza y lo niega, apesadumbrada.

—No. Mis sentimientos son terribles.

—El amor no puede ser nunca terrible, Adeline.

—Te equivocas. El mío lo es. Lo que tu hermano provoca en mí es algo enfermizo y monstruoso. Algo completamente aborrecible. Nada tiene en común con la pureza del amor. Es algo demasiado obsesivo, lo nuestro. Siempre lo ha sido. Lo consumí, Nate. Lo consumí hasta las cenizas, y él me consumió a mí de igual modo. ¿Amor? No. Nunca ha sido *amor*, sino enfermedad. O, tal vez, locura. No lo sé... Ojalá lo supiera.

¿Por qué tiene que dar tantas vueltas a todo? Esta mujer es incapaz de hablar con claridad. Sus reflexiones me ponen de los puñeteros nervios. «¡Comecocos!»

—Como sea, Adeline. ¿Le amas, sí o no? —insisto, acelerado.

Se toma unos segundos, y después suspira derrotada.

—De un modo completa, absoluta y horriblemente enfermizo, sí.

—Eso es todo cuanto necesitaba saber.

—Ahora ya lo sabes —musita, sin dejar de acariciar la mejilla de Hunter—. Pero no se lo digas, por favor. No soy buena para él.

«Eso no te lo crees ni tú, nena».

—Creo que si le convienes o no, en todo caso, lo tendría que decidir Robert, no tú ni yo.

Deja caer la mano y gira el cuello hacia mí con brusquedad. No le veo los ojos a causa de las gafas, pero sé que exhiben una mirada feroz. Puedo sentir la intensidad de su furia desgarrando mis retinas con la fuerza de un rayo láser.

—Robert es incapaz de decidir *nada* cuando se trata de mí —escupe con

dureza—. Soy su única debilidad. ¿Es que no lo ves?

—Y él es la tuya.

Quiere decir algo, pero no encuentra las palabras. Furiosa, abre y cierra la boca un par de veces, hasta que acaba gruñendo irritada y volviéndose de cara al ataúd. Se toma unos momentos para sosegar, antes de volver a hablar.

—Así es —admite por lo bajo, recuperando su aire digno.

Decido meter el dedo en la llaga y aprovechar las debilidades de Adeline para así sonsacarle todas las informaciones que preciso. Y, de acuerdo, porque estoy igual de dañado que ella y disfruto mucho explotando las debilidades de los demás.

—¿Sabes qué es lo que más le dolió de todo lo que le hiciste?

Examinándola de reojo, veo cómo tensa los hombros y aprieta la mandíbula.

—¿El qué? —susurra, al cabo de un fastidioso momento de silencio.

—Que no te despidieras de él. Después de todo lo que vivisteis juntos, tú te marchaste. Así, sin más. Le abandonaste como a un perro.

Se pasa la lengua por los labios reseca y suelta un bufido de incredulidad.

—Le di cuatro meses para que se despidiera de mí. Pero él no lo hizo. Nunca iba a hacerlo. No hacía más que prolongar y prolongar y prolongar.

—¿Prolongar el qué, Adeline?

Hace una pausa interminable, y luego susurra:

—La agonía...

Se vuelve de cara a mí y se quita las gafas. Doy un respingo al ver la expresión de dolor que hay en sus ojos. El tormento ha devorado la inexpresividad, y es un tormento tan intenso que da escalofríos. Adeline no está tan congelada como quiere fingir. Aún siente dolor, y, si me dejo guiar por el atormentado brillo de sus ojos, ese dolor ha adquirido magnitudes abisales.

—No dejé a tu hermano en ese bar, Nate —musita, enroscando sus huesudos dedos alrededor de mis muñecas—. A tu hermano *lo maté*. Lo que dejé ahí no era sino su recipiente vacío. Maté todo lo bueno que había en él, ¿lo entiendes? Maté su alegría. Su ternura. Su cordura. Sus ganas de vivir... ¡Absorbí *toda* la humanidad que tenía! Y si muere lo que nos vuelve humanos, entonces, no somos más que insignificantes recipientes vacíos.

—Pues déjame que te diga que lo hiciste como el culo, Adeline, porque jamás conseguiste matar su amor. Y a mí pobre juicio, amar a alguien te vuelve jodidamente humano.

Encaja el golpe con dificultad. Me mira con los ojos relucientes y abiertos de par en par.

—¿Amor? —murmura aterrada, como si ese fuese un concepto inaceptable para ella—. ¿Quieres decir que Robert aún me ama?

No sé por qué parece tan turbada ante esa idea, pero decirlo volverlo a mi favor. Venceré a *Miss Lecter* con sus propias armas: los juegucitos mentales.

—Oh, sí. A pesar de todo, Robert nunca ha dejado de hacerlo. Te amó incluso en los momentos en los que más te odiaba.

—No puede ser cierto —lo rechaza con la cabeza, varias veces seguidas, y sus ojos se vuelven más y más nublados, ahogados en lágrimas de tristeza.

—Lo es. Te amó, y aún te ama. Hagas lo queagas, lo derrumbes cuantas veces lo derrumbes, nunca vas a erradicar sus sentimientos hacia ti. Y, no nos engañemos, sé que llevas razón. No eres buena para él. ¡En absoluto! La última vez que tú estuviste cerca, lo dejaste demasiado jodido. Se hundió por primera vez en su vida, y fue por culpa tuya. No sabes lo mucho que te odié por ello, Adeline. Te odié *muchísimo*, porque ese tío al que tú, supuestamente, mataste, es mi hermanito. Los hermanos mayores siempre somos demasiado protectores con los pequeños, y más yo con Robert. Durante muchos años, él fue lo único que tuve. Seré muy claro contigo, señorita —le digo, forzando un tono bajo, ya que este no es lugar para montar cirios—. No quiero que leagas más daño. ¡No te atrevas a hacerle más daño a Robert!

Empiezan a temblarle los labios y las manos. Está destrozada, pero aún no he acabado con ella. Adeline no necesita ternura ahora, necesita dureza. Necesita que alguien tenga las agallas de decirle la verdad. A mí me han funcionado los tratamientos de choque a los que me ha sometido Catherine, así que espero que a Adeline también le surtan efecto.

—No quiero hacerle daño —musita, con los ojos desbordados de lágrimas—. Por eso me fui, Nate. Para no hacerle más daño.

—Pero yéndote, lo único que conseguiste fue destruirle. Así que, por mucho que odie la idea de saberte cerca de Robert, odio aún más la idea de que estés lejos. Porque te ama, Adeline, joder. ¡Te ama! Por lo que, cuando regrese, y sé que regresará, ya que es incapaz de estar lejos de ti durante demasiado tiempo, asegúrate de recordarlo siempre que quieras joderle vivo: Robert *te ama*. Nunca ha dejado de amarte. Y sí tú ya no le amas a él, dímelo ahora y te contrataré el mejor abogado del planeta para que te defienda. Pero sí aún sientes algo, un último vestigio de amor, oculto en alguna parte de tu... *dañado* corazón, entonces, deja que lleve él este caso. Sabes que puede y desea hacerlo. ¿Qué me dices? ¿Ya que tú y yo somos *tan* amigos, podrías hacerme ese favor?, ¿lo de no volver a joder vivo a mi hermanito pequeño?

Adeline traga saliva. Está hecha polvo, a punto de venirse abajo aquí mismo. Necesita varios segundos para recuperar la compostura. Incluso así, cuando habla, se le percibe la emoción en la voz.

—Sé lo que debes de sentir, Nate. También sé lo que debe de sentir ella, Hayley, la hermana de Hunt. Entiendo su dolor, y por eso he permitido que se desahogara conmigo. Necesita a alguien a quien culpar. ¿Por qué no ser yo su cabeza de turco? Yo también tuve un hermano, ¿sabes? Intenté protegerle, como lo haces tú, y como lo ha hecho Hayley también, pero fracasé. No te preocupes. No volveré a cometer el mismo error con el tuyo. Te lo prometo. Cuidaré de tu hermano por ti. Quizá así pueda compensar de algún modo el hecho de no haber cuidado del mío ni del de Hayley.

Con gesto inflexible, la miro a los ojos, y ella me devuelve una mirada a la altura. Los dos lo sabemos: tenemos un acuerdo. Robert Black llevará el caso de Adeline Graham, acusada de asesinar a su marido. Mi estancia en territorio tejano concluirá en breve. Excelente. Ya echo de menos a mis dos princesas. Tomo nota mental de llamarlas en cuanto deje a Adeline en prisión.

—Bien. Espero que cumplas tu parte del trato.

—Siempre cumplo mi parte del trato, Black —asegura en tono seco. Sin añadir nada más, se gira de nuevo de cara al ataúd y se queda contemplando al difunto—. Ojalá tuviera rosas blancas... —musita para sí. Parece bastante afligida por este asunto de las rosas. Si llego a saber que le afecta tanto, se las habría traído yo mismo.

Sobreviene un silencio profundo, finalmente interrumpido por el agente, que se nos acerca para informarnos de que debemos marcharnos. Adeline ha de regresar a prisión.

—De acuerdo —asiente ella—. ¿Puedo tener unos momentos a solas con Hunt? Uno ha de estar solo para despedirse de sus seres queridos.

—Claro —accede el policía de inmediato.

Después de dedicarle a Adeline una sonrisa para envalentarla, camino en compañía del policía hasta la puerta, desde donde contemplo cómo esa frágil chiquilla, envuelta en negro, se inclina sobre el ataúd para susurrarle algo a su marido. Me pregunto qué será. ¿Un último *te quiero*? ¿Un *te echaré de menos*? Se comporta con muchísima ternura, como si se tratara de su mejor amigo. Supongo que lo ha debido de ser. Más que un marido, fue un amigo para ella, y ahora, no solo tiene que despedirse de él, sino que encima ha de enfrentarse a todas las injustas acusaciones, vivir todo un infierno, consciente de que el asesino de su amigo sigue en libertad. Imagino que es un momento terrible para

ella. Las despedidas siempre son terribles.

Ajena a los inquisitivos ojos que acechan en todas partes, Adeline le besa la mejilla a Hunter, le acaricia la cabeza con ternura y se coloca las gafas de sol, antes de volverle la espalda al ataúd y salir con el mismo aire majestuoso con el que ha entrado, provocando exactamente el mismo alboroto entre los asistentes.

Al día siguiente, estoy preparado para regresar a casa. No he vuelto a ver a *Miss Lecter*. Tampoco echo en falta su compañía. Ya tengo lo que he venido a buscar: la absoluta confirmación de que Adeline aún ama a Robert, además de su acuerdo para que él lleve su caso. Yo diría que no lo he hecho para nada mal. Incluso me atrevería a decir que salió mejor de lo que cabía esperar de alguien como yo. No solo que haya solucionado la crisis amorosa de mi hermano, sino que encima lo he dispuesto todo para hacerle la estancia lo más cómoda posible. Ahora me toca esperar a que aterrice su vuelo y a que despegue el mío.

Llego al aeropuerto con un poco de retraso, pero el avión de Robert llega con más retraso aún, con lo que tengo que hacer tiempo. Mando a John a que se tome un café. Es absurdo que se quede conmigo. No soy un niño que necesita una niñera, por mucho que mi mujer se empeñe en afirmar lo contrario.

Ya aburrido de seguir dando vueltas, me apoyo contra una columna y me cruzo de brazos. Mantengo las gafas de sol puestas y el sombrero de *cowboy* tapando gran parte de mi rostro. No me apetece que nadie me reconozca. No estoy de humor para firmar autógrafos o despertar histeria colectiva entre las adolescentes.

Por fin anuncian que el vuelo con procedencia de Nueva York acaba de aterrizar. Me acerco a la fila, impaciente de hablar con mi hermano.

Al cabo de un rato, me parece escuchar su voz. Alargo el cuello y entonces lo veo. Con ese aire regio que tanto le define, avanza por el aeropuerto junto a una adolescente, una chica de aspecto gótico, que parece exasperada por su compañía.

—Y sonaba *Bang Bang* —le está diciendo mi hermano, lo cual me hace entornar los ojos por debajo de las gafas. Lo de esa canción lo ha dejado muy tocado—. ¿No sabes cuál es? ¿Cómo que no? La de Nancy Sinatra, aunque era una versión diferente, con un toque roquero.

—¡Robert! —alzo la voz, en ademán de rescatar a esa pobre muchacha de la cháchara de mi hermano. Llamaré luego a madre para preguntar si acaso le han

adoptado. Es demasiado raro. ¿Por qué no puede hundirse en el alcohol, tirarse a unas cuantas modelos e intentar olvidarse de *Miss Lecter*, como la gente normal haría? «¿Por qué no hiciste tú nada de eso?», me propone mi estúpida consciencia, siempre dispuesta a arrancarme de mi error.

Robert y la chica gótica llegan por fin a mi lado.

—Hermano. Chica desconocida —saludo, dedicándoles una sonrisa encantadora.

—Ingrésalo —aconseja ella entre dientes, antes de darnos la espalda.

Me cruzo de brazos con aire severo. Así es cómo debe comportarse un hermano mayor cuando el pequeño mete la pata.

—¿A esta qué le has hecho?

Robert, todo trajeado, se encoge de hombros. Parece un alto ejecutivo, estoico, controlador e implacable. Hasta que abre la boca y confirma lo contrario, claro.

—¿Yo? Nada. Es extraña. ¿No la has visto? Seguro que rinde culto a Satán.

No me dejo convencer por su mueca de inocencia. Ha debido de darle el coñazo durante todo el vuelo con sus traumas y sus problemas. ¿Por qué no va al psicólogo, como hacemos Adeline y yo?

—Tienes que dejar de contarle eso a todo el mundo, tío.

Frunce el ceño como si no supiera de qué le estoy hablando.

—¿El qué?

—Lo de esa canción. Supéralo.

—No puedo. No puedo sacármela de la cabeza.

—¿Te refieres a Adeline o a la canción? —pregunto ceñudo mientras andamos en dirección a la salida, Robert con su maleta, y yo, con las manos colgándome de los bolsillos.

—Ambas. ¿Tienes un pitillo?

—Yo tengo de todo. ¿De cuál quieres, legal o ilegal?

Los ojos azules de mi hermano se pierden a lo lejos, casi más allá del remoto horizonte. Frunce el ceño, molesto por el sol.

—Legal. Quiero tener la mente serena cuando vaya a verla.

—Qué soso —me mofo, sujetando el paquete de cigarrillos para que pueda coger uno. Me saco el mechero del bolsillo y le ofrezco fuego—. ¿Quieres un trago para relajarte? Pareces tenso. No vayas a verla tan rígido. Se aprovecharía de tus debilidades. Ya sabes cómo es *Miss Lecter*. Huele el miedo a lo lejos. Es un sabueso del terror. Yo que tú, me tomaba un buen trago, para coger coraje.

Sus ojos, derrochando reprobación, se desplazan hacia los míos. No puede ver

la diversión reflejada en mi mirada, ya que los cristales de mis gafas son oscuros, pero estoy bastante seguro de que la intuye.

—¿Un trago de qué?

Con una sonrisa astuta, muevo un poco la chaqueta de cuero, lo bastante como para que vea la petanca de plata que guardo en el bolsillo interior.

—*Bourbon*, obviamente. No te iba a ofrecer agua bendita, tranquilo.

—De modo que una petaca. Qué descaro. Dime, ¿cómo encaja esta actitud con tu situación de padre de familia?

—No es delito si no te pillan, hermano. ¿Nunca lo habías oído?

Suelta una carcajada.

—¡Claro que lo había oído! Lo inventé yo mismo, capullo. —Nos reímos los dos, hasta que Robert se vuelve serio de nuevo, lo cual hace que mi sonrisa se desvanezca—. ¿A qué hora tienes el vuelo? —pregunta de pronto.

Desvío los ojos hacia mi reloj.

—Dentro de cincuenta minutos.

—Bien. Bien. Aún hay tiempo.

Sin decir nada más, empieza a dar vueltas de un sitio al otro mientras fuma con ansia. Me está poniendo nervioso todo su desasosiego. Espero que vuelva pronto con Adeline, que echen un buen polvo y que se tranquilice de una puñetera vez. No me gusta verle tan nervioso. Se supone que Robert es el sensato de la familia, y ahora, su intranquilidad supera la histeria. ¿En qué lugar me deja eso a mí?

—¿Cómo la viste? —pregunta con brusquedad, volviéndose por unos segundos—. ¿Está bien? ¿Está comiendo? ¿Durmiendo? ¿Está deprimida? Por cierto, ¡te voy a patear el culo por haber venido a verla sin mi permiso!

Tuerzo la boca con desdén. Tantas palabras se agitan en sus labios, pero en su mente solo hay una, y es la que tengo pensado contestar.

—Te ama —digo, sin más rodeos.

Frena en seco y se gira de cara a mí. Tiene el rostro lívido y las pupilas dilatadas.

—¿Qué has dicho? —susurra, casi aterrado.

—Qué te ama y quiere que lleves su caso. Me lo ha confesado a mí.

Robert se queda con el cigarrillo en la mano y los labios entreabiertos.

—¿Qué? Espera... ¿Cómo lo has conseguido?!

Hago un gesto de desdén.

—Muy fácil. Estaba en tercero cuando inventé los jueguecitos mentales que Adeline pone en práctica contigo. Jamás vencerá al maestro. Ella es retorcida,

pero yo lo soy aún más.

Da una calada al cigarrillo, y una amplia sonrisa extiende sus labios y desvela sus dientes.

—Nunca pensé que te lo diría, pero, Nathaniel Black, eres asombroso, tío.

—Eso mismo dijo mi mujer hace dos noches —me vanaglorio.

—Demasiada información, Nate —se ríe, echando el humor hacia la izquierda.

—Escucha, tengo que irme. Ah. Antes de que me olvide de ello... —Busco dentro de los bolsillos y le ofrezco un juego de llaves—. Toma. Esto es para ti.

Me mira con ceño.

—¿Qué es esto?

—Te he alquilado una casa. Dos plantas. Gimnasio. Piscina. Incontables metros de jardín. Te gustará. Está en las afueras de Austin.

—¿Una casa? ¿Para qué quiero yo una puta casa en este puto lugar?

—Sé que detestas los hoteles, por el tema de los gérmenes y todo eso, lo cual, ya que estamos con el temita, me parece una soberana gilipollez, porque limpian con lejía y...

—Nate —advierde en un gruñido, para indicarme que me voy del tema.

—Ah, sí. Al grano. Bueno, como te decía, te he alquilado una casa, ya que vas a estar un tiempo aquí. Supongo que Adeline no va a poder dejar la ciudad en cuanto salga bajo fianza, y sospecho que tú no vas a poder dejar a Adeline en cuanto salga bajo fianza, de modo que os he alquilado un nidito de amor. Úsalo sabiamente para seducirla y comprometerla. Una vez hundida su reputación, se casará contigo, créeme. Ah, y también te dejo un coche. Toma la llave. Así te podrás mover por la ciudad. Llévala a cenar a un sitio romántico. Ya verás cómo ganas puntos con ella.

Se me queda mirando con ojos brillantes.

—Eres el mejor hermano del mundo —declara, emocionado. Y eso que hace un rato me quería patear el culo...

Me abraza, y yo lo rodeo con los brazos y le doy unas cuantas palmaditas en la espalda.

—Como lloriquees encima de mi chaqueta, juro que te daré una paliza, Robert —le susurro al oído.

Suelta una carcajada y se aparta.

—Yo no lloriqueo.

—Sí, claro —bufo, retrocediendo también.

Tenemos una imagen que mantener. No podemos ir por ahí abrazándonos en

público. ¿Qué pensaría la gente?

—Nate...

No necesito que me lo diga. Asiento para indicarle que es mutuo.

—Lo sé. Y yo a ti. Ten cuidado, ¿vale? Recupera a la chica y... volved a casa.

Dice que sí con un gesto de cabeza.

—Lo haré —asegura, todo contento.

Doy media vuelta y empiezo a caminar en dirección al aeropuerto. De pronto, recuerdo que aún no le he dicho lo más importante, así que me vuelvo hacia él. Está de espaldas, mirando a lo lejos con expresión distraída.

—¡Robert!

Se gira, se saca el cigarrillo de la boca y suelta el humo hacia arriba.

—¿Qué?

—Haz que se sienta viva.

—¿Qué? —repite confuso.

—Solo necesita sentirse viva, ¿vale?

Solo hay una fuerza motriz: el deseo.
(Aristóteles)

Capítulo 3

Actualidad, Austin, Texas

Robert

Se ha negado a verme. He intentado ajustarme al horario de visitas de la prisión, para asegurarme de que es cierto eso de que quiere que me haga cargo de su caso, y ¡se ha negado a verme!

No hace falta decir lo descolocado que me dejó su negativa, ya que no me la esperaba. Se suponía que ella estaba de acuerdo con todo; que había accedido a que yo me ocupara de su situación. Eso fue lo que le dijo a mi hermano ayer. Entonces, ¿por qué no me ha recibido esta tarde? ¡Dioses!, me están volviendo loco esta mujer y sus juegucitos. ¿De qué se trata?, ¿de alguna especie de táctica retorcida para tenerme pendiente de ella? La próxima vez que la vea, pienso recomendarle seriamente que pida ayuda psicológica. Es más, ahora no tendré reparos en hacer que la ingresen en una clínica de máxima seguridad. Admito haberme equivocado cuando le dije a Zagers que yo me haría cargo de ella. Fue una estupidez por mi parte. Adeline Carrington se merece la camisa de fuerza solo por estar jugando con mi mente de este modo tan cruel.

Podría haber ido esta noche, haber obligado a Jones a que me colara en su celda y así aclarar las cosas con ella de una vez por todas, pero no lo he hecho. He elegido quedarme en casa y leerme el diario que me ha enviado. Me fue entregado por su padre esta tarde, cuando quedamos para tomar un café y hablar del caso. Necesitaba que alguien me pusiera al día acerca de los acontecimientos que han sucedido en el tiempo en el que he estado fuera de Texas, y como ella acababa de rechazar mi visita, Edward parecía la mejor opción.

—No quiere verte, pero ha insistido en que te dé esto —me informó el senador, de formidable aspecto físico y expresión tan majestuosa como la de un rey. Siempre se me ha hecho raro tratarle como a un suegro. Uno: porque no me

aguanta. Dos: porque tenemos casi la misma edad—. Toma.

Lo miré ceñudo, sin formular palabra. Edward Carrington tenía un puro encajado entre los labios y estaba removiendo su *espresso*. Me distraje pensando en que parecía muy europeo y muy distinguido. Y demasiado joven para ser el padre de Adeline. Me puse a hacer cálculos. ¿A qué edad la había tenido? ¿Dieciséis? ¿Diecisiete?

—¿Hola? ¿Black? ¿Me entiendes cuando te hablo? Esto es para ti, de parte de Adeline.

Sacudí la cabeza para espabilarme.

—Disculpa. Estaba distraído. ¿Qué es esto?

Cogí la agenda con aire confuso y me quedé ahí un momento, escrutando los marrones ojos clavados en los míos. Exhibían la misma dureza que los de Adeline; ese aire de extraordinaria fortaleza que refleja el hecho de que estás tratando con personas acostumbradas a conseguir siempre todo cuanto desean.

—No lo sé. Por respeto, no lo he mirado, ya que va dirigido a ti. Quiere que regreses después de leértelo, si es que aún deseas volver. Eso fue todo lo que dijo al respecto.

—Entiendo. —Me guardé la agenda en el maletín y tomé un sorbo de café, antes de disponerme a hablar—. ¿Qué ha pasado en la audiencia preliminar de esta mañana? —cambié de tema, ese aspecto en concreto era de mucha más importancia que la agenda de Adeline.

Edward hizo una mueca de disgusto.

—El juez no ha desechado el caso de la fiscalía. Dice contar con suficientes pruebas como para obtener una condena. El abogado de la familia no ha podido hacer nada. De todos modos, Joseph no es demasiado hábil en juicios por delitos mayores. Te prefiero a ti. Me alegra saber que has asentado la cabeza por fin.

Lo dijo como si fuera culpa mía que su hija me hubiera echado del caso. Estuve tentado a sacarle de su error, pero me lo pensé mejor y acabé cerrando la boca. No me apetecía dar más explicaciones, con lo que me limité a responder con un:

—Ya. Gracias, supongo.

Movió la mano como con displicencia.

—Mañana la acompañarás a la instrucción de cargos, donde te presentarás como el abogado oficial de la defensa. Da igual la fianza que se establezca. Acéptala. La pagaré. No voy a permitir que mi hija se quedé ni un instante más en prisión. Ya bastante la han retenido ahí. Es una auténtica vergüenza todo lo que está sucediendo, y pienso ir a hablarlo con el gobernador esta misma tarde.

Esta vez me tocó a mí hacer un gesto de disgusto al recordar todas las meteduras de pata de las autoridades locales.

—Coincido contigo. He encontrado defectuosos todos los procedimientos legales seguidos en este caso. Ha trascurrido demasiado tiempo desde la detención hasta la lectura de cargos. Lleva siete jodidos días en prisión. Es como si quisieran retrasar la fianza todo lo posible.

—Quizá lo que pretenden es llevarla a tal estado de desesperación como para que se declare culpable —señaló Edward en tono agrio.

—Como fuera, su demora está infringiendo los derechos constitucionales de Adeline, y pienso presentar una moción de desestimación. Lo que pretende el fiscal es ganar más tiempo, porque sabe que pensamos solicitar un juicio rápido. Son absolutamente conscientes de que las pruebas que manejan son endebles, la mayoría circunstanciales, así que necesitan tiempo, o bien para obtener más pruebas incriminatorias, o bien para que Adeline decida hacer un trato y declararse culpable.

Los ojos de Edward se encendieron.

—Eso no va a pasar en la vida. Los Carrington no hacemos tratos. *Nunca*. Iremos a juicio y ganaremos. Sé que ganaremos, Black.

No repliqué. Me quedé con la mirada perdida en la nada, distraído por una idea descabellada. En realidad, todo dependía de ella. Ganar. Perder. Vivir. Morir. Ser feliz... No serlo... Ninguna mujer debería ejercer tanto poder sobre la vida de un hombre.

—Mañana se va a declarar inocente, ¿verdad? —pregunté de repente, para cerciorarme de ello. No me fiaba en absoluto de la cordura de Adeline.

El rostro de Carrington adquirió un aire contrariado.

—Por supuesto. ¿Cómo iba a declararse, si no?

—Conociéndola, de cualquier modo solo por llevarme la contraria —rezongué con un malhumor que hizo reír a Edward.

Hace tres horas desde que acabamos esa conversación. Ahora estoy cómodamente instalado en el sofá del salón, con ropa de estar por casa y una botella de alcohol a mano. Si hay más historias de Adeline, entonces, me hará falta beber. No creo que pueda tolerar ninguna confesión suya estando sobrio. Sé que pondrá a prueba mi paciencia, siempre lo hace.

Con expresión ausente, abro la agenda y paso las puntas de los dedos por esas palabras que ella ha garabateado encima del papel rosa. Por algún motivo, en este momento la siento un poco más cerca de mí, como si el abismo que nos separa se hubiese desvanecido de repente.

Las letras bailan delante de mis ojos, se vuelven tan borrosas que durante unos segundos no leo nada, tan solo me limito a acariciar las páginas que ella ha tocado. Mi patetismo no conoce ningún límite. Mosqueado por mi actitud, cierro la agenda y la tiro al suelo, lo bastante lejos de mí.

—¡Joder! —bramo, mirándola airado. No son más que unas putas hojas de papel. ¿Por qué me están afectando tanto?

Me revuelvo el pelo con los dedos, exhalo el aire con fastidio y me obligo a mí mismo a comportarme como es debido, es decir, como un hombre de treinta y cuatro años y no como un adolescente de quince.

Cuando consigo dominarme, cojo de nuevo el diario y lo vuelvo a abrir, empeñado en apartar los sentimentalismos y centrarme en idear la defensa del caso.

He leído en alguna parte que el modo de escribir desvela muchas cosas sobre la personalidad de uno. No sé exactamente cómo interpretar esto, pero Adeline tiene una letra pulcra y elegante, muy adecuada para escribir invitaciones a fiestas benéficas. Mi lado malvado se divierte preguntándose si los Carrington la apuntarían a alguna especie de academia cuando era pequeña, para que aprendiera a escribir con esta caligrafía. «Sí, seguro que sí».

Decido dejarme de chorradas y leer su diario. Por lo general, me parecería mal hacerlo; una absoluta violación de su intimidad. Pero si ella me lo ha hecho llegar, será porque quiere que lo lea. Bien pensando, Adeline Carrington, (en fin, Graham), no parece el tipo de chica que escriba en un diario. Y mucho menos un diario de hojas color rosa. Sencillamente, eso no va con ella. Casi me la imagino quejándose de lo vomitivo que le resulta mirar las florecillas blancas que enmarcan las fechas.

«Esta mierda es para las Barbies estúpidas, Black. Esas con las que salías tú antes de conocerme». Seguro que diría algo parecido. Así es Adeline, una criatura encantadora.

Pese a todo, tengo entre mis manos una prueba que echa abajo todo lo que sé sobre ella. Y es que este diario no casa en absoluto en sus patrones habituales de comportamiento, lo cual me tiene de lo más intrigado. ¿Qué más hace esta chica que yo no sepa?, ¿escucha a Justin Bieber? Curvo la boca en una sonrisa socarrona, tomo un trago de mi botella y me dispongo a leer.

Siete días antes, Austin, Texas. El día del crimen

Extracto del diario de Adeline Graham

Adeline

Me sorprende ver que Hunter no me ha despertado con un beso. Suele despertarme siempre con un beso, porque quiere que sea su rostro lo primero que vea al abrir los ojos. Y, cómo no, también pretende que sea lo último antes de cerrarlos. Temo que mi marido padezca un egocentrismo casi patológico, aparte de un profundo enamoramiento que no parece mermar con el transcurso de los meses. Es más, me atrevería a decir que nada aminora en esta relación, sino que se intensifica cada vez más, hasta volverse del todo insostenible. Siempre lo he dicho: el amor es el más terrible de los venenos.

Y Hunter está demasiado enganchado. Tanto que apenas me deja respirar.

Él siempre está ahí, cerca, haga lo que haga, de modo que no me explico por qué razón, al abrir los ojos después de una siesta de varias horas, no le veo tumbado a mi lado en la cama. Disfruta mucho tumbándose a mi lado y contemplándome mientras duermo. Le confesé que su interés en mí me resulta siniestro, pero él sigue actuando del mismo modo porque tenemos serias discrepancias en cuanto al significado de esa palabra.

Para saber con exactitud cuánto he dormido (debo vigilar las siestas si pretendo mantener a raya el insomnio), desvíó la mirada hacia el reloj que cuelga de mi muñeca. Y con colgar, quiero decir que *realmente* cuelga. Me lo regaló Hunter cuando nos casamos, en una época en la que yo pesaba unos cinco o seis kilos más. Ahora me queda demasiado grande, lo cual lo hace bastante incómodo de llevar. Por si fuera poco, encima es un reloj espantoso, enorme y, sin duda, lo más vulgar de todo el maldito estado de Texas, que no es que sea precisamente un desfile de buen gusto y delicadeza. A veces me horrorizo pensando en lo mucho que disfrutaría si tuviera a mi alcance un martillo de aquellos pesados con el que golpear el cristal del reloj hasta reventarlo en minúsculos trocitos.

Sí, fantaseo con ello, lo admito. Soy consciente de que, al leer esto, cualquiera podría sentirse confundido por mis palabras. Pero no puedo evitar revelar la mórbida satisfacción que me produciría poder destrozar el estúpido reloj de Hunter. Claro que se trata de una fantasía oscura que jamás se me ocurriría llevar a la práctica. Porque, en vez de destruir nada, lo que hago es exhibirlo con orgullo, ya que me lo regaló mi marido y eso es lo que una buena esposa debe hacer: *llevarlo con orgullo*. Tal cual me lo explicó Hunter cuando

me quejé de que me parecía demasiado grande y que prefería no llevar joyas, ya que, en aquel entonces, me consideraba de eterno luto.

Eso le enfureció. Hunter siempre ha detestado el luto. Y la muerte. A él le gusta la vida. Vive como nadie, con una pasión alucinante, disfrutando de cada instante como si fuera el último. Nada le gusta más a Hunter Graham que la vida. Para él, la vida lo es todo.

Confieso que siempre me ha fascinado su intensidad. Sobre todo, porque me recuerda a Robert Black. Él también es intenso. O, mejor dicho, lo era, antes de que yo matara sus ganas de vivir.

Bloqueo cualquier pensamiento relacionado con Robert, ya que ese es un camino por el que jamás debo adentrarme, y me bajo de la cama. Hundo los pies descalzos en mis ridículas zapatillas de peluche. Son blancas y tienen orejas de conejo, porque a Hunter le pareció divertido que las tuvieran. Como soy una buena esposa, a mí también ha de parecerme divertido. Debo llevar las puñeteras zapatillas que él me regaló, y debo hacerlo con una enorme sonrisa en labios. De modo que eso hago, ensayo una sonrisa estúpida, me calzo las zapatillas y me preparo para enfrentarme a un nuevo día.

Bostezando, me envuelvo con una camisa blanca (de Robert, aunque a Hunter le dije que fue de Chris. De lo contrario, me diría: «*una buena esposa jamás debe llevar la ropa de su ex novio*»), lo cual me obligaría a dedicarle una bonita peineta a Hunt). Miro por la ventana y constato que sigue lloviendo ¡Condernado cambio climático!

—¡Hunt! —grito, pero nadie contesta.

Qué extraño. ¿Quizá se haya marchado a dar una vuelta?

De camino hacia la puerta, recuerdo que anoche nos peleamos. Fue una discusión tonta, una pelea de escasa importancia, centrada en el argumento principal de *Anna Karenina*. Sí, sé que es estúpido discutir acerca de *Anna Karenina*.

Hunter y yo vimos la película, y él se pilló un rebote a causa del final. Defiende la idea de que Karenin tenía que haberle pegado un tiro a esa «*puta infiel*». Palabras textuales.

—¿Vronsky? —se burló anoche, ya con unas copas de más, tanto que iba arrastrando las palabras—. Pues toma Vronsky, so puta. *Bang, bang, bang, bang, bang.*

Sus dedos fingirían una pistola con la que él no dejaba de dispararle a la imaginaria «*puta infiel*», entre estúpidas risotadas de regocijo. Me puso de los nervios. ¿Qué encontraba de malo en que Anna amara a un hombre que no era su

marido? A mí me parecía algo perfectamente normal. A lo mejor Karenin no era digno de amor.

—¿Por qué tantas balas? —pregunté, mirándolo disgustada—. ¿Por qué no un único disparo?

—Para asegurarme de que la zorra está bien muerta, preciosa —me dijo, con una sonrisa que daba escalofríos.

A raíz de eso, nos lanzamos a una agresiva discusión. Hunter se declaraba en contra del adulterio. Yo, por supuesto, estaba a favor, si había un amor tan apasionado de por medio. Al cabo de una hora de gritarnos mutuamente, pusimos fin a la discusión, muy enfadados el uno con el otro. En vez de dormir, pasé casi toda la noche en vela, en mi habitación. Según la costumbre, Hunter estuvo conmigo todo el rato. Me acarició el cabello con infinita ternura y me prometió que él jamás me abandonaría. Incluso lloró al decirme que Hunter Graham no es un gilipollas como ese tal Karenin. Él sí se preocupa por su mujer, para que ella no sienta necesidad de interactuar con otro tío.

Así es Hunter: un perro de lo más leal. Nunca sabes si te va a morder los pies o si te los va a lamer. Lo que sí sabes es que siempre estará ahí. Y con siempre, quiero decir... *siempre*.

Pasadas las doce del mediodía de hoy, Hunter decidió que yo necesitaba dormir. Así las cosas, me ofreció una bebida, lo cual atrajo una mirada repleta de escepticismo por mi parte, ya que sabía perfectamente lo que contenía esa copa. No era la primera vez que Hunt me ofrecía algo de esa índole. Digamos que nuestra vida en común se salía un poco de los estándares de la normalidad.

—¿Qué diablos pretendes que haga con esto? Para el aguante que tengo, necesitaré más de una dosis.

Sin dejar de sonreírme con ternura, agitó la cabeza para rechazar mi argumento.

—No se te ocurra tomar más de uno de estos. No tiene nada que ver con la mierda que te trae Darrow. Esto es pura potencia, nena. Te dejará completamente colocada durante horas. Anda, tómatelo, cariño, y sube a descansar.

Lo miré, un poco desconfiada. ¿Fuera de circulación con una sola bebida? ¿Qué se había fumado Hunter? Pese a mi recelo, no dije nada. De todos modos, mi marido detesta que le lleve la contraria.

Y eso es lo último que recuerdo ahora, al bajar por la escalera interior de nuestra casa: me veo llevándome a la boca ese vaso de alcohol. Después de eso, no hay más que oscuridad; unas tinieblas demasiado densas como para poder desgarrarlas.

Aturullada por el sueño, entro en el salón y busco a Hunter con la mirada. No está. Mejor. Así tendré un rato para mí. A veces me resulta sobrecogedora la compañía de mi marido. Es como una sanguijuela de la que no puedes escapar, siempre absorbiendo la vida en ti.

Enciendo el equipo de música, introduzco un CD y elijo *Lascia ch'io pianga*, una de las obras favoritas de Robert Black. Hunt la odia, como si intuyera la razón por la cual me fascina tanto, así que procuro escucharla solo cuando él no está en casa. No quiero disgustar a Hunter. Es más bien lo contrario, me gusta tenerle satisfecho y feliz. Yo soy feliz cuando Hunter es feliz. A eso se resume lo nuestro.

Tan pronto como empieza a sonar la canción, me siento un poco más tranquila, pues esos familiares acordes calman un poco la inquietud de mi alma. La música de Händel es lo único que me reconforta ahora, que ya no puedo escuchar su suave voz susurrándome cosas. Esas palabras se han perdido dentro de mi memoria, al igual que lo ha hecho la imagen de su querido rostro. Ahora todo ha muerto. ¿Qué sentido tiene? Apenas me acuerdo ya del aspecto que tenía, o de cómo sonaba su voz en mí oído. Es mejor así, ¿verdad? ¿De qué me serviría atormentarme con el recuerdo de algo que nunca poseeré?

Sintiéndome resignada y en paz conmigo misma, elevo el volumen casi a tope, subo a la segunda planta y decido darme un baño. Hace mucho tiempo llegué a la conclusión de que no puedes sentirte mal cuando haces lo correcto. Con esa idea desarrollándose dentro de mi mente, entorno despacio la puerta de nuestro baño. Y lo siguiente se vuelve demasiado borroso.

Yo en el umbral... Hunter en el suelo... Sangre por todas partes... Salpicaduras en los azulejos... Mis zapatillas machadas de sangre... ¿Oh, cómo he acabado así?

—¡Hunter! —creo gritar, aunque no podría asegurarlo.

¡Estoy tan confusa! ¡Dios!, ¿por qué hay tantísima sangre? Por un instante me invade la terrible sospecha de que el mundo entero ha sido engullido por este océano rojizo. «*Sangre roja que no deja de brotar y brotar y brotar, elevándose amenazadora hasta asfixiarte. Oh, nunca desaparecerá, por mucho que te laves las manos. Lo sabes, ¿verdad?*»

—¡Cállate! — me grito a mí misma, tapándome los oídos.

La sangre clama justicia. Venganza. ¿Pero por qué hay tantísima sangre aquí? Me llevo una mano a la sien y me obligo a mí misma a respirar, pese a que los pulmones se oponen tajantemente a los planes de mi cerebro.

«*Hunter está muerto. Hunter está muerto. Hunter está... ¿muerto?*». Esa idea,

tan obsesiva, no deja de dar vueltas por mi mente. ¿Qué le he hecho? ¿Lo he matado? ¿Está muerto? ¿Muerto de verdad?

«*Tómale el pulso. No, no te acerques. Piensa. ¡Piensa!*».

—¡Aaaaahhhh! —rujo, y me vuelvo a coger la cabeza entre las manos, al borde de la histeria.

No puedo pensar. Hunter está muerto. ¿Cómo podría pensar ahora?

Miro a mi alrededor con ojos frenéticos. No sé lo que estoy buscando, pero necesito algo que me haga reaccionar.

Durante unos lentísimos momentos, solo soy consciente de los ruidos que me rodean. La lluvia, que se estrella furiosa contra el techo y azota las ventanas con sus enormes gotas; el estúpido violín, que no deja de sonar, *crescendo* tras *crescendo*. ¡Joder! ¡Ojalá cesara todo, para que pueda aclarar mi mente!

Vuelvo a mirar a mi alrededor. Estoy buscando algo. Una salida. Ha de haber algo. Pero ¿qué? No veo nada. Nada más que sangre. «*Espera... ¡La sangre! Eso es. Céntrate en la sangre. ¿De dónde proviene?*»

De algún modo, una idea consigue abrirse paso a través de la vorágine que domina mi mente. Si lo he matado, te tenido que usar algún arma. Hay sangre, con lo cual no ha sido asfixia ni envenenamiento. Lo hice con un arma.

«*El arma del crimen*».

Irrumpo en el baño, me acerco al cuerpo sin vida de Hunter y busco algún indicio. No hay nada.

Mi móvil está en su mano derecha. ¿Por qué tiene mi móvil?

Me quedo ahí, mirándolo, por un tiempo indeterminado. El tiempo carece de sentido ahora. ¿Qué es el tiempo? Nada. ¡No es nada!, al igual que los demás conceptos, como la felicidad, por ejemplo. El tiempo solo es *nada*. El mundo es *nada*. Yo misma soy *nada*. ¿Y qué es la nada? ¿Alguien lo sabe? Supongo que no.

Me agacho, intentando tocar a Hunter lo menos posible, y cojo el teléfono. Llamo a emergencias. No recuerdo muy bien la conversación, (aunque más tarde la escucharé durante un interrogatorio). Debo de estar en alguna especie de estado de *shock*. Lo que sí recuerdo es que, al llegar los equipos de emergencias, me encuentran tumbada en el suelo del baño, abrazada a la espalda de Hunt. No sé cómo he acabado así. Los médicos parecen conmocionados cuando me apartan de su ya gélida espalda.

—Tengo que examinarla —me dice una mujer cualquiera, y yo asiento ausente—. Voy a tomarle unas muestras de ADN, ¿de acuerdo? —Como me mira con insistencia, para cerciorarse de que la he entendido, vuelvo a asentir—.

Muy bien. Coja este bastoncillo y páseselo por la parte interna de la mejilla. —Con gestos forzados, hago lo que me dice—. Muy bien. Tranquila. Lo hacemos solo para separar su ADN de las demás muestras encontradas dentro de casa. Ahora vamos a intentar determinar si tiene restos de pólvora en la ropa, en las manos y en los pies.

No reacciono, dejo que hagan lo que consideren pertinente. Solo vuelvo en mí cuando me doy cuenta de que está a punto de pincharme una aguja en la vena.

—¡No! —grito, pegando un salto de la butaca—. No me puede pinchar. Me dan miedo las agujas.

—Tengo que tomarle sangre para saber si está bajo los efectos del alcohol o cualquier otra sustancia.

—Lo entiendo, pero, por favor, no quiero ver más sangre. No puedo. ¡No puedo! Me desmayaría si lo viera —me altero, con ojos frenéticos—. Por favor, por favor, por favor. No puedo. No puedo. No puedo...

Me agito como si estuviera a punto de sufrir un brote psicótico, lo cual consigue que la mujer se apiade de mí y me ofrezca uno de esos botes para las pruebas de orina. Tiene la tapa roja. Estúpidamente, pienso que preferiría uno de tapa azul. Sin embargo, ella me ofrece el de la tapa roja. Parece que hoy todas las cosas que me rodean son de color rojo.

—Está bien. Tranquilícese, por favor. Sé que es un momento muy duro para usted. Haré una prueba de orina. Quizá luego tenga de sacarle sangre, pero, de momento, haga pis ahí dentro.

Miro sus oscuros y brillantes ojos, y asiento.

—Gracias.

Cojo el bote y entro en el baño de la biblioteca, ya que aún no han llegado los agentes aquí. Siguen peinando las plantas superiores en busca de pruebas.

Al salir del baño, le ofrezco el bote a la mujer, y ella me dedica una sonrisa amable.

—Hemos acabado. Haré que entre el detective Rodríguez. Quiere hablar con usted.

—¿Rodríguez?

—Es quien lleva el caso —me explica, y yo asiento, sin abandonar mi ensimismamiento.

Pasa un rato hasta que se abre la puerta de la biblioteca, aunque no sabría indicar con exactitud cuánto tiempo he estado sola. Rodríguez es un hombre alto y moreno, muy atlético. No viste uniforme como el resto de agentes, no sé si eso pasa porque no suele llevarlo o porque estaba fuera de servicio cuando se

produjo mi llamada al servicio de emergencias. Como sea, Rodríguez viste unos vaqueros y un jersey negro. Yo sigo llevando la camisa de Robert, aunque ahora está machada de sangre. Tengo ganas de llorar. Es la única camisa suya que tengo, y está destrozada.

—Señora Graham.

—Llámeme Adeline, por favor.

Se me acerca y me ofrece su mano, que yo estrecho de inmediato.

—Adeline, me gustaría hacerle un par de preguntas.

Algo se mueve en mi rostro, como un rictus, y noto la boca y la garganta secas. Ahora indagarán en nuestra vida y descubrirán cosas que preferiría mantener bajo llave.

—Por supuesto —me apresuro a decirle, para disimular mi nerviosismo.

—Tomemos asiento.

Lo sigo hasta el sofá de cuero marrón, que está en mitad del espacio, encajado entre dos mesillas altas, modelo clásico. A Hunter también le gustan las cosas con historia. Eso es algo que tenemos en común. *Teníamos* en común. Me cuesta bastante hablar de Hunter, tan lleno de vida, tan *vivo*, en pasado. Ahora Hunter se ha convertido en nada. Por desgracia, tarde o temprano, todo lo que me rodea acaba convirtiéndose en nada.

—Me gustaría que me contara lo que recuerda. —Rodríguez, ocupando la butaca de enfrente, me evalúa con la mirada—. Todo. Cualquier detalle, ¿de acuerdo?

Empiezo a contárselo desde el principio, desde que me desperté hasta que me encontraron abrazada a Hunt. Lo hago lo mejor que puedo, intentando recordar cada detalle. Rodríguez me plantea unas cuantas preguntas a las que yo contesto con los «*no lo recuerdo, lo siento*», «*no me consta*», «*no lo sé*». Parece que la más mínima chorrada es importante ahora. ¿Rocé el cuerpo? ¿Cómo lo abracé? ¿Qué parte de mi cuerpo estuvo en contacto con el cadáver?

—Hunt.

Rodríguez me mira con ojos confusos, por debajo de un ceño fruncido peligrosamente.

—¿Cómo dice?

—Llámeme Hunt, no *el cadáver*. A él no le gustaría. Odiaba la idea de morir. Era lo que más le aterraba en la vida, como a todo ser que adora vivir.

Parece avergonzado, a juzgar por las prisas con las que baja la mirada.

—Mis disculpas. Señora Graham... *Adeline* —al enfatizar mi nombre, vuelve a mirarme a la cara—. Esto es importante para determinar qué partes de su

cuerpo estuvieron en contacto con la pólvora.

—Intento recordar todo lo que me pide, pero estoy demasiado confusa. No puedo creer que él ya no esté aquí.

—¿Tenía Hunter enemigos, que usted supiera?

—¡Cielos, no! Le amaba todo el puñetero estado. Era la estrella local. Siempre le salían gratis los tacos en los sitios de comida rápida, porque siempre había alguien dispuesto a invitarle. Le encantaban los tacos, ¿sabe? Sigo sin entender por qué. Yo odio los tacos.

Hace como si no me hubiese escuchado, y prosigue.

—En el espejo del baño, el asesino ha dejado una pista.

Contengo el aliento por unos segundos, cuando la imagen de esas letras ensangrentadas se reproduce dentro de mi cerebro.

—Sí, lo he visto. El mensaje es un absoluto acto de crueldad.

—Apunta a una venganza personal —conjetura, estudiándome fijamente.

—Supongo que ha debido de serlo.

—¿Se le ocurre alguien que deseara ver muerto a Hunter Graham, Adeline?

Se me ocurren varias personas con deseos de ver muerto a Hunter, pero no pienso decírselo a Rodríguez. Que lo averigüe por sí solo. Para eso le pagan un sueldo.

—Pues ahora mismo... nop.

—El mayordomo...

—Philippe —lo corrijo distraída. Rodríguez entorna los ojos.

—*Philippe* dice que anoche, antes de que él se marchara, os escuchó gritar. Que Hunter rompió un adorno de cristal, y que usted lloraba.

Mi boca se curva en un gesto tembloroso.

—Eso no tiene la menor importancia. Lloro mucho, ¿sabe? Philippe lo puede confirmar.

—¿Y eso por qué, Adeline?

Me encojo de hombros.

—Soy muy sensible. Cualquier cosa me altera. Mi situación mental no pasa por su mejor momento.

¡Ojalá dejara de apuntarlo todo en su estúpida libretita! Me está poniendo nerviosa.

—¿Admite tener problemas mentales?

—Eso es de dominio público, señor Rodríguez. ¿No lee usted la *Page Six*?

—No, la verdad es que no.

—Una pena. No sabe cuántos chismorreos deliciosos se está perdiendo.

—Mmmm. Me lo puedo figurar. Regresemos a la pelea de anoche. ¿Por qué discutieron Hunter y usted?

—El realismo.

Oleadas de confusión barren su moreno rostro. Sus ojos son pequeños y muy incisivos, como los colmillos de una hiena.

—El realismo —afirma, todo escéptico.

—*Anna Karenina*, para ser exactos.

—*Anna Karenina* —vuelve a afirmar, en el mismo tono que confirma que no se ha tragado ni una sola palabra mía desde que nos sentamos aquí.

—*Anna Karenina*, sí. No nos poníamos de acuerdo en cuanto al desenlace de la acción. Yo defendía que Anna actuó sabiamente, poniéndole fin a su agonía, pero Hunter se opuso a esa idea, lo cual dio lugar a una pelea.

—¿Y es muy habitual que las peleas por un libro sean tan violentas?

—¡Oh, cielos, no! —exclamo, casi consternada—. Fue por la película —expongo, como si eso lo cambiara todo—. Le puedo garantizar que Hunter Graham no ha leído nada en toda su vida, aparte de los prospectos de algunos de los medicamentos del botiquín del baño. Y eso lo hizo solo porque adora demasiado la vida como para tener deseos de provocarse a sí mismo una sobredosis. *Adoraba* —repito, más bien para mí.

Creo que Rodríguez piensa que se me va la olla. Desde luego, me mira como si pensara que se me va la olla.

—Entiendo. Así que discutieron por una película, él rompió un adorno y usted se echó a llorar.

—Sí. Como le dije, soy una persona muy sensible, de esas que lloran por cualquier cosa. Y si se hubiese molestado usted en ver *Anna Karenina*, entendería por qué me afectó tanto. Era todo tan... real. Y sé que le sonará a algo obvio, ya que estamos hablando de la obra cumbre del realismo, pero...

—Dejemos *Anna Karenina*, ¿quiere? —interrumpe, perdiendo la paciencia—. Hábleme de su relación con Hunter. ¿Cómo le conoció? ¿Cómo se enamoraron? ¿Cómo era su matrimonio? Quiero saber todo eso.

—Es usted bastante cotilla, ¿verdad? ¿También quiere que le diga cuantas veces lo hacíamos a lo largo de una semana?

—Limítese a contestar, Adeline.

Pongo los ojos en blanco.

—Está bien. Le conocí en una fiesta. Nos presentó un amigo común. Yo estaba prometida por aquel entonces. Al cabo de unos meses, dejé a mi prometido y me fui con Hunter. Dos noches después, nos estábamos casando en

una capilla de Las Vegas. Hunt se había empeñado en que yo vistiera de Marilyn. Me veía ridícula, pero lo hice para complacerle. A él le encantaba todo eso, lo de que yo lo complaciera. Nuestra relación ha sido buena desde el principio. Él era mi amigo. No sé qué más quiere que le diga.

—Hemos encontrado lo del sótano —anota, y me mira con mucho interés, para evaluar mi relación. Probablemente se esté llevando un chasco ahora mismo, porque ni siquiera parpadeo.

—¿Y eso es un crimen, señor Rodríguez? —quiero saber con un aplomo asombroso.

—Es preocupante.

Mi boca se tuerce en una sonrisa socarrona.

—¿Preocupante? ¿Por qué? Éramos jóvenes y estábamos enamorados. No hacíamos daño a nadie.

—Pero sí a vosotros mismos —repite, sin que sus ojos se aparten de los míos.

—Algunas veces —admito, con voz monótona.

Rodríguez lo apunta todo en su bloc. Se toma un momento para repasar sus notas, y luego alza los ojos hacia los míos. Ha desaparecido su expresión de afabilidad. Ahora es la pura definición de la palabra dureza. Supongo que empieza el juego. Bien. Estoy preparada para contraatacar.

—Entiendo. ¿Qué ha sido de la pistola?

Lo miro sin entender.

—¿La pistola?

—No está. Hemos rastreado la casa. Solo nos queda esta biblioteca y el baño de al lado. Ahórrenos la búsqueda, Adeline. ¿Dónde está la pistola?

Tuerzo la boca en gesto de desdén.

—¿Y por qué me lo pregunta a mí?

—Su marido dio el día libre al servicio, por lo que solo estaban Hunter y usted, solos en esta enorme mansión. Él ha acabado muerto, así que doy por hecho que usted debe de conocer el paradero del arma del crimen. No hay señales de allanamiento. Es más, hemos analizado las grabaciones de las cámaras que rodean la propiedad, para cerciorarnos de ello. Hay más vigilancia aquí que en el Pentágono. No queda ni un solo rincón del jardín sin cubrir. ¿Y sabe qué hemos descubierto?

Lo sé. Aun así, me tomo la molestia de preguntar.

—¿El qué?

—Nadie ha entrado ni salido de esta casa en todo el día. ¿Usó guantes,

Adeline? ¿Por eso no tiene pólvora en las manos, pero sí en la ropa?

Me quedo sosteniendo sus ojos. Pretende llegar a las raíces de mi ser a través de la intensidad de su mirada. No sabe que no hay nada ahí. Ignora que lo que tiene delante es un recipiente vacío; un mero vestigio de algo que una vez hubo. Busca indicios de culpabilidad dentro de mi alma. Ingenuo. No hay nada dentro de mí. Ya no. Ahora solo está la nada, ese vacío tan reconfortante.

—No, no usé nada, porque yo no lo hice.

—En la llamada al servicio de emergencias afirmé todo lo contrario.

—Estaba confusa. Aterrorizada, incluso. Desperté y lo encontré muerto en un charco de sangre. Como usted acaba de decir, solo estábamos él y yo, así que pensé que lo debí de hacer. Pero ahora ya no pienso lo mismo. Ahora, que me he serenado un poco, puedo afirmar con férrea certeza que yo jamás sería capaz de matar a ningún ser humano, y mucho menos a Hunt.

—Es interesante que en algún momento se hubiera visto capaz de hacerlo.

—Ciertamente. Pero solo fue un espejismo. La mente humana es muy compleja.

—Me está mintiendo.

—Oh, no. Freud defendía lo mismo. La mente es el órgano más complejo del ser humano.

Da un furioso golpe en la mesa de café. ¿Eso es siquiera legal?, ¿intimidar a un testigo?

—¡Basura! ¡Eso es lo único que me ha dicho desde que se ha sentado en ese sofá! No sabe, no lo recuerda, no le consta. ¿En serio, Adeline? Por qué a mí me parece que lo recuerda jodidamente bien. Me parece que se ha cargado a su marido, y que, encima, lo ha hecho con premeditación. Lo planificó todo previamente, esperando al momento oportuno para llevarlo a la práctica, y luego se deshizo de la pistola y de los guantes.

Mi única reacción ante el torrente de acusaciones que escupe Rodríguez es enarcar una ceja lentamente. Mi padre estaría orgulloso ahora mismo.

—Esa es una tontería, detective. ¿Por qué iba yo a matarle?

—Llevaban una vida bastante fuera de lo normal. Están sus problemas mentales, todo el arsenal que hemos encontrado en el sótano... ¿Por qué no? Quizá Hunter ya no la complaciera. He observado que su marido parecía bastante más mayor que usted.

—Síndrome del padre ausente, me temo. Una terrible enfermedad.

—Quizá estuviera aburrida de él.

—Existe el divorcio —rebato, sin perder mi gelidez.

—Pero ¿y si él se negara a divorciarse? —me propone, lo cual me hace curvar la boca en una sonrisa amplia.

Me inclino hacia adelante, apoyo los antebrazos contra las rodillas y enfoco la vista en los enormes y marrones iris que no dejan de escudriñarme, pensando erróneamente que la insistencia de su mirada podría resultarme intimidante. Ni de lejos.

—¿Sabe usted quién soy, detective?

Sus rasgos se vuelven aún más rígidos, si cabe.

—La hija de un senador —escupe con asco, lo cual deja bien claro lo mucho que detesta a la gente como yo.

—No de cualquier senador, sino del que se presenta a las presidenciales como el candidato favorito de los republicanos. Mi familia lleva gobernando este país más de doscientos años. Vengo... de la puta... ¡cima del mundo! —voy alzando la voz gradualmente, a medida que una helada expresión de desprecio aumenta en las profundidades de mis pupilas—. Mi padre me habría conseguido el divorcio, de haberlo deseado. Si quisiera comprar todo el jodido estado de Texas, con sus vacas y sus estúpidas plataformas de petróleo, lo habría conseguido con solo chasquear los dedos. No hay nada que una fortuna tan grandiosa no pueda conseguir, se lo aseguro. Todo tiene un precio en la vida. Y todos tienen un precio.

—¿Y por qué no lo hizo? ¿Por qué no pidió el divorcio?

—Hunter no se merecía el divorcio.

—¿Se merecía la muerte? —me propone, lo cual me hace sonreír de nuevo.

—Está tergiversando mis palabras. No he dicho eso. Solo he afirmado que era un buen marido. No se merecía que yo me alejara de él. Hunter estaba cuidando de mí, y puede que a usted le parezca retorcida la vida que Hunt y yo llevábamos, toda ella llena de alcohol, drogas y lujuria, pero a mí me ha servido de mucho vivir de este modo. Me ha hecho comprender quién soy en realidad. Eso se lo debo de Hunt. Antes de conocerle, no sabía quién era. Y, créame detective, no hay nada peor que no saber quién eres.

—¿Y ahora lo sabe?

Alzo la barbilla con gesto frío, y mis ojos se hunden en los suyos de nuevo.

—Sí. Soy una Carrington, no una Van Buren.

—¿Y eso qué quiere decir?

Sonrío levemente.

—Usted no lo entendería ni aunque se lo explicara. Me temo que la historia de mi vida es un asunto harto complejo para las mentes planas como la suya,

detective.

—Ya. Gracias por el cumplido, por cierto. Tiene que quitarse la ropa que lleva puesta...

—¡Uh! Es usted un travieso, Rodríguez.

—Para que podamos analizar las manchas de sangre.

—Oh. Y yo que pensaba que le gustaría verme desnuda.

Hace oídos sordos.

—Un agente la escoltará a la planta superior para que pueda cambiarse. La esperaré aquí. Quiero que me acompañe a comisaría.

—¿Soy sospechosa?

—Es la *única* sospechosa, Adeline.

—¿En qué se basa? ¿En que estaba en el lugar equivocado en el momento exacto? Cualquier abogado, incluso los de oficio, echará por los suelos esa acusación.

Sonríe, pese a que no hay alegría en sus ojos. Sí, ha empezado el juego.

—Me baso en su comportamiento, sobre todo. Su marido está muerto. No parece demasiado afectada ahora. Y lo de esperar a la policía abrazada al cuerpo del difunto, a mí no me engaña con eso. Estaba sobreactuando. Montó ese circo para despejar las dudas acerca de usted. Fue un movimiento muy inteligente por su parte. Ha conseguido engañar a algunos de mis compañeros, que la ven ahora como a una chica frágil y destrozada, pero a mí no. A mí no me parece afectada en absoluto. O es usted una psicópata, o es una muy buena actriz, o todo esto le importa una mierda. Y cualquiera de las tres opciones la convierten en sospechosa para mí.

He de darle la razón. Es perturbador y un tanto sospechoso que permanezca tan gélida ahora.

—Conmoción —indico, sin perder la serenidad. La serenidad es lo único que me queda ahora. Prefiero centrar mi mente en mantenerla, así no tendré que pensar en todo lo demás, porque sé que eso me resultaría devastador. Hay puertas dentro del alma humana que han de permanecer por siempre clausuradas; oscuridades que jamás hay que desatar. Y eso hago.

—¿Y qué me dice de las drogas? —comienza Rodríguez de nuevo, haciendo caso omiso de mi explicación—. Hemos encontrado *Adderall*, cocaína y crack en el escenario del crimen. ¿Qué clase de personas guardan algo así en el botiquín del baño?

—Personas que tienen algunas debilidades mundanas.

Podríamos estar así toda la noche. Al igual que Robert Black, tengo una

respuesta para todo. Decido cambiar de tema mentalmente. Este no es un buen momento para pensar en *él*.

—¿Y esto es todo cuanto tiene, detective?

—También está lo que ha aparecido en el sótano. Hunter y usted llevaban la pasión más allá de los límites.

Mi expresión se quebranta, aunque solo un poco. Límites... ¿Qué sabrá él acerca de los límites?

—Más debilidades mundanas.

Me mira, y lo miro. No se altera. No me altero. Parecemos dos depredadores a punto de lanzarse el uno encima del otro.

—Tardó mucho tiempo en llamar a emergencias. ¿Cómo es que antes se preocupó por poner un CD?

—Pensaba que él no estaba en casa. ¿Por qué llamar a emergencias?, ¿porque mi marido había salido a dar una vuelta? Ni siquiera yo soy tan neurótica.

—Ya veo que puede usted rebatir todas mis acusaciones. Pero no es nada de todo eso lo que me insta a llevarla a comisaría, Adeline.

—¿En serio? ¿Y qué es lo que le insta a hacerlo?

—Sus zapatillas.

—Mis zapatillas —repito, sin nada de convicción.

—No tiene una explicación para la pólvora encontrada en sus zapatillas y en sus pies. Para la de la ropa, sí. La encontraron abrazada al cadáver de su marido. Brillante movimiento, de nuevo. Pudo rozarse y mancharse así de pólvora. Pero en sus zapatillas no debería haber residuos. Y los hay, Adeline. ¿Cómo se explica eso?

Me quedo mirándolo, hasta que estallo en carcajadas.

—¿Mis zapatillas?!

Y me vuelvo a reír. No puedo controlarme. Toda la presión tenía que salir de algún modo, y parece que la risa histérica es la solución para aliviarla.

—¿Le parece divertido?

—Mucho. Hunter se desternillaría si supiera que las estúpidas zapatillas acabarían metiéndome entre rejas.

—¿Y eso por qué?

—Me las regaló él.

Actualidad, Austin, Texas

Robert

Dejo el diario en el suelo, abro mi bloc y empiezo a apuntar todas mis dudas.

1. ¿Qué había exactamente en el sótano?
2. ¿Qué decía el mensaje del espejo? ¿Por qué yo no sabía nada de un mensaje en el espejo?
3. ¿Por qué se comporta Adeline así? Es como si intentara provocar a Rodríguez constantemente. ¿Por qué? Todo ese comportamiento de villana seductora no es propio de ella.

Resuelvo pedirle que me aclare todo eso la próxima vez que la vea. Si es que vuelvo a verla, claro. Tomo un trago de la botella, y agarro de nuevo el diario. La noche se anuncia intensa.

Siete días antes, Austin, Texas. La noche del crimen
Extracto del diario de Adeline Graham

Adeline

El interrogatorio es largo y tedioso. Mil preguntas salen de la boca de Rodríguez, y yo le doy las mil respuestas que él no desea recibir. Me duele la cabeza. Me laten las sienes como si alguien estuviera taladrándolas con un martillo. No dejo de beber agua, y noto un frío sudor corriendo por mi espalda. Rodríguez no me quita ojo, atento a los temblores de mis manos, a mis labios —que se vuelven cada vez más lívidos—, a mis ojos, cuyo destello se torna aún más mortecino a medida que avanzan las manecillas de su reloj.

—¿Está con el mono?

Las esquinas de la boca se alzan hacia arriba.

—Dígame usted, Sherlock, ya que parece saberlo todo.

Rodríguez sonrío. Me detesta. No tengo la menor duda. Me gustaría caerle bien. No, espera un momento... ¡Me importa una mierda caerle bien! Él está aquí con el único fin de meterme entre rejas. Está hablando de asesinato, no de homicidio. No es que hubiera perdido los papeles en una crisis de locura y me hubiera cargado a mi marido. No. Lo que hice fue planificarlo todo como una psicópata, demostrando asombrosa sangre fría. A Rodríguez le debe de encantar

eso de *asombrosa sangre fría*, ya que no deja de repetirlo hasta la saciedad. Parece muy orgulloso de su propio ingenuo. ¡Imbécil!

—Está con el mono —sentencia, y yo vuelvo torcer la boca en un débil atisbo de sonrisa.

Nunca he sufrido el síndrome de abstinencia. Ni siquiera sé por qué. Se supone que debería sentirlo. Pues bien, no lo hago. Por razones que desconozco, las drogas no parecen afectarme como al resto de la población. Supongo que, pese a todo, no estoy *tan* enganchada. O, quizá, se deba a que tengo más entrenamiento que los demás. Sea como sea, no tengo el mono. Solo necesito estirarme y tomar un poco de aire fresco.

—Si confiesa —escucho de pronto—, lo consideraremos como atenuante.

—Si confieso, el fiscal no pedirá la pena máxima. ¿Eso es lo que intenta decirme, detective? Hable claro y sin rodeos. Llevamos aquí horas enteras, y ya no estoy de humor para sus indirectas.

—Eso es lo que intento decir, sí. Si confiesa, el fiscal no pedirá la pena capital. Es demasiado joven para acabar en el corredor de la muerte, Adeline. Hágase un favor a sí misma y díganos la verdad.

Es un farol. No me condenarían a la pena capital por esto. Si Rodríguez hubiese hecho bien los deberes, sabría que he estudiado derecho en algún momento de mi vida, cuando aún era una chica más o menos normal.

—Es absurdo hablar de la pena capital, detective. No hay agravantes. No ha sido torturado, ni descuartizado, ni nadie se ha bebido su sangre en ningún extraño ritual satánico. Solo le han pegado un tiro. Es el crimen más aburrido de la historia.

—No fue un asesinato cualquiera.

Entornos los ojos.

—Sí, Hunter era el hijo predilecto de Texas, ya lo sé.

—Era más que eso. Su marido era un empleado del gobierno federal.

Es la primera vez desde que estoy sentada en esta sala que algo consigue asombrarme.

—¿Qué? —Apoyo los codos sobre la mesa y me inclino hacia delante con evidente interés—. ¿Desde cuándo trabajaba Hunter?

—Hará un tiempo.

¿Me está diciendo la verdad, o se trata de otro farol para meterme miedo? Decido averiguarlo de inmediato.

—¿Y qué hacía Hunter para el gobierno? —inquiero, forzando un tono neutro.

—No es asunto suyo.

—¿Era espía? ¿Por eso se largó a Washington hace poco? ¿Espía a alguien? ¿A algún político? ¿A mi padre?

Por supuesto, Hunter nunca se marchó a Washington. Solo intento pillar desprevenido a Rodríguez.

—No es asunto suyo.

¡Maldición! Es un poco más listo de lo que parece. Aunque no demasiado.

Dejo caer la frente hasta apoyarla contra la mesa. Estoy jodida. Completamente jodida. No por lo de la inyección letal, eso no me preocupa, sino por el rumbo que han dado los acontecimientos. Si Hunter realmente trabajaba para el gobierno, es solo cuestión de tiempo hasta que el FBI tome la custodia del caso. Y, sin duda, ellos serán mucho más implacables que Rodríguez, el cual ni siquiera me ha informado acerca de mi derecho a un abogado.

Desde el principio supe que, dada la importancia del caso, acabaría entrometiéndose el FBI, pero esperaba estar equivocada. Esperaba que, pese a la fama de la que gozábamos Hunter y yo, los federales tuvieran mejores cosas que hacer que investigarnos a nosotros. Si se involucra la oficina federal, el caso adquirirá publicidad a nivel nacional. Eso quiere decir que alcanzará los oídos de Black antes de lo previsto. Lo cual pretendo evitar a toda costa.

No me apetece que pasen un rastrillo por mi pasado y saquen a la luz todos mis trapos sucios, sobre todo porque, si me hundo yo, otras personas caerán conmigo. La gente siempre está preparada para descubrir los secretos de los ricos y famosos. Se equivocan. No lo están. Hay cosas que jamás deberían ver la luz de los focos; oscuridades donde convendría no penetrar nunca; secretos tan terribles que han de ser enterrados por siempre en el más abisal agujero, allá donde ni un solo halo de claridad despeje la aborrecible negrura.

—¿Por qué lo mató, Adeline? —la voz de Rodríguez pone fin a mi meditación.

—No deja de preguntármelo. ¿No le irrita a usted la redundancia? Porque a mí sí, sí que me irrita. *Mu-cho*.

—Mire estas fotos.

Violentemente, el detective coloca delante de mis narices unas fotografías del cuerpo sin vida de Hunter, hundido en un charco de sangre. Entrecierro los ojos por un momento. No quiero ver eso. No estoy preparada. Aún no.

El silencio de la sala de interrogatorios resulta casi espeluznante. Me hace pensar en la calma que precede las fuertes tempestades.

—¡Mírelas! —ruge Rodríguez de pronto, haciéndome pegar un salto en mi

asiento—. ¿Por qué? ¿Por qué le hizo algo así? Necesito un motivo. Solo eso, Adeline. Necesito que me diga por qué miró a su marido a los ojos y luego apretó el gatillo.

Estoy a punto de preguntarle al señor Holmes cómo diablos ha llegado a la conclusión de que lo miré a los ojos, cuando la puerta se abre de sopetón, para dejarle paso a un hombre trajeado, todo furibundo, que irrumpe vociferando:

—¡No contestes a eso!

Ah, cojonudo. ¡A la mierda todo! ¿Cómo demonios se ha enterado tan pronto?

—¿Usted quién es y qué es lo que hace en mi sala de interrogatorios?

Rodríguez, muy airado, se pone en pie, arrastrando las patas de su silla por el suelo de cemento. Es un chirrido de lo más molesto, que irrita mis débiles nervios.

—Robert Black, abogado de Adeline Carrington, y, a partir de este preciso instante, la persona a cargo de este caso. —Con todo su desprecio, le lanza una tarjeta, que aterriza bocabajo encima de la mesa—. Cualquiera cosa que quiera saber, me lo preguntará a mí, no a ella. ¿Te han ofrecido un abogado? ¡Adeline! Mírame cuando te hablo. ¿Te han ofrecido un abogado?

Trago saliva y sacudo la cabeza.

—No —baluceo con voz apenas audible.

Aún no tengo fuerzas para poder mirarle a los ojos, de modo que mantengo la vista clavada en mi vaso de agua.

—Excelente. ¿Sabe usted lo que es la *advertencia Miranda*, agente? Seguro que sí. ¿Y quién no? Incluso a los más ignorantes les suena el famoso caso de Miranda contra Arizona. 1966. Qué gran año. Marcó un antes y un después para los policías. Aun así, usted va y la detiene sin leerle sus derechos. ¿Es usted un novato, agente?

—Es *detective*, no *agente* —gruñe Rodríguez entre dientes.

—¡Detective! ¡JA! —se mofa Black, quien siempre me ha parecido un tiburón implacable dentro de su ámbito de trabajo. A fin de cuentas, por eso le pagan lo que le pagan, ¿verdad?—. ¿Y en la... *escuela de detectives* nos les han hablado sobre la Quinta y la Sexta Enmienda a la Constitución de los Estados Unidos? Resulta, *agente*, (y esto le chocará), que cualquier declaración inculpativa obtenida durante un interrogatorio que infringe clarísimamente los derechos de un sospechoso, es inadmisibile en un juicio. Y este interrogatorio, sin el menor rastro de duda, infringe los derechos de mi cliente.

Rodríguez, con los ojos en llamas y la mandíbula tensa, fulmina a Robert con

la mirada. No cabe duda de que detesta profundamente a los ricachones de la Costa Este.

—No le he leído los derechos porque no está detenida. Solo estoy interrogándola.

—En tal caso, puede dar por concluido el interrogatorio. Mi cliente no contestará a ninguna pregunta más. Puede irse, agente. Nosotros también lo haremos, a no ser que tenga suficientes pruebas como para retenerla aquí.

Sabe perfectamente que es un detective, pero no le da la gana decirlo.

—Volveremos a vernos —amenaza Rodríguez—. Y la próxima vez que la vea, será para ponerle las esposas, señora Graham.

—Llámeme Adeline —solicito, con una sonrisa adorable.

Rodríguez me pulveriza con la mirada y sale dando un portazo. Black y yo nos quedamos a solas. Nadie habla. La tensión es tan horrible que carga el aire como amenazadoras nubes de tormenta. Este debe de ser uno de los momentos más violentos de toda nuestra relación. Y hemos tenido unos cuantos momentos malos en el pasado.

—Hola, Adeline —susurra por fin, volviéndose para buscar mi mirada.

Me quedo en mi silla, completa y absolutamente paralizada. Esos etéreos ojos azules, clavados en los míos, me dejan inerte por unos momentos. No hay nada ahora mismo, ni peligros ni oscuridad. Solo estamos Robert y yo, solos en el mundo entero.

Está tan soberbio como recordaba, con un pijísimo traje negro, camisa blanca, almidonada, y barba de un par de días. Me parece severo y absurdamente sexy en este momento, y ni siquiera debería estar pensando en nada de eso ahora. El deseo es el mayor pecado del ser humano. El único modo de obtener lo que uno quiere es aniquilándolo, arrancándolo de raíz como a cualquier otra debilidad. El deseo debe morir para que la cordura siga perdurando. ¿Pero cómo matar algo tan poderoso?

—¿Cómo estás? —vuelve a susurrar, al verme tan ensimismada.

—Si vienes a ver cómo me derrumbo, ponte a la cola, Black —le digo con absoluto desapego.

Un gesto de dolor contrae su hermoso rostro. Su ceño se frunce, y eso me resulta irresistible. Dios mío, ¿por qué ha tenido que venir? Me está turbando demasiado verle aquí, tan guapo, tan atormentado y tan inaccesible para mí.

—No he venido para ver cómo te derrumbas.

—¿Y por qué estás aquí, si no?

—Para sostenerte, Adeline.

Hundo la cabeza entre las palmas y permanezco así por un tiempo indefinible.

—Sostenerme... —Me río, y alzo la mirada súbitamente—. Mi padre te ha llamado, ¿verdad? Siempre que la cago, te llama a ti para que arregles el desastre.

—Tu padre está de camino. Esto le ha pillado en un congreso en Alemania. Y no, no me ha llamado él a mí. Fue al revés. Lo he llamado yo a él para decirle que me hacía cargo de la situación.

—*La situación.* Siempre he sido eso para vosotros dos. Una puta situación. Un incordio del que había que ocuparse. Soy como una espina clavada en vuestro meñique. No duele, pero sí molesta bastante.

Esos increíbles ojos azules atraviesan los míos con una mirada tan concentrada que arrasa todos los indicios de furia que empezaban a abrasarme las venas. Lo cual es terrible, porque, si no puedo agarrarme ni siquiera a la ira, ¿qué otra cosa me queda ahora?

«*Nada. No tienes nada. ¿Lo recuerdas? Oh, claro que lo recuerdas. Nunca podrás olvidarlo, ¿verdad? ¡Jamás!*»

Black me evalúa unos segundos más de la cuenta, y luego sacude la cabeza como con pesar.

—Eso no es cierto, y lo sabes —musita, con una voz cálida que nada tiene que ver con el tono que ha empleado hasta ahora.

Sin dejar de buscar mis ojos, toma asiento en la silla que hay frente a mí y se limita a contemplarme. La ternura de su mirada me está perturbando demasiado. Quiero que se marche y que no regrese nunca.

—Lo cierto es que no, no lo sé —hablo por fin—, aunque tampoco me importa. Lo que cuenta es que no te quiero aquí. ¿Un abogado? Sí, me vendría bien ahora, no voy a negarlo. ¿Mi ex novio? Gracias, pero paso. Ya bastantes problemas tengo como para tener en enfrentarme encima a tu presencia aquí.

Black se afloja un poco la corbata. Me doy cuenta de que su gesto ya no es tierno, sino duro. Casi feroz.

—Si estoy en esta sala es porque he venido en condición de abogado, no de ex novio. No te emociones. Y, por el amor de Dios, Carrington, deja de tenértelo tan creído, nena. El universo no gira en torno a tu egocéntrica persona.

Descubrir que sigue siendo el mismo ser sarcástico que conocí hace que, de pronto, me sienta un poco mejor. Resulta apaciguador saber que al menos esa parte de él se mantiene viva.

—Es Graham ahora —señalo en un murmullo ronco.

Black parece ignorar mi intervención. Se pone en pie, se arregla la americana

y empuja su silla debajo de la mesa.

—Nos vamos, Adeline. He de hablar contigo, y no puedo hacerlo aquí.

El asombro se me debe de reflejar en el rostro, porque Robert asiente para reafirmar sus palabras.

—¿Puedo irme?

—Rodríguez dice que no estás detenida.

—*Aún*. Lo estaré en breve.

—Mmmm. Ya lo veremos. Mientras tanto, eres libre. Vamos.

Me levanto de la silla y lo sigo en silencio. Al pasar por delante del enorme espejo, tengo la ocurrencia de lanzarme una mirada de arriba abajo. ¡Ay, Dios! Estoy hecha un desastre.

«*Oh, joder*».

¿Hace cuánto que tengo este aspecto, y cómo es que no me había percatado de ello? He perdido muchísimo peso en los últimos meses. Parezco una aparición de ultratumba, tan delgada y con el rostro manchado de sangre. ¿Por qué diablos no me limpié antes de salir de casa? Estaba tan confusa, tan asustada, que no se me ocurrió mirarme en un espejo. Es ahora, antes de salir de la sala de interrogatorios, cuando me doy cuenta de lo mucho que se me salen los pómulos y los huesos de las caderas.

—Toma. Ponte mi chaqueta. Está lloviendo.

La rehúso con un gesto de cabeza.

—Me gusta el roce de la lluvia en mi piel.

—Entonces, más vale que también te gusten las neumonías, porque es muy probable que cojas una esta noche.

Tras escupir esas palabras, me da la espalda, enervado, y se aleja por el largo corredor. Sonriendo, me abro camino entre un grupo de agentes y apresuro el paso para alcanzarle.

Al salir a la calle, me abre la puerta de un taxi, ocupa el asiento de al lado y se mantiene distante, hasta que el coche se detiene enfrente de una cafetería de las afueras de Austin. Ahí se baja y me sostiene la puerta.

Guardando un poco las distancias, atravesamos el aparcamiento. Ni una sola farola interrumpe la oscuridad de la noche. No hay estrellas en el cielo. Black tira de la puerta del recinto y me invita a entrar con un gesto de la mano. Me asombra ver que tienen abierto a estas horas, sobretodo porque apenas hay clientes aquí dentro.

Tomamos asiento cara a cara, en la mesa más apartada, y nos evaluamos con la mirada el uno al otro, como si pretendiésemos calibrarnos mutuamente.

Cuando se nos acerca la camarera, pedimos café para los dos. Nos lo sirve de inmediato, pero ninguno parece tener intención de probarlo siquiera. Nunca imaginé que podríamos vernos en unas circunstancias así. Supongo que él tampoco lo creyó posible.

—¿Qué tienen en tu contra? —Black rompe el pesado silencio con los ojos estudiando ansiosos a los míos.

Mientras yo intento decidir si contestarle o no, él se saca un pequeño chisme del maletín, lo coloca encima de la mesa y aprieta el botón para grabar. ¡Qué tipo tan organizado! No se quiere perder ni una palabra.

—Pólvora en las zapatillas —digo por fin, cuando tomo la decisión de contestar a unas cuantas preguntas tuyas, solo para obtener su opinión profesional. A fin de cuentas, es el mejor abogado que conozco.

—Eso es fácil de rebatir. Rozaste el suelo cerca del cadáver. ¿Qué más?

—Prueba de orina que dará positivo en drogas.

Se le altera la expresión, aunque solo un poco.

—¿Cuándo tomaste las drogas?

—A mediodía.

Resopla.

—No sé lo que habrás tomado, pero las drogas precisan un tiempo para salir en tu orina. Días, según la substancia que hayas ingerido. ¿Por qué no te hicieron una prueba de sangre?

—Estaba muy alterada, no podía ver más sangre, y la doctora se apiadó de mí. Sus ojos se vuelven feroces con asombrosa rapidez.

—¿Es que en este puto estado nadie respeta los procedimientos habituales?
—alza la voz, contrariado—. Nos viene fatal su *compasión*.

Lo miro confusa.

—¿Por?

—Si estabas drogada, *muy* drogada, quiero decir, nos habríamos agarrado a eso. A que estabas demasiado colocada como para apretar el gatillo y matar a tu marido de un solo disparo. Las drogas alteran tus reflejos. Me dijeron que el disparo fue limpio y perfectamente ejecutado. Quien disparó, sabía lo que estaba haciendo, y sabía cómo hacerlo. No parece obra de alguien bajo el efecto de potentes narcóticos.

—¿Cómo sabes que eran potentes? ¿Cómo sabes que no fumé hierba?

—Estás demasiado delgada. No tendrías este aspecto de estar enganchada a los porros. Con todos mis respetos, pareces una yonki, Adeline.

Me echo a reír. Qué cosas tan bonitas me dice este hombre.

—Porque lo soy, Black. Esa prueba dará positivo en drogas, porque soy una consumidora habitual.

—Eso es bueno.

Mi rostro adopta un aire guasón. Mira que es retorcido este muchacho. ¿Disfruta sabiendo lo mucho que me he hundido después de él?

—¿Es bueno que yo sea una consumidora habitual? —repongo, intentando ahogar la sonrisa que impregna mis palabras.

—Sí y no, según se mire. Argumentaremos que estabas muy drogada el día del crimen. No tenemos pruebas para respaldar la afirmación, ya que no existe análisis de sangre, pero ellos tampoco tienen pruebas para rechazarla. Porque, chocante, ¡no existe análisis de sangre! Y teniendo en cuenta que la prueba de orina que sí tendremos en nuestro poder desvelará vestigios de alguna droga, yo diría que un jurado se lo tragaría. En este caso, todo se basa en circunstancias. Ellos querrán demostrar que *pudiste* haberlo hecho, y nosotros que *pudiste no* haberlo hecho. Esa es la parte buena, claro.

—¿Y la mala?

—Los jurados no sienten empatía hacia los yonkis. Me las tendría que ingeniar para demostrar que no eres una drogadicta, sino que consumes algunas sustancias, en momentos muy puntuales, quizá por alguna dolencia. A lo mejor puedo obtener una receta médica, o algo así.

Sí alguien puede conseguir eso, es Robert Black, no me cabe duda, el abogado mejor pagado de la élite de Manhattan.

—Entiendo.

Se toma un momento, supongo que para procesar las informaciones y tomar alguna decisión.

—Podría llevarte a alguna clínica para que te hagan la prueba de sangre ahora mismo —sugiere de pronto.

—No —me opongo tajantemente, lo cual parece cabrearle, a juzgar por lo hondo que coge aire en los pulmones.

—Es muy importante que lo hagas.

—No. No pienso hacer ninguna prueba de sangre. Tengo fobia a las agujas.

—Adeline...

—He dicho que no. No quiero que me lleves a ninguna parte. Y como soy una adulta, necesitarás mi consentimiento. El cual, para despejar dudas, no pienso darte jamás, así que olvídale.

Empieza a masajearse el ceño con dos dedos. Le agoto mentalmente. Bueno, tampoco es que yo esté encantada de tenerle aquí.

—Está bien. Me olvidaré de la dichosa prueba de sangre. ¿Hay algo más que deba saber?

Me lo pienso un segundo.

—Mi llamada a emergencias.

—¿Qué pasa con tu llamada a emergencias?

—Dije, textualmente, *creo que he matado a mi marido*.

Su mandíbula se tensa. Los dos sabemos que esto complica las cosas.

—Estabas confusa y asustada. —Curiosamente, usa las mismas explicaciones que le di yo a Rodríguez—. No sabías lo que estabas diciendo. Haré que venga un médico especialista en trastornos mentales y nos hable sobre cómo se manifiesta un *shock* postraumático. La verdad es relativa, Adeline. Todo depende de quién y cómo la cuente. Además, en ningún momento lo has afirmado. Lo has puesto en duda, lo cual solo indica la confusión mental en la que estabas inmersa.

Siempre tiene una respuesta para todo. Es un tipo listo.

«*Y demasiado guapo. Maldita sea, ojalá me hubiese echado, al menos, un poco de rímel. ¡Oh, cállate y céntrate de una santa vez!*»

—Ya. Gracias por sacarme de ahí, por cierto —le digo con voz cálida—. Te debo una.

—En efecto, Carrington.

—Pero no quiero que lleves tú mi caso.

La expresión de su rostro se nubla.

—¿Cómo?

Agito la cabeza para reiterárselo.

—Quiero que te marches a Nueva York ahora mismo. Esta reunión ha concluido. Haré que mi padre me consiga otro abogado. Pero no ahora. Ahora pienso regresar a casa y darme una ducha. Estoy muy cansada y llevo la sangre de Hunter encima. No puedo pesar sin antes haberme duchado.

Robert me contempla en silencio. Me parece un poco vulnerable en este momento, un poco turbado. Se pasa la lengua por los labios y se los muerde. Oh, no. ¿Y ahora qué?

—No puedes regresar a casa, Adeline.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Porque la policía está ahí. Además, es el escenario de un crimen. No puedes entrar de momento. Hay cintas por todas partes.

Hundo el rostro entre las palmas y me quedo así unos segundos. Vaya mierda todo.

—¿Y dónde se supone que debo ir? Ni siquiera llevo dinero encima.

Black, por supuesto, tiene una respuesta para todo eso.

—Te llevaré a un hotel. Vamos.

Se saca la cartera del bolsillo, paga los cafés y me abre una de las dos puertas de cristal. Solo emplea un dedo para empujarla, ya que tiene fobia a los gérmenes y ese cristal no parece demasiado limpio.

—Llevarás desinfectante de manos en tu maletín, ¿verdad, Black? —me mofa, ya que la suya siempre me ha resultado una manía un tanto obsesiva.

—Soy un hombre previsor —es todo cuanto dice, lo cual indica que lleva más de un bote, y que muy pronto tiene pensado usarlo.

Salimos, y Robert se va a buscar un taxi. Y, probablemente, a echarse desinfectante sin que yo le vea, pues sabe que seguiré mofándome de él y de sus manías.

Regresa al cabo de unos cuantos minutos, montado en un taxi.

—Hueles a desinfectante de manos —le pincho nada más subir a la parte trasera del coche.

—¡Cállate! —escupe, enfurruñado como un crío.

Suelto una carcajada, y Black, mosqueado, se refugia en un rincón, apartado. Le indica al conductor la dirección de un hotel de cuatro estrellas, en pleno centro de la ciudad, y luego empieza a trastear con el móvil.

Cuando llegamos, se baja primero y me toca seguirle hasta recepción. Sin ni siquiera mirarme, solicita una habitación.

—Cerca de la mía —se empeña en especificar.

Con la tarjeta en nuestro poder, cogemos el ascensor hasta la quinta planta. En silencio, Robert me conduce hasta mi *suite*, pasa la tarjeta por la cerradura y, tras abrir la puerta, se la guarda en el bolsillo de su pantalón de sastre.

—¿No vas a dejarme la llave? —me asombro.

—No —es todo cuanto dice al respecto.

Y, sin más dilación, da media vuelta y se marcha. Me quedo unos segundos ahí, en el umbral de la puerta, mirando incrédula cómo se aleja por el pasillo.

—¡Pues que sepas que sigues oliendo a desinfectante de manos! —le grito, malhumorada.

Dándome la espalda de modo deliberado, pasa una segunda tarjeta por la cerradura de la habitación de al lado, entra y deja caer la puerta con brusquedad. Mi boca se tuerce en una sonrisilla que soy incapaz de reprimir. Me tomo un instante más, en el que me limito a sonreír como una estúpida, y luego cruzo el umbral. Robert Black es un tipo muy extraño. Pero me gusta. Me gusta mucho.

¡Me fascina, maldita sea!

*A menudo el sepulcro encierra,
sin saberlo,
dos corazones en un mismo ataúd.*
(Alphonse de Lamartine)

Capítulo 4

Actualidad, Austin, Texas

Robert

Cierro el diario, me echo el cabello hacia atrás y me tomo otro trago mientras intento digerir lo que acabo de leer. ¿Por qué se empeña en que yo tenga constancia de todo esto? Los dos sabemos que no es relevante para su caso. Quizá un poco la parte de su interrogatorio, para saber exactamente lo que le contó a Rodríguez, pero todo lo demás es demasiado intrínseco. ¿Por qué insiste en que yo conozca sus pensamientos e ideas? Es como si deseara inducirme a desentrañar su mente, a clasificar sus sentimientos y así darles mi propia interpretación. ¿A qué está jugando esta vez? No me cabe duda de que si *Miss Lecter* escribió este diario, es porque persigue algo que yo no consigo adivinar. A diferencia del resto de personas de la Tierra, ella nunca hace las cosas porque sí.

Llevo dos años intentando entenderla; intentando descubrir en qué está pensando Adeline. Ella es el mayor enigma de mi vida, siempre lo ha sido. Es muy imprevisible, la persona más loca e imprevisible que conozco. Nunca sé cuál va a ser su siguiente paso. Supongo que eso es lo excitante de todo. Con Adeline, es imposible aburrirse.

«No, aburrirte nunca te has aburrido con ella, ¿verdad, Black?»

Irritado por mis pensamientos, ojeo el diario y veo que me quedan muy pocas páginas. Pienso leerlas antes de irme a la cama. No podría dormir sin saber qué diablos pone ahí. Imagino que este es su plan retorcido: tenerme siempre enganchado a ella. Si la vuelvo a ver, le diré que se tranquilice, ya que nunca he conseguido desengancharme.

Me acerco la botella a los labios, paso página y me vuelvo a sumergir en su

historia.

Siete días antes, Austin, Texas. La noche del crimen

Extracto del diario de Adeline Graham

Adeline

Cuando salgo del baño, envuelta en una suave toalla blanca, y con los cabellos mojados cayendo en cascada sobre mis hombros y mi rostro, me encuentro a Black, todo rígido, sentado en el borde de la cama. Al escuchar pisadas, sus ojos, hasta ese entonces clavados en el suelo, se alzan lentamente por mis piernas, suben por mi torso y buscan los míos.

Algo estalla en las profundidades de mi vientre cuando nuestras miradas se cruzan. Ese modo de mirarme me es muy familiar. Así es como me miró la primera vez: con insolencia, insistencia, toda esa pasión que atrae como un imán. Hay demasiados peligros en su mirada. Demasiados secretos.

—¿Qué haces aquí? —me obligo a preguntar.

Se toma un momento. Black suele necesitar un tiempo antes de hablar, supongo que para medir bien las palabras y, de ese modo, elegir siempre las adecuadas. Cada vez que abre la boca, habla con mucho, quizá demasiado, aplomo. Es lo que más atrae de él: la serenidad esa tan suya, la completa garantía de este hombre sabe lo que está haciendo y que tú estás a salvo a su lado. Da igual que estés a punto de venirte abajo. Él hace que te sientas protegida.

—Te traigo ropa para que te pongas cómoda —me señala la bolsa de *Victoria's Secret* y las demás bolsas que ha dejado al lado de la puerta del baño. No las he visto al salir porque estaba demasiado ensimismada mirándole a él.

—Gracias —musito, balanceándome sobre los talones. Estoy un poco incómoda, y él no deja de mirarme tan fijamente, lo cual me incomoda todavía más, porque tengo la sensación de que la intensidad de ese azul podría abrir un hueco candente dentro de mi pecho.

—De nada.

Agarro las bolsas con gesto abrupto, doy media vuelta y vuelvo a entrar en el baño sin decir nada más. No me entretengo demasiado, arranco las etiquetas y me pongo la ropa interior que me ha comprado. Excelente gusto, por cierto, y muy buen ojo para las tallas. Eso es inquietante, lo de que se le dé tan bien todo esto de comprar bragas y sujetadores a las chicas. ¿Cuántas veces lo habrá tenido que hacer a lo largo de su vida de adulto? Vale, no voy a pensar en eso. No es asunto mío.

Mosqueada por el rumbo que van adquiriendo mis ideas, me pongo de prisa una camiseta de tirantes y un cómodo pantalón de franela gris. Llevar ropa limpia hace que empiece a sentirme un poco menos desgraciada. Me miro en el espejo, demorando la mirada sobre mi delgaducho rostro. Estoy un poco pálida. Por lo demás, ya no muestro tan mal aspecto. Ahora me parezco a esas modelos anoréxicas que solo comen los martes y los sábados, y que no han probado un trozo de queso en toda su puñetera vida. Vamos, lo que venía siendo el tipo de Black antes de empezar a salir conmigo.

Ese pensamiento me arranca una sonrisa tonta. Me seco un poco el pelo con los dedos, me pellizco las mejillas y salgo. Estoy convencida de que Robert sigue aquí.

Y, efectivamente, al regresar a la habitación, lo encuentro de pie, mirando por el enorme ventanal. Tiene los hombros caídos, y su expresión es ausente, más lejana que nunca. Me parece tan triste ahora, tan vulnerable. Ojalá pudiera abrazarme a su espalda y calmar su dolor.

«Ojalá...»

—Gracias por la ropa.

Al escuchar mi murmullo, se gira de cara a mí y curva su carnosa boca en una sonrisa mortecina. Sus ojos me estudian con esa concentración que me tiene enganchada. Tiene una copa de alcohol entre las manos. No sé qué es, si *whisky*, *brandy* o *bourbon*. Ni siquiera me importa. Me acerco, se la quito y me la acabo de un solo trago, sin interrumpir nuestro intenso contacto visual. Black enarca una ceja en gesto cómico.

—Si tienes sed, el mini bar también ofrece botellas de agua.

—Lo siento. Lo necesitaba. Te pondré otro.

—Lo haré yo, Adeline. Tú siéntate. Pareces cansada.

Compongo una sonrisa amable y me dejo caer en un pequeño sofá color crema, colocado al lado de la enorme ventana.

—Eres muy considerado.

Corresponde a mi gesto, antes de desplazarse hasta el mini bar. Con su

habitual parsimonia, echa hielo en dos vasos, coge una pequeña botella de *whisky* y vierte una buena cantidad de alcohol, hasta traspasar el nivel del hielo. Acto seguido, viene hacia mí y me ofrece una de las copas. La cojo agradecida, procurando tomármela a sorbitos esta vez. No es buena idea estar borracha y tan cerca de él. Dios sabe lo que podría pasar esta noche entre nosotros dos.

Imágenes del pasado acuden a mi mente, haciéndome ruborizar. Soy consciente de que hay muchas cosas que podríamos hacer juntos esta noche. Ejem, ejem...

«¡No pienses en eso!»

Black se sienta a mi lado en el sofá. Me obligo a cambiar de tema mentalmente.

«*Piensa en que vas a ir a prisión. Eso te quitará las ganas de pensar en cosas malas*», me atormento a mí misma.

—¿Cómo estás, Adeline?

Pongo cara de mosqueo. Vaya pregunta estúpida.

—Jodida. ¿Es que no lo ves? La he liado bien gorda esta vez.

Con estudiado aplomo, mueve el cuello para mirarme a la cara.

—Eso ya lo veo.

—Estupendo.

Me llevo el vaso a los labios y bebo un sorbo de alcohol, que desciende hasta mi estómago como fuego líquido que me abrasa las entrañas y me recuerda que hace mucho que no pruebo bocado.

—¿Y tú? —quiero saber, al cabo de un tiempo incalculable—. ¿Qué es de tu vida, Black?

—Un jodido cuento de hadas.

La sequedad de sus palabras me arranca una sonrisilla. Bajo la cabeza para disimularla.

—Ah. Excelente. Me alegra oírlo.

—Mmmm. Gracias.

Nos volvemos a sumir en el silencio. Alguien llama a la puerta. Robert se levanta y se va a abrir. Ya se ha deshecho de la chaqueta de su traje. Ahora solo lleva la camisa arremangada y un pantalón oscuro, lo cual le hace parecer informal y sexy. Demasiado sexy.

Mis ojos, atraídos inevitablemente, siguen los movimientos de su ancha espalda. Black debe de ser el hombre más magnético que jamás he conocido, porque soy incapaz de apartar la mirada de él. Cuando está en un lugar, da igual que haya cien personas a su alrededor, él atrapa mi mirada de inmediato.

Sin ninguna especie de expresión asomada en su cara querida, quita el pestillo y se aparta para dejar paso a un camarero todo vestido de blanco, que entra empujando un carrito lleno de bandejas de plata. Black le da una buena propina, y el chico se apresura a marcharse.

—¿Qué es eso? —musito, tan pronto como nos quedamos a solas.

—La cena. Tienes que comer algo.

—Ya se ha pasado la hora de la cena, Black. Son casi las dos de la madrugada.

—Me da igual. Independientemente de la hora que sea, vamos a cenar, tú y yo.

Alzo una ceja despacio.

—¿Como en una cita?

Me ofrece un tenedor. Su rostro se mantiene oculto detrás de una máscara; bella y, a la vez, tan rígida.

—No te emociones, Carrington. No tengo ningún deseo de tener una cita contigo. La última me salió bastante mal.

Me muerdo el labio para no sonreír. Sí, imagino que nuestra última cita no entraría en la lista de las mejores diez citas de Robert Black.

—Es Graham —le recuerdo, por segunda vez hoy.

—Me la suda.

No puedo evitarlo: mi sonrisa cobra vida. Solo él podría hacerme sonreír ahora, cuando todo mi mundo se ha hundido bajo su propio peso.

—Vamos, Adeline. A cenar. ¿A qué estás esperando?

Alejada ya de mis pensamientos, me levanto del sofá para sentarme a su lado en el suelo. Hay una pequeña mesa que podríamos emplear para esto, pero si Black prefiere la moqueta, entonces yo me sentaré a su lado.

—¿Huevos revueltos con bacón? —me asombro—. ¿Me has pedido huevos revueltos con bacón?

Coloco los pies por debajo del trasero y espero a que me termine de echar la cena en un plato azul.

—Me hubiese gustado hacértelos yo mismo, pero mira dónde estamos.

Noto un cambio en sus ojos y en su voz, que ha enronquecido ligeramente. Me quedo pensando en que Hunter nunca supo cuál era mi comida favorita. He estado alrededor de un año de mi vida con cada uno. Sin embargo, solo uno de ellos se ha molestado en conocerme. En conocerme *de verdad*, en traspasar los muros y las barreras, para adentrarse por la senda que conduce a mis pensamientos más ocultos.

Robert carraspea para llamar mi atención hacia el plato que me ofrece. Mirándole ensimismada, lo cojo con una débil sonrisa.

—Gracias.

—De nada. Cena, por favor.

Hago lo que me pide, empiezo a comer, cada vez con más ansias. Dios, parece que lleve meses sin probar bocado, porque, no solo me acabo ese plato, de por sí generoso, sino que encima me echo otro.

—Es inquietante que tenga tanto apetito ahora, ¿verdad?

—Solo comes bien cuando yo estoy contigo —señala Robert, que se lleva el tenedor en la boca y me observa mientras mastica.

Tengo que darle la razón en mi fuero interno.

—Robert... —murmuro cuando él se dispone a echar zumo de naranja en dos vasos.

Se detiene, con la jarra en la mano, y alza los penetrantes ojos azules hacia los míos.

—¿Adeline?

Me quedo cortada por unos segundos, como si intentara decidirme por dónde proseguir.

—Tienes que regresar a Nueva York. No puedes llevar este caso.

Su rostro no muestra ni una sola reacción. Luce absolutamente sin vida.

—¿Quién dice que no puedo?

—Eres mi ex novio. No sería ético. Estás demasiado involucrado.

—Por eso debo llevar tu caso —rebate con gelidez—. Nadie lo hará mejor que yo. Estás metida en un lío tremendo, y solo yo puedo salvarte.

Me paso la lengua por los labios.

—De eso se trata. No quiero que me salves. Quiero que te salves a ti. No deberías estar cerca de mí. No quiero que vuelvas a hundirte.

Suelta una risa tan vacía que algo se encoge dentro de mí.

—¿No quieres que vuelva a hundirme? —lo dice como si le pareciera un buen chiste—. Es imposible, Adeline. Es imposible que me vuelva a hundir, así que relájate.

Un enorme nudo empieza a formarse en mi garganta, adquiriendo cada vez más peso. Esto ha sido lo que he deseado desde el principio, que Robert pase página después de mí. ¿Por qué ahora me resulta tan demoledor saber que lo ha hecho?

—¿Por qué es imposible? —musito con voz temblorosa.

Se toma un momento. Me mira a los ojos, con su mirada brillante y vacía de

cualquier pasión. Solo hay agonía en sus pupilas. Una absoluta y sobrecogedora agonía que apenas puedo soportar.

—Porque yo ya estoy muy abajo, preciosa —me susurra.

Recibo el impacto cerrando los ojos. ¿Y qué demonios esperaba?

—Ha pasado casi un año —hablo en susurros, para que no perciba lo quebrada que tengo la voz.

—¿Y?

Tragando saliva, levanto la cabeza para buscar su mirada. Robert me mira a los ojos, y, en cuestión de segundos, todo se desvanece. No hay más monstruos. No hay más oscuridad. Solo estamos él y yo. Hay todo un mundo ahí fuera, pero, como siempre, solo puedo verle a él.

—Olvidemos lo nuestro —musito, y mi voz se rompe aún más.

—Olvidar lo nuestro... —sopesa las palabras, y luego agita la cabeza, apesadumbrado—. No puedo olvidar lo nuestro. ¿Puedes tú, Adeline?

Bajo la mirada al suelo. ¿Cómo podría olvidar nada de *aquello*? Antes de conocerle, antes de coger su mano, yo estaba muerta, como lo estoy ahora. Solo durante el tiempo que mis dedos estuvieron aferrados a los suyos, solo mientras estuve a su lado, me sentí viva. Robert Black es el único que puede hacer que mi corazón lata tan fuerte, de pronto se detenga y luego vuelva a acelerarse.

Viví ese año más que cualquier otra persona a lo largo de su vida. Amé. Fui amada. Eso es suficiente para mí. Me basta con saber que hubo un tiempo en el que solíamos tenerlo todo. Ahora podría morir, y creo que no me importaría demasiado. No me importaría, porque lo tuve para mí. Nadie, nunca, me ha hecho sentir *tan* viva. Ni tan loca. Ni tan triste. Ni tan destrozada. Ni tan amada... He pasado por todo un abanico de sentimientos a su lado. Robert tenía razón. Nadie podrá nunca deshacer lo nuestro. Nunca nos quitarán el recuerdo de ese año vivido, porque está muy incrustado en las raíces de nuestros corazones, tan incrustado que jamás desaparecerá de ahí.

—¿Vas a visitarle alguna vez? —pregunto de pronto, elevando la mirada hacia la suya.

Robert entrecierra los ojos. Sé que me ha entendido, lo deduzco por la expresión de sonámbulo que exhibe su rostro.

—Algunas veces le llevo rosas blancas —comenta, después de un largo silencio—. Sé que a ti te gustaría que tuviera rosas blancas.

Mis ojos se humedecen. Pero yo sonrío, porque no puedo darme el lujo de venirme abajo ahora.

—Es cierto. Me gustaría que las tuviera.

Sobreviene un incómodo momento de silencio.

—Adeline...

Desvió la mirada hacia un rincón y sacudo la cabeza. Necesito toda mi fuerza de voluntad para no llorar ahora. Sé que si llorara, no sería capaz de detenerme nunca. Tengo demasiados demonios que exorcizar.

—No digas nada, Robert. No quiero hablar de nada ahora. Por favor.

Asiente despacio.

—¿Qué quieres hacer?

Me encojo de hombros.

«¿Cerrar los ojos y no volver a abrirlos jamás, quizá?»

—Dormir.

Vuelve a asentir. Con suavidad, me quita el plato de entre las manos y lo deja en el carrito que hay a su derecha.

Intentando evitar que los recuerdos del pasado remuevan mi memoria ahora, me levanto del suelo, me encamino hacia la enorme cama y me meto bajo las sábanas. Robert se queda de pie, al lado de la mesilla, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón. Sus ojos están bajados hacia los míos, y a mí me asombra ver que no destellan más que ternura. Debe de ser la suavidad que percibo en su mirada la que hace que algo se quebrante en mi interior. De algún modo, la intensidad de ese azul derrite el primer bloque de hielo en el que tengo encerrado mi corazón. Claro que hay numerosos bloques de hielo que su mirada jamás conseguirá derretir.

—Adeline... —musita, cogiéndose el labio inferior entre los dientes. Es muy erótico eso que está haciendo ahora.

No digo nada. No puedo hablar. El nudo de la garganta me lo impide. Robert se arrodilla al lado de mi cama, apoya la barbilla sobre sus manos cruzadas y me mira como si estuviera a punto de besarme. Los iris azules, sorprendentemente candentes, oscilan entre mis ojos y mis labios, una y otra vez. Quiere besarme, lo sé. Y, a juzgar por cómo golpea mi corazón entre las paredes de mi pecho, podría decirse que yo también quiero que me bese, lo cual es una auténtica locura. Ni siquiera le quiero aquí. No quiero que lleve este caso, y pienso hacer todo lo que esté en mis manos para impedirselo. Aun así, ardo en deseos de besarle. ¡Qué locura! Robert Black es el ser más letal y fascinante que jamás he conocido.

—Robert...

—Calla —me insta con suavidad.

Alarga un poco el cuello, y ahora su hermoso rostro está aún más cerca del mío, tanto que su respiración acelerada se estrella contra mis labios. Es

absolutamente tóxico. El único veneno que me hace sentir de este modo. Mi hermoso y perfecto veneno.

—Robert, no lo hagas —imploro, aunque mi voz ha sonado demasiado débil.

Sacude la cabeza despacio, sin que sus ojos dejen de enfocar mi boca.

—Chiss —me tranquiliza con infinita suavidad—. No digas nada ahora.

Lo miro, trago saliva y me callo.

Está aquí, ahora, a mi lado, y eso me confunde. Hay demasiadas ideas contrarias agitándose en mi cabeza. Toda esta energía que fluye entre nosotros me marea. Me siento como si estuviera suspendida del techo. Soy adicta a este hombre y a todo lo que me está haciendo sentir; estoy demasiado enganchada a los sentimientos que él despierta en mí, a ese amor loco y obsesivo que solo puedo tener con él.

Su boca está casi a punto de rozar a la mía, cuando su móvil suena dentro de su bolsillo, consiguiendo que todos mis deseos impacten de golpe contra el suelo. Frunzo el ceño y retrocedo, cabreada conmigo misma por mostrar esta actitud. ¿Quién le llama a estas horas? ¿Su novia? ¿Su amante? Esa idea me destroza el corazón. ¿Por qué me he acercado otra vez al fuego, sabiendo lo mucho que quema?

—¿No vas a contestar?

Agita la cabeza.

—No, ahora no —musita—. Ahora hay otra cosa que deseo hacer.

—Deberías. Deberías coger esa llamada, quiero decir. Puede que tenga que ver con el caso.

Sus ojos empiezan a apagarse poco a poco, hasta volverse del todo gélidos. Ha entendido que ha pasado nuestro momento. ¿Podría besarme ahora? Sí, claro que podría, pero la magia se ha esfumado, y él lo sabe tan bien como lo sé yo.

Resoplando irritado, se lleva la mano al bolsillo, retira el móvil y mira la pantalla. No debe de gustarle lo que ve, porque su ceño vuelve a asomarse.

—Black —descuelga.

Se aparta bruscamente y, durante un tiempo, se limita a escuchar lo que le dicen. Parece estar recibiendo muy malas noticias. Espero que no haya sucedido nada grave.

—¿En base a qué pruebas? ... Entiendo... No, no hará falta. Se entregará. Pero no ahora. —Empieza a dar vueltas de un sitio al otro, bastante enervado por la conversación—. Lo entiendo, pero debe comprender que está hecha polvo. No se irá a ninguna parte. Vamos a colaborar. Deje que duerma esta noche, y le prometo que mañana a primera hora estará ahí. Además, si lo hacemos de este

modo, tendrá a toda la prensa del país presente. Supongo que su departamento querrá llevarse los méritos, ¿verdad?, ya que solo han tardado un par de horas en efectuar una detención. —Vuelve a esperar, y luego suspira aliviado—. De acuerdo. Gracias. Adiós.

Mi corazón late frenético dentro de la caja torácica. Black cuelga y se queda unos momentos así, de espaldas a mí, como si intentara reunir el valor necesario para girarse y decirme qué ha sucedido.

—Acaban de emitir una orden de arresto a tu nombre —me dice con voz suave, buscando mis ojos para medirme la reacción—. Lo mejor será que te entregues, para que las autoridades vean que estamos colaborando. Tienen un botón salpicado de sangre. Lo han encontrado en la cocina. Han analizado la ropa que llevabas puesta, y resulta que coincide con el botón que le falta a tu camisa. Según la declaración que diste a la policía local, en ningún momento estuviste en la cocina. Se están agarrando a eso, a que les mentiste. Rodríguez dice que, en base a tu versión de los hechos, después de encontrar a Hunter, te quedaste en el baño, en estado de *shock*, por lo que no se explica la procedencia de un botón tuyo, ensangrentado, en la planta baja, junto a unas cuantas gotas de sangre de la víctima.

—Está bien —es todo cuanto digo al respecto. Era evidente que tarde o temprano me iban a detener. Tienen a un marido en un charco de sangre, a una mujer rica y enganchada a fuertes drogas, y hay una desorbitada fortuna de por medio—. Mañana iré a entregarme. Llama a la *TMZ*, porque este va a ser el culebrón más delicioso del año. El abuelo estará retorciéndose en su tumba. La imagen de la familia lo era todo para él.

—Ya. Entonces, congratulémonos de que haya muerto antes de verte encarcelada —dice con sequedad; luego resopla—. Mañana a primera hora te llevaré ahí. Habrá un equipo del FBI apoyando la investigación de la policía, de modo que te van a hacer muchas preguntas. Sé que deberíamos prepararlas, pero creo que por ahora solo necesitas descansar un poco.

Hago un gesto afirmativo.

—Lo cierto es que sí. Estoy destrozada. Necesito cerrar los ojos —miento. Sé que no voy a dormir. Solo se lo estoy diciendo para que se marche de una vez. Hemos estado a punto de besarnos. ¿Qué demonios me pasa? No puedo besar a Black. Están a punto de detenerme bajo la acusación de asesinato en primer grado. Tengo cosas más importantes en las que pensar. No puedo distraerme con él ahora—. Será mejor que mañana, en el coche, hablemos acerca del caso. Ahora solo quiero dormir.

Dice que sí con un gesto de cabeza, da media vuelta y atraviesa la habitación. Se detiene, con la mano encima del pomo.

—¿Adeline...?

Cierro los ojos. Si se girara, se abalanzara sobre mí y me besara, no sería capaz de resistirme. Lo sé. Él aún es mi única debilidad.

—¿Sí? —musito, al ver que no dice nada.

—Descansa, princesa.

Y sale.

Aprieto los párpados con más fuerza, me acurruco en la cama, abrazada a la almohada, y no me muevo en lo que queda de noche, consciente de que en este momento solo nos separa un estúpido muro. Ojalá todos los muros cayeran, para quedar solos, él y yo, en el mundo entero. Sin normas, ni barreras, sin nada. Ni pasado ni futuro. Solo él y yo. Juntos. Para siempre. Tal y como solía ser antes de que todo se quebrantara.

Hace seis días, Austin, Texas

Extracto del diario de Adeline Graham

Adeline

Son casi las ocho de la mañana cuando un arrasador Robert Black, despeinado, trajeado y recién duchado, llama a la puerta de mi habitación. Me he puesto un solemne vestido negro, que él mismo me compró anoche. Tiene muy buen gusto para la ropa. Esta prenda es la más adecuada para ingresar en prisión. Tendré que hacer una entrada de lo más teatral, algo que los tejanos no hayan visto desde los tiempos de Candy Mossler. Sonrío cuando ese pensamiento cruza mi mente. Hay que admitir que esa es una siniestra comparación. A la *socialité* tejana de los años sesenta también detuvieron bajo la acusación de haberse cargado a su marido. No debería compararme a mí misma con ella. «¿O sí?, ya que a Candy la declararon inocente».

Decido dejar de pensar en tonterías y centrarme en Robert Black, que espera en el umbral a que me eche a un lado y le deje pasar.

—Buenos días —me dice en cuanto me espabilo y le abro paso.

—Hola —me esfuerzo por responderle.

Sin retirar las manos del bolsillo, me contempla con admiración, pasea la

mirada lentamente por mi cuerpo y sonrío, como si estuviera dándome su aprobación. El vestido tiene forma de tubo, llega hasta debajo de la rodilla, y se ciñe a mi delgada cintura. Para completar el atuendo, llevo zapatos negros de tacón alto. Me he hecho un recogido y me he maquillado con el estuche que encontré en una de esas bolsas, junto a una caja de *Tampax*.

«¿*Black* pensó que estaría con la regla y por eso me cargué a *Hunt*?»

Esa idea me divierte tanto que curvo la boca en una amplia sonrisa, que Robert interpreta como un gesto dirigido a él.

—Estás guapa —me dice con voz ronca y baja—. Vas perfecta para lo de hoy.

—Te lo debo a ti. Pasa, anda. Me falta ponerme los pendientes. ¿Dónde encontraste ropa a esas horas de la noche?

—No lo hice. Se lo pedí a mi ayudante. Mientras yo reservaba vuelo para Austin, ella te compraba esto en la Quinta Avenida de Nueva York. Pensé que te haría falta al salir. Sabía que no ibas a poder regresar a casa en un par de días.

Me siento un poco decepcionada al averiguar que no lo ha hecho él mismo. Y también un poco divertida al descubrir que sigue siendo ese tipo al que le gusta adelantarse a las situaciones de crisis, como cuando tenía un pañuelo en el bolsillo, por si me daba por lloriquear.

—Entiendo.

—¿Preparada?

Me encojo de hombros.

—Bueno... nunca estaré más preparada de lo que ya lo estoy, así que... ¡a por ellos, tigre!

—Espera. Te falta el complemento perfecto. —Saca del bolsillo unas gafas de sol negras, enormes, y me las coloca encima de la nariz—. Ahora estás preparada. Y, para que conste, esto sí te lo que comprado yo, en el *Duty Free*. Las vi y... no sé, pensé en ti.

Me muerdo el labio para retener las lágrimas.

—Gracias. Son perfectas.

Se queda mirándome ensimismado, y luego traga saliva.

—Estás preciosa.

Luciendo tan cortado como yo, abre la puerta y la sostiene para mí. Caminamos en silencio hasta el ascensor. Pulsa el botón que abre las puertas y me deja entrar a mí primero. No hay nadie más aquí dentro. Robert se coloca a mi izquierda, con las manos en los bolsillos del traje. Los dos nos mantenemos rígidos y bastante tensos.

—*Black*...

—¿Adeline?

—Refréscame la memoria, ¿quieres? ¿Hace cuánto que no nos vemos?

Mueve el cuello para mirarme.

—Siete meses y veintidós días sin verte. ¿Por?

Se equivoca. En realidad, llevamos siete meses y veintitrés días, pero no estoy de humor para corregirle ahora.

—¿Y dirías que la última vez que me viste tenía un aspecto diferente?

—Pesabas unos cuantos kilos más, sí. Juraría que mostrabas un aspecto diferente. ¿Por? —se impacienta, enfatizando la pregunta.

—¿Y por qué le pediste a tu ayudante que me comprara ropa de la talla treinta y cuatro? ¿Cómo sabías que he perdido peso?

Black medio sonrío. Tiene un secreto que se muere por compartir. Por desgracia, se abren las puertas del ascensor y nos vemos obligados a salir.

—Vi una fotografía tuya de hace una semana —me susurra al oído, para que el gentío del vestíbulo no nos escuche—. Estabas en una fiesta de sociedad, con tu marido. Llevabas un vestido largo, rojo, y parecías rota. Por dentro, ¿sabes? Como si te hubiesen despedazado el alma. Aun así, estabas guapa. Me di cuenta de que habías perdido peso. De todos modos, en mi habitación hay otras bolsas con la misma ropa, pero de la talla treinta y seis. Por si acaso —aclara al mismo tiempo que me abre la puerta del taxi que ha debido de solicitar en recepción antes de subir a buscarme.

Soltando una carcajada, me siento a su lado en la parte de atrás del coche.

—Así que vas preparado para todo, ¿eh? ¿Qué más traes de Nueva York?

Vuelve el pétreo rostro hacia mí y me estudia por unos segundos.

—Condomes. Uno nunca sabe cuándo podría necesitarlos —responde, todo aplomado.

Me ruborizo hasta las puntas de las orejas, y Robert suelta una risotada malévola.

—Era broma —se apresura a declarar—. O no. Nunca lo sabrás, me temo.

Encajo su provocación con un gesto de cabeza.

—Disfrutas mucho tomándome el pelo, ¿no es así?

Finge cavilar acerca de eso.

—Un poco, sí.

Me cruzo de brazos y miro por la ventanilla, porque su sonrisa me saca de mis casillas.

—Eres un capullo.

—Ya. Eso dicen todas mis ex. Vamos a pensar en tu versión, ¿quieres?

Le lanzo una mirada furibunda. Me ha irritado con lo de los condones.

—¿Qué hay que pensar? Me levanté, encontré a Hunter en un charco de sangre y llamé a emergencias. Es todo lo que pasó. Lo demás, no lo recuerdo.

—¿Por qué había un botón de tu ropa en la cocina?

—No lo sé.

—¿Entraste en la cocina en algún momento?

—No lo sé. Creo que no.

No lo estoy mirando directamente, pero veo su perfil, y veo que tiene la mandíbula tensa.

—Complica un poco las cosas lo de no tener una explicación para esa prueba.

—Estoy al tanto de ello. Pero tienes que entender que yo estaba muy confusa. No entendía nada de lo que estaba sucediendo. Quizá entrara en la cocina y no lo recuerde.

—Me las apañaré para buscar una explicación.

—Ya.

Llegamos a la sede de la policía, donde al menos treinta cadenas de televisión están acampadas delante, con sus furgones y sus cámaras. También hay un grupo de ciudadanos concentrados, exigiendo la pena capital para la «puta». O sea, yo. Mis ojos dan una vuelta completa por debajo de las gafas. ¿Qué tiene de malo ser un poco zorra?

—No digas ni una palabra —me susurra Black, antes de abrirme la puerta del taxi.

En cuanto la prensa se percató de mi presencia, todas las cámaras apuntan hacia mí. Como pasa siempre que salgo de casa, mi nombre está en labios de todo el mundo.

—¿Adeline, cómo lo llevas?

—¿Adeline, eres culpable?

—¿Te estás entregando, Adeline?

Para asombro de Black, me detengo y me giro de cara a las cámaras, haciendo caso omiso de su advertencia de no hablar con la prensa.

—Por supuesto que me estoy entregando —les digo con voz melódica y una encantadora sonrisa. «*Tal y como Candy haría*». Los reporteros parecen atónitos. Mi relación con la prensa siempre ha sido nefasta, pero más vale que cambie eso de inmediato—. Estoy aquí para colaborar con la justicia. Yo *no* maté a mi marido. Ergo, el asesino sigue suelto. Cuanto antes me descarten a mí, antes podrán dar con él. Confío en la profesionalidad de las autoridades y en que harán todo lo humanamente posible por encaminar la investigación hacia el rumbo

adecuado. Estoy aquí, hoy, para demostrar que pienso hacer todo cuanto esté en mis manos para impedir que el que me ha arrebatado a Hunt salga impugne. Gracias. Ahora si me disculpáis, debo entrar.

Les doy la espalda y, con todo el *glamour* que claramente he heredado de mi madre, cruzo las dos puertas.

—Te dije que no hablaras con ellos —gruñe Robert en mi oído, lo bastante cerca de mí como para que pueda olerlo, sentirlo, respirarlo y estremecerme.

—No lo he hecho nada mal, ¿verdad?

—Cierto. Te los has metido en el bolsillo, pero podía haber salido mal.

—No es el caso, así que relájate, Black. Sé lo que estoy haciendo. ¡Detective Rodríguez! —alzo el tono casi con alegría, al ver al gigante de metro noventa girando por el pasillo, con su camisa azul machada de café—. ¿Cómo está usted?

Con una sonrisa de triunfo, el torpe policía se encamina hacia mí. Hay que ser torpe para echarse el café encima, en serio.

—Muy contento de verla. Dese la vuelta.

—Uh. Esto se está poniendo interesante, detective.

—Adeline, haz lo que te dice y deja de mofarte —gruñe Black.

Sonriendo, me giro de cara a Robert y de espaldas a Rodríguez, el cual me pone las esposas con enorme complacencia.

—Adeline Graham, queda detenida por asesinato. Tiene derecho a...

La voz de Rodríguez se apaga dentro de mi cabeza. Soy oficialmente una presidiaria, y esa idea es lo único que ocupa mi mente en este momento. Por lo visto, los gigantes también caen. Pero no permitiré que eso me derrumbe.

—Si no puede pagar un abogado, se le asignará uno de oficio... —regresa la voz.

«*Los gigantes caen, pero siempre se levantan. No te olvides de ello*».

No me he rendido, tan solo he cedido un poco de terreno. A veces hay que sacrificar algo para conseguir lo que uno quiere. Hay que arder para renacer, ¿verdad? Todo en esta vida tiene un precio, y heme aquí abonándolo. Le guiño un ojo a Black, aunque mi gesto no alivia su tristeza. Este debe de ser un momento devastador para él. Veo su dolor, veo su impotencia, y lamento ser la causante de todo eso. Desearía haber sido capaz de evitarle este sufrimiento. Siempre ha sido ese mi mayor deseo: mantenerle a salvo del mundo entero. Incluida de mí misma. Pero he fracasado.

Cuando ya me ha leído los derechos, me vuelvo hacia Rodríguez, sin que la sonrisa se borre de mis facciones. Siempre he creído que es mejor enfrentar las desgracias con una amplia sonrisa. Porque sonreír es mucho más adecuado que

llorar.

—Siempre lo ha deseado, ¿verdad?

Rodríguez me mira confuso.

—¿El qué?

—Esposarme.

Escucho un gruñido exasperado a mis espaldas. Rodríguez es incapaz de disimular una sonrisilla.

—Es usted la asesina más irritante que jamás haya tenido el placer de arrestar.

—Por si le sirve de consuelo, usted también es el detective más irritante que jamás me ha arrestado.

—¿Os importa que pasemos a los asuntos serios, o vais a seguir flirteando?

—No estamos flirteando —le digo a Black, el cual hace una mueca agría para indicarme su desacuerdo.

—Sí, claro.

—Por aquí —indica Rodríguez.

Nos conduce a la misma sala de interrogatorios de ayer. Un hombre de unos cuarenta años, un tipo atlético, rubio, de cabello muy corto, aguarda sentado en una de las cuatro sillas dispuestas alrededor de la mesa metálica. Mi primera impresión es que muestra una fachada de innegable seguridad. ¿Podré quebrantarla?

—Este es el agente O'Brien —señala Rodríguez.

El desconocido deja el móvil encima de la mesa y se pone en pie. Es aún más alto de lo que parecía. Extiendo la mano y se la ofrezco. No sé si es lo adecuado, pero lo hago igualmente. Hoy tengo pensado derrochar cortesía.

—Agente O'Brien —saludo, como si estuviésemos en una fiesta de sociedad y no en una sala de interrogatorios.

—Señora Graham.

—Llámeme Adeline. Este es...

—Robert Black, abogado de la defensa —me interrumpe Black con su habitual impaciencia.

—Bien, ya estamos todos. Tomen asiento, por favor.

Robert y yo nos colocamos en un lado de la mesa, mientras que Rodríguez y O'Brien se instalan en el otro. Parecemos dos bandos enfrentados. Estoy diciendo chorradas. *Somos dos bandos enfrentados.*

—Vamos a grabar el interrogatorio, ¿de acuerdo?

Robert y yo asentimos.

—Teniendo en cuenta que el detective Rodríguez ya la interrogó anoche, hoy

voy a ser yo quien le haga las preguntas.

—Muy bien.

—¿Entiende por qué estás aquí, Adeline?

—Sí. Soy sospechosa de asesinato.

—Así es. Hemos encontrado un botón suyo, lleno de sangre, en la cocina. Teniendo en cuenta que después de la llegada de la policía siempre estuvo custodiada y nunca entró en la cocina, debió de caérsele antes. Quiero que me cuente de nuevo lo que hizo desde que se despertó y hasta que llegaron las autoridades.

—Está bien. Me desperté, bajé al salón, puse un CD. Estaba convencida de que Hunt había salido, así que subí a darme una ducha. Ahí lo encontré, y lo siguiente está muy borroso. Puede que bajara a la cocina a por el móvil. No estoy muy segura. Estaba en un profundo estado de conmoción...

—Negativo. El móvil tiene salpicaduras de sangre y partículas de pólvora. Se hallaba en la escena del crimen cuando se produjo el disparo —rebate de inmediato.

—Ya ha dicho que está confusa —interviene Black en un gruñido irritado.

—Señor Black, tengo aquí el resultado de la prueba de orina que hicieron ayer a su cliente. No es relevante para determinar si estaba drogada cuando se produjo el crimen, pero estos resultados dieron positivo en algunas drogas ilegales. ¿Tiene un problema con las drogas, Adeline?

Me tomo un momento para escrutar los dos rostros que me contemplan desde el otro lado de la mesa.

—Sí.

Robert me mira con el ceño fruncido. Sin embargo, se mantiene callado. ¿Cómo rebatir algo que queda médicamente probado?

—¿Iba bajo el efecto de las drogas cuando encontró el cuerpo?

—Es posible.

—De acuerdo. Le haremos una prueba de sangre ahora mismo. Se la tenían que haber hecho ayer —le recrimina a Rodríguez, el cual se encoge de hombros como diciendo *¿y a mí qué me estás contando?, no soy sanitario.*

—Tengo fobia a las agujas.

—Le haré la prueba igualmente.

Lo miro con los ojos entornados. Ya me ha quedado claro que O'Brien es un hombre que no se anda con tonterías.

—Está bien, agente. Hagamos esa jodida prueba.

—Adeline, no jures.

—Que te follen, Black. No es a ti a quien tienen que pinchar estos vampiros sedientos de sangre.

O'Brien, riéndose entre dientes, se levanta, sale y, unos momentos después, regresa en compañía de una mujer que lo dispone todo para poder extraerme sangre. Cierro los ojos para no verlo.

—No soporto las agujas —grazno entre dientes al sentir el pinchazo.

—Solo será un momento.

—¡Auch! ¡Duele, joder!

—Ya está. No ha sido nada.

—¡Y un cuerno!

La mujer se retira, y O'Brien se vuelve a sentar.

—Bien. Mientras esperamos los resultados del laboratorio, ¿quiere decirme qué droga tomó ayer? ¿*Quaaludes*? ¿Cocaína?

Se llevará un chasco. Sé que no le gustará mi respuesta.

—Líquido X. Mezclado con *bourbon*. Hunter me ofreció una copa. Siempre me la ofrecía antes de dormir, porque sufro insomnio. Si buscan en el sótano, encontrarán el vaso, con sus huellas y las mías. Quizá queden restos para probar que digo la verdad, aunque no lo sé si se conservan o no. Y si registran el armario blanco, darán con las drogas, guardadas en una caja de madera. La caja también tendrá sus huellas, porque yo nunca la llegué a tocar. Me las preparaba él mismo. Hunt siempre cuidaba de mí. Era un marido considerado.

O'Brien necesita unos momentos para procesar la información. Sabe perfectamente qué significa lo que acabo de desvelar. La mezcla de GHB con alcohol provoca, según la dosis y según la persona que la está tomando, una pérdida total de conocimiento. Eso echaría por los suelos su teoría, ya que, si estaba inconsciente, no pude apretar el gatillo. Me estaba guardando lo mejor para el final. Siempre he sido así de dramática.

—Esperaremos a las pruebas de sangre —resuelve, aunque ya no parece tan gallito como antes. Sabe que se enfrentan a un problema serio con el que no contaban. Un punto para Adeline, cero puntos para O'Brien.

—La GHB es indetectable en la corriente sanguínea a solo doce horas de la ingesta —señala Black—. Eso quiere decir que, si Adeline estaba bajo sus efectos ayer, no vamos a poder demostrarlo hoy, y todo gracias a este departamento, que no sabe respetar los procedimientos habituales.

Rodríguez encaja la pulla con un gesto de exasperación. O'Brien se mantiene inexpresivo. Coloca las muñecas sobre la mesa y se inclina un poco hacia adelante.

—Le seré sincero, Adeline. Hasta ahora, todo apunta a que usted lo hizo. Me da igual qué droga había tomado antes. Ni siquiera lo puede demostrar, de modo que estoy seguro de que me está mintiendo. Usted apretó ese gatillo. ¿Quiere decirme por qué?

—No contestes, Adeline.

Hago caso omiso del seco consejo de Black, y miro a O'Brien a los ojos.

—No lo hice. Las pruebas son circunstanciales.

—Está su ropa, llena de pólvora.

—Me rocé.

—Hay salpicaduras de sangre en su camisa.

—Me manché.

—Las zapatillas tienen pólvora.

—Puede haberme rozado con el cuerpo de Hunter.

—Es improbable.

—Pero no imposible —rebato, sin que mis ojos se aparten de los suyos.

—¿Y cómo se explica el botón?

—Puede que bajara a la cocina. No lo sé. Como le he dicho, estoy muy confusa. Mi marido, el hombre que siempre había cuidado de mí, acababa de aparecer muerto. No sé lo que hice. Enloquecí de dolor.

—Según los agentes que la atendieron, su comportamiento no era el de una persona enloquecida de dolor, sino de alguien gélido e indiferente.

—Eso no es relevante. También me comporté así después del suicidio de mi madre. Se le llama aislamiento afectivo. Hable con el psicólogo que me trataba por aquel entonces, el doctor Zagers de Nueva York.

—Lo haré. Hablaré con quien haga falta, porque sé que usted lo hizo.

—Esa no es la cuestión, agente —interviene Black—. La cuestión es: ¿puede demostrarlo?

—Eso intento hacer, letrado. Y no le quepa duda de que lo conseguiré.

Durante cuarenta minutos más, O'Brien presiona una y otra vez para intentar pillarme con la mentira. Sin embargo, no lo consigue. Siempre digo lo mismo.

—Me parece absurdo que detengan a mi cliente en base a estas pruebas —se indigna Black—. Ha construido una acusación muy endeble, agente O'Brien.

—El fiscal que llevará el caso no opina lo mismo. Su cliente mató a su marido. Lo sabemos.

—No deja de decirlo, pese a que no hay pruebas que lo demuestren. ¿Cómo piensan probarlo delante de un jurado? *¿Estamos seguros de que lo hizo la acusada porque ahí no había nadie más, que nosotros sepamos, claro, de modo*

que tuvo que ser ella? —se mofa—. ¿Es eso lo que piensa argumentar la acusación?

—A nuestro juicio, poseemos todas las pruebas pertinentes. Tenemos el botón, las salpicaduras de sangre en su ropa, los residuos de pólvora y su llamada a emergencias. Mientras que la defensa solo se agarra a que estaba drogada con una sustancia que ni siquiera se puede detectar. Diría que tenemos todas las de ganar. Adeline, si confiesa...

—¡No va a confesar algo que NO hizo! —estalla Black, colérico. Nunca lo he visto tan furibundo—. Iremos a juicio y demostraremos que Adeline es inocente. Este interrogatorio ha terminado.

O'Brien compone una expresión tensa.

—Usted no decide cuándo termina el interrogatorio, letrado.

—Ya le digo que sí. Queréis un chivo expiatorio, y ya lo tenéis. Os estamos diciendo que ella no lo hizo, que no pudo hacerlo *físicamente*, pero os estáis empeñando en no ver más allá. Mientras estamos aquí discutiendo, el verdadero asesino sigue suelto, pero os da igual, porque lo que queréis es a la hija de un senador entre rejas, para así demostrar esa estúpida frase de «la justicia es igual para todos».

—La justicia es igual para todos, letrado —enfatisa O'Brien con un aplomo que resalta aún más la furia de Black.

—¡Y una mierda! Estáis conspirando en contra de mi cliente, porque os viene a las mil maravillas hacerlo y así atraer toda la atención mediática —mientras habla, golpea la mesa con los nudillos, una y otra vez, para dar más peso a sus palabras—. Así las cosas, iremos a juicio, y, creedme, os aplastaré sin la más mínima piedad. Seré implacable con vosotros. Alegaré negligencia de las autoridades a la hora de gestionar las pruebas. ¡Las pruebas están contaminadas, joder! Me agarraré... al más insignificante... jodido... detalle —amenaza entre dientes—, y ganaré. Y cuando eso suceda, quedaréis como unos conspiradores incompetentes, cegados por una estúpida soberbia. De modo que se lo preguntaré una única vez, agente O'Brien: ¿quiere seguir adelante con esta farsa e ir a un juicio con la basura de pruebas que tienen en contra de la señora Graham?, ¿o dedicará sus energías a encontrar al que *realmente* lo hizo?

—No vamos a malgastar los recursos del departamento. Para nosotros, ha quedado todo claro. Tenemos a la asesina. Está sentada a su lado. Ahora solo queda encontrar el motivo, aunque, en base a todo el material encontrado en su casa, yo diría que el motivo es condenadamente obvio. Su cliente y su marido mantenían una relación complicada: drogas, mucho alcohol, sexo violento...

Un músculo late en la mandíbula de Robert al escuchar lo del sexo violento. Odio a O'Brien por habérselo dicho. Preferiría que lo supiera por mí. O que no lo supiera.

—Bien, si tanto se empeña, iremos a juicio para demostrar lo contrario —resuelve Black, intentando parecer profesional y poco afectado por lo que acaba de averiguar, aunque su modo de aflojarse la corbata delata lo impactado que le ha dejado esta nueva revelación. ¡Mierda!

—En efecto. Trasladaremos a su cliente a la cárcel, hasta que se establezca la vista para la fianza. Me imagino que querrá sacarla bajo fianza.

—Se lo imagina usted bien.

Rodríguez y O'Brien se ponen en pie.

—De acuerdo. Eso será todo.

En cuanto salen, hundo la cabeza entre las palmas. Estoy agotada, física y mentalmente.

—¿Y ahora qué? —pregunto, al cabo de toda una eternidad, levantando los ojos para mirarle.

Se mantiene en su silla, rígido.

—Bueno, a ti te trasladarán a la cárcel, y yo tendré que acudir a la audiencia preliminar, donde un juez determinará si existen pruebas suficientes como para enviar tu caso a juicio a un tribunal superior. Los jueces no suelen desestimar a la fiscalía, así que mandará sin duda el caso a un tribunal superior. Después, sigue la instrucción de cargos, dónde te declararás inocente. Te sacaré de aquí, Adeline. Te lo prometo. Confía en mí.

—Ya —me paso la lengua por los labios, reseco, pues llevo todo el día sin beber agua.

—Tranquila. Todo va a salir bien. Estoy aquí. Cuidaré de ti. Siempre cuidaré de ti, ¿vale?

Cojo aire en los pulmones y lo retengo durante toda una eternidad. Después, suspiro derrotada.

—¿No vas a preguntármelo nunca? —musito, después de un largo silencio.

Black frunce el ceño.

—¿Preguntarte el qué?

—Si lo hice.

Su rostro adopta un aire tierno.

—No necesito preguntártelo.

—¿Por qué no?

—Sé que no lo hiciste.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Tengo fe en ti.

Me quedo sopesando su respuesta.

—Fe... Ojalá yo tuviera tanta fe en mí misma.

—Deberías intentarlo. Te sorprendería el resultado.

Me paso las manos por el rostro con desesperación.

—¿Y si lo hubiera hecho? —le propongo.

Black no cambia de expresión.

—¿Recuerdas haberlo hecho?

Lo miro, mis ojos atravesando los suyos.

—No —digo, tan tajante que Robert sonrío.

—Entonces, no lo hiciste. No quiero que te preocupes por nada, ¿vale? Sé que te resulta chocante todo esto, pero solo tienen pruebas circunstanciales. Ganaremos el juicio.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque soy así de asombroso —contesta, sin más—. Eres inocente, y no vas a ir a prisión por un crimen que no has cometido. Por una vez en la vida, liberaré a un inocente y no a un culpable. Es un momento histórico para mí, Adeline. Realmente, lo es. Sienta bien hacer algo bueno, para variar.

Curvo la boca en un gesto amargo.

—Pareces muy convencido de mi inocencia.

—Porque te conozco. Quieres parecer una chica mala, pero no lo eres. A pesar de todo, tu alma es pura.

Me quedo meditando acerca de eso.

—Todos tenemos un poco de oscuridad dentro de nuestras almas, letrado. Tú mejor que nadie deberías saberlo.

—Nunca viene mal un poco de oscuridad, preciosa. La vida no puede ser toda luz.

Lo miro a los ojos, y, aunque no quiero hacerlo, no puedo evitar sonreírle. Él está aquí. ¿Lo demás?, carece de importancia en este instante. Iré a la cárcel, me sacarán bajo fianza, me enfrentaré a un juicio, mi mundo está hundiéndose... ¿Pero a quién cojones le importa nada de eso? Él está aquí. ¿La oscuridad que me cerca? Polvo de ceniza que se desintegra entre mis manos.

Hace cinco días, Austin, Texas

Extracto del diario de Adeline Graham

Adeline

Sin embargo, por la noche, sola en mi celda y ya lejos del momento de flaqueza que tuve esta mañana, comprendo por fin la dureza de mi situación; comprendo lo estúpida que soy al no pensar en las consecuencias de mis actos. Me dejo flotar otra vez. Corro un riesgo aun sabiendo que voy a arder. ¿Acaso no he aprendido nada de los errores del pasado? El fuego arderá, se propagará y se descontrolará, porque tú no dominas el fuego, sino que las llamas te dominan a ti. Amarme a mí destruirá a Robert, tal y como ya sucedió una vez. ¿Es que me he olvidado de todo eso? ¿De su dolor? ¿De todo el sufrimiento que le provoqué? ¿Cómo iba a poder?

No, no puedo olvidarlo. No *debo* olvidarlo. Así que me obligo a mí misma a pensar en ello, a abrir cajones que había dado por clausurados, a enfrentarme a los recuerdos del pasado, porque ya no puedo seguir huyendo para eludirlos. Esta vez, no. Esta vez, lidiaré con el dolor.

Él está aquí, cierto, pero no debería estarlo. Estoy siendo egoísta una vez más al permitir que se quede. Lo estoy destruyendo de nuevo al darle esperanzas. No puedes destruir a las personas a las que más amas en el mundo. Eso no está bien. Y si hay que agrietarlas un poco para salvarlas, entonces, que así sea. No puedo hacerle más daño a Robert. Por ello, debo apartarlo de esta oscuridad que me corroe. Es todo cuanto sé. Y el mero hecho de estar cerca de mí le está haciendo un daño inimaginable.

Después de haber sido trasladada a la cárcel esta mañana, se ha pasado todo el día conmigo. Ha estado interrogándome, grabando cada una de mis palabras, supongo que con el único fin de escuchar mi voz por la noche, en el refugio de su dormitorio; realizaba dibujos siniestros mientras yo hablaba y hablaba durante interminables minutos. Le hablé sin decirle nada relevante, tan solo para ahuyentar el silencio. Conforme pasaban las horas, Robert se volvía cada vez más nervioso y, aun así, más esperanzado. Debo destruir esas esperanzas, si lo que pretendo es salvarlo.

«*Debo apartar a Robert. Debo apartar a Robert*».

Mientras visto el mono naranja, mientras el alguacil cierra las esposas de acero alrededor de mis muñecas, para acto seguido escoltarme a la sala de interrogatorios, me lo repito una y otra vez, para que se me meta bien en la cabeza. Todo en la vida es cuestión de perseverancia. Mera disciplina. No hay

nada que uno no pueda conseguir cuando se lo propone. Incluso puedes matar algo que forma parte de ti, porque no hay oscuridad lo bastante densa, no hay monstruo lo bastante poderoso, no hay amor lo bastante duradero. *Todo* puede ser vencido. Destruído. ¡Aniquilado!

Y con esa idea dando vueltas por mi cerebro, acojo un nuevo amanecer, un nuevo comienzo; mi último final.

—Buenos días, Adeline. ¿Qué tal te encuentras esta mañana?

Con deliberada lentitud, elevo la mirada para encontrar a la suya. Da un respingo al cruzarse con las fosas vacías en las que se han convertido mis ojos, fosas sin ninguna clase de emoción o sentimiento delatador en ellas. Tan solo un interminable vacío, imposible de penetrar. Imposible de llenar.. Acabo de comprender que lo he perdido todo. No tengo nada. Nunca lo he tenido. Quizá sea mejor así. Cuando solo tienes *nada*, entonces no hay nada que puedan arrebatarte.

—No he intentado suicidarme, si es eso lo que te preocupa.

Fuerza una sonrisa un tanto nerviosa y aprieta un botón para grabarlo todo, como si no quisiera perderse ni una sola palabra mía. Siempre ejecuta la misma acción nada más sentarse en la silla de enfrente, casi ansiosamente. Después, entrelaza las manos por encima de la mesa y se limita a taladrarme con esos ojos suyos que todo lo ven, incluso mientras brillan ausentes. Hay veces que, durante las horas que se pasa interrogándome, se entretiene realizando dibujos. He observado que dibujar parece relajarle. Tengo la sensación de que conversar conmigo dispara su nerviosismo, de por sí bastante elevado.

—A estas alturas, sabemos cómo va a acabar esto, pero me gustaría que me contaras cómo empezó. ¿Te sientes capaz de recordarlo?

«*Como si pudiera olvidar algo de todo aquello...*»

Apoyadas mis muñecas encima de la mesa metálica que nos separa, mis dedos temblorosos rodean el templado vaso de café que alguien me ha ofrecido en algún momento. No me apetece tomarlo, pero es lo único a lo que puedo agarrarme para no hundirme aún más en ese oscuro abismo que me atrae irresistiblemente hacia sus profundidades. Dulces, dulces profundidades que invitan a asentar los maltrechos huesos ahí dentro. Para siempre.

—Sí —carraspeo en un intento por dominar la voz, que se empeña en flaquear precisamente ahora—. Sí, puedo hacerlo.

Enderezo los hombros para mostrar algo más de seguridad. No quiero que piense que estoy asustada, o intimidada. No quiero su estúpida compasión. Él cruza una mirada conmigo y se retrepa en su silla, esperando a que desvele la

larga serie de infortunios que destruyeron mis sueños, los truncaron, los redujeron a polvo sin que yo opusiera el menor conato de resistencia. Adeline Carrington, la chica que nunca tuvo nada; la que siempre lo deseó todo.

—Adelante, Adeline. Te escucho.

Ojalá sus ojos dejaran de hundirse en los míos de ese modo. Ojalá no fuera este el fin de todo lo que una vez conocí.

«*De todo lo que una vez amé...*»

Sintiéndome como si el mundo entero pesara encima de mis hombros, bajo la mirada hacia el ángel que su mano derecha ha garabateado en la cubierta de la libreta azul. Exactamente así es cómo comenzó todo esto.

—Quieres que te cuente el comienzo... —Me quedo mirando ese hermoso ángel, y mi boca se tuerce en una sonrisa irónica—. ¿No es evidente?

El tic tac de su Rolex, un sonido sordo, monótono, resuena en el silencio de la sala con el único propósito de recordarnos que el tiempo se nos está acabando. Durante un momento, los dos contenemos el aliento, mientras la angustia se cierne sobre nosotros como un oscuro y asfixiante nubarrón.

—¿Lo es? —susurra, y sus ojos me evalúan intensamente hasta que desvió la mirada, incapaz de seguir aguantando toda esa presión.

Me estiro para robar un cigarrillo del paquete rojo que ha dejado encima de la mesa. No dice nada, se limita a observarme. Ni siquiera me recuerda que no se puede fumar aquí dentro. Mejor. No estoy de humor para sermones. Cojo el mechero que descansa al lado de sus delgados, ágiles, intranquilos dedos, enciendo el cigarrillo y vuelvo a sonreír, pero mi sonrisa no es más que un gesto amargo y atormentado; abarrotado de dolor.

—Claro que lo es, letrado. Hay ángeles que tienen sus propios demonios, y resulta que los míos fueron poderosos.

Parte 2
Black & Blue

*La locura es la madre de los sabios,
nunca la prudencia.
(Carl Jung)*

Capítulo 1

Actualidad, Austin, Texas

Adeline

La primera vez que toca verle después de que se hubiera marchado a Nueva York, colérico, amenazando con reducir a pedazos nuestro círculo vicioso, es en el Tribunal Superior, el día de instrucción de cargos. Los abogados defensores disponen de una pequeña sala para poder hablar con sus clientes antes de la comparecencia. Black no la usa para hablar conmigo. Algo que a lo mejor se podría catalogar como dolor, retuerce mi corazón cuando me doy cuenta de que esa puerta que estoy contemplando con tanta fijeza nunca se va a abrir. O, al menos, no para dejarle pasar a él.

Desde que Robert y yo nos vimos por última vez, he tenido que enfrentarme a toda una mezcla de sentimientos contradictorios. Me he sentido aliviada. Me he sentido desgraciada. Me he sentido desesperada. Hasta que, de pronto, he dejado de sentir nada. No hubo nada, tan solo cenizas heladas formando un pequeño y gélido corazón. Pensé que era mejor así. Porque cuando solo tienes nada...

No he cesado de repetírmelo desde que tomé la decisión de apartarle de mí. Cada vez que el dolor intentaba abrirse camino para desgarrarme por dentro, me soltaba ese mantra a mí misma. Así es cómo me engañaba: «*no me importa; no le quiero aquí*». Parecía funcionar. ¿Pero de verdad lo hacía? ¿O no era más que la apariencia de un truco de magia barato que yo misma había puesto en marcha? ¿Acaso, con cada instante que pasaba a su lado, no era cierto que algo se derretía dentro de mí?, ¿algo que permitía que mis sentimientos afloraran de nuevo?

Yo creía que no.

Quería creer que estaba bien. Me empeñaba en fingir que lo había superado todo. Es más, me había mentalizado a mí misma para que así fuera. Sabía lo que tenía que hacer, y sabía cómo hacerlo. Darle mi golpe de gracia, derrumbarle y no mirar atrás. Ese era mi objetivo. Había apagado mis sentimientos una vez

más, y creía conocer un método fiable para mantenerlos apagados. Lo único que me quedaba era la aborrecible indiferencia.

«*La indiferencia es buena. Te mantiene a salvo. Mantiene juntos los pedazos de tu corazón*».

Eso me repetía en mi mente una y otra vez, cada vez que sus ojos atravesaban los míos, o cuando estaba cerca de él durante el interrogatorio; pensaba en ello cada maldita vez que mis dedos estaban a punto de rozarle.

De ese modo, lo conseguí. Mi actitud indiferente hizo que Robert se marchara, que por fin rompiera las pesadas cadenas que le ataban a mí. Una vez, hace mucho tiempo, Robert Black me liberó, me salvó de la vida moribunda en la que estaba atrapada y me mostró el mundo que se extendía más allá de mi pequeña jaula dorada. Ahora era mi turno. Yo tenía que liberarle de esta terrible enfermedad: el amor.

Tenía que mantenerlo alejado de lo que estaba sucediendo. ¿Era lo correcto? A lo mejor no. Pero era lo necesario, de eso no me cabía la menor duda. Yo no me merecía a ese hombre tan bueno y noble, y no iba a volver a destruirle solo porque era demasiado egoísta como para liberarle.

Sin embargo, la visita de Nathaniel Black consiguió cambiar algo dentro de mí. Despertó algo tan espantosamente humano como el deseo. Hablar con Nate acerca del pasado hizo que mis sentimientos afloraran de nuevo, que los recuerdos se desataran, más poderosos que nunca. Nathaniel me obligó a recordar lo que se siente al amar, y una parte de mí se muere por volver a experimentar todo eso: los fuertes latidos del corazón, esos nervios en el estómago, la desquiciante necesidad de verle y tocarle.

Aún recuerdo lo que se sentía al besarle. Era el sentimiento más maravilloso del mundo, y lo echo mucho de menos. Dios, estoy cansada de sentirme tan congelada. Quiero algo que no sea indiferencia.

Quiero algo que ni siquiera me merezco, algo como... ¿amor?

Una idea empieza a desarrollarse dentro de mi mente, pero es interrumpida con inclemencia al abrirse la puerta. Levanto la mirada, con la esperanza de ver a Robert Black de pie en el umbral. Sin embargo, Robert no está ahí. En su lugar, aguarda un alguacil, uno de esos hombres de aspecto común que en nada destacan. Yo los llamo *hombres borrados*, porque en cuanto les das la espalda, nunca más te acuerdas de ellos. Se borran de tu memoria, sin más, porque son personajes demasiado insignificantes.

—¿Preparada para irnos?

—Claro.

Me pongo en pie y alargó las manos para que me ponga las esposas.

En silencio, el hombre me escolta hasta la sala de comparecencia. Dejo de evocar lo que se sentía al besar a Robert Black y me centro en la crudeza de mi situación.

En cuanto se abre la puerta, puedo ver al juez, sentado en su tribuna con aire de suma severidad. Cuatro fiscales, impacientes por desangrar a los abogados defensores, ocupan la mesa de la acusación. Hay cámaras de televisión aquí dentro. Alguien me pregunta algo, no sé el qué. El mundo se desdibuja durante unos instantes, y yo solo puedo ver los azules ojos de Robert Black. No dejan de estudiarme mientras camino, con mi mono naranja y las esposas de acero alrededor de las muñecas. Nunca pensé que acabaríamos así. Pero uno nunca sabe lo que le deparará la vida, ¿verdad?

Anuncian mi caso el primero, pese a que hay más detenidos aquí. Imagino que intentan poner los casos mediáticos antes, así la prensa se largará y los dejarán trabajar en paz.

El fiscal pronuncia su presencia por la acusación. Robert Black, por la defensa. El juez me informa acerca de mis derechos constitucionales. Yo asiento, sin haber escuchado ni una sola palabra. ¿Acaso importa? Es el fin de todo. ¿Qué más dará lo que me digan?

Se desata una pelea legal entre Black y el fiscal. Uno solicita la inmediata puesta en libertad bajo fianza. El otro, se opone tajantemente. Gana Black, que alega mi comportamiento intachable, la excelente posición de mi familia, toda la labor social realizada, etc. Realza todas mis virtudes y minimiza todos los defectos. Insiste en la falta de pruebas, en la ausencia del arma del crimen y en el bajo riesgo de fuga, ya que, por falta de antecedentes penales, no se me puede considerar un peligro para la comunidad. Casi me entra la risa. ¿Alguien podría considerarme a mí un peligro para la comunidad?

Finalmente, el juez establece mi fianza en medio millón de dólares. Black parece conforme con esa cifra. Acepta las condiciones y se larga antes de que me saquen de la sala. La euforia que sentí al verle se apaga en el momento en el que lo veo marchar.

No me ha dicho ni una sola palabra.

Interminables horas después, estoy tumbada en la cama, de cara al techo. Como siempre, mi mente se distrae viajando por desconocidos e inhóspitos lugares de

mi propia consciencia. Adoro perderme en los recuerdos de épocas pasadas. Es todo lo que me queda ahora: el recuerdo de unos tiempos mejores.

Regreso al presente, sobresaltada, cuando Jones abre la puerta y deja pasar a Robert Black, una vez más, pese a que el horario de visitas de la prisión acabó hace dos horas.

—Buenas noches —es todo cuanto dice.

Entra, atraviesa el pequeño espacio y deposita dos bolsas de papel encima de la mesa. Me incorporo y me coloco un poco la ropa. Debo de estar echa un desastre.

—¿Buenas noches y ya está? ¿Es eso lo que piensas decirme?

No se altera siquiera ante mi tono perplejo. Simplemente, se vuelve y me contempla inexpresivo.

—¿Hubieras preferido un *hola*? —repone al cabo de unos intensos segundos de silencio.

Me siento en el borde de la cama, hundo la cabeza entre las manos y suspiro.

—¿Qué haces aquí, Robert?

—Vengo a cenar contigo —anuncia, como si nada, mientras retira unos recipientes de cartón de las bolsas—. Espero no llegar demasiado tarde.

Enarco una ceja cuando se me acerca para ofrecerme una caja de lo que parece carne en salsa. Esta mañana ni siquiera me habló, ¿y ahora quiere que cenemos juntos? ¿A qué está jugando? He de admitir que Black es un buen adversario. Casi nunca puedo anticipar sus movimientos.

—¿Comida tailandesa?

—Solía gustarte la comida tailandesa. Espero que al menos eso no haya cambiado.

Cojo la caja que ofrece y hago el esfuerzo de componer una sonrisilla. En realidad, solo me sale un gesto atormentado, pero parece que a Robert Black le vale con eso, pues me sonrío de vuelta.

—¿Cómo lo haces, letrado?

Se deja caer en la única silla que hay. Con su habitual parsimonia, abre la caja que contiene su cena.

—¿Cómo hago, el qué?

Al ver que no digo nada, alza la mirada y se queda mirándome con el tenedor de plástico en la mano. Me encojo de hombros, dándole a entender que su pregunta es una obviedad.

—Todo esto. Salirte siempre con la tuya. Han vuelto a dejarte colar, *fuera* del horario de visitas.

—Nadie puede resistirse a mis encantos —contesta, lanzándome un guiño.

Me río, no puedo evitarlo. Parece mentira que hace tan solo un par de horas me hubiera sentido tan desamparada al verle marchar. Ahora está aquí, y su presencia borra todo lo anterior. Por unos momentos me distraigo preguntándome si acaso yo soy bipolar. Eso explicaría muchas cosas.

—Gracias —musito, con renovada seriedad.

—¿Por qué?

—La comida. La compañía. Hoy, más que nunca, necesitaba... verte, supongo. Ayer fue un día muy jodido. Aún no lo he superado.

—Ya me lo imagino. No te debieron de recibir demasiado bien en el entierro.

—Están destrozados, Robert. Su hermana estaba hecha polvo. No la culpo por lo que me dijo.

—Ya. ¿Quieres que hablemos de... *eso*?, ¿de lo que pasó en realidad?

Dejo escapar un largo soplido, antes de buscar sus ojos.

—¿Lo has leído? —digo en un susurro, con un repentino aire inquieto destellando en mi mirada.

Él asiente despacio.

—Cada palabra. Dos veces. Incluso he tomado notas.

Eso no me sorprende. ¡Pues claro que ha tomado notas! Estamos hablando de Robert Black.

—¿Y cuál es tu conclusión? En base a mi testimonio, ¿qué es lo que piensas? Sacude la cabeza.

—No lo sé. Hay incongruencias. Aunque supongo que eso ya lo sabías.

Una sonrisa mortecina roza mis labios.

—Sí, lo sé.

—El teléfono —indica, después de llevarse el tenedor a la boca. Hace una pausa para aclararse las ideas mientras se come un trozo de carne—. Dijiste que a lo mejor bajaste a por él y que por eso se te había caído un botón en la cocina.

—Lo dije.

—Pero sabías perfectamente que el teléfono había estado siempre en la escena del crimen.

—Así es. Hunter lo tenía en la mano. Eso lo recuerdo a la perfección.

—¿Entonces...?

Bajo la mirada al suelo y agito la cabeza.

—No tengo una explicación para ese botón, Robert. No sé qué decir. No lo recuerdo. Ojalá me acordara para poder contestar a tu pregunta.

—Si ese vaso contenía líquido X...

Levanto la cabeza y le lanzo una mirada feroz.

—No lo digas en condicional, Black. Pareces ponerlo en duda. *Contenía líquido X, ¿vale?*

Alza las palmas en el aire.

—De acuerdo. Disculpa. Te lo plantearé de otro modo. A pesar de haber tomado líquido X, deberías recordar lo que hiciste. Sus efectos duran un par de horas. A juzgar por la hora de tu llamada a emergencias, el efecto debía haber pasado, ya que tomaste tu bebida a mediodía. ¿Cómo te explicas entonces ese vacío en tu cabeza?

—No me lo explico.

Se produce una pausa, en la que no hace más que mirarme a los ojos. La expresión en su cara es sombría. No sabría decir en qué está pensando, y eso me desquicia. El corazón me late como loco mientras espero su veredicto.

—Cena —gruñe, irritado al ver que estoy dibujando ochos con el tenedor.

—Estoy cenando...

Su rostro se torna cada vez más inescrutable.

«*¡Di algo, Black!*»

Abre dos latas de Coca Cola y me ofrece una.

—Toma. Bebe. Creo que te vendrá bien el azúcar. Luces como si te fueras a desmayar.

—Gracias —musito, alargándome un poco para coger la lata.

—De nada.

Comemos en silencio durante un rato, hasta que él levanta la cabeza de modo abrupto y me dice:

—¿Quieres saber qué es lo que creo yo?

«*Allá va*».

—Lo quiera o no, me lo dirás igualmente...

—Cierto. Te lo diré. Mi teoría es que lo recuerdas todo, Adeline.

Elevo la mirada de mi cena y busco sus ojos.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Así que has cambiado de opinión. Ahora crees que soy una asesina.

—No. Yo no he dicho eso. No creo que le mataras. Pero creo que sabes quién lo hizo e intentas protegerle, lo cual me hace preguntarme qué tiene esa persona en tu contra. ¿Cuán grave es, si estás dispuesta a ir a la cárcel solo para proteger tu secreto?

—Te equivocas. No estoy protegiendo a nadie.

Nos miramos el uno al otro por unos segundos más de la cuenta. Su querida cara, ahora tan helada de rigidez, me resulta desconocida. Hay en ella algo infranqueable, indefinible; algo jamás visto.

—No. No me equivoco. Al igual que Rodríguez, no me he tragado el rollo de *no lo recuerdo*. Algo en tu mirada me dice que lo recuerdas todo. ¿Crees que no percibo el tormento que te desgarrar por dentro, Adeline? Luces como si tu alma se hubiese partido en miles de trocitos.

Sonrío misteriosamente.

—¿Y cuál es tu teoría, Scooby?

—El arma del crimen —señala, intentando retener una sonrisilla. Creo que le resulta divertido que le esté comparado con Scooby-Doo.

—¿Qué pasa con el arma del crimen?

—No está. Han registrado la casa y la propiedad, y no han encontrado nada. No te habría dado tiempo de desaparecer, deshacerte de la pistola y regresar para llamar a emergencias. Solo con alcanzar la verja se tardan 5 minutos, si vas andando. El único coche encontrado en el garaje no tenía ni una huella tuya, ni pelos, ni sangre, ni pelusas, ni nada. Pero sí conservaba las huellas de Hunter. Por tanto, no es que lo hubieras limpiado. Simplemente, nunca lo tocaste. No cogiste ese coche para ir a deshacerte de la pistola, y no pudiste haberte ido andando porque transcurrió muy poco tiempo desde que efectuaron el disparo hasta que tú llamaste a emergencias. El forense no estima más de media hora.

—Bueno, en media hora pude haberme deshecho de la pistola. ¿Cómo sabes que no me fui corriendo?

—¿Con lo que te gusta a ti el deporte? —Suelta un bufido tan despectivo que le lanzo una mirada chispeante—. Permíteme que lo ponga en duda. Además, ¿dónde podías tirarla? Registraron los alrededores. Los perros no encontraron nada. No pudiste haber ido demasiado lejos.

—¿Así que...? —Lo miro apremiante, y él hace un gesto con la mano para indicar que es evidente.

—Está claro que el que efectuó el disparo se llevó el arma del crimen al marcharse.

Aún no entiendo dónde quiere ir a parar con todo esto.

—¿Y qué te hace pensar que yo sé quién lo hizo?

—Porque te miro a los ojos y sé que me ocultas algo, Adeline. Mera intuición.

—¿En serio?

—Sí. Creo que sí. Piénsalo un poco. Ni teoría no es tan descabellada como la

del agente Rodríguez. No hay señales de allanamiento. Tú o Hunter le abristeis la puerta, porque conocíais al asesino. No se ve nada en la grabación de las cámaras, pero las cámaras se pueden manipular, ¿verdad? ¿Fue un asunto de drogas? Me lo puedes decir.

Por Dios, ¿pero qué vida piensa que llevaba yo? ¿Como en las películas, rodeada de cárteles, persecuciones y disparos? Sin poder retener una sonrisa, alzo una ceja despacio.

—¿No vas a grabarme, por si confieso?

—No, nada de grabaciones hoy. Solo estamos tú y yo, preciosa. Puedes contarme lo que quieras. ¿Confías en mí?

Bufo una sonrisa.

—Vaya pregunta estúpida. Sabes más que de sobra que confío en ti.

Recibe la indirecta entrecerrando los ojos. Incluso se ruboriza un poco. Está pensando en el pañuelo de seda. Sé que está pensando en el pañuelo de seda.

—Muy bien. Te escucho. Y haz el favor de cenar. Estás muy flaca.

—¿Por qué? ¿Verme tan flaca no te la pone dura?

Su boca se curva en una sonrisilla traviesa. Busca mis los ojos, y he de decir que está disfrutando mucho con el rumbo de la conversación.

—Sabes sobradamente que eso no es cierto.

—Ergo, sigues teniéndola dura.

—¡Adeline! —me regaña, aunque más que exasperado, parece divertido—. ¿Podemos dejar de lado las reacciones físicas que me provocas y centrarnos en la tarde del crimen, por favor?

Suspiro y me vuelvo seria.

—Si no hay más remedio...

—Bien. Dime que pasó. Pero, esta vez, dime la verdad.

Dejo la caja en el suelo y lo miro sacudiendo la cabeza. Empiezo a sentirme cada vez más irritada. ¡No quiero hablar más de la puñetera tarde del crimen!

—Dios, me agotas. Ya te dije lo que pasó. ¡Te lo di por escrito!

—La que me agota eres tú. Sabes perfectamente que no fue así cómo sucedieron las cosas.

—¿Lo sé? —susurro, mirando fijamente el bloque de dureza que ha descendido sobre sus hermosos ojos.

—Lo sabes. Bajaste a la cocina y dejaste una prueba de ello. ¿Por qué bajaste a la cocina, Adeline?

—No lo sé.

—¿Por qué apareció un puto botón tuyo bajo la isleta de la cocina, Adeline?

—me grita, inclinándose hacia adelante con un repentino aire agresivo.

—No lo sé —repito, empeñada en conservar mi actitud estoica.

—¿A QUIÉN INTENTAS PROTEGER, ADELINE?

—¡A TI! —estallo por fin.

Encaja eso con un gesto de asombro. Retrocede, al mismo tiempo que su ceño se frunce y sus labios se entreabren.

—¿Qué? —pregunta, mirándome perplejo.

Hundo la cabeza entre las manos y suelto un prolongado suspiro.

—Jesús... —hago una pausa casi interminable, y luego alzo la mirada hacia la suya—. Perseo era capaz de cualquier cosa con tal de salvar a su amada Andrómeda, ¿verdad, Black?

Su rostro irradia cada vez más y más perplejidad.

—¿A cuento de qué me estás preguntando eso ahora?

—Fueron tus palabras. Tu historia favorita en el mundo entero, porque trata sobre un caballero que rescata doncellas.

—Sigo sin entender qué tiene eso que ver con nuestro caso.

—¿Es que no lo pillas? Perseo habría hecho todo lo inimaginable para salvar a la mujer a la que amaba. Incluso *matar* a Medusa, el único obstáculo que se interponía en su amor.

Con gesto pasmado, sostiene mi mirada, hasta que, de pronto, rompe en carcajadas.

—Estás de coña. ¡Dios mío! ¡¿Piensas que yo lo maté?!

—¿Dónde estabas la tarde del crimen, Robert? —repongo, con asombrosa frialdad.

Sin poder creerse nada de eso, cabecea una y otra vez.

—Estarás bromeando.

—Contesta.

—¿Estás loca? ¡Estaba en un congreso en Nueva York! Búscalos en internet. Hay videos míos dando un discurso.

Resoplo aliviada. Bien. Tiene una coartada sólida. No pueden acusarle a él. Eso me deja mucho más tranquila. Sé que cualquier detective en su sano juicio, si tuviera que descartarme a mí, iría a por él. A fin de cuentas, Robert Black es la persona que más razones tenía para querer ver muerto a Hunter Graham. Por eso he hecho todo lo posible para que las autoridades no tuvieran que descartarme del todo. No aún. No sin antes estar segura que él quedaría fuera del círculo de sospechosos.

—Me alegro de saberlo, de saber que estás fuera de la lista de sospechosos.

—En efecto, lo estoy. Además, querida Adeline, que sepas que yo jamás le habría pegado un tiro a tu marido.

—¿Ah, no?

—No. De haber tenido que matarle, y admito que he fantaseado con ello más de una vez, lo habría hecho a puñetazos. Un tiro al corazón guarda un significado casi amoroso. Me hace sospechar que la víctima y su asesino tenían un vínculo. Una relación amorosa, a lo mejor. Matarle a puñetazos solo expresa una brutal ira. Y eso es lo que tu querido marido despertaba en mí.

—¿Crees que ha sido un crimen pasional, Black?

Tuerce la boca en plan pensativo.

—A lo mejor.

—Entonces, también pensarás que lo he matado yo.

Se levanta de su silla, viene hacia mí y se arrodilla a mi lado. Me coge la mano y la pega a su mejilla sin afeitado. Los dos nos estremecemos ante ese roce.

—No, no creo eso —musita—. Pero creo que me ocultas algo.

—A lo mejor lo que te oculto es que lo he hecho. Quizá Rodríguez lleve razón. ¿Cómo sabes que no le miré a los ojos mientras apretaba ese gatillo?

Lo rechaza con un gesto lento de la cabeza.

—Tú no harías eso.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Te conozco, Adeline. Te conozco mejor que nadie en el mundo. Sé que tú no apretarías ese gatillo. Lo sé. *Confío* en ti.

Dejo caer la mano y hago un intento por sonreír.

—Aún me amas, ¿verdad? —pregunto con voz quebrada.

Robert extiende el brazo y apoya la yema de su dedo índice contra mi mandíbula. Despacio, dibuja una línea en dirección al mentón, sin detenerse hasta rozar el centro de mi labio inferior. Es muy tierno su modo de tocarme. Sentir la calidez de su piel despierta en mí cosas que pensaba muertas; emociones que mi mente ni siquiera es capaz de entender o catalogar. ¿Podría ser esto amor? ¿Ese amor que sentía antes de perder el norte? ¿Acaso aún soy capaz de sentir algo así de puro?

—No lo sé —musita Robert por fin—. No sé qué es lo que siento por ti, Adeline. Solo sé que cada vez que cierro los ojos, te veo a ti. Y cada vez que pienso en el futuro, te veo a ti. Y cada vez que estoy triste, quiero que tú me abras. Y cada vez que estoy alegre, quiero que tú estés ahí y compartas mi felicidad. ¿Crees que eso es amor?

No puedo evitar sonreír.

—Oh, sí. Yo diría que estás loca y perdidamente enamorado de mí, Black.

—Y eso... —se detiene, frunce el ceño y traga saliva mientras sus ojos se elevan hacia los míos— ¿Te parece bien? ¿Te parece mal? ¿Te importa una mierda?

—Un poco de las tres, supongo —bromeo, lo cual hace que su rostro ensombrezca.

—Ya. Eso imaginaba.

Desvía la mirada para ocultar su decepción.

—Oye... —Coloco los dedos por debajo de su mandíbula y le alzo el rostro para poder verle los ojos. Cuando por fin me mira, me las apaño para componer una sonrisilla atormentada—. La verdad es que yo...

De pronto perdida, desvío la mirada hacia el suelo y cabeceo, con la mente atrapada en el recuerdo de todas esas noches que he pasado lejos de él. Aún recuerdo el dolor que sentía al despertar, cuando descubría que el hombre tumbado a mi lado en la cama no era Robert, mi hermoso desconocido. Era otro hombre, alguien que no significaba nada para mí.

—Cada vez que tenía una pesadilla, pensaba en ti —le digo abruptamente, consciente de que estoy obrando mal al confesarle todo esto.

—¿Lo hacías? —murmura asombrado y, a lo mejor, esperanzado.

Asiento, con un grandioso nudo en la garganta.

—Lo hacía. Y cada vez que me despertaba gritando, asustada y con el corazón frenético, pensaba en que me gustaría que fueran tuyos los brazos que sentía a mi alrededor, y tuyos los labios que me susurraban que me tranquilizara. Pero tú no estabas ahí, Robert. En cada una de mis pesadillas, grité tu nombre, pero tú no estabas ahí cuando despertaba.

Su ceño vuelve a aparecer.

—¡Pero desearía haberlo estado! —rebate en tono pasional, alargando los dedos para acariciarme la mejilla—. No hay nada que yo desee más que estar a tu lado, ¿lo entiendes? Por eso estoy aquí ahora.

Muevo las manos para cogerle el rostro entre las palmas. Clavo los ojos en los suyos y me tomo unos instantes para encontrar las palabras. Hay demasiadas ideas bullendo por mi mente, y necesito ordenarlas antes de hablar.

—No sé lo que va a pasar con mi juicio, Robert. No sé si voy a salir de esta o no. No quiero darte ninguna esperanza. No sería justo hacerte eso. Me han acusado de asesinato en primer grado. Vale, no acabaré en el corredor de la muerte. O eso quiero pensar. Pero si me encontraran culpable...

—No lo harán.

—*Si me encontraran culpable* —insisto, dando peso a cada palabra—, pasaré muchos años de mi vida entre rejas. No puedo condenarte a eso. Yo no tengo nada para ofrecerte ahora. ¡Mírame!

Sus dedos se enroscan alrededor de mi nuca, más posesivos que nunca, y sus labios se acercan a los míos.

—No te estoy pidiendo nada. Solo quiero que me dejes estar cerca de ti.

—*Quiero* que estés cerca de mí —apostillo, con mis palmas arrastrándose desesperadas por sus altos pómulos—. ¡Dios, echo de menos que estés cerca de mí! Pero no voy a permitir que lo hagas. Lo siento. Lo estoy haciendo por tu propio bien. Algún día, cuando el dolor se apague, lo comprenderás.

Dicho eso, dejo caer las manos y retrocedo. Robert deja escapar su suspiro.

—Adeline...

—Márchate —ordeno con gelidez.

Su cara se torna de hielo, y noto un cambio imperceptible en sus ojos, algo que no sabría definir, un tormento casi inhumano.

—No lo hagas de nuevo. No me apartes.

—No quiero que regreses aquí cada noche. ¿Quieres llevar el caso? De acuerdo. Hazlo, si es lo que te hace feliz. Pero no esperes nada más de mí, porque no tengo nada que ofrecer. No te enamores de mí otra vez. No dejes tu vida en Nueva York por mí, porque yo no valgo la pena, Black. Nunca he valido la pena. Siempre he sido la misma chica rota, y jodida, y complicada que soy ahora. Tú has intentado arreglarme, pero no ha funcionado. Porque yo no tengo arreglo. Y lo peor de todo es que en tu intento por juntar mis pedazos rotos, te has perdido a ti mismo. Y eso es lo que más lamento de todo: el haberte destruido a ti. Siento lo que te he hecho. Nunca fue mi intención hacerte daño.

—Lo sé. Tu intención era encerrarme en algún lugar remoto y ponerme a salvo del mundo entero, ¿verdad? Protegerme de todo. Incluso de ti misma.

Me tumbo en la cama, cierro los ojos y hago una larga pausa.

—Buenas noches, Black —musito por fin.

—Buenas noches, preciosa —dice con voz muy suave.

Se inclina sobre mí, me besa el pelo y se marcha. Me mantengo así, en la más absoluta oscuridad, con los párpados apretados con fuerza. No voy a llorar. No habrá más lágrimas a partir de ahora. Llorar es cosa de débiles, y yo perdí mi debilidad en una gélida noche sin estrellas. Y con ella, me perdí a mí misma.

No sé qué es lo que me despierta, si el alboroto, la luz o su presencia. El caso es que abro los ojos y diviso, entre parpadeo y parpadeo, a mi padre y a Robert Black contemplándome. Y parecen contentos. ¡Qué raro!

—¿Por qué sonreís tanto? —refunfuño. Nunca estoy de buen humor por la mañana. El simple hecho de despertar me resulta irritante.

—Buenas noticias —informa Edward.

—¿Paris Hilton ha dejado de bailar en *topless*? —me atrevo a especular.

—Hemos abonado la fianza —rebate Robert con los ojos entornados.

—Medio millón —subraya mi padre, sin dejar de sonreír como el político carismático que es—. Adeline, hija, me has salido muy cara, cariño.

Le pongo mala cara. Los dos sabemos que medio millón no supone nada para gente como nosotros.

—¿Significa eso que me puedo ir de aquí?

—Significa dos cosas. La primera, que eres libre, en efecto. La segunda, que, tristemente, tu herencia acaba de disminuir en quinientos mil dólares.

Hago caso omiso de la sequedad de las palabras de Edward y me incorporo de un salto. No puedo mantener a raya mi alegría.

—¡Dios mío! —chillo, dando saltitos—. ¡Voy a poder bañarme y dormir en una cama de verdad!

—Y dejar de juntarte con malas compañías —añade Edward.

Dejo de saltar para poder dedicarle una mueca seca.

—Eso es lo que menos me preocupa, padre.

—Lo sé, hija. Y por eso estamos hoy aquí.

Vuelvo a hacer una mueca. ¿No puede dejar los sermones ni cinco minutos para permitirme alegrarme de mi recién estrenada libertad?

—¿Os importa que dejemos las disputas familiares para otro día? —interviene Black con aire fatigado.

—Claro. Ya habrá tiempo para echárselo en cara. Te espero en el coche, cielo. Te he traído ropa. Ponte algo solemne. Es lo adecuado.

—Vaya, gracias, papá, por tus *tips sobre moda*. Podrías haber triunfado como asesor de imagen.

—De nada, Adeline. Bueno, hasta ahora.

Nos da la espalda y, con aire regio, se encamina hacia las rejas abiertas.

—Edward.

Mi padre frena en seco y se gira hacia Robert. ¿Desde cuándo se tutean? ¿Me he perdido algo?

—¿Sí, Black?

—Quiero que se quede conmigo.

—¿Contigo? —se asombra Edward.

Yo muevo la mirada de un rostro al otro, sintiéndome como una niña cuyos padres se están peleando por la custodia compartida.

—Sí. Es lo mejor. Así podremos preparar la defensa y todo eso. Aún me faltan datos por contrastar con ella.

—Te recuerdo que yo también estudié derecho en Harvard. Matrícula de honor, además. Puedo hacer lo mismo que tú.

—Sí, pero el que lleva este caso soy yo, Edward.

—Aun así...

—Me voy con Robert —me apresuro a declarar, para poner fin a sus inquietudes.

Los dos se giran de cara a mí. Robert sonrío complacido. Mi padre, en cambio, frunce el ceño.

—¿Qué?

Tuerzo los labios en señal de desdén. Soy consciente de que me arrepentiré de esto. No sé muy bien cómo encaja mi actitud con mis planes de mantenerme alejada de él. Solo sé que, al recibir la noticia de que soy libre por fin, solo he pensado en lo mucho que me gustaría pasar todo el tiempo que me queda a su lado. «¿Qué harías si supieras que se te está acabando el tiempo, Adeline? Pasar tus últimos instantes cerca de Robert Black, por supuesto».

—Bueno, soy mayor de edad, por si se os olvida. Puedo decidir sola. Y elijo irme con Black. Para preparar el caso y todo eso.

«Ejem. Ejem».

—¡El caso y un cuerno, Adeline! Lo que pasa es que eres incapaz de mantenerte alejada de este hombre.

Me encojo de hombros con indiferencia.

—Como sea. Me iré con él, Edward.

Mi padre sacude la cabeza con reprobación.

—Haberlo hecho desde el principio. Porque, si te hubieses casado con este, no estaríamos hoy aquí.

—Impresionante, senador. Es el primer cumplido que escucho hacia mi persona —comenta Black, flemático.

—Sola tú te podrías tomar eso como un cumplido, muchacho. Hala. Toda tuya. Si te desespera, me la puedes devolver. Estaré en el Hilton toda la semana.

—Descuida, me la quedaré —informa Robert con su arrebatadora sonrisa burlona.

Mi padre entorna los ojos.

—¿Por qué será que eso no me pilla por sorpresa? Te llamaré más tarde, cielo.
—Se me acerca, me besa la mejilla y se marcha por fin.

Black, con las manos colgando de los bolsillos, se balancea sobre los talones y las puntas de los pies, mientras me contempla con una sonrisa de oreja a oreja.

—Así que me has elegido a mí.

—No te emociones, letrado. La otra opción era Edward. Francamente, no estoy de humor para más sermones. Te prefiero a ti porque sabes mantenerte callado cuando es necesario.

—Ah.

Sin interrumpir nuestro contacto visual y con toda la tranquilidad del mundo, me deshago del mono naranja, quedándome en ropa interior. Black, ruborizado, se apresura a volverse de espaldas, para concederme algo de intimidad. Mi boca se curva en una sonrisilla malévolamente. Será divertido vivir con él y poner a prueba su autocontrol.

—Ya puedes girarte —anuncio pasado un rato—. Estoy decente.

Se vuelve sobre los talones, con los ojos azules estudiándome de la cabeza a los pies.

—Un buen atuendo —remarca con voz ronca.

El brillo de sus ojos es demasiado seductor. Soy consciente de lo peligroso que resulta estar cerca de él cuando me mira como me está mirando ahora. Lo sé, solo que no me importa en absoluto.

—Ya ves. Mi padre también tiene buen gusto a la hora de comprar ropa a damiselas en apuros.

—Es cuestión de práctica, Adeline. O, por lo menos, lo fue en mi caso.

¡Qué cabrón! No hace falta que me restriegue por las narices que se ha acostado con medio país. Eso ya lo sé yo. Y, por absurdo que parezca, aún me saca de quicio, a pesar de toda la terapia para curar mis celos otelianos (terapia que, según el psicólogo, dio su fruto. ¡Estafador!)

—Ni siquiera hemos empezado a vivir juntos, y ya me sacas de mis casillas, Black.

—Vamos, no seas tan egocéntrica. No tienes razones para sentirte celosa. Ya no soy tu novio.

¡Y también me tiene que restregar eso! ¿Qué le he hecho yo a este tío en otra vida?

—Que te den —grazno, de un terrible mal humor, que empeora todavía más cuando Robert suelta una carcajada.

—Relájate, Carrington. No querrás que te salgan arrugas del disgusto. ¿Nos vamos?

—Sí, pero empiezo a pensar que tenía que haberme marchado con Edward.

—No digas memeces. Yo soy una compañía mucho más divertida. Ponte las gafas. Te darán más *glamour*.

—Otro que ha fracasado en su carrera profesional...

Aun así, me pongo las gafas, me ahueco la melena y me pinto los labios de rosa. Mi padre me ha traído de todo. Es un tipo organizado.

Black me ofrece su brazo, pero hago caso omiso de él. No creo que sea lo adecuado salir de prisión agarrada al brazo de mi ex. No es esa la imagen que pretendo dar. Por una vez en mi vida, haré caso al consejo que me dieron de pequeña: la imagen lo es todo.

Delante de las puertas de la cárcel hay varios periodistas acampados. Sonrío delante de los *flashes* y pronuncio unas cuantas palabras acerca de lo maravilloso que es ser libre otra vez y todas esas chorradas que la gente se espera que digas al salir de prisión. Agradezco a las autoridades el haberme tratado tan bien y reitero mi confianza en la justicia. Casi me entran ganas de vomitar al escuchar mis propias palabras. Nada ha habido ni habrá más falso que eso.

Pese a ello, las formulo con una sonrisa sincera, lo cual parece ser del agrado de la prensa. En esta clase de casos mediáticos, es muy importante tener a los periodistas de tu parte. Su opinión acaba influyendo en el jurado tarde o temprano. A fin de cuentas, los miembros del jurado no son más que seres humanos con debilidades y virtudes, y se dejan manipular como todos los demás.

Black, con una mano apoyada contra mi espalda, me conduce hasta un Ferrari rojo, brillante.

—¡Guau! Bonita chatarra.

—Sí, obsequio de mi hermano.

—Buen gusto, como siempre.

—Ya sabes cómo es Nate.

Me abre la puerta y me la sostiene, aguardando a que me instale y me coloque el cinturón. Lo sigo con la mirada mientras rodea el coche, ocupa su asiento y arranca. Antes de salir del aparcamiento, me giro para despedir a los periodistas con la mano. Parezco la jodida reina.

—¿Adónde vamos? —pregunto, al ver que cogemos una salida a mano derecha.

—A mi casa.

—Ja. ¡A tu casa! Qué escándalo, Black. ¿Te parece adecuado decirle eso a

una pobre viuda?

Vuelve el rostro hacia mí y me dedica su sonrisa sarcástica.

—Yo no he dicho nada de follar, Adeline. Solo te he informado de que pienso llevarte a mi casa.

—Y ahora me hablas de follar. Qué poco sensible eres, señor Black.

—No me digas que te ofenden mis palabras. No me lo tragaría.

—No, no me ofenden. ¡Pero deberían!

Pasados unos minutos, Robert Black detiene el coche delante de una impresionante fuente de agua, detrás de la cual se extiende, en dos plantas, una enorme mansión de estilo colonial. Los muros de madera blanca acogen en dos de sus esquinas unas enredaderas de hojas verde mortecino, que casan a la perfección con el imponente jardín, repleto de tupidos árboles, que ocupa unos cuantos acres en la parte de atrás. Es una propiedad magnífica, más grande incluso que nuestra finca de Colorado.

—Vaya —suelto un silbido no demasiado elegante.

—Lo sé. Es alucinante, ¿verdad?

Se baja, me abre y me conduce hasta el interior, a través de un pasillo muy amplio y tan suntuoso como todo lo demás. Una exquisita escalera conduce a la segunda planta, y hay un piano de ébano en el salón principal, así como una chimenea y una moderna barra de granito negro. El lugar posee elegancia y buen gusto, a la vez que parece práctico y hogareño.

—¿Qué te parece?

—Está muy bien.

Lo cual se queda corto. Esto está por encima de *muy bien*, pero quiero fingir indiferencia.

—Ven. Te mostraré tu habitación.

—¿Tengo una habitación? —me asombro, con infantil entusiasmo. Ya soy incapaz de fingir indiferencia.

—Pues claro. Te la han dejado preparada esta mañana.

Las esquinas de mi boca se alzan en una discreta sonrisa.

—¿Sabías que iba a elegirte a ti?

Se detiene y se vuelve para mirarme a los ojos. Me estremezco sin querer. El estómago se me contrae y el corazón me pega un brinco en el pecho. Me mira de un modo tan concentrado que no puedo evitar todos esos sentimientos.

—Esperaba que lo hicieras. —Aprieta los labios y luego los relaja, como si no supiera qué añadir a eso—. ¿Preparada?

Me ofrece su mano. Bajo la mirada, cavilando sobre si cogerla o no. La

última vez que lo hice, salió mal.

—¿Adeline? —insiste.

Suspiro, entorno los ojos y... cojo su mano.

—Los seres humanos nunca aprenden de sus errores —refunfuño para mí.

Black me mira ceñudo.

—¿A qué te refieres?

—A nada. Solo estaba pensando en voz alta. Muéstrame esa habitación, anda.

Cogidos de la mano, subimos a la segunda planta. Robert entorna la puerta de un dormitorio luminoso, decorado con tonos pastel. Lo que más destaca es la doble cama francesa, una magnífica combinación de blancos y dorados, más adecuada para el palacio de Versailles que para una mansión colonial de Austin, Texas.

—Esto es para princesitas, Black —comento tan pronto como entramos, mirando disgustada las elegantes cortinas blancas bordadas con hilo dorado.

—Me temo que a los propietarios les gusta lo majestuoso. Pero si tanto insistes, puedo poner un póster de Metallica, o de Satanás, o de lo que sea que te haga sentir como en casa.

Le muestro el dedo, y él se ríe.

—¿Cuál es tu habitación? —quiero saber de pronto.

Alza una ceja despacio.

—¿Por qué? ¿Tienes pensado asaltarla esta noche? —me propone con una sonrisa socarrona.

Me muerdo el labio por dentro para evitar sonreír.

—Más quisieras. No. Solo quería ver si es igual de... imperial que esto.

—Incluso más. No te olvides de que soy el señor de esta casa, Adeline. Mi habitación tiene que ser más ostentosa que la tuya.

—Vaya por Dios. Lo que te faltaba a ti: ser el señor de algo.

—Hablo en serio. Deberías tratarme con más respeto.

Le pongo mala cara.

—¿Qué me sugieres?, ¿que te llame mi querido amo y señor?

—No. Conque me llames *luz de mi vida* bastará.

A modo de respuesta, le dedico otra bonita peineta que le hace reírse a carcajadas.

—Te dejaré para que te instales y todo eso. Tienes ropa en el armario, productos para chicas en el baño, un móvil para que llames a quién te dé la gana... Ah, y un iPod lleno de música, por si no puedes dormir por la noche.

Ya veo que ha pensado en todo.

—Gracias —le digo sinceramente.

Me dedica una sonrisilla tierna.

—No hay que darlas. Ya sabes que disfruto cuidando de ti.

Me da la espalda, camina hacia la puerta y sale. Lo sigo con la mirada, incapaz de moverme. No sé por qué, pero pensé que a lo mejor me iba a besar. Supongo que me desconcertó el candente brillo de sus ojos.

—¡Al cuerno! —Frena en seco, después de haber dado unos cuantos pasos por el pasillo.

Mi corazón, embargado por una culpable emoción, empieza a latir más deprisa. Robert se gira y vuelve a cruzar el umbral, esta vez caminando con paso firme. Sin decir nada, se me acerca y planta un beso en mi mejilla, sus labios demorándose ahí un poco más de la cuenta. La piel se me incendia al instante a causa de su contacto.

Lo miro devastada, exigiendo con la mirada que me bese, que me bese de verdad, pero él no lo hace, sino que da media vuelta y sale como una exhalación. Me quedo en mitad de la habitación, paralizada, con el aliento descontrolado y las pupilas dilatadas de excitación.

*El amor no necesita ser perfecto.
Solo necesita ser verdadero.
(Marilyn Monroe)*

Capítulo 2

Actualidad, Austin, Texas

Adeline

Tomo un baño largo, con espuma y sales, hasta que se me enfría el agua. Me hacía falta relajar la tensión. Las duchas de la cárcel no son precisamente el sueño de una chica.

Como aún no estoy preparada para enfrentarme a Black ni a la avalancha de sentimientos que me produce estar tan cerca de él, me entretengo echándome una crema de cuerpo que me ha dejado en el armario del baño. Es un hombre muy considerado. Siempre se preocupa por cubrir todas mis necesidades. Incluso me ofrece cosas que yo no sabía que las necesitara, como una simple caricia de su mano. Eso es lo que más me intriga. ¿Por qué todo resulta más fácil con él cerca?; ¿más llevadero?

Al secarse por fin la loción, me pongo un pantalón de chándal y una camiseta de tirantes, y me arreglo un poco el pelo. Mientras me lavo los dientes, doy vueltas a mi situación. Creo que ha llegado la hora de admitirme que estoy metida en un buen lío. No sé cómo diablos he acabado así. Echo de menos esa época en la que solo era una chica como cualquier otra, iba a la universidad, fumaba porros de vez en cuando, me cogía cogorzas. ¡Qué tiempos aquellos! Ahora soy una presidiaria bajo fianza, a punto de enfrentarse a un juicio por asesinato. Nunca pensé que mi vida de adulta sería de este modo. Supongo que en algún momento tuve sueños e ilusiones. Ojalá me acordara de ellos.

—Deja de compadecerte —me regaño a mí misma, dejando el cepillo en su sitio. Ya he tenido esta disputa conmigo misma muchísimas veces. De nada sirve culparse. Lo hecho, hecho está. Ahora toca aprender a vivir con ello.

Me ahueco la melena, cojo aire en los pulmones y salgo del baño. Que pase lo que tenga que pasar. Después de ese baño, estoy preparada para enfrentarme a

todo.

Encima de mi estúpida cama francesa, hay una camisa blanca y una nota que reza:

Por si prefieres mi ropa a la tuya. R.

Pese a lo desgarrada que me siento por dentro, no puedo evitar reírme. Nadie me conoce como él.

Me apresuro a deshacerme del pantalón y de la camiseta de tirantes, y me pongo la camisa de Robert. Un escalofrío violento corre por mi espalda cuando me doy cuenta de que la prenda conserva su olor. Cierro los ojos, aspiro la tela y sonrío aliviada. Es el olor más reconfortante del mundo. Un golpe en la puerta me devuelve a la tierra.

—¿Sí? —la voz me sale demasiado ronca, así que carraspeo y digo más alto—: ¿Sí?

La puerta se abre y Robert Black, con vaqueros viejos y una camisa a cuadros en tonos de azul y gris, entra en mi habitación. Está descalzo, y es obvio que se acaba de duchar.

—Bonita camisa —remarca con voz gutural.

Le sonrío.

—Sí, bueno, es que no tenía nada más para ponerme y... —intento quitarle hierro al asunto, pero cuando veo que sus ojos bajan hacia el pantalón de chándal que he tirado al suelo, al lado de la camiseta, desisto de buscar justificaciones estúpidas y suspiro—. Bueno, me gustan más las camisas. Son más cómodas.

Black frunce los labios y asiente con la cabeza. Él también luce incómodo.

—Entiendo. —Se revuelve el pelo con una mano y me mira a los ojos—. Venía a preguntarte si tienes hambre. Y, en caso de recibir una respuesta afirmativa, saber qué te apetecería comer. Es para decirle a Ada qué quieres que te prepare.

—¿Quién es Ada?

—Ah, qué patán. No te he presentado a la gente que venía con la casa. Ven.

—¿Puedo ir así? Estoy medio desnuda.

Se lo piensa por un segundo.

—Será mejor que te vistas. También hay hombres por aquí. No quiero que se pasen la noche pensando en ti. No sería... cristiano. Ya es bastante que yo te haya visto tan ligerita de ropa —carraspea, y desvía la mirada, para disimular el deseo que ilumina sus pupilas.

Sonrío, recojo la ropa del suelo y me vuelvo a meter en el baño. Cuando salgo, con el pantalón y la camiseta de tirantes puestos, me encuentro a Black tumbado en mi cama, con las manos por debajo de la nuca.

—Es cómoda, para ser tan... suntuosa —me dice. Se le ve muy inquieto.

Le sonrío.

—Lo es. ¿Nos vamos?

—Claro.

Se levanta y me sigue de cerca. En la cocina me presenta a Ada, la cocinera, y a Ben. No sé exactamente lo que hace Ben, pero me atrevería a afirmar que es un mayordomo, a juzgar por la elegancia de su ropa y la solemnidad de su rostro. Supongo que se ocupa de abrir la puerta y esa clase de cosas, como hacía Philippe. A mí, personalmente, todo el rollo de tener un mayordomo me parece una absoluta pijada. ¿Acaso uno no puede ir a abrir su propia puerta? Sospecho que esto no tiene nada que ver con Robert Black. A diferencia de Hunt, él no es tan superficial como para necesitar los servicios de un mayordomo.

Encargamos un plato de pollo con arroz y abandonamos la cocina en silencio. En el pasillo nos cruzamos con John, al que Robert me presenta como uno de los jardineros. ¿Cuántos jardineros habrá aquí? No lo pregunto. Puedo sobrellevar la incertidumbre.

—¿Quieres que te muestre la casa? —me propone Robert en cuanto nos despedimos del anciano, que se aleja por el pasillo fumando un cigarrillo de liar.

—¿Por qué no? Muéstramela.

Posa una mano por la parte baja de mi espalda, lo cual me hace contener el aliento. No puedo creer que un simple roce suyo me afecte de este modo. Odio que la gente me toque. Lo odio. Sin embargo, en absoluto me resulta molesto cuando el que me toca es Robert Black. Por alguna razón, él puede hacer que me resulte placentero. Casi me alivia sentir la calidez de su cuerpo traspasando la tela de mi ropa.

Sin dejar de presionar los dedos contra mi espalda, me conduce por toda la planta baja, me muestra la biblioteca, el despacho y un pequeño invernadero repleto de enredaderas de rosas rojas.

—Vaya. Son preciosas —musito, rozando un pétalo que me parece tan suave como el terciopelo.

Me sonrío con esa sonrisa suya que dice muchas cosas, secretos que yo nunca supe interpretar.

—Lo son.

Rompe una flor y me la ofrece. La cojo con timidez y le devuelvo la sonrisa.

Nos miramos por un breve momento, y luego nos encaminamos hacia el otro extremo del invernadero, paseando por debajo de un alto arco blanco envuelto en rosas.

—¿Quién se hace cargo de todo esto?

—John, supongo. No tengo ni idea. Lo descubrí anoche. No me apetecía dormir al regresar de mi... cena contigo, y me puse a enredar por la casa. Por casualidad, acabé en este invernadero. Pensé en ti, en que te gustaría verlo. Hay un banco ahí, para que podamos sentarnos y leer, rodeados de rosas.

—¿Podamos?

—O sea, si te apetece compañía, claro. —Se rasca detrás de la oreja, y no preciso más indicios para saber que está incómodo.

—Me gustaría —le susurro con calidez.

Black, asombrado, eleva los ojos hacia los míos. El azul que rodea sus pupilas negras parece arder en llamas en este momento. No sé si yo me acerco a él o si él se acerca a mí, el caso es que al instante, nuestros pechos se están rozando. Mi corazón late con furia, y sé que el suyo también. Alarga el brazo y me coloca un mechón tras la oreja. Sonrío con tristeza cuando sus dedos me rozan la piel del rostro.

—Adeline...

Se calla y me mira mordiéndose el labio inferior.

—¿Mmmm?

Se inclina sobre mí y acerca la boca a mi oreja.

—Hay algo que me gustaría hacerte desde... hace mucho tiempo. Algo que no puedo quitarme de la mente.

Me estremezco en lo más profundo de mi ser ante esas palabras, susurradas por su voz, tan jadeante y seductora. Adora susurrarme al oído, porque sabe el efecto que eso produce en mí. En este momento está tan cerca, con su pecho presionando contra el mío, que no puedo hacer más que olerlo, respirarlo y tragar saliva fuerte. No puedo pensar en nada.

Sé que, por mucho que me cueste, tengo que reunir bastantes fuerzas como para abrir la boca y hablar sin que la voz me tiemble. ¡Maldito Robert Black! Nadie en el mundo entero puede convertirme en una colegiala. Nadie, salvo él.

—¿El qué? —musito por fin, rezando para que no repare en mi nerviosismo.

—Besarte.

No me permite oponerme a eso. Coge mi cara entre las manos y aplasta los labios contra los míos. Su lengua se abre camino a través de mis dientes, y todo lo demás se oscurece a nuestro alrededor, como si el universo entero se apagara

y dejara de girar por unos momentos. Me aferro a él y contesto a su beso de igual modo, con las mismas ansias.

Robert gime cuando nuestras lenguas se rozan por primera vez en meses. Al mismo tiempo, su miembro se tensa contra mi vientre. No recuerdo haber sentido nunca un deseo más violento que este. ¿Cómo puedo sentir lo que estoy sintiendo? ¡Dios, esto está tan mal!

Una de sus manos baja por mi pecho, y la pasión de nuestro beso se intensifica. Sin dar más vueltas al asunto, llevo las manos a los botones de su camisa y empiezo a desabrocharlos deprisa. Robert me baja los tirantes de la camiseta, y su boca se aferra a mi cuello, arrastrándose en dirección al escote. Dejo su camisa a medio desabrochar, echo la cabeza hacia atrás y hundo los dedos en su cabello, tirando de él suavemente, despeinándose.

Su boca devora la fina piel de mi cuello, y mis ojos se entrecierran. Robert me empuja contra el banco de madera y está a punto de tumbarme encima, cuando un discreto carraspeo nos hace detenernos.

—Disculpe, señor Black. —Ben, en absoluto avergonzado por habernos pillado en actitud tan poco elegante, aguarda en el umbral con expresión solemne—. La comida está servida.

Robert deja caer los parpados y coge una honda bocanada de aire en los pulmones, para calmar su excitación, me imagino.

Unos instantes después, al abrir los ojos, parece haber recuperado por completo el dominio sobre sí mismo. Y también parece arrepentido. Hay un brillo casi agónico en su mirada cuando esta se clava en la mía. Vaya...

—Ya vamos, Ben. Gracias.

Me llevo una mano a los labios, para calmar el escozor. Me los noto bastante hinchados.

—Esto... lo que ha pasado... —intento decir.

Black agita la cabeza.

—Olvídalo.

Y, sin más explicaciones, da media vuelta y se va detrás de Ben. ¿Pero qué diablos le pasa? ¿Por qué se ha cabreado tanto? El que ha iniciado todo esto ha sido él. ¿A qué demonios está jugando conmigo?

Desconcertada, me tomo unos momentos para recomponerme, y echo a andar por el pasillo. Cuando llego al comedor, descubro que Black no está ahí. Ada me sirve la comida y se retira en silencio. No entiendo nada.

—¿Ada?

Nadie contesta.

—¿Ben?

Solo pasan dos segundos hasta que Ben aparece en el umbral, alto y tan solemne como Lurch, el mayordomo de los Addams. Hay que admitir que Ben es un tanto siniestro.

—Disculpa, Ben. ¿Y Robert? ¿No baja a comer?

—Se acaba de marchar —me informa, con desdeñosa indiferencia.

Esa noticia me produce un extraño dolor en la boca del estómago. ¿Me estará dando una úlcera?

—¿Se ha marchado? ¿Adónde?

—Lo ignoro. Pero, si me permite, señora, parecía un tanto alterado.

Tomo un sorbo de agua para calmar mi ansiedad.

—Ya. Eso ya lo he visto. Gracias.

—De nada.

Y se retira.

No me apetece demasiado comer, pero me acabo el plato para no ofender la hospitalidad de Ada. El episodio del invernadero me ha dejado con un enorme hueco en el estómago. Estar entre sus brazos otra vez, volver a besarle, volver a sentir ese deseo tan aplastante que solo él me hace sentir, todo eso ha trastocado mi mundo desde los cimientos. Nada volverá a ser igual después de esto.

Estoy en la cama, durmiendo, cuando noto el colchón moviéndose a mis espaldas. Aturdida, separo un poco los párpados mientras intento descubrir dónde estoy. Siempre me despierto confusa y tan asustada que necesito varios segundos para recuperar el aliento y comprender que estoy a salvo. La habitación se mantiene en absoluta oscuridad. No he bajado las persianas, pero no hay farolas en el jardín, ni tampoco luna en el cielo, de modo que ni un solo halo de luz devora esta negrura. Me giro en la cama y casi choco con el cincelado rostro de Robert Black.

—¿Robert? —musito insegura.

—Chissss.

Mueve las manos, me coge la cabeza entre las palmas y, por un momento, se dedica a acariciarme las mejillas muy despacio, moviendo los pulgares en círculos.

—¿Qué haces aquí? —musito de nuevo.

—Es una muy buena pregunta. No lo sé.

—¿Estás borracho?

—No lo bastante como para haberme quedado dormido en el sofá. Por desgracia.

Frunzo el ceño. Nuestros rostros están muy cerca el uno del otro. Nuestras respiraciones se cruzan. Robert desprende un ligero olor a *bourbon* que hace que mi cabeza dé vueltas.

—¿Por desgracia? ¿Es que no quieres estar aquí?

—No *debería* estar aquí —puntualiza en un susurro.

—¿Y por qué has venido, entonces?

—Porque llevo todo el puto día bebiendo y pensando en ti. Necesitaba verte. Y tocarte. Y... besarte.

Alzo una ceja, sin poder disimular mi diversión.

—¿Necesitabas besarme?

—Siempre necesito besarte —refunfuña, bastante disgustado y un poco exasperado por su propios deseos—. Por desgracia también.

Cojo aire en los pulmones y lo suelto despacio.

—Vaya.

—Lo sé... Esto está mal, Adeline.

—Cierto.

—Pero me da igual —prosigue, como si no me hubiese escuchado.

—A mí también —musito.

Mi mirada dibuja la firme línea de su mandíbula, hasta aterrizar sobre sus labios, que se mantienen ligeramente entreabiertos para dejar salir su ansiosa respiración. Me doy cuenta de que algo se incendia en las profundidades de sus ojos cuando repara en mi modo de perderme en su boca.

—Voy a besarte —anuncia de repente.

—Vale.

Sonríe al ver con qué facilidad cedo. ¿Para qué luchar? Los dos sabemos que va a desarmarme con un solo chasquido de dedos. Y los dos sabemos que me muero por besarle. Creo que se lo dejé bien claro esta misma tarde.

—De acuerdo. Te besaré entonces. Ahora.

—Vale —repito ensimismada.

Sus manos se hunden en mi pelo y tiran de mí hacia él, hasta que su boca cubre la mía. Con un gemido lánguido, me mete la lengua dentro y la enreda con la mía, adentrándose profundamente. Aprieta el cuerpo contra el mío, de tal modo que su miembro golpea contra mi estómago.

—Abre los ojos y mírame —me susurra, retirándose por un momento.

Hago lo que exige, lo cual me hace chocar con unos ojos azules tan nublados de pasión que me producen un tirón bastante familiar en el vientre.

—Te he echado de menos —vuelve a susurrar, con devastadora tristeza.

—Y yo a ti.

—Voy a hacerte el amor, Adeline.

Las yemas de sus dedos dibujan círculos de lo más eróticos a lo largo de mi clavícula, y yo pierdo la capacidad de hablar durante unos segundos. La mera idea de saberle dentro de mí me desquicia.

—Pero necesito tu consentimiento verbal.

Pongo un gesto ceñudo.

—¿Desde cuándo?

—Desde que sé que los dos vamos a arrepentirnos mañana de lo que vamos a hacer esta noche.

Una sonrisa ambigua se abre camino en mis labios.

—¿Por qué íbamos a preocuparnos ahora por los remordimientos de mañana?

Mi contestación le arranca una sonrisa lenta a Robert Black.

—Siempre me ha gustado tu forma despreocupada de mirar las cosas.

Mis ojos se mueven inquietos por su rostro. Estoy muy nerviosa. Demasiado. ¿Y si no puedo hacerlo?

—¿Ah, sí? —me obligo a decir. Ni siquiera sé de qué estamos hablando.

—No puedo dejar de pensar en ti. Necesito una noche contigo. Concédeme al menos eso. Una sola noche. Desde que te vi en esa sala de interrogatorios, no he podido dejar de imaginarme cómo sería hundir mi polla dentro de ti.

Sus palabras me arrastran de vuelta al presente. Los pezones se me ponen duros de inmediato, empujando contra la dureza de ese pecho de acero. A lo mejor sí puedo hacerlo. Desde luego, mi cuerpo está preparado. Lo que me preocupa es la mente.

—Estás muy borracho —comento, asombrada por esa confesión tan... tan... tan... directa, supongo.

Robert ríe entre dientes.

—Puedo tener una erección, si es lo que te preocupa. Obsérvalo.

Coge mi mano y la coloca encima de su miembro, que me golpea a través de la tela del vaquero. Lo miro a los ojos, disfrutando de la expresión salvaje y ansiosa que muestra su hermosa cara. Suelta un rugido cuando le bajo la cremallera e introduzco la mano dentro de sus pantalones. Flexiona las caderas contra mí, para solicitar más.

—Eso es, nena. Tócame.

Sus manos empiezan a acariciarme el cuerpo. Me desabrochan los botones de la camisa, se cuelan por debajo de la tela y me acarician el vientre.

—Verte con mi ropa me la pone dura —musita, con los labios pegados a mi cuello.

Sonrío.

—A ti cualquier cosa te la pone dura, admitámoslo.

—No, cualquier cosa, no. Cualquier cosa que guarde relación contigo, sí.

Me coloca bajo su cuerpo. Coge mis manos y las deja por encima de mi cabeza.

—Así estás perfecta. No te muevas.

Mi nerviosismo regresa, pero me obligo a dominarlo. Puedes exorcizar tus propios demonios. Es cuestión de disciplina.

—¡Qué mandón! —bromeo, cuando recupero el control.

Empieza a tocarme, a besarme todo el cuerpo, a rozarme entre los pechos con la aspereza de su barba. Hundo las manos en su cabello y me retuerzo bajo sus ardientes besos.

Robert hace que me sienta desenfadada. Me asustaba esta intimidad. Me asustaba no ser capaz de tener una intimidad con nadie nunca más. Pero todo parece fluir a la perfección entre Robert y yo. Me siento pura de nuevo, como si otros labios no hubiesen mancillado su recuerdo; como si otras manos jamás me hubiesen tocado como me están tocando las suyas ahora. Me siento como si el tiempo que pasé sin Robert nunca hubiese existido.

Todas aquellas cosas que viví con otro hombre se desvanecen ahora ante sus besos, y eso me calma porque pensé que siempre formaría parte de mí, como una marca de la que jamás me podría deshacer. Pero Robert hace que me olvide de ello. Como siempre, entre sus brazos nada más importa.

—Robert... —murmuro, paseando los dedos por los músculos de su espalda, que se tensan bajo mis yemas—. ¿Estás aquí de verdad?

¿O acaso es un sueño? ¿Un sueño retorcido creado por mi enfermiza mente solo para atormentarme? Su boca deja de arrastrarse por el tallo de mi garganta, y él alza el rostro para buscar mis ojos.

—Es el único sitio donde quiero estar —me susurra, antes de subir para buscar mi boca.

Sus labios amortiguan todos mis gemidos. Mientras me devora a besos, sus manos se mueven por mis mulsos y mis caderas, arriba y abajo, esparciendo todo un sendero de llamas. Retiro las manos de debajo de su camisa cuando él retrocede un poco para deshacerse de ella. Aprovecha para quitarse también los

vaqueros, y luego sus labios vuelven a estrellarse contra los míos.

Gimo al notar la íntima presión de su masculinidad rozándome entre las piernas.

—Hay demasiada tela de por medio —me susurra mientras se deshace de mi ropa interior y, acto seguido, de sus *bóxers*.

Siento sus pesados brazos a mi alrededor, rodeándome en un fuerte abrazo. Hunde la cabeza en mi cuello y se queda así, muy quieto, con el sexo apoyado contra el mío y el corazón latiéndole con ira encima de mi pecho.

—Estoy muy borracho, Adeline —me dice al oído.

—Ya lo veo —le susurro, sin dejar de acariciar su cabeza. Él al menos tiene esa excusa. ¿Cuál es la mía?

Suelta un sonido inarticulado al notar mis dedos enredándose en sus cabellos. Extiende la lengua y la apoya contra el lóbulo de mi oreja, y a mí se me entrecierran los ojos.

—Quiero follarte. Necesito empezar con eso. Después, iré muy despacio. Pero ahora... solo necesito follarte.

—Y yo también.

—Bien —jadea.

Baja la mano, la introduce entre nuestros cuerpos y empieza a dibujar lentos círculos alrededor de mi clítoris. Introduce un dedo en mi interior y después esparce la humedad por mi sexo, mientras su lengua se arrastra por la base de mi garganta.

Me tenso de la cabeza a los pies cuando su miembro empuja contra la entrada. Clavo las uñas en sus bíceps y grito al sentirle en las raíces de mi ser, profundamente enterrado ahí.

—¡Jesús! —gruñe, deteniéndose—. Se me había olvidado lo... estrecho que es esto.

Mi pecho se sacude sobre el suyo cuando una carcajada brota de mi garganta. Robert me besa con ternura, sin dejar de acariciarme el clítoris mientras entra y sale despacio.

—¿No ibas a follarme? —le susurro, al darme cuenta de que me trata con muchísima ternura.

No deja de besarme y susurrarme cosas y acariciarme, y yo ya no estoy acostumbrada a que me veneren tanto.

—He cambiado de opinión —me susurra al oído—. Mejor te hago el amor. Iré despacio. ¿Dónde diablos está la prisa?

Se retira, se mueve y al instante siento sus labios besándome ahí abajo. Cierro

los ojos y me arqueo contra su boca cuando su lengua se hunde en mi interior y sus palmas se cierran sobre mis pechos. Sus dedos tiran de mis pezones hacia arriba, y yo dejo escapar un grito lánguido.

—Necesitaba probar esto —musita.

Baja una mano y me mete dos dedos dentro, follándome con ellos mientras mueve la lengua por mi sexo. Me invade una poderosa oleada de placer, y me contraigo alrededor de esa invasión. Estoy cada vez más cerca de un precipicio, y sé que cuando Robert me empuje al vacío, va a ser lo más asombroso de toda mi vida.

—Adeline, quiero correrme dentro de ti esta noche —me susurra, levantando sus preciosos ojos azules hacia los míos—. ¿Sigues tomando la píldora?

Asiento despacio, y él sonrío como el gato de Cheshire.

—Excelentes noticias —murmura para sí, estudiando mis ojos mientras sus dedos se giran en mi interior y rozan la pared superior de mi vagina. Dios mío... Lo que está provocando en mí es muy intenso.

—Robert, voy a...

—Espera —sus labios se colocan en mi sexo otra vez—. Ahora sí puedes hacerlo —murmura con voz amortiguada.

Y con una sola pasada de su lengua por los empapados pliegues, consigue lo que deseaba. Empiezo a convulsionar y a gritar y a perder toda la coherencia de mis pensamientos. Apenas soy consciente de que él desliza su grueso miembro dentro de mí otra vez.

—Me vuelves loco. Loco de atar —murmura, acercando su hermoso rostro al mío.

Se mueve muy despacio, y me besa con la misma parsimonia, como si quisiera saborear y absorber por completo este momento; como si quisiera grabárselo en la mente por toda la eternidad.

Le acaricio la espalda, caliente y un poco húmeda a causa del sudor, y Robert planta pequeños besitos en mi boca.

—¿Hago que te corras de nuevo? —susurra.

Entorno los ojos. Solo a él se le ocurriría preguntar algo semejante.

—Por favor.

Me sonrío con autosuficiencia. Y su ritmo cambia por completo. Entra y sale a través de las paredes de mi sexo, que se encogen cada vez que él golpea con fuerza. Y hace todo eso sin dejar de besarme en la boca. Más bien, posee mi boca, ya que ahoga todos y cada uno de mis gemidos. Yo murmuro su nombre, y él sonrío.

—Echaba de menos escuchar mi nombre en tus hermosos labios, preciosa mía.

Alzo las caderas, y Robert me deja el mando a mí por unos segundos. Después, se agarra con ambas manos a mi trasero, me coloca encima de él y me mueve según se le antoja, hasta que no puedo resistir más y me corro violentamente.

Rota en miles de pedazos, me dejo caer contra su pecho. Robert se incorpora, me sienta en su regazo, con las piernas rodeándole la cintura, y hunde la mano en mi pelo, mientras con la otra dibuja círculos alrededor de la punta de mi pecho derecho. Sus ojos se mantienen clavados en los míos, sin permitirme eludir su contacto. Una vena empieza a hincharse en la frente, y hay gotitas de sudor perlándole la piel. Extiendo un poco la lengua y las lamo, y Robert no puede seguir manteniendo el control. Tira de mi pelo con más fuerza, a la vez que la punta de su pene empieza a sacudirse dentro de mí.

Se corre murmurando algo y mirándome fijamente, para intentar grabarse esta imagen mía dentro de su mente. Y yo lo miro a él de igual modo y con el mismo fin: grabar esto dentro de mi mente, porque los dos sabemos que no volverá a suceder nunca más.

Robert se deja caer a mi lado en la cama, suspirando y clavando los ojos en el techo.

—Voy a pedir un juicio rápido —informa de pronto.

Me mantengo tumbada bocarriba, y él coloca la palma contra la mía y hace que nuestros dedos se entrelacen. Dejo caer los parpados por unos segundos. Me está matando esta noche. Sé que debería mantenerme alejada de él, pero soy incapaz. Cuando se trata de Robert Black, pierdo por completo la razón y dejo que me desarme así de fácil.

—¿Me has oído?

—¿Por qué vas a pedir un juicio rápido? ¿Tantas ganas tienes de volver a verme en la cárcel?

Se gira de cara a mí, levanta un poco el brazo y me roza el centro del labio inferior con su pulgar.

—Ni hablar. No vas a volver a la cárcel. Nunca. Voy a pedir un juicio rápido para que la fiscalía no tenga demasiado tiempo para preparar su acusación.

—Entiendo.

—Adeline... tengo que decirte algo. Algo importante.

Al mirar sus ojos relucientes, me doy cuenta de que lucen demasiado tristes. Oh, no... Ahora es cuando me va a decir que está casado, o que está a punto de casarse, o que ha echado un polvo conmigo solo por los viejos tiempos y que luego se ha dado cuenta de que quiere a otra mujer. No soportaría escuchar eso de sus labios.

—Chissss. —Coloco un dedo contra su boca—. No lo estropees hablando. Ha sido maravilloso. Pero no va a repetirse nunca más, así que no tienes que disculparte, ni justificarte, ni decir nada por el estilo.

Con ternura, Robert aparta el dedo que se interponía entre nosotros, me acerca a él y me besa. Me besa muy despacio, muy íntimo, haciéndome sentir muy especial; lo más especial que tiene en el mundo.

—Estoy muy borracho. —Me da un beso corto—. Y muy confuso. —Me da otro beso—. Y no tenía que haber hecho esto. —Después de cada frase, baja el rostro y planta un beso en mis labios y luego me sonrío con esa sonrisa suya de niño travieso—. No sin antes haber tomado una decisión respecto a mi vida... Pero no puedo mantenerme alejado de ti.

Como si acabara de caer en la cuenta de algo muy importante, se detiene justo cuando sus labios están a punto de estrellarse de nuevo contra los míos, y busca mis ojos a través de la penumbra.

—¿Robert? —musito al ver que no dice nada, solo se limita a contemplarme. Por un momento, se me ocurre pensar en que parece un poco perturbado ahora. No iré a estrangularte, ¿verdad?—. Black, di algo. Por favor.

Hay algo rodando su mente, y a juzgar por la expresión que exhibe su rostro, es algo preocupante.

—Necesito que mi polla esté dentro de ti de nuevo —confiesa en un susurro que me hace entrecerrar los parpados, tragar en seco y sentir escalofríos a lo largo de toda la espina dorsal.

—¿Qué? —me las apaño para murmurar.

Sacude la cabeza, con el ceño muy fruncido, como si a él mismo estuviera asombrándole todo eso.

—Lo necesito. Una vez más. Luego prometo... serenar mi mente.

—¿Por qué no la serenar ahora?

—Ahora no puedo hacerlo, Adeline.

—¿Por qué no?

—Porque toda la sangre de mi cuerpo acaba de abandonar mi cerebro para concentrarse en otra parte de mí, y yo solo puedo pensar con... eso.

“Eso” se mueve contra mi cadera, y yo juro entre dientes. Es increíble que esté tan enganchada a él y que él esté tan enganchado a mí.

—¿Puedo...? —Carraspea, avergonzado— ¿Puedo metértela un poco?

Entorno los ojos, de lo más divertida por su fingido recato.

—Oh, por el amor de Dios. ¡Sí!

Sonríe de oreja a oreja, como si tuviera cinco años y Papá Noel le acabara de traer el cochecito más maravilloso del mercado. ¡A veces es tan crío!

—Excelente —murmura, y su boca reclama a la mía con ansia.

Nos besamos de un modo febril, nos respiramos, nos absorbemos el uno al otro. Yo quiero apoderarme de su esencia; él, de la mía. Me mantiene inmovilizada contra el colchón y cuando suelta mis labios, solo es para trasladar la boca a mis pechos. Enredo los dedos en su cabello y me arqueo contra su boca cuando coge uno de mis pezones entre los labios y tira de él con fuerza. Ese gesto repercute en los músculos que se tensan alrededor de mis ingles.

Mientras pasa la punta de la lengua por las tensas cimas, lleva una mano entre mis piernas y desliza los dedos por mi sexo. Su rostro sube, y Robert entierra la cabeza en mi cuello mientras hunde los dedos en mi interior.

—Te quiero —dice sin respiración.

Me está desgarrando el alma, porque yo también le quiero a él.

No parece esperar una respuesta, así que no digo nada. Me besa y me chupa el cuello, y mordisquea el lóbulo de mi oreja sin que sus dedos dejen de entrar y salir de mí. Deslizo las uñas por su espalda, y Robert arrastra la boca por todo mi rostro, hasta encontrar mis labios. Vuelve a repetir que me quiere, y luego se hunde en mí y me besa con una desesperación que nunca antes me había mostrado.

Me confunde. Me embriaga. Me enloquece. No llevamos ni veinticuatro horas bajo el mismo techo, y mi cuerpo se ha rendido por completo ante el suyo. Soy una simple esclava de mis deseos. Incluso mi mente se ha serenado.

Robert se revuelve y me coloca encima de él.

—Muéstrame lo mucho que me deseas —musita.

Con las manos apoyadas contra su pecho, desciendo y lo absorbo por completo, y él me sonríe y tira de mi rostro hacia abajo. Deslizo los dientes y la punta de la lengua por la barba que cubre su mentón, y Robert se agarra a mis caderas y me ayuda a moverme. Acelero el ritmo y luego lo ralentizo, hasta que este se vuelve lento y pausado. Mi boca se aferra a la suya con fervor, y sus manos se pasean a lo largo de mi espalda.

—Oh, Adeline...

Me coge la mandíbula con una mano y me alza el rostro para poder mirarme fijamente a los ojos.

—Mi dulce y amada Adeline... —repite, mirándome de ese modo tan suyo. Me venera en este momento. Me adora. Él es el artista y yo soy su obra maestra. Siempre ha sido así—. Esta noche eres mía por fin...

Me detengo y, con una sonrisa agónica temblando en mis labios, alargó el brazo y le rozo el labio con la yema de mi dedo índice. Quiero llorar, pero no lo hago. Hace mucho que ya no lloro. Hace mucho que ya no me siento débil.

—Lo soy.

—Ven aquí. Tengo que sentirte más cerca, no vaya a ser que te desvanzcas, como miles de veces has hecho dentro de mis sueños.

Me da la vuelta, sin salir de mi interior, para tenerme ahí donde me necesita: a su completa disposición, atrapada entre el colchón y su firme cuerpo.

—Robert... bésame otra vez...

Coloca las manos a ambos lados de mi cabeza, y su rostro se inclina sobre el mío.

—Cuando estabas lejos de mí, soñaba con tenerte un solo instante. Y ahora puedo tenerte una noche entera. Es asombroso.

Sonriéndome, baja el rostro y me besa. Sus manos están en todas partes, obrando magia. Me acarician el rostro, los labios, los pechos, entre las piernas. Esta vez no me posee. Lo que hace es amarme. Me hace sentir indefensa, y frágil, y adorada, y muy vulnerable. No creí que podría volver a sentirme nunca así de vulnerable, ni que fuera a bajar la guardia de este modo. Pero lo hago. Encuentro las fuerzas para hacerlo, para permitir que alguien penetre el escudo de hielo que me mantiene a salvo de mí misma. Robert es el único que puede arreglarme, recomponer uno a uno todos los pedazos rotos. Aunque también es el único que puede romperme. Es el hombre más fascinantemente letal que jamás he conocido.

—Te quiero —repite en un murmullo.

Hunde la lengua dentro de mi boca, y el mundo entero muere a nuestro alrededor. Mueren los monstruos, muere el dolor, mueren los terribles recuerdos del pasado, imágenes que creía tan incrustadas en mi alma como la marca de un hierro candente. Muere todo, porque la oscuridad ha de morir para que un amor puro vuelva a brotar dentro de mi corazón. Dios, me siento tan aliviada ahora mismo...

Me aferro al cuello de Robert, y lo beso, y lo beso, y lo beso, como si nunca fuera capaz de detenerme. Las lágrimas se escurren por mi rostro, pero él las

seca con sus labios, una a una. Coge mi cabeza entre las manos y me susurra que me ama, y yo lo miro a los ojos y se lo digo; le digo las palabras que no pensé que fuera a decir nunca más:

—Te amo. Te amo, Robert. Te amo...

*Hay cuerdas en el corazón humano
que sería mejor no hacerlas vibrar.*
(Charles Dickens)

Capítulo 3

Actualidad, Austin, Texas

Adeline

Cuando me despierto por la mañana, Robert ya no está a mi lado en la cama. Por un momento se me ocurre pensar que nunca ha estado aquí, que simplemente lo he soñado. No sería la primera vez que tengo un sueño así de real. Sin embargo, veo la cama revuelta, mi camisa en el suelo, y entiendo que todo ha sucedido de verdad.

Y entonces, una sonrisa estúpida se extiende por toda mi boca.

No sé qué diablos pasa conmigo. No tengo ningún derecho a hacerle esto; ningún derecho a reclamarlo de vuelta. Debería dejarle que siga con su vida sin mí. Mantenerme firme con la decisión que tomé hace casi un año, en ese bar de Nueva York. Tenía que haberle dejado libre, pero lo que hice anoche fue regalarle unas nuevas, preciosas y pesadas cadenas para volver a atarlo a mí.

La puerta se abre, hecho que interrumpe de golpe mis reflexiones. Robert Black, arrasador, con una camiseta blanca, un pantalón corto y el pelo revuelto, entra con una bandeja en la mano.

—Hola, preciosa —musita, con una enorme sonrisa.

—Hola, desconocido.

Deja la bandeja en mi mesilla, se inclina sobre mí y me da un beso en los labios. Se está comportando como si fuésemos novios otra vez, y aún no sé qué me parece todo esto. Me confunde su presencia.

—Te traigo el desayuno. Y esto. —Me ofrece una rosa roja, que recibo con una sonrisa—. La he cortado para ti. Bueno, en realidad, la he arrancado, y me he pinchado el dedo. Mira.

Con aire lastimero, planta delante de mis narices la prueba que respalda sus palabras. Suelto una risa. Es un crío.

—Vamos, Black, no es para tanto.

—Sí que lo es —refunfuña—. Mira. Estoy sangrando. ¿Lo ves? ¿Ves los esfuerzos que tengo que hacer por ti?

—Ay, pobrecito —lo compadezco con aire maternal.

Sin pensarlo, cojo su dedo, me lo llevo a los labios y lo chupo.

—Carrington...

—¿Mmmm?

Busco su mirada y veo que se ha oscurecido muchísimo.

—Me estás chupando el dedo.

—Sí, es que tienes sangre y...

—Ya. Pero eso me afecta. *Mucho*. Repercute en...

Sus ojos bajan y me señalan algo, y yo sigo la dirección de su mirada para descubrir el qué.

—Ay, madre. —Suelto su dedo de prisa y me sonrojo, sin ni siquiera saber por qué. Ni que fuera la primera erección que veo en mi vida.

—Tengo malas noticias, Carrington.

Lo miro alarmada.

—¿Te duele?

Su rostro exhibe un aire divertido.

—Oh, sí, mucho.

El aire malévolo de ojos me dice que él no se refiere al pinchazo del dedo.

—Te puedo echar alguna pomada del botiquín —me ofrezco, de lo más servicial.

Intento incorporarme para largarme de aquí de una vez, pero él me detiene agarrándome por las muñecas.

—Déjate de pomadas. Eso es de nenazas. A mí se me ocurre otra solución para ponerle fin a este calvario.

¡Ay, Dios! Ni hablar. No se refiere al dedo.

—¿Q....? ¿Qu....? ¿Qué solución? —tartamudeo.

Robert adopta un aire ceremonioso.

—Me temo que vamos a tener que hacerlo, Adeline —me informa, tan serio y formal que le dedico mi mejor mala cara.

—No, no vamos a hacerlo. Tenemos que hablar. Lo de anoche fue una locura. Estoy muy confusa.

—Y yo también estoy confuso. Venía a hablar contigo y a decirte algo muy importante, pero ahora, gracias a tu comportamiento desvergonzado, solo puedo pensar en hacerlo. Eres una infame tentación enviada por el Diablo para inducir

al pecado a un buen hombre, cuya extraordinaria pureza incita a envidia incluso a los más justos.

—Déjate de chorradas. ¡Y olvídate de hacerlo!

—Imposible. Tú y yo vamos a hacer el amor ahora mismo. No admito contraofertas. Además, estoy convencido de que tu alma cristiana arde en deseos de ayudar a este pobre moribundo.

—¡Te has pinchado un dedo! —le recuerdo, a gritos.

—Una dolencia de lo más terrible. Por fortuna, tú tienes el poder de mejorarlo todo, señorita.

—¡Robert! —Con repentino pudor, cojo la sábana y me tapo—. Atrás. ¡No me apuntes con esa cosa!

Sus pupilas se dilatan con una expresión maliciosa. Se sube a la cama y avanza hacia mí de rodillas.

—No haberme chupado el dedo.

—¡Oh, Dios mío! ¿Quieres olvidar el puñetero dedo?

Medio sonrío picarón. Coge el borde de su camiseta, tira de ella, se la saca por la cabeza y la lanza al suelo. Me quedo boquiabierto. Literalmente. ¡Pero qué bueno está el capullo este!

—No puedo hacerlo, Adeline. Ven aquí.

Anoche no pude verlo bien, pero ahora, a la luz del día, se me permite apreciar lo bien cuidado que está su cuerpo. Tiene un tatuaje nuevo, en el costado derecho, unas letras extrañas que se parecen un poco al alfabeto árabe. Atraída como por un imán, me acerco, paso los dedos por encima y elevo la mirada hacia la suya, para buscar una respuesta en sus ojos.

—¿Qué es?

—Arameo.

—Vaya. ¿Y qué significa?

—Salvaje.

Me quedo mirándolo a los ojos, y él me mira a mí. Me paso la lengua por el labio inferior. Tengo los labios reseco.

—Guarda relación con...

—Sí. Todo lo que hago guarda relación contigo. Ven aquí —repite, haciendo un gesto con la mano.

—Robert, no. Hablo en serio.

—Y yo también. Vamos a follar. A-ho-ra.

—No, no vamos a *follar*. Vamos a hablar.

—Hablabamos después de follar.

—¡Robert! —me escandalizo.

—¿Adeline? —repone, todo aplomado.

Como no me acerco a él, entorna los ojos con exasperación, me agarra por las caderas y me arrastra debajo de su cuerpo. Me hace abrir las piernas y rodearle la cintura con ellas. Yo estoy desnuda, y él solo lleva el pantalón corto. No sé cómo hemos acabado así. Me tenía que haber ido con mi padre al Hilton. ¿Qué pensaba que pasaría estando los dos bajo el mismo techo? A veces parezco idiota. En serio.

Robert me pone una mano en el mentón y me levanta el rostro. Un instante más tarde, sus labios se pegan a los míos y su lengua empuja para que la deje entrar en mi boca. Me resisto, aunque no pongo demasiadas ganas en el asunto, de modo que Robert consigue abrirse camino y besarme.

—Saca la lengua.

—Me niego.

—Adeline, saca la puñetera lengua.

Entorno los ojos, y respondo a su beso. Su erección me da en el sitio exacto. Con la única mano que tiene libre, se baja el pantalón y se deshace de él, antes de volverse a abrir paso entre mis rodillas. Lo miro a los ojos. Él me mira a mí.

—Te quiero, y te necesito —me susurra, y yo asiento para decirle que lo comprendo.

Sus labios se deslizan por mi cuello, y yo lo ladeo hacia un lado para que tenga pleno acceso. Lleva una mano a mi pecho y tira del pezón con suavidad, sonriendo como un felino cuando este se endurece entre sus dedos. Me suelta los labios, baja la boca por mi clavícula y se aferra a un pecho mientras con la mano empieza a acariciarme el sexo. De nuevo vuelve a sonreír, cuando descubre que mi cuerpo está perfectamente sincronizado con el suyo, y está preparado para entregarse.

—Me echabas de menos —afirma, al mismo tiempo que me mete los dedos dentro.

Sus ojos planean sobre los míos, estudiándome con mucho interés. No puedo impedirlo, me arqueo contra su pecho y gimo, y Robert baja el rostro y me lame el abdomen. ¡Al cuerno con mis planes de hablar con él!

Sin dejarle tiempo para que reaccione, me remuevo y acabo colocada encima de él. Levanta una ceja muy despacio.

—Así que la señorita requiere el mando, ¿eh?

Arrastro los labios por su torso, lamo el tatuaje del pecho y después bajo hacia su costado, donde paso la lengua muy despacio por encima de esas letras

tan extrañas. Robert gime, cierra los ojos y hunde las manos en mi cabello.

—Estar contigo, esto es el Paraíso para mí —murmura.

Dios mío, somos tan tóxicos el uno para el otro... ¿Pero a quién le importa nada de eso ahora?

Mi boca se desliza a lo largo de su abdomen, por encima de esos tensos músculos que se contraen aún más. El agarre de sus manos se endurece cuando mis labios se colocan alrededor de su erección y bajan hasta la base. Abre los ojos y busca a los míos. Sacude la cabeza, como si todo esto estuviera produciéndole alguna especie de remordimientos.

No quiero saber nada acerca de sus conflictos interiores. Ya bastante tengo con los míos propios. Cierro los ojos y continúo con mi tarea, hasta que noto sus manos alrededor de mi rostro, obligándome a detenerme. Tira de mí hacia arriba y su lengua invade mi boca con ansia, ocupando el vacío que ha dejado su polla. Sus brazos me rodean la espalda con fuerza, y él me aprieta contra su pecho como si le fuera la vida en ello.

Abrazado a mí, nos gira hasta que acabo por debajo de él. Sin despegar nuestros labios, se hunde en mi interior de una firme estocada. No se mueve, se mantiene ahí quieto, besándome lánguidamente.

Acaba el beso mordisqueándome el labio inferior y plantando pequeños picos en él, para calmar lo que ha hecho. Deslizo las puntas de los dedos por su mandíbula, y Robert deja caer los párpados y coge una enorme bocanada de aire que ensancha su pecho. Su rostro exhibe un aire verdaderamente agónico en este momento. Está luchando contra un sentimiento que parece a punto de vencerle.

—Estoy saliendo con alguien —suelta a cuento de nada.

Me quedo mirándolo, hasta que soy incapaz de seguir aguantando, y exploto en histéricas carcajadas. Abre los ojos, ceñudo, y me mira como si pensara que estoy loca.

—¿Te divierte eso? —se enfurece—. Porque a mí no me parece para nada divertido.

—No lo es. Es solo que... ¡Dios mío, Black!, ¡eres la criatura menos oportuna que jamás he conocido! ¿No podías follarme, sin más?

Se pasa la lengua por los labios y lo niega con la cabeza.

—Anoche estaba borracho y no actué bien. Ahora no tengo excusa. Te lo tenía que haber dicho desde el principio, y, créeme, venía con la intención de hacerlo, pero te he visto desnuda y luego tú...

—Sí, te he chupado el dedo —grazno con los ojos entornados en señal de irritación—. Supéralo.

—Sé que debes de estar pensando que soy un capullo. —No digo nada, así que Robert, con la frente arrugada, alza la mirada hacia la mía—. ¿De verdad piensas que soy un capullo?

No puedo retener una sonrisa. Parece herirle la idea de que yo piense eso sobre él.

—Eres consciente de que estamos manteniendo esta conversación mientras tu polla está dentro de mí, ¿verdad?

—Eh... sí. Y no tengo intención de salir, si es lo que pensabas pedirme.

—Lo cual te convierte en un capullo integral.

—Pues bien, seré un capullo integral. Pero un capullo integral *muy dentro de ti*.

Suelto un suspiro agraviado.

—¿Qué quieres que te diga, Robert?

—Que quieres que deje a la otra mujer. Que tú también me amas como yo te amo a ti. Que lo nuestro tiene un futuro. Que para ti también es más que sexo... Cualquiera de las cuatro opciones me vale, así que adelante. Elige la que más te guste.

Con los ojos clavados en los suyos, agito la cabeza despacio.

—No quiero que dejes a la otra mujer. Porque esto no significa nada, Black. Solo es follar. Yo estaba triste... tú estabas ahí... Ya sabes cómo funciona.

Su rostro se nubla, y noto cómo su erección va perdiendo fuerza.

—Anoche dijiste que me amabas —murmura, y me parece devastado.

Cierro los ojos y los mantengo así. No quiero ver todo el dolor que hay en su mirada. No quiero ver lo mucho que le han herido mis palabras. ¡No quiero ver lo mucho que le afecto yo, maldita sea! Porque no es justo. No es para nada justo que le ate a mí en estas condiciones. Me está hablando de futuro. ¿Qué futuro? Yo no tengo de eso. ¿Qué voy a ofrecerle? ¿Correspondencia epistolar desde la cárcel? Conociéndole, se conformaría incluso con eso. Echaría su vida a perder por estar al lado de una presidiaria. Es capaz de hacer eso por mí, y no puedo permitirlo.

Por mucho que me duela, tengo que volver a apartarlo, antes de que sea demasiado tarde. He cometido un terrible error viniendo aquí. Ojalá hubiese sido capaz de mantenerme alejada de él.

—Digo muchas cosas que no pienso —musito con la voz rota.

Su rostro luce descompuesto, con los labios entreabiertos, el ceño fruncido y los ojos brillantes y muy vulnerables. Me odio a mí misma en este momento por hacerle pasar por todo esto de nuevo.

Sacude la cabeza, como si rechazara creer en mis palabras.

—Mientes. Me miraste a los ojos. ¡Mientes! Sé que mientes... —Hunde la cabeza en mi cuello y sus rígidos brazos se aferran a mí como si le fuera la vida en ello—. Por favor, dime que estás mintiendo...

Me escuece la garganta a causa de todas las lágrimas que retengo. Dejo caer los párpados y los aprieto con fuerza. ¿Por qué me duele de este modo apartarme de él? ¿Por qué cuesta tanto hacer lo correcto? Resulta tan fácil destruir a quienes más amamos en el mundo... No requiere ningún esfuerzo. Tan solo unas cuantas palabras. Unas cuantas mentiras...

—Dije que te amaba, pero no es cierto. Nada de lo que te he dicho hasta ahora era cierto. He estado jugando contigo. Siempre he estado jugando contigo, ¿es que no lo ves?

Levanta la cabeza y me mira a los ojos. Me doy cuenta de que hay lágrimas brillando en sus hermosos iris.

—¿Por qué? —musita, absolutamente devastado.

Me tomo un momento para tragar saliva.

—¿Por qué? —finjo estar reflexionando acerca de eso—. Es una excelente pregunta. Quizá porque soy retorcida. Quizá porque estoy loca. No lo sé. ¿Tú por qué crees que lo hago?

Sale de mí y se aparta. Hay una terrible expresión de lejanía en sus ojos.

—Eres increíble —musita, al cabo de una horrible pausa—. Haces que me sienta *tan* vulnerable. Cuando estoy contigo... —le tiemblan los labios y la voz, y realmente me parece alguien muy débil cuando sus ojos, llenos de lágrimas, se clavan en los míos—. Cuando estoy contigo, no soy yo mismo. Tú me privas de todo autocontrol. Eres la única que puede destruirme.

Las palabras se atascan dentro de mi mente. No abro la boca. ¿Qué podría decir ahora? Me levanto de la cama, entro en el baño y echo el pestillo, dejándole ahí, encima de la cama, con las manos temblándole. A punto de derrumbarme, me pego contra la puerta y me deslizo hacia abajo hasta que mi trasero roza las frías baldosas. Ahí rompo a llorar.

Al cabo de un rato, cuando mis lágrimas se han secado, me levanto, me enjuago el rostro con agua fría y salgo. Robert ya no está. Abro el armario, retiro unos vaqueros y una sudadera que ha debido de comprar estos días, y me visto deprisa. Busco dentro de los cajones de un antiguo tocador y encuentro una libreta y unos lápices de colores. Arranco una hoja y escribo con manos trémulas unas letras que veo borrosas a causa de las lágrimas:

Estaré en el Hilton si me necesitas.

Dejo caer la nota en la cama, al lado de esa rosa cuya intensidad resalta la blancura de las sábanas, y salgo por la puerta sin volver la vista atrás.

Mi padre me abre la puerta de su *suite* con el ceño fruncido, asombrado por mi inesperada visita. Lleva la camisa por fuera del pantalón, está sin chaqueta y su corbata azul cuelga a ambos lados de su cuello. Está muy despeinado y no se ha afeitado. Por el brillo de sus ojos, diría que ha estado bebiendo un poco más de la cuenta. Raras veces se ve un Edward tan desaliñado.

—¿Adeline? —susurra inseguro.

No digo nada. Me acerco, le rodeo el torso con los brazos y hundo la cabeza en su cuello. Huele muy bien. A algo familiar. A algo que me hace sentirme a salvo y menos desgraciada.

Al cabo de unos segundos, mi padre suspira y me rodea con sus brazos. Nos quedamos así un poco más, hasta que yo me aparto y entro por fin. Él cierra la puerta y me sigue.

—¿Qué ha pasado?

De espaldas a él, recorro con los dedos la superficie de un mueble de madera blanca. Me encojo de hombros con ensayado desdén.

—La he cagado, como siempre. No quiero hablar de ello. ¿Tienes algo de beber?

—Te pediré un té en recepción.

Me giro para dedicarle un gesto seco.

—Alcohol, Edward. Me refiero a si tienes algo *alcohólico* de beber.

Parece caer presa de un conflicto interno, a juzgar por cómo se le frunce el ceño.

—Oh.

—Tengo edad para beber, si lo que estás haciendo ahora es echar cálculos.

Sonríe, y yo me vuelvo a centrar en ese mueble blanco.

—Ya sé que tienes edad para beber, Adeline. En realidad, estaba pensando en que tú y yo nunca hemos hecho esto juntos.

Muevo el cuello para lanzarle una mirada ceñuda.

—¿El qué, papá?

—No lo sé. *Esto*. Tener una charla sobre tus problemas sentimentales.

Lo miro con las cejas en alto, hasta que estallo en carcajadas. Mi padre parece confuso.

—¿He dicho algo gracioso?

Soy incapaz de dejar de reírme.

—Tú, Edward Carrington III, ¿quieres mantener *esa* charla conmigo? ¡Vamos, papá! Soy algo mayorcita para que me preguntes si he usado el preservativo, ¿no te parece?

—¿Lo has usado? —quiere saber, con una ceja en alto y un aire de repentina severidad.

—Nop.

—¡Adeline! —exclama consternado.

Extiendo los brazos en ademán de disculparme.

—Nunca me acuerdo de esa clase de cosas.

—Podía haberse acordado él. Ya es mayorcito. Debería recordar que ya tuvisteis un embarazo no planificado una vez.

—Ay, papá, no quiero hablar de eso contigo. Tienes alcohol, ¿sí o no?

Resopla hastiado, atraviesa el salón y abre el mini bar, de donde retira dos botellas pequeñas de *Johnny Walker*. Me lanza una, y yo la atrapo en el aire.

—Siéntate —ordena con dureza. Me muevo de donde estaba, al lado de ese mueble, y tomo asiento en el sofá. Edward se deja caer a mi lado. Abre su botella, toma un buen trago y luego mueve el cuello con lentitud para mirarme a la cara—. ¿Estás bien? —susurra por fin.

Me vuelvo a encoger de hombros.

—¿Qué opinas acerca de Black?

—¿De verdad me preguntas mi opinión acerca de Black? —susurra con voz ronca.

Creo que parece asombrado, desconcertado y un poco orgulloso de saber que a mí me interesa cualquier cosa que él opine acerca de mi ex novio. Mi padre y yo siempre hemos mantenido una relación de amor-odio. Tengo momentos en los que no quiero ni verle, y momentos como ahora, en los que... no sé, le necesito. Necesito que me abrace.

—Sí. Quiero conocerla.

Toma otro sorbo, y su garganta se mueve al tragar.

—Bueno, pienso que, pese a sus orígenes... poco nobles, por así decirlo, pese a que sea hermano de *Nathaniel Black*... —escupe el nombre de Nate como con desprecio. No sé por qué le cae tan mal Nathaniel, la verdad. A mí me cae genial—. Bien, creo que es un buen tío y se preocupa por ti. —Mueve la mirada

hacia la mía y me sonrío—. De verdad pienso que se preocupa por ti.

—¿Te cae mejor que Hunter?

—A Hunter no podía ni verle. Cualquiera me caería mejor que Hunter.

Suelto una carcajada. Es cierto. Cuando me casé con Hunt, mi padre amenazó con desheredarme. Nunca lo hizo. Aun así, no me habló hasta que Hunter falleció.

—Edward...

—¿Mmmm?

—¿Has estado alguna vez enamorado?

Sonríe lejano.

—Una vez conocí a una chica que me gustaba mucho. Fue durante un congreso en París. No llegó a ser amor. No el amor al que tú te refieres. Yo solo...

—Te la follaste —interrumpo con impaciencia, y mi padre me lanza una miradita de reprobación.

—Tienes un lenguaje espantoso. ¿Todo el dinero que nos hemos gastado en tus clases de buenos modales no ha servido para nada?

—Te la follaste —repito con calmada convicción.

Los oscuros ojos de mi padre se giran.

—Si lo prefieres así... Se podría decir que llevas razón. Ella y yo mantuvimos relaciones.

Coloco la palma encima de su mano, lo cual le hace componer una sonrisa temblorosa.

—¿Y qué pasó con la chica?

Se encoge de hombros.

—Se esfumó al día siguiente. Sin dejarme ningún dato de contacto. No puede localizarla.

—Vaya. ¿Volviste a tener noticias de ella alguna vez?

—Sí. Un tiempo después, coincidí con ella en una fiesta en Nueva York. No me lo podía creer. Era ella, la chica misteriosa de París. Y estaba guapísima.

—¿Y qué pasó?

—Nada. Ella... ella parecía estar enamorada. Pero no de mí. Traía acompañante, y cuando vi cómo miraba a ese tío, lo supe. Supe que estaba enamorada de él. Así que me marché y nunca más volví a verla.

—Qué triste, papá.

—Bueno, así es el amor, Adeline. Una puta mierda.

Suelto una estrepitosa carcajada.

—Bonito lenguaje, padre.

—Ya que he fracasado en tu educación, qué más da... —musita para sí mientras se levanta y se encamina hacia la puerta de lo que parece un dormitorio.

—No voy a volver con Robert —aseguro.

Mi padre no se gira para mirarme. No se detiene. Sigue caminando como si no me hubiese escuchado.

—Puedes dormir en el sofá —dice por fin.

Y cierra la puerta. Suspiro y tomo otro trago. Mi vida es de una rareza pocas veces vista.

Parte 3
La verdad es cuestionable

*No preguntes nada,
y así no te dirán mentiras.*
(Charles Dickens)

Capítulo 1

Actualidad, Austin, Texas

Adeline

Mi padre y yo nos pasamos la mañana sentados en una terraza del centro de Austin. Después de todos esos días de encarcelamiento, necesito estar al aire libre todo lo posible. Es curioso cómo empezamos a valorar las cosas en cuanto nos las arrebatan. Si estoy dentro del hotel, no hago más que moverme nerviosamente de un lugar al otro, presa de un sentido de la inquietud que no puedo ocultar. Siempre he deseado ser libre, pero no recuerdo haberlo anhelado nunca con tantísima intensidad. Ahora me enferma la idea de estar encerrada en ninguna parte, por eso arrastro a mi padre a dar largos paseos conmigo, le apetezca a él o no.

Esta mañana Edward no tenía demasiadas ganas de pasear, por lo que nos hemos sentado aquí a tomar algo y a pasar el rato. Hace muy buen tiempo, pese a estar a comienzos de noviembre. El aire que acaricia mi rostro es tibio, y el sol aún consigue calentar un poco. Como llevo ropa negra, incluso podría decirse que tengo un poco de calor, al estar arropada por los resplandecientes rayos de mediodía.

Edward se entretiene leyendo el periódico, así que me distraigo mirando a las personas que pasan por la acera. A unos pocos metros de distancia de nuestra mesa, justo enfrente de una tienda de helados, una mamá se detiene de su caminata para gritarle a su hija, que no debe de tener más de cuatro años. La escena atrae mi atención de inmediato.

Delante de mis cada vez más oscurecidos ojos, la mujer coge a la pequeña de la manita y la sacude, gritándole que se tranquilice, lo cual, según era de esperar, solo hace que la pobre criatura grite aún más alto. Enervada, no por los llantos, sino por el comportamiento de esa señora, me levanto y me encamino hacia

ellas.

—¿Adónde demonios vas? —se asombra mi padre a mis espaldas, ya que me he levantado sin decir palabra.

No me digno a ofrecerle una respuesta, sino que camino como una autómatas hacia mi objetivo: la niña.

—¿Todo bien, pequeña? —Me agacho delante de ella, para poder verle los ojitos. Son azules. Ahogados en lágrimas. Aun así, unos ojos preciosos, enmarcados por unos rebeldes rizos rubios que necesitan un corte con urgencia.

—¿Y usted qué quiere? —escucho la voz de la madre, impregnada de furia. Intentando disimular mi disgusto, levanto la mirada hacia ella.

—Saber si va todo bien. Nada más.

—¿Y qué coño le importa? ¡Métase en sus propios asuntos!

—Solo quería un helado —balbucea la niña entre lágrimas.

—¡Un helado que no puedo pagar! —ladra su madre.

—Ahora sí.

Sorprendida por esa voz que se entromete en la conversación, levanto los ojos y cruzo una mirada con Robert Black. La mamá se gira también y, cuando lo hace, su boca se abre unos cuantos milímetros, a la vez que sus ojos se dilatan un poco. Black está soberbio, con ese *look* suyo elegante y desaliñado al mismo tiempo, que consiste en una mezcla de barba incipiente, pelo despeinado y traje de algún famoso sastre de la Quinta Avenida de Nueva York.

—Oh, hola —le dice la señora De-Pronto-Toda-Sonrisitas, pasándose una mano por los rizos rubios, tan rebeldes como los de su hija.

Vaya, a este no le grita. Me molesta que la gente sea tan guapa como Robert Black. Los demás le dan un trato privilegiado solo porque se quedan eclipsados por su aspecto físico. Me disgusta comprobar, una vez más, que vivimos en un mundo de lo más superficial.

Robert hace como si no la hubiese escuchado, y se pone en cuclillas como yo, para poder hablar con la pequeña.

—¿Qué clase de helado quieres, princesa?

La niña se frota el ojo con el puño y mira a su madre en busca de aprobación. Esta sonrío y hace un gesto afirmativo.

—De chocolate —susurra la pequeña con timidez.

—De chocolate. Hecho. —Robert le sonrío, le revuelve el cabello y se pone en pie.

Da media vuelta y entra en la tienda de los helados. Al cabo de un rato, sale con un enorme cucurucho de helado de chocolate que la niña no va a poder

comerse nunca debido a su tamaño.

—Aquí tienes.

Ella lo coge con una sonrisa de oreja a oreja y luego le hace un gesto a Robert para que se vuelva a agachar. Mis ojos se llenan de lágrimas al ver que le rodea el cuello entre los delgados bracitos y le da un beso en la mejilla. Él le sonrío y le revuelve los cabellos rubios una vez más.

—Gracias —le dice la madre, a él, cómo no.

—De nada. Adiós, princesa.

—Adiós...

Le sonrío a la niña y me pongo en pie. Robert camina a mi lado por la acera. Hay algo dando vueltas por su mente. Lo conozco lo bastante como para saberlo.

—¿Estás bien? —susurra por fin.

Asiento, pese al grandioso nudo de mi garganta.

—Sí. Es que le estaba gritando, y yo...

—Lo sé. Vi toda la escena. Estaba ahí aparcando.

Me atrevo a buscar sus ojos, y cuando los encuentro, descubro que están relucientes.

—Oh. Ya veo.

Se detiene, tira de mí y me rodea en un abrazo. No dice nada, se limita a estrecharme con fuerza entre los brazos, y yo agradezco su silencio y su contacto. Creo que me hacía falta que alguien me abrazara ahora. Y con *alguien* me refiero, por supuesto, a él.

—Vamos. Tu padre me mira con mala cara —me susurra, retrocediendo un poco.

Muevo el cuello y, efectivamente, Edward nos contempla con los labios fruncidos y el ceño arrugado, aunque no sabría indicar si su gesto es severo o más bien meditabundo. De hecho, ni siquiera me importa ahora. Hay algo más importante que requiere mi atención.

Me vuelvo para mirar a Robert, cuyos ojos van y vuelven a los míos, quizá retrasándose un poco más de la cuenta en mi boca.

—¿Qué haces aquí, por cierto? —me obligo a preguntar, empeñada en no dejarme impresionada por lo ardiente que resulta su mirada.

—Me ha llamado tu padre.

—Ah. ¿Y eso?

—No lo sé. Pregúntale a él.

Dando por zanjada la conversación, caminamos hacia la cafetería, donde tomo asiento en mi butaca de mimbre marrón. Robert se sienta enfrente y se pide

un café.

—¿Por qué le has llamado? —le digo a Edward en cuanto se retira el camarero.

—Porque es tu abogado y tenemos que establecer la estrategia de la defensa. He estado presionando al fiscal, pero no va a retirar los cargos. Iremos a juicio. No hay vuelta atrás.

Tomó aire con fuerza y luego lo suelto con un gruñido.

—Supongo que no —admito de mala gana.

Edward y Robert me contemplan ceñudos.

—Muy bien. —Black retira un bloc de notas del bolsillo de su americana y empieza a dibujar un esquema—. Empecemos por lo obvio. Nuestro trabajo es sembrar una duda razonable en la mente de los miembros del jurado. Por ello necesitaremos, en primer lugar, a la prensa. Es *muy* importante que estén de nuestro lado. Hasta ahora hemos contado con su apoyo, y todo lo que ha salido en los periódicos ha sido favorable para el caso. Adeline ha dado muy buena imagen. Eso debe seguir así.

—¿Lo has oído, hija?

—Sí —musito distraída, con los ojos perdidos a lo lejos—. No joder a la prensa. Lo tengo claro.

—Bien. ¿Qué más? —quiere saber Edward.

Nunca lo he visto tan interesado en algo que guarde relación conmigo. Supongo que su actual preocupación se debe, más que a la situación de su única hija viva, a la reputación de la familia. Admitámoslo, la he liado bien gorda con este escándalo. Creo que ningún intocable a lo largo de la historia se ha enfrentado a los cargos a los que me estoy enfrentando yo.

—Contratar un experto en jurados —contesta Robert mientras apunta algo en su bloc de notas—. Por mi experiencia, puedo deducir que las personas adineradas, y con adineradas quiero decir las más altas esferas, serán más indulgentes con Adeline. Sobre todo, las mujeres de cierta edad.

Esto atrae mi atención, por lo que muevo los ojos hacia los de Black y pongo un gesto ceñudo.

—¿Y eso por qué?

—Porque la mayoría de ellas fantasean con asesinar a sus maridos. No van a condenarte por haberlo hecho.

Mi padre se ríe con ganas.

—Esa es una muy buena deducción, Black. Creo que tienes razón. La mayoría de los hombres ricos y poderosos son infieles, y ellas, las esposas

trofeo, superados los cuarenta y cinco, empiezan a sentirse menospreciadas. No les costará demasiado esfuerzo ponerse en la piel de Adeline y verse a sí mismas apretando ese gatillo.

—Por eso hay que contratar a un experto en jurados, para que nos haga un análisis exhaustivo. La selección del jurado es fundamental.

Vuelvo a sumirme en la quietud.

—Sacarán a relucir todos los trapos sucios de la familia —prosigue Black.

—No me preocupa. Durante muchos años hemos tenido un comportamiento intachable.

—Lo sé, Edward, pero te recuerdo que nadie es intachable. Habrá algo turbio. Siempre lo hay. El fiscal lo buscará y lo encontrará.

—Me ocuparé de que eso no suceda —afirma Edward con férrea convicción.

Me quedo mirándolos de nuevo, asombrada por las similitudes que hay entre ellos dos. Ambos son poderosos. Controladores. Acostumbrados a ganar siempre. Son dos gigantes en un mundo repleto de monstruos. Si hay alguien que pueda ayudarme, son ellos dos. Tenerlos de mi parte me deja más tranquila.

—Adeline ha declarado que nunca deseó divorciarse de Hunter, pero que, de haberlo deseado, tú se lo habrías conseguido.

Mi padre alza las cejas, sin entender muy bien a dónde quiere ir a parar Black.

—¿Y?

—Buscaran una pequeña brecha entre vosotros y harán todo lo posible por expandirla al máximo. Querrán demostrar que vuestra relación no era tan buena, que Adeline no podía contar contigo para que arreglaras sus estropicios, y que, presa de la desesperación, actuó por sí sola.

—¿Por qué piensas que harán eso?

Los preciosos ojos de Black se clavan en los míos.

—Porque es lo que yo haría —dice, sin más, y yo asiento con la cabeza—. Por eso quiero veros muy unidos. Como nunca. Ella es lo que más te importa en el mundo —le dice a Edward, paseando la mirada de su rostro al mío—, y él es el padre que toda chica desearía tener. ¿Queda claro?

—Como el agua —asegura mi padre.

—¿Vais a poder hacer eso?, ¿fingir que sois una familia unida y normal?

—Lo hemos hecho durante toda nuestra vida —contesto yo.

Mi padre coloca una mano encima de la mía.

—No siempre hemos fingido.

—Casi siempre —enfático, lo cual parece disgustar a Edward, ya que retira la mano de inmediato—. Muy bien. ¿Qué más tengo que saber?

—Además de cuidar la imagen, a partir de ahora quiero que seas completamente sincera conmigo. Sé que hay cosas de tu relación con Hunter de las que no quieres que yo esté al tanto, pero necesito conocer esos detalles para poder contraatacar. Me han hablado de sexo violento. ¿Cuán violento era?

Pongo los ojos en blanco.

—¿Eres consciente de que mi padre está delante?

—Lo habría hecho en casa, pero te marchaste antes de que me diera tiempo a preguntártelo.

—No te dio tiempo porque estabas demasiado ocupado acostándote conmigo. Mi padre levanta las manos, con las palmas extendidas.

—Vale, ya ha quedado claro que os habéis acostado y que ahora hay tensión, ¿pero nos podemos centrar?

Resoplo hondo.

—Claro. Bien. Os lo diré. El sexo con Hunter era *muy* violento.

—Define muy violento —exige Black, y aunque su voz suena firme, sé que esto le afecta muchísimo.

Dejo caer los parpados y los mantengo así por unos segundos. Daría lo que fuera por no tener que decirle esto.

—Teníamos una cruz de San Andrés en el sótano de casa. Y más instrumentos de tortura que la jodida Inquisición.

Black suelta un gruñido inarticulado. Mi padre está boquiabierto. Es el momento más incómodo de toda mi vida. Nerviosa, agarro la taza de té y le doy un buen sorbo. ¿Por qué no habré pedido *bourbon*?

—¿Y quién... ejem... quién...?

Decido echarle un cable a Black y ahorrarle el mal trago.

—Yo —me paso la lengua por los labios secos y agito la cabeza—. Él me ataba, y me, ya sabes, follaba.

—¿Lo hacía con tu consentimiento?

Bajo la mirada al suelo. No puedo mirarle a los ojos y decirle esto.

—Sí —musito.

Robert echa la espalda hacia atrás en su asiento, cierra los ojos y exhala una interminable bocanada de aire.

—Vaya. —Se toma un momento y luego susurra—. Me siento muy culpable en este momento.

Desplazo la mirada hacia la suya.

—¿Por qué?

—Porque yo te inicié en ese mundo.

—¡Está bien! Necesito una bebida fuerte. ¡Camarero! —grita Edward, aflojándose la corbata.

Con el labio inferior entre los dientes, me quedo mirando a Robert Black a los ojos.

—No es culpa tuya, Robert.

—¡Y una mierda!

Hunde la cabeza entre las manos y suspira. Durante casi un minuto, no reacciona, se queda así, quieto, con los ojos cerrados. Edward y yo nos miramos el uno al otro con aire de impotente preocupación.

—Ya tengo todo lo que necesitaba —resuelve Black de pronto—. Me pondré a trabajar con este material. Si necesito cualquier otra cosa, os llamaré.

Se guarda el bloc en el bolsillo, se pone en pie con gesto precipitado y se marcha, sin más. Lo sigo con la mirada mientras se aleja por la acera. Parece tener mucha prisa por largarse de aquí.

—Le amas, ¿eh? —me dice Edward con voz cálida.

Hago una larga pausa, al cabo de la cual musito:

—Por encima de todas las demás cosas.

Dos días después de ese incidente, Edward es convocado a una reunión en Washington, por lo que me quedo sola en Austin. No hay mucho que hacer, sobre todo si vives en un hotel. De todos modos, la vida es aburrida y lenta en esta ciudad. Echo de menos Nueva York, con su Central Park y ese ritmo demencial que exhibe la urbe vayas a donde vayas. Da igual que estés en Harlem que en Manhattan, la alegría de Nueva York te acompaña a todas partes. El oeste, en cambio, es más tranquilo, como un pueblo pequeño en los ardientes días de verano, en el que tienes la sensación de que no hay nada vivo moviéndose bajo el asfixiante sol.

A decir verdad, nunca me ha gustado Austin. La gente de aquí tiene una mentalidad mucho más cerrada que la de los neoyorkinos. Mi filosofía difiere mucho de la de los tejanos, tanto que, en todo el tiempo que llevo viviendo en este lugar, no he hecho ni un solo amigo. No tengo a nadie con quien hablar, aparte de los camareros del hotel. Incluso estar en prisión me resultaba más entretenido. Al menos ahí no sentía esta inquietud corroyéndome por dentro.

Ahora, después de haberme acostado con Robert Black, me siento como un pez fuera de agua, incapaz de encontrar mi sitio en ninguna parte, siempre

aludiendo a un sentido de alteración que no puedo controlar. ¿Cómo voy a tranquilizarme cuando sé que *él* está en la otra punta de la ciudad, tan cerca y, al mismo tiempo, tan malditamente lejos de mí?

A veces me pregunto si es correcto desear lo que deseo. Hay momentos en los que soy consciente de que no lo es, aunque luego me embargan otros en los que amarle a él me parece lo más correcto que he hecho jamás. La verdad es que, como siempre, estoy hecha un lío. Me sería útil una brújula que me indicara lo que está bien y lo que está mal. Empiezo a creer que carezco de valores morales. O, si los tengo, no son en absoluto firmes.

Cuando llega el jueves, estoy tan aburrida que tengo ganas de trepar por las paredes. Me pinto las uñas, cada una de un color. Acto seguido, limpio el esmalte y me hecho uno azul marino, que encaja mucho más con mi estilo habitual. Me miro en el espejo del baño durante una hora entera. No me pregunto quién soy. Lo sé. Soy Adeline, la chica que ya no necesita que la salven. ¿O eso es lo que ella necesita creer?

No le doy más vueltas a esa idea. No pretendo profundizar en la oscuridad de mi alma. Hay puertas que debo mantener por siempre cerradas. Es el único modo de no volverme loca. Suspirando, me paso una mano por el cabello oscuro que cae en ondas alrededor de mi delgado rostro. Me inclino sobre el lavado, para ver mis ojos más de cerca. Muertos. Así es como lucen: *muertos*. Necesito sentirme viva.

Salgo del baño deprisa, agarro mi bolso y llamo a recepción para pedir un taxi. Son las nueve de la noche cuando me detengo delante de la mansión donde se supone que está Robert Black. Espero que no haya regresado a Nueva York. Necesito verle y estar con él esta noche.

No es necesario anunciar mi presencia. Justo en el momento en el que bajo del coche, se abre la verja para dejarle paso a la camioneta de John, el jardinero, y yo aprovecho para colarme dentro de la propiedad. Cruzo el camino de gravilla vallado de arbustos, subo las cinco escaleras del porche y llamo al timbre de la puerta.

Me abre el mismo Robert. Tiene un aspecto un tanto desastrado. Lleva varios días sin afeitarse, y viste unos vaqueros descoloridos que le cuelgan sobre las caderas. Nada más, ni camiseta ni zapatos. Le sienta bien la tranquila vida de Texas. No me cuesta ningún esfuerzo imaginármelo regresar de un trabajo cualquiera, así vestido, a bordo de una camioneta vieja. En mis sueños, tiene un cigarrillo colgando de la esquina derecha de su boca, y me grita alegre desde el patio de la caravana oxidada que compartimos con nuestro perro, Billy. O

Bobby. O como sea. El caso es que me grita: *¿Nena, has hecho algo de cenar?* Y yo, por supuesto, contesto que no. Casi me río por esa imagen reproducida dentro de mi mente. No sé por qué, pero en mis mejores fantasías, Black y yo somos pobres.

—¿Qué quieres? —la dureza de su voz me arranca de mis ideas surrealistas y me hace aterrizar de las nubes. Nuestra realidad está a mil años luz de ser tan idílica como yo imaginaba. Somos demasiado ricos, y estamos demasiado jodidos.

De vuelta a la tierra, hago una mueca agria.

—¿Y Ben? —cambio de tema, ya que ni yo misma sé qué diablos quiero de él.

—Les he dado la noche libre a todos. Quería estar solo —me dice, manteniendo el brazo apoyado contra el marco de la puerta y esa actitud distante.

—Ah. Pues lamento informarte de que acabo de echar tus planes al traste.

Me quedo mirando esos increíbles ojos azules que, a su vez, me estudian a mí. Intento descifrar alguno de sus pensamientos, pero me es imposible. Black no me permite entrar dentro de su mente esta noche.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, al ver que yo no digo nada, tan solo me limito a contemplarle embobada.

—¿No vas a dejarme entrar?

—No es buena idea. Estoy muy borracho.

—Yo que tú, me echaba otra copa. No pareces *tan* borracho. Si quieres, te puedo echar una mano para que te emborraches como es debido.

Suelta un gemido agraviado.

—¿Qué diablos quieres, Adeline?

—Verte, supongo..

Hace una pausa, y yo espero con el corazón latiéndome frenético en el pecho. Parece estar enfrentándose a alguna especie de conflicto interno, a juzgar por el ceño fruncido y ese aire atormentado que exhibe su hermosa cara.

—Pasa, anda —se decide por fin, echándose a un lado para dejarme sitio.

Cojo aire en los pulmones y cruzo el umbral. Miro a mi alrededor con aire inquieto. Aún no sé qué hago aquí. Solo sé que iba enloquecer si no le veía esta noche.

—Conque estamos solos, ¿eh? —comento, por decir algo.

—Sip.

Voy hacia el salón y Black arrastra los pies detrás de mí.

—¿Cómo va el caso? —empiezo de nuevo. Ya veo que él no tiene intención

de hablar conmigo.

Se encoge de hombros.

—Pasado mañana iremos a hablar con el fiscal. No hay novedades, que yo sepa.

Me dejo caer en el sofá y lo miro en silencio. Se queda en mitad del salón, con las manos colgándole de los bolsillos del vaquero. Está guapísimo. Y cabreado conmigo. No sé si por haberme marchado de aquí o por lo del sexo violento. Prefiero no preguntar, porque temo su respuesta.

—¿Siguen buscando el arma del crimen?

Hace un gesto de aburrimiento con los labios, se encamina hacia la barra y sirve dos copas, volviéndose de espaldas a mí para poder hacerlo. Doy por hecho que toda la noche se va a comportar de este modo, me va a hablar lo mínimo y la mayoría de las veces se va a limitar a contestar a mis preguntas. Pues bien, me conformo con su mutismo. Supongo que me lo tengo merecido.

—Sí. Sigue sin aparecer.

Viene hacia mí, con sus andares lentos, y me ofrece una copa.

—Gracias.

—De nada. Hay que ser cortés con las visitas. Incluso si se presentan sin previa invitación —añade secamente.

Se deja caer a mi lado, y los dos empezamos a beber en silencio. No es uno de esos silencios incómodos, sino un momento reflexivo y bastante reconfortante, un silencio que sé que solo podría tener con él.

—¿Le amabas? —susurra de pronto.

Necesito unos pocos segundos para reaccionar.

—¿Amarle? Era difícil. Hunter detestaba la idea del amor romántico.

Black bebe un sorbo, y luego mueve el cuello para mirarme.

—¿Ah, sí?

—Mm-mm. Ya sabes que la mayoría de los hombres no creen en él.

La expresión en sus ojos cambia. Se dulcifica, e incluso se vuelve un poco vulnerable.

—Yo, sí —musita.

La sonrisa que tuerce mi boca es un poco atormentada.

—Tú no eres la mayoría de los hombres, Black.

Compone una sonrisa similar a la mía.

—Cierto. No lo soy. Y dime, ¿en qué creía Hunter?

Me vuelvo aún más ausente. La filosofía de vida de Hunter era... compleja, supongo.

—En el placer físico... —murmuro al cabo de una larga pausa—. En el dolor... En la gratificación inmediata... Sostenía que es eso lo que te hace sentirte vivo, no el amor. Para Hunt, el amor era un término obsoleto.

—Entiendo. Todo un visionario, ¿eh?

—Ya ves.

—¿Fuiste feliz, Adeline? Todos estos meses, ¿te hizo Hunter feliz?

Lo miro a los ojos, le sonrío con ternura y le digo lo que sé que él necesita oír en este momento:

—Sí. Lo fui.

Asiente en silencio.

—Me alegra saberlo —musita, tragando saliva—. Me alegra saber que al menos uno de los dos fue feliz.

Aprieto los dientes con ira. ¡Feliz! ¿Qué es la felicidad? Tengo casi veintitrés años y aún no sé contestar a eso. Nunca he comprendido ese concepto. Sé lo que es el amor. Sé lo que es el dolor. Sé lo que es la adicción. Incluso sé lo que es la muerte. Pero jamás he sabido qué es la maldita felicidad.

—Black...

—¿Mmmm?

—¿Qué es la felicidad?

Me mira y sonrío travieso. Va a decirme una maldad.

—La felicidad es como cuando tú estás conmigo y me das el coñazo.

Suelto una carcajada, que le hace reírse también.

—Eres un capullo —me río, empujándolo con el hombro.

—Ciertamente.

—Pero me da igual —musito, con repentina seriedad—. Sigues siendo mi persona favorita en el mundo.

Cuando se vuelve de cara a mí para buscar de nuevo mis ojos, advierto un extraño resplandor en sus pupilas.

—Ya lo sé. De lo contrario, no habrías venido esta noche.

Nos miramos en silencio, y sucede algo entre nosotros en este momento, algo tan intenso que me desborda. Black alarga un poco la mano y me roza la mejilla. La ternura de su gesto me desarma.

—Adeline...

—¿Mmmm?

Se pasa la punta de la lengua por los labios magullados. Seducida por ese gesto suyo, me acerco un poco más y lo toco. Es algo que va más allá de mi propia voluntad. No puedo controlarme, paseo la yema de mi índice por el

contorno de su boca. Y lo hago muy despacio, delineando tanto el labio inferior como el superior, que se curvan en una sonrisa triste.

—¿Puedes dormir conmigo esta noche? —musita—. Solo eso. Dormir. Conmigo.

Enarco una ceja.

—¿Por qué?

Traga saliva y me coloca el pelo detrás de la oreja. Al sentir las chispas de su contacto, una corriente eléctrica me recorre de arriba abajo, dejándome aturdida.

—Porque necesito abrazarte.

No puedo evitar la sonrisa que se empeña en alcanzar las esquinas de mi boca.

—Me parece un buen plan.

—¿En serio? —susurra. Parece asombrado.

Asiento despacio.

—Esta noche dormiré contigo. Pero que sepas que, a partir de mañana, pienso auto imponerme a mí misma una norma.

Robert frunce el ceño.

—¿Cuál?

—Mantenerme alejada de las llamas.

Mi respuesta le entristece, porque sabe lo que involucra esa decisión.

—Entiendo. No vas a volver conmigo.

Lo niego.

—Sigo sin tener nada que ofrecerte. No sería justo.

—¿Por qué no me dejas elegir a mí lo que me parece justo y lo que no?

—Porque harías la elección equivocada, Robert.

—¿Y qué ha sido del libre albedrío, Adeline? —rebate, con los ojos fijos en los míos.

Dejo caer los parpados. Siempre sabe las fibras exactas que hay que tocar en mí.

—Es por tu propio bien —me justifico, manteniendo los ojos cerrados.

—Eso dicen todos los dictadores —masculla Black disgustado.

Las esquinas de mi boca se elevan, a la vez que mis parpados se abren.

—Supongo que llevas razón.

—¿Quieres cenar? —cambia de tema, sin que su voz pierda la ronca calidez.

Me encojo de hombros.

—Depende. ¿Qué ofreces?

Compone una sonrisa astuta.

—Ofrezco muchas cosas, ¿sabes? Si quieres, te puedo enumerar mis incontables atributos. Soy listo, guapo, bueno en la cama... Nunca vas a encontrar a nadie como yo.

Lo vuelvo a empujar con el hombro.

—Me refería a qué ofreces *de cenar*.

—Ah. De cenar, claro. Pues no lo sé. ¿Echamos un ojo a la nevera?

Se pone en pie, me ofrece su mano y, ¿quién lo habría dicho?, yo la cojo. Su sonrisa se torna aún más maliciosa.

—No puedes resistirte, Carrington. Siempre cogerás mi mano —se burla, como si supiera exactamente en qué estoy pensando.

Entorno los ojos.

—Eres el colmo de la arrogancia. Cualquier día de estos pienso sorprenderte.

Bajando el rostro sobre el mío, recorre con los dedos el lóbulo de mi oreja, baja hacia la garganta y me acaricia la clavícula. Mi corazón se acelera cuando su pulgar pasa por encima del arco de mis labios. Mi cuerpo, demasiado ansioso por más caricias, se rebela contra mi mente, que me recuerda que estamos cometiendo un error. Pero la razón no consigue mantener a raya esta voraz hambre que se ha enrollado dentro de mí.

—Tú siempre me sorprendes, nena —comenta con voz queda.

Me aparto incómoda y apresuro el paso hacia la cocina. Robert me sigue, riéndose. Pasa por mi lado, rozándome con el hombro (aposta, por supuesto), va hasta la nevera y la abre. Frunce el ceño, como si estuviera enfrentándose a una muy importante decisión.

—Podemos hacer *paninis* —me propone, volviéndose de cara a mí.

—¿*Paninis*? —me río, sin poder evitarlo—. ¿Pero tú qué tienes?, ¿cinco años?

Al cruzarse de brazos, me doy cuenta de lo fuerte que es. Y se me seca la boca solo de pensar en cómo sería que me abrazara en este momento; en cómo sería notar su cálida piel rozando la mía... su desquiciante olor invadiendo mis fosas nasales... sus labios...

—¿Es que tiene algo de malo hacer *paninis*?

Me exijo a mí misma dejar de pensar en lo que estaba pensando y adopto un tono de guasa, para relajar el ambiente.

—Sí, cuando eres el asombroso Robert Black.

Alza las dos cejas, con aire bastante divertido.

—Así que soy el asombroso Robert Black.

Él viene hacia mí y yo retrocedo hasta que me golpeo la espalda contra una

silla. A este hombre le encanta acorralarme. Debe de disfrutar mucho haciéndolo. De lo contrario, no me explico por qué me tiene acorralada día sí y día también.

—Lo eres —musito, ya con actitud menos valiente que antes. Empiezo a sentirme inquieta. El hambre que leo en sus ojos hace que se me forme un nudo en el estómago y que los anteriores pensamientos regresen para atormentarme la mente.

—¿Y qué tengo de asombroso, si puede saberse?

—Bueno, mírate.

Baja la mirada y se examina a sí mismo.

—Me estoy mirando.

—¿Y qué ves?

Tuerce la boca con desdén.

—Nada especial, la verdad. Lo que te dije antes no iba en serio. Solo me estaba burlando. No me tengo a mí mismo en tan alta estima.

—Bobadas. Eres el hombre más asombroso que jamás he conocido. —En un impulso irreprimible, me acerco a él y coloco los brazos alrededor de su cuello—. Eres brillante. Y guapo. Y noble. Y divertido...

Robert coloca las palmas en mi cintura y sonrío complacido.

—Sigue, no te cortes. Me gusta oír todo eso.

—Y arrogante. Y capullo. Y...

—¡Vale! —chilla, apresurándose a taparme la boca para que me calle de una vez—. Lo he pillado.

Riéndome, aparto su mano.

—Pero aun así, asombroso, con todos tus defectos.

Su frente se arruga. Estamos abrazados en la cocina, y es como si no hubiera un mundo más allá de este pequeño espacio.

—¿Tengo muchos defectos? —quiere saber, con aspecto serio.

—Unos cuantos.

—¿Y te irritan mucho?

—No... —digo como quien no quiere la cosa.

El azul de sus ojos está clavado en mis retinas con tanta insistencia que no puedo pensar en nada.

—¿Por qué no?

—Tus defectos te vuelven humano. Me gustan tus defectos. O eso creo.

Robert ladea el cuello y acerca sus labios a los míos. No me está rozando. Solo me inhala. Su respiración se vuelve pesada, al igual que la mía. Sus ojos

suben y bajan por mi rostro, y el deseo que exhiben me deja inerte por algunos momentos. Ojalá me besara y me reclamara como antes. Pero él ni me besa ni me reclama. Tan solo coge una honda bocanada de aire en los pulmones y se aparta de mí.

—Haré *paninis* —resuelve, antes de volverme la espalda.

Me quedo ahí, en mitad de la cocina, con el corazón a punto de estallarme dentro del pecho, y cierro los ojos mientras intento expulsar el aire de los pulmones. Oigo a Robert trastear con unos cacharros. Cuando por fin levanto los párpados, está delante de mí, ofreciéndome una copa de vino, que cojo con manos trémulas.

—Gracias —me esfuerzo por sonreír—. Me vendrá bien.

—Por fin tienes edad para beber —comenta divertido mientras va a la nevera, la abre y retira lo que necesita para ponerse a preparar la cena.

Con la copa en la mano, me acerco a la isleta central y ocupo una de esas modernas sillas altas.

—Sí, por fin puedo beber sin que me multen. ¿Te ayudo a algo?

—Ya lo estás haciendo.

Lo miro sin entender. Robert agita la cabeza, se toma unos segundos y luego alza la mirada hacia mí.

—Estás aquí —explica en un susurro, y en su voz percibo una emoción indefinida.

Le sonrío, y él me devuelve el gesto. Acto seguido, empieza a trocear el bacón y a freírlo.

—¿Bacón otra vez?

—Es tu alimento favorito en el mundo.

—¿Y tus arterias, Black? Ya no eres el jovencito que conocí.

Suelta una carcajada, sin dejar de remover el contenido de la sartén. Está de espaldas a mí, por lo que solo puedo ver el recto perfil de su rostro.

—Te recuerdo que me llamabas Matusalén.

—Lo decía cariñosamente.

Se gira para lanzarme una mirada divertida.

—Sí, claro.

—Pero ahora sí que estás viejo. ¿Cuántos años tienes, por cierto?

—Treinta y cuatro. Casi treinta y cinco.

Todo un jovenzuelo, ¿eh?

—Vaya...

—Sip.

El silencio regresa para hacerse un hueco entre nosotros dos. Robert empieza a untar mantequilla y salsa de tomate encima de unos trozos de pan. Yo me limito a tomar mi copa de vino a sorbitos. Hay algo dando vueltas por mi mente, una de esas ideas obsesivas que no me puedo arrancar de la cabeza.

—¿Has estado trabajando mucho y follando duro? —pregunto abruptamente.

Black suelta el *panini* que tenía en la mano y me mira boquiabierto. ¿Por qué demonios lo habré dicho en voz alta? Pese a todas las terapias, aún se me va la olla.

—¿Qué?

—¿Lo has hecho? —insisto. El mal ya está hecho. Sería absurdo pretender que no se lo he dicho.

Su pecho se ensancha al coger aire en los pulmones.

—Sí, supongo que sí —contesta, pasándose la lengua por los labios—. Era el único modo.

—¿El único modo de qué?

Baja la mirada al suelo y cabecea.

—De no pensar en ti —confiesa. Me parece tan vulnerable, tan perdido...

Deprisa, termina de preparar los *paninis*, sin volver a mirarme.

—Robert, yo...

—Voy a meter esto en el horno. Espero que tengas hambre.

Fuerzo una sonrisa y asiento. No quiere hablar de ello, y lo comprendo.

—Claro. Yo siempre tengo hambre.

Intenta sonreír.

—Bien.

Y otra vez busca el refugio del silencio.

Al cabo de unos cinco minutos, Black coloca la cena encima de un plato. Para mi asombro, no cenamos en la mesa. Ni siquiera lo hacemos dentro de casa, sino que coge una manta de un armario del pasillo y me lleva al invernadero de rosas.

—¿Aquí?

—Mira hacia arriba.

Alzo la mirada y suelto un silbido. A través del techo de cristal, puedo ver miles de estrellas brillando en el cielo nocturno. A Robert le encantan las estrellas. A mí también, pero solo porque me recuerdan a él.

—Vaya. Asombroso.

Robert coloca la manta en el suelo, deja el plato encima y se sienta. Camino hacia él y me dejo caer a su lado.

—¿Qué sabes sobre las estrellas, pequeña Adeline? —me pregunta,

ofreciéndome un *panini*.

Lo cojo sonriendo. Acabo de tener un *dejá-vù*. Ojalá pudiéramos regresar a esa noche, deshacer todo el pasado y reescribirlo. Haría las cosas de otro modo.

—No lo sé. ¿Que son objetos astronómicos que brillan con luz propia?

Black suelta una carcajada.

—Dios mío. No te he enseñado nada.

—Me has enseñado muchas cosas —rebato, buscando sus ojos.

El aire burlón desaparece de su aristado rostro, que se vuelve del todo serio.

—¿Ah, sí?

—Sí —musito con voz temblorosa.

—¿Y qué te he enseñado, Adeline?

Su voz es aplomada. Sus ojos azules, cargados de una emoción que no sabría expresar con palabras. Bajo la mirada y me tomo unos momentos, antes de volver a mirarlo.

—A amar.

Robert no dice nada. Traga saliva y me contempla en silencio.

—Me has enseñado a correr riesgos —prosigo—, porque los riesgos hacen que te sientas vivo. Antes de conocerte, me sentía como un pájaro encerrado en una hermosa y dorada jaula. Yo era una ignorante que vivía en un inhóspito y minúsculo lugar. No sabía nada, aunque creía saberlo todo. Atrapada detrás de mis opulentos barrotes, acataba unas estúpidas normas y avanzaba por la vida como una maquina sin sentimientos. Antes de ti, no era sino una prisionera de mi propia vida. Tú me abriste la puerta, Black. Me hiciste vivir. Volar... Me mostraste que la vida es mucho más compleja de lo que yo pensaba. Me hiciste comprender que hay todo un mundo ahí fuera.

—Lo planteas de un modo tan idílico que parece que se te haya olvidado que también hice que perdieras la razón —dice, apesadumbrado.

Mi boca se tuerce en una sonrisa de desprecio.

—La razón... ¿A quién le importa nada de eso? ¿Qué importa que me hicieras perder la razón, cuando a cambio me diste algo muy importante, lo más valioso en el mundo?

—¿El amor? —me propone.

Lo rechazo con una sonrisa atormentada.

—No. La esperanza. —Hago una pausa y, aunque intento controlarme, no consigo detener una de mis lágrimas cuando esta se escurre por mi mejilla. Cojo aire en los pulmones, me paso la lengua por los labios y me obligo a continuar sin que la voz me falle—. Porque alguien muy sabio dijo una vez que cuando

estás en el Infierno, lo único que te queda, lo único a lo que puedes agarrarte para no perder por completo tu humanidad es...

—La esperanza —termina él, mirándome de un modo casi siniestro, como si quisiera absorber toda mi esencia.

Extiende el brazo y atrapa mi lágrima con la yema de su dedo.

—Exacto —le digo, forzando una sonrisilla. No voy a llorar esta noche. Yo no soy débil.

—¿Has estado en el Infierno, mi dulce Adeline? —me susurra con muchísima ternura.

—Mira a tu alrededor. ¿Acaso no ves las humeantes cenizas?

Sacude la cabeza despacio, con toda la tristeza del mundo.

—Lo siento.

Levanto la mano y le rozo la mandíbula. Robert se queda quietecito, con los ojos errando por todo mi rostro.

—Es igual. Cuéntame, Robert, cuéntame algo bonito. No quiero más tristeza esta noche.

Le da un mordisco a su cena, la aparta y se tumba. Me echo a su lado, con la cabeza apoyada contra su pecho. No me apetece la cena. Solo quiero estar con él, sentir el acero de sus brazos a mi alrededor, el acelerado latir de su corazón contra mi oreja, la embriagadora calidez de su piel envolviendo mi congelado cuerpo. Y su olor... Sobre todo quiero estar rodeada de su olor.

Robert hunde los dedos en mi cabello y lo acaricia con suavidad.

—¿Conoces la leyenda del Sol y la Luna? —me susurra.

—No.

—Es preciosa. Te la contaré.

Su pecho sube y baja a causa de su pesada respiración. Coloco los brazos alrededor de su torso y dibujo un acerbo gesto con los labios. Podría pasarme toda la vida así, abrazada a él. Si el tiempo no estuviera a punto de acabármese, claro.

—Cuéntamela, ¿quieres?

—Paciencia, mi pequeño saltamontes. A eso iba. Estaba poniendo orden en mis ideas. Resulta que hace muchísimo tiempo, cuando el mundo aún no existía en la forma en la que existe ahora, existieron dos amantes: Sol y Luna, cuya pasión era tan avasalladora que no entendía de normas ni razones.

—Me es familiar —comento en tono sardónico.

Robert, cuyos dedos no cesan de acariciarme el cabello, baja los ojos hacia mí y me sonrío picarón.

—Entonces, lo siguiente también te será familiar. Como castigo por haberse amado por encima de las demás cosas, sobre Sol y Luna cayó una oscura maldición. Él estaría por siempre condenado a vivir en la luz, mientras que a ella la encerraron en la oscuridad. No podrían verse ni tocarse nunca más. Cuando él, derrotado, bajaba por el Poniente, ella se alzaba orgullosa e impaciente en el Levante, siempre con la esperanza de poder llegar hasta él, aunque fuera por unos instantes. No lo conseguía, porque por mucho que Luna se acercase, Sol se alejaba cada vez más. Algunas veces se les permitía vislumbrarse a lo lejos, pero sin jamás tener posibilidad de tocarse el uno al otro. En eso consistía la maldición: en verse y saber...

—Que lo habían perdido todo —termino yo con aire ausente.

Robert frunce el ceño y se pone tenso.

—Espera. Ese es el mensaje que...

—Sí, lo que estaba escrito en el espejo del baño: *¿Qué se siente al saber que lo has perdido todo?*

—¿Por qué crees que el asesino dejó esa pregunta ahí?

Los dos distraídos, nos adentramos en las entrañas del silencio, donde permanecemos por un tiempo incalculable.

—Porque el asesino es una persona cruel y vengativa —musito por fin—. Aún recuerdo la primera vez que escuché esa frase. Entonces no sospeché siquiera su significado.

Robert se incorpora de prisa y me mira con los ojos abiertos de par en par.

—Espera, ¿insinúas que habías oído esa frase antes?

Una sonrisa mortecina roza mis labios como una fugaz caricia.

—Oh, sí. La he oído antes. Mucho antes de que esto sucediera. Fui advertida, pero, como siempre, ignoré las advertencias. ¿Qué se siente al saber que lo has perdido todo? Ahora puedo contestar a eso. Se siente agonía. Dolor. Y por último, mucha, mucha indiferencia.

Robert, ansioso, coge mi rostro entre las manos y me obliga a alejarme de la terrible lejanía que gana cada vez más terreno dentro de mi mente.

—¿Adeline, cuándo y dónde has escuchado esa frase antes?

—En una de las últimas fiestas a las que asistí en Nueva York. Me estaba asfixiando. La música. Las risas. Toda la alegría colectiva. Mi estúpida ropa elegante. ¡Resultaba todo tan malditamente asfixiante! Empezó a faltarme el aire cada vez más, a nublárseme la vista, y entonces me escapé de ahí. No pude soportarlo más.

Ocho meses antes, ciudad de Nueva York, Nueva York

Estamos a finales de febrero, y lleva tres días nevando como si se fuera a acabar el mundo. Finos copos de nieve danzan en la atmósfera, girando y girando y girando alegres, antes de posarse con dignidad sobre el suelo que parece espolvoreado con azúcar glas. Camino apresurada por la acera, envuelta en un abrigo de cachemir, cuando una delgada mano sobresale de la oscuridad de un callejón y me arrastra hacia las sombras.

Necesito unos momentos para reconocerla. Tiene un aspecto muy diferente a la primera vez que la vi. Ahora está delgadísima, marchita, como una flor cuya temporada ha concluido. Lleva la ropa tan sucia que parece haberse arrastrado por debajo de un coche, y hay una gorra roja tapándole medio rostro. Aun así, puedo ver lo bastante como para saber que es ella.

—Rita...

—No hay mucho tiempo —me dice ansiosa, moviendo los ojos de derecha a izquierda—. He de hablar contigo.

Algo en sus pupilas me dice que no está bajo la influencia de las drogas en este momento, sino de un terror inenarrable.

—Oye, ¿estás bien? ¿Qué te ha pasado? Estás muy cambiada.

—¡Cállate! —ordena furiosa—. Cállate y déjame hablar. Has cometido un error. Un terrible, terrible error. No tenías que haberte casado con Hunter.

—Escucha, Rita, sé que tú le quieres...

—¿Quererte? —me interrumpe con una risa de desprecio—. Yo le entiendo. Tú, no. Él y yo somos iguales. Tú, en cambio, niña rica de Long Island, no encajas en nuestro mundo. Tú nunca vas a conseguir comprender a Hunter.

—No quiero comprenderle. Ni siquiera quiero amarle. Solo quiero...

—Joderle. Eso es lo que quieres. *Joderle*. Y no voy a permitir que lo hagas, Adeline. Él es mío. Me pertenece, tal y como yo le pertenezco a él. Devuélvemelo. Yo le acepto tal y como es. No intento cambiarle. Yo no le juzgo como tú.

—Vamos, no digas tonterías. No te lo puedo devolver. No es un peluche. Tiene que decidirlo él mismo.

Sus dedos son largos y huesudos, gélidos como los de un cadáver, y se aferran con fuerza a mis muñecas.

—Escúchame bien, niña de papá. Aléjate de Hunter, o la próxima vez que te

vea, tú también sabrás lo que se siente al saber que los has perdido todo.

La miro ceñuda, y ella me libera las muñecas, da media vuelta y se adentra en la oscuridad de la que ha salido.

—¡Adeline! —escucho a Hunter llamándome desde la acera—. ¿Adeline, dónde te has metido? ¡Vuelve!

Salgo deprisa, y Hunt se queda mirándome con mucho alivio. No le gusta cuando desaparezco.

—Estoy aquí. He salido a tomar un poco de aire fresco, eso es todo.

Está guapísimo esta noche, con un abrigo negro, los labios magullados y el oscuro cabello lleno de copos de nieve. En contraste, sus verdes ojos brillan con más viveza que nunca. Nadie disfruta la vida con tanta intensidad como él. ¡Nadie!

—¿Qué hacías ahí, cariño? ¿Por qué estás tan pálida? ¡Eh!, ¡contesta cuando te hablo! ¿Estás bien?

Se me acerca y me coge por el mentón para levantar mi rostro hacia el suyo.

—Sí. Es que me ha parecido ver a un gato y he ido a investigar. No es nada. Tengo frío. ¿Nos vamos?

Hunter me sostiene el rostro alzado para poder hundir los ojos en los míos con una vehemencia bastante siniestra.

—¿No me estarás mintiendo? —me dice con suspicacia.

—Por supuesto que no —declaro de inmediato, lo cual hace que sus hermosos rasgos se suavicen.

—Está bien. Te creo. Ven. Tengo que besarte.

Sus dedos toman mi nuca con gesto posesivo mientras Hunter se me acerca un poco más y su boca baja y busca a la mía. Gime cuando su lengua traspasa las barreras y se adentra en mí para encontrarse con la mía. Me besa en esa acera durante lo que me parece una eternidad. Cuando por fin me deja ir, tengo tanto frío que ya no siento las manos.

—Nena, tú nunca vas a dejarme, ¿verdad? —musita, un poco atormentado por esa idea.

Busco sus ojos y me doy cuenta de lo vidriosos que parecen ahora, como si lo que más aterrara a Hunter en el mundo fuera la idea de perderme.

—No. Nunca.

Intenta componer una sonrisa, pero le sale un gesto bastante agónico.

—¿Algún día me querrás tanto como yo te quiero a ti?

Algo se mueve en mi rostro, un músculo que late como un rictus.

—Sí, Hunt...

—Bien, porque no soportaría nunca la idea de saber que no lo tengo todo de ti. Necesito tenerte solo para mí. Necesito tu mente. Tu corazón...

Actualidad, Austin, Texas

—*Mi alma*. Esas son las palabras que debía haberme dicho entonces, porque eso es lo que Hunt necesitaba de mí: mi alma.

Miro a Robert, advirtiendo el aire distraído que juguetea en su anguloso rostro. Tiene los labios entreabiertos y la mirada perdida en la nada.

—¿Te das cuenta de lo que esto significa? —susurra después de una larguísima pausa.

—¿Qué ya he averiguado lo que se siente al saber que lo he perdido todo? —le propongo.

La atmósfera se está cargando. Lo noto en la mandíbula de Robert, que se vuelve tensa.

—Significa que hemos encontrado a la persona que tenía todas las razones del mundo de querer ver muerto a Hunter y a ti entre rejas.

Hago una mueca.

—Rita no le ha matado.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Porque Rita le amaba. No se puede matar a la persona a la que más amas.

—Tú me mataste a mí, Adeline.

Todo un mar de desesperación vierte sus asfixiantes olas sobre mí, y cuando la marea por fin se retira, una aplastante furia toma su lugar. ¿Cómo me puede acusar de algo así, cuando lo único que he hecho siempre ha sido quererle?

—¿Matarte? —le grito, mirándolo con fiereza—. ¡Te liberaré!

—¡¿Liberarme?! —alza el tono, y luego suelta una risa de desprecio—. Me dejaste morir. ¡Mírame! ¿Te parezco libre ahora? Bien me podrías haber clavado una bala en el pecho. Me habría sentido exactamente igual. No te haces una idea de lo que ha sido mi vida sin ti.

Mis ojos se nublan a causa de las lágrimas que me niego a verter.

—No me digas eso, por favor.

—¿No quieres saber la verdad? De acuerdo. Sigue viviendo en tu mundo de fantasía. Yo me voy a la cama. Puedes quedarte o puedes marcharte. A diferencia de ti, yo creo firmemente en la libre elección.

Se levanta y se marcha sin decirme nada más. Me quedo toda una eternidad ahí, en la manta, contemplando la cena que apenas hemos tocado. ¿Por qué las cosas tienen que ser siempre tan complicadas entre él y yo?

Apesadumbrada, me pongo en pie y me encamino hacia al salón. Encima del sofá, me ha dejado una camisa blanca y una nota:

Por si decidieras quedarte... R.

Cojo la prenda, me la llevo a la nariz e inhalo hondo. Es el olor más maravilloso del mundo, porque huele a *él*.

Me deshago de mi ropa, me pongo la suya deprisa y subo la escalera interior de camino a su dormitorio. Sonrío al ver que ha dejado la puerta entreabierta.

Entro de puntillas, para no despertarle, y me deslizo a su lado en la cama. Gruñe algo al notar mi presencia. Creo que me ha dicho que me quiere. Dormido, coloca un brazo por debajo de mi abdomen y me arrastra hacia él, hasta pegar mi espalda contra su pecho desnudo. Y, una vez más, todo el hielo de mi corazón empieza a perder terreno ante la calidez de su cuerpo.

Sé que hay cosas que siempre formarán parte de mí, marcas y heridas que nunca voy a conseguir borrar, por mucho que me esfuerce. Eso no quiere decir que vaya a dejar de intentarlo. Empleando el tiempo preciso y la dedicación necesaria, todo es posible. Incluso convertir a los monstruos de tu cabeza en meras partículas de ceniza que se desintegran entre tus dedos.

«Incluso eso, Adeline...»

Cierro los ojos y suspiro plácidamente cuando los labios de Robert se pegan a mi nuca. Nunca he tenido un hogar al que poder llamar mío. Nunca, salvo cuando estoy con él. ¿Quién dice que el hogar lo forma necesariamente un sitio? ¿Acaso el hogar no puede ser también una persona? ¿La única persona en el mundo que te hace sentir como en casa?

*En todo ser humano hay deseos
que no quiere confesarse a sí mismo.
(Sigmund Freud)*

Capítulo 2

Actualidad, Austin, Texas

Adeline

Me despierto sola. Miro a mi alrededor y descubro que estoy en la cama de Robert Black. Por un momento, antes de conseguir sacudirme el aturdimiento del sueño, he perdido el sentido de la realidad y he creído hallarme en... No importa. Ya nada de eso importa ahora.

Entre bostezos, me levanto. Mis pies descalzos encima del gélido suelo. Me acerco a la ventana y me quedo mirando el sol que se alza en el este, como una enorme bola de fuego naranja. El amanecer. Hace mucho que no veo uno, y lo cierto es que no los he echado de menos. Odio todo lo que el concepto en sí implica. Un nuevo comienzo. ¡Chorradas! En mi vida no hay más que aborrecibles finales.

Decido ir a buscar a Robert. A lo mejor debería hablar con él y aclararme la mente, porque estoy pasando por una época de intensas inquietudes espirituales. Veo. Deseo. Siento. Me cuestiono cosas. Nunca me he sentido tan humana como ahora, tan inexorablemente dominada por esta espantosa turbación. ¿Qué es lo que nos vuelve humanos, en el fondo? ¿El amor? ¿La pasión? ¿La capacidad de sentir dolor? No, nada eso. Es la culpabilidad. Solo alguien cien por cien humano podría sentirse culpable.

Y yo me siento horriblemente culpable esta mañana.

Todo lo que hice, todas las imperdonables decisiones que tomé, fueron un auténtico crimen hacia la sensatez. Maté una parte de mí, y ahora me abomino por ello. Quizá me merezca un duro castigo por haber asesinado mi propia conciencia y haber actuado en desacuerdo a mis ideales. Quizá me lo merezca, pero esta vez no voy a ser yo quien imponga la pena. No volveré a

autocastigarme a mí misma nunca más, y mucho menos por errores ajenos.

Empeñada en que nada del pasado vuelva a ocupar ni un solo pensamiento dentro de mi mente, bajo por la escalera y recorro toda la planta baja, sin encontrar a Robert por ninguna parte. Puede que se haya marchado.

Un poco escocida por esa idea, doblo un recodo, paso por debajo de un arco y me encamino hacia la única puerta detrás de la cual aún no he mirado. La empujo despacio, y descubro que la casa cuenta con un enorme gimnasio. Y que él sigue aquí.

Robert está de espaldas a mí. Solo lleva un short negro, y golpea un saco de boxeo con una ira de magnitudes jamás vistas en él. Un golpe. Dos golpes. Tres golpes. Esta mañana, la furia de Robert Black es imparable. Cuento al menos treinta golpes, hasta que se detiene y se gira de cara a mí. No parece asombrado de verme. Supongo que hace tiempo que ha sentido mi presencia, solo que no le ha dado la gana detenerse.

—Hay algo que quiero que hagamos —me dice, mirándome a la cara, a través de los mojados mechones que cuelgan sobre su frente.

Lo estudio por debajo de las pestañas, me fijo en el sudor que se escurre por su rostro, en lo violento que se mueve su pecho a causa de la agitada respiración. Todos los músculos de su cuerpo están tensos y delineados a la perfección, y hay una vena hinchada en su frente, como consecuencia del esfuerzo.

—¿El qué? —musito, con la sensación de que ha pasado un abismo de tiempo desde que él ha hablado hasta que yo abro la boca para preguntar eso.

—¿Tienes ropa para ponerte?

Me encojo de hombros.

—¿Aparte de la que dejaste en el armario? La que traía anoche. Una sudadera y un vaquero.

—Valdrá. Voy a ducharme.

Se quita los guantes, los tira al suelo y pasa por mi lado sin decirme nada más. Con ojos muertos y sin expresión alguna en el rostro, me acerco al saco de boxeo y lo contemplo con fijeza. Presa de un impulso irreprimible, le doy un puñetazo fuerte, a través del cual expulso una potente oleada de ira reprimida.

—Que te jodan. ¡Que te jodan! —rujo, quebrantándome por fin. Sin poder controlarme, empiezo a descargar furiosos golpes, hasta que me quedo sin fuerzas. Entonces, me dejo caer al suelo, abrazo el saco, con la mejilla aplastada contra él, y rompo en sollozos—. Que te jodan... —repito en un suspiro amortiguado, golpeándolo de nuevo, aunque con manos laxas.

Todos los hombres de mi vida me han fallado en algún momento. Todos ellos

me han hecho promesas que nunca fueron capaces de respetar. Palabras que ya nada significan para mí, ahora dan vueltas por mi cabeza con el único fin de seguir atormentándome.

«Nunca dejaré que nada te haga daño, Adeline»... «Quiero que vivas tu vida. Yo te seguiré. Pronto. Muy pronto. Nunca te abandonaré»... «Tú y yo. Juntos. Para siempre»... «Yo te arreglaré, nena. Ya verás cómo sí. Yo te salvaré de ti misma»...

—Que os jodan... —musito, tan frágil y tan vulnerable; tan quebrada.

Furiosa por toda esta demostración de debilidad, me enjuago las lágrimas, me levanto y me precipito hacia la salida. Una vez fui débil, y patética, y el mundo entero se aprovechó de ello. Nunca más volveré a ser débil ni patética. Nunca más volveré a verter ni una sola lágrima por aquellos sueños que murieron antes de cobrar vida.

Irrumpo en el salón, recupero mi ropa del suelo y me doy una ducha rápida en el baño de la planta baja. No se me ocurriría subir a ducharme con Robert Black. No cuando las cosas están tan tensas entre nosotros dos.

Cuando salgo, ya vestida y con el cabello aún mojado, me encuentro a Robert sentado en el sofá del salón. Está perdido, ensimismado. A modo de desayuno, toma *bourbon*. Antes solía beber *brandy*.

—¿No es algo temprano para eso?

Me muestra un rostro absolutamente inexpresivo.

—Me he quedado sin café. Demándame. ¿Preparada?

Se acaba la copa, se pone en pie, y yo exhalo con fastidio.

—Depende. ¿Adónde vamos?

—A Nueva York.

Freno en seco y lo miro con horror. Se mantiene igual de inescrutable.

—¿A Nueva York?! ¿Has perdido la cabeza? No puedo abandonar Austin. Estoy en libertad condicional.

—Solo es ilegal si nos descubren —me dice, y, antes de disponerse a dar más explicaciones al respecto, es interrumpido por un horrible sonido que proviene del exterior—. Ah, ya ha llegado. Vamos.

—¿Eso es un...?

—Sígueme.

Como una autómatas, camino detrás de él hasta el porche. Tan pronto como cruzo la puerta, freno en seco, con los ojos clavados en el rotor del helicóptero que remueve las hojas de todos los árboles del jardín.

—Estás de coña. ¡Dime que estás de coña!

—¿Parezco estar de coña?

Le dirijo una mirada especulativa, ante la cual me mantiene tan pétreo, como si una máscara de rígida impassibilidad estuviera ocultando su verdadero rostro.

—No. Pareces hablar en serio.

—Porque estoy hablando en serio. Vamos.

Nos miramos por unos segundos. No sabría decir en qué está pensando él. Ni siquiera puedo decir en qué estoy pensando yo. Para ponerle fin a este momento extraño, Robert me coge de la mano y me insta a ponerme en marcha hacia la puerta abierta del helicóptero. Lo hago. No me deja elección.

En cuanto nos acomodamos dentro, me coloca el cinturón, procurando tocarme lo mínimo posible.

—¿Quieres desayunar algo? ¿Café o algo así? —Como me mira insistente, agito la cabeza para decirle que no. No puedo hablar. Hay demasiados pensamientos debatiéndose dentro de mi mente—. Muy bien. Si cambias de opinión, házmelo saber.

Se coloca unas oscuras gafas de sol encima de la nariz, se saca el móvil del bolsillo y se pone a leer sin volver a hablarme. Hoy, Robert Black es un hermoso dios hecho de glacial y macizo hielo.

Alcanzamos Nueva York en medio de un chaparrón, lo cual nos viene bien, porque el mal tiempo disminuye las posibilidades de que alguien me reconozca. Black está obrando con inconsciencia. Yo no debería estar aquí. Me estoy jugando la libertad. No sé qué está tramando ahora.

El helicóptero aterriza en el jardín de los Black, donde nos aguarda una limusina negra, con el motor en marcha. No vemos a nadie, no sé si Nate o Catherine estarán en casa siquiera. Robert le indica una dirección al chófer, antes de volver a evadirse en la quietud. Empiezo a desesperar a causa de su silencio.

—¿Tienes pensado decirme en algún momento adónde vamos?

—Hay alguien a quién necesito ver —es todo cuando dice.

Suelto un suspiro fatigado y aguardo paciente hasta que el coche se detiene en una acera, delante de un edificio que me es harto familiar. Estamos en el estudio desde dónde graba Rita todos sus discos.

—¿Vamos a ir a hablar con Rita Sky?! —chillo. Estoy... ¿qué? ¿Irritada? ¿Molesta? ¿Una mezcla de ambas?

Black, todo aplomado, vuelve su sombría mirada hacia mí.

—Puedes apostar a que vamos a hablar con Rita Sky. Hasta la fecha, es la única sospechosa que tengo.

—Robert, ella está fuera de la lista. Rita *no* mató a Hunter.

—¿Cómo es que estás tan segura?

—Lo sé. Sin más.

—No puedes saberlo. A no ser que sepas quién lo hizo.

Le dedico un gesto irritado.

—¿Por qué no puedes creer lo que cree todo el mundo?

Abre la puerta, la sostiene y espera a que baje.

—¿El qué? ¿Que lo hiciste tú?

—¡Sí! —le grito.

—Porque sé que no es cierto —me dice mientras caminamos hacia la puerta del edificio.

—¿Y si lo fuera? ¿Y si te confesara ahora mismo que maté a Hunter? ¿Me amarías sabiendo que soy una criminal?

Su mandíbula se tensa.

—No puedo elegir a quien amar. De haberme sido posible hacerlo, jamás te habría amado a ti.

Encajo el golpe con dificultad.

—¿Eso es que sí? —insisto, obligándome a no parecer afectada por sus palabras.

Robert tira de la puerta de cristal y me insta a entrar, manteniendo las comisuras de la boca torcidas en una media sonrisa desdeñosa que no llega a materializarse del todo.

—Sí —gruñe irritado—. Te amaría aunque fueras una asesina. ¿Contenta?

—Bien. Pues yo maté a Hunter.

Yo misma me doy cuenta de que no hay demasiada convicción en mi voz. A deducir por el gesto seco que me dedica, él también lo ha notado.

—Mi más sincera enhorabuena. Ahora, haz el favor de cruzar la puerta porque estamos llamando la atención.

Dejo escapar un sonido de enfado y arrastro los pies de mala gana hacia el vestíbulo enmoquetado.

—Quédate aquí —gruñe en mi oído, tan cerca de mí que el masculino olor que desprende su cuerpo flota hacia mis sentidos, nublándolos—. No hagas nada. No hables. No te muevas. No te rasques la nariz. Ni siquiera respires.

Por supuesto, me empieza a picar la punta de la nariz y me tengo que rascar.

Robert me pone mala cara.

—Siempre pasa esta clase de cosas —me justifico, con aire de niña culpable.

Gruñe algo y me da la espalda. Se acerca al mostrador de recepción y le sonrío a la mujer rubia que le mira encandilada por encima de la pantalla de un enorme ordenador. Intercambian un par de palabras, ella ríe estúpidamente, él le guiña un ojo, y luego regresa a mi lado y me agarra de la muñeca. Quiero preguntar por qué diablos estaba coqueteando con ella tan... tan... ¡delante de mis narices!, pero no lo hago. Sé que se mofaría de mí, y no creo que sea capaz de tolerar ahora esa característica sonrisa burlona suya.

—Vamos —me dice apremiante, al ver que no me muevo.

—¿Adónde?

—A hablar con Rita Sky, por supuesto.

—¿Por qué no puedes creer que lo he matado yo y dejar a Rita en paz?

—Porque no.

Cruzamos un pasillo oscuro y nos colamos en una habitación acristalada, sin que nadie se percate de ello. Subimos unas cuantas escaleras y tomamos asiento en dos butacas azules. Rita Sky está de pie al otro lado del cristal. Tiene unos cascos grandes tapándole las orejas, un micrófono delante y mucho mejor aspecto del que tenía la última vez que la vi. Ha recuperado el peso perdido, el color en sus mejillas, y su ropa está limpia ahora. Supongo que se ha rehabilitado. Creo recordar que estuvo en una clínica de África para curar su adicción a las drogas. Y, probablemente, la intensa depresión producida por la pérdida de Hunter.

—¿Rita, puedes repetirlo una vez más? —solicita el hombre del auricular. Está sentado unas cuantas sillas más abajo, de espaldas a nosotros, por lo que ni siquiera es consciente de nuestra presencia aquí. Rita asiente y carraspea.

—Allá voy —anuncia, antes de disponerse a repetir la canción, con una voz muy suave, tan llena de sentimiento que hace que se me erice el vello de la nuca—. *Mamá... acabo de matar a un hombre. Puse una pistola contra su cabeza. Apreté el gatillo y ahora él está muerto... Mamá...*

—¿Qué te parece? —me susurra Black al oído.

—Que están haciendo una muy buena versión del *Bohemian Rhapsody* —contesto con una sinceridad tan burda que Robert hace una mueca de disgusto con los labios.

—Escucha la letra.

—Ya conozco la letra, Black. Es una de mis canciones favoritas. Por la letra, precisamente. Yo también desearía algunas veces no haber nacido nunca.

—Es nuestra asesina —sentencia, inflexible.

Irritada, entorno los ojos.

—Vale, ya sé que los fans de Queen consideraréis un crimen atroz que doña princesa del pop haga una versión de una de las mejores canciones de la banda, pero tanto como para llamarla *asesina*, no sé yo...

—Déjate de chorradas, Carrington. Ella le mató y ahora tú vas a cargar con su crimen.

Lo cojo por la mandíbula y lo giro de cara a mí con brusquedad.

—Escúchame bien. Tengo lo que me he buscado. Si estoy en esta situación es porque me lo he hecho con mis propias manos. No puedo culpar al destino, ni a Dios, ni a Rita Sky. Yo soy la única culpable. Yo y mi propia estupidez. Apreté ese gatillo, ¿vale? Lo hice. Ya está. Ahora lo sabes.

Hace otra mueca.

—¿Qué tiene en tu contra?

Lo miro fingiendo no comprenderle.

—¿Disculpa?

—¿Por qué la defiendes tanto? ¿Qué sabe?

Trago en seco.

—Nada. Ella no sabe nada. La defiendo porque es inocente.

—¡Y una mierda! Hicimos un trato, Adeline. Acordaste no mentirme.

—Olvídate del puto trato, Black.

La canción acaba y Robert se levanta.

—Ya lo he hecho. ¿Te vienes o te quedas?

Me cruzo de brazos, obstinada.

—Me quedo.

—Muy bien.

Baja las pocas escaleras, sale por la puerta y entra en la sala contigua para hablar con Rita. Lo primero que hace al acercarse a ella es apagar el micrófono, para que yo no escuche su conversación. Después, se gira de cara al cristal y me mira con aire de autosuficiencia. Entorno los ojos. Muy bien, si quiere seguir con su investigación, allá él. Yo me niego a formar parte de esta farsa.

Malhumorada, chasqueo la lengua y me limito a mirarlos a través del cristal. Rita contesta a un par de preguntas y después le da la espalda. Mis ojos la siguen mientras echa a andar hacia una silla donde ha depositado sus cosas. Retira algo del bolso y se acerca al cristal. Abre la tapa de un pintalabios y empieza a escribir en el espejo con enormes letras rojas: *¿Adeline, qué se siente al saber que lo has perdido todo?*

Dejo caer los parpados. Menuda zorra. ¿Por qué tiene que preguntarme eso ahora?

Robert Black irrumpe furibundo aquí dentro, me agarra de un brazo y me arrastra hacia la salida.

—¿Y bien? —quiero saber—. ¿Qué te ha dicho?

—Tiene coartada.

—Claro que tiene coartada —repito, con una risa histérica.

—Estaba dando un concierto en Londres. Hay cien mil personas respaldando su versión.

—Pues ya está. Caso cerrado.

—Eso no quiere decir que no lo haya hecho.

Una oleada de confusión barre mi rostro. Ralentizo el paso, pero Robert me obliga a seguir caminando.

—¿A qué te refieres?

—Vale, no apreté el gatillo *personalmente* —me dice mientras me insta a subir a la parte de atrás de la limusina—. Pero pudo haber contratado a alguien. La he preguntado si quería ver muerto a Hunter. ¿Y sabes lo que me ha dicho?

—Lo que diría toda ex novia en su sano juicio: que sí.

El coche se pone en marcha de inmediato, casi con un chirrido de ruedas.

—Exacto. Dijo que sí, que Hunter Graham se merecía morir.

—No sé por qué eso no me sorprende. Rita nunca superó la ruptura.

—Ni yo superé la nuestra. Pero no quiero verte muerta. Me enferma la idea de saber que podría pasarte algo malo.

Las esquinas de mi boca se alzan hacia arriba.

—¿Y cómo quieres verme? ¿Ingresada en un manicomio? ¿Sola y amargada?

—Debajo de mí —contesta con aplomo.

Apostaría a que sí.

—Buenos, las mujeres somos algo más rencorosas —alego, intentando ahogar la sonrisa que se empeña en adueñarse de mí.

—Y una mierda. ¿Quieres tú verme muerto a mí?

Mueve el cuello lentamente y me mira hasta que reúno fuerzas para agitar la cabeza.

—No lo soportaría —confieso en un débil murmullo.

Coloca una mano encima de la mía y la estrecha con fuerza. El coche queda en total silencio, con la excepción del brutal latido de mi corazón, que siempre se descontrola cuando él me toca. Robert rompe suavemente el silencio al susurrar:

—Te quiero.

Lo miro a los ojos y asiento con aspecto de persona derrotada.

—Y yo te quiero a ti, por muy enfermizo que eso me parezca. Por desgracia, hay veces en las que el amor no cambia las cosas.

—Si no quieres contarme lo que sucedió ese día, no pasa nada. Lo comprendo.

Cabeceo, con la mirada ausente, perdida en un punto cualquiera de la carretera.

—No sé qué fue lo que pasó exactamente ese día, Robert. No lo recuerdo. No conservo ningún recuerdo, salvo los que ya te conté.

Se lleva mi mano a los labios y planta un beso en mis nudillos.

—Te creo. Haremos una breve paradita, ¿vale?

Digo que sí con un gesto de cabeza.

Suspiro al descubrir que su *breve paradita* se refiere a un campo de tiro en Nueva Jersey.

—¿Qué demonios hacemos aquí? —exijo saber mientras intento seguir sus pasos por el aparcamiento. Camina demasiado deprisa, con zancadas demasiado grandes.

—No tienes una explicación para el botón de la cocina, ¿verdad?

Lo niego con la cabeza.

—No, no me explico cómo acabó ahí. No recuerdo haber entrado nunca en la cocina.

—Lo cual te hace pensar que hay más cosas que no recuerdas, ¿cierto?

Asiento en silencio.

—Yo no era precisamente un angelito. Es decir, ¡admitámoslo!, consumí sustancias extrañas ese mismo día. ¿Y si eso me ha llevado a la alienación? Puede que perdiera el control y le matara. No lo sé, Black. Ojalá pudiera afirmar alto y claro que yo no le maté. Pero no puedo.

—Muy bien. Quédate aquí. Ahora vuelto.

Se alza el cuello de la chaqueta para no mojarse demasiado, me da la espalda y apresura el paso hacia la entrada. Desconcertada, me pego al muro de piedra para resguardarme de las gotas. El mundo luce ceniciento a mi alrededor. Siento tanto frío que me tengo que abrazar a mí misma para conservar el calor corporal. Hoy es uno de esos días deprimentes en los que una desearía haberse quedado en casa.

Al cabo de unos cuantos minutos, Robert Black regresa. Tiene el cabello mojado y gotas de lluvia escurriéndosele por la cara.

—Acompáñame —es todo cuanto dice.

Soplando aire caliente en mis congelados puños, lo sigo hasta el interior del recinto. Black coloca una mano en la parte baja de mi espalda y me conduce a una galería de tiro, donde me ofrece unas gafas protectoras, unos tapones para los oídos y una pistola.

—¿Qué demonios...? —Lo miro, con el rostro lleno de confusión.

—Mantén el arma apuntada en una dirección segura —me explica como un profesor—. A ser posible, no hacia mi cabeza, por muy cabreada que estés conmigo, ¿vale? El dedo fuera del gatillo hasta que estés preparada para disparar. Ah, y no la cargues hasta que estés dispuesta a ejecutar el tiro. Adelante. Salgamos de dudas, Carrington.

—Quieres que dispare un arma —le digo, para nada convencida de ello.

—Exacto. Miras, apuntas y disparas. Hazlo.

Lo miro estúpidamente, incapaz de reaccionar.

—Vamos, nena. No temas. Enfocas la diana y aprietas el gatillo. Puedes imaginarte la cara de alguien desagradable, la mía, por ejemplo, si te resulta más sencillo.

Lo vuelvo a mirar con expresión dubitativa, y él asiente con la cabeza. Con un nudo en la garganta, cargo la pistola. Mis manos tiemblan al hacerlo. Levanto los brazos, enfoco la diana, pongo la mano encima del gatillo y ejecuto el disparo. Un horrible sonido brota del cañón, y yo cierro los ojos y me encojo. Robert, cruzado de brazos, ni siquiera se inmuta.

—Otra vez —ordena con dureza.

Por exigencia suya, repito la operación cinco veces seguidas.

—Suficiente. —Con un perfecto control de sí mismo, pulsa un botón y acerca la diana hacia nosotros—. Ni siquiera la has rozado, Adeline. El que disparó a tu marido era una persona con una excelente puntería. Efectuó el disparo a más de cinco metros de distancia, y la bala penetró hasta el centro del corazón de Hunter. Tú acabas de disparar a cuatro metros y ni siquiera le has dado a la diana. Tendrás muchas virtudes, pero disparar como Dios manda no es lo tuyo, así que deja de atormentarte a ti misma, porque tú no mataste a ese cap... —se obliga a contenerse, y carraspea—... a tu marido.

Lo miro, y una sonrisa derrota poco a poco la cadavérica rigidez de mi rostro.

—Siempre te empeñas en salirte con la tuya, ¿eh?

—Siempre que llevo razón, sí.

—Muéstrame cómo disparas tú, Black.

Medio sonrío y, con gesto suave, me quita el arma de las manos y la carga. Se dirige a un nuevo blanco, separa un poco las piernas, alza los brazos y apunta. No miro la diana. Le miro a él, porque con una pistola entre las manos es la cosa más sexy que he visto nunca. La masculinidad personificada delante de mí. Los penetrantes ojos azules están clavados en el objetivo como si le fuera la vida en ello. Sus hombros están tensos. Sus músculos, duros. Su rostro, rígido. Pego un brinco cuando la primera bala sale del cañón de su pistola. Nunca me podría acostumbrar a ese ruido.

En cambio, Robert se mantiene igual de estoico. Ni un solo músculo se mueve en su hermosa cara. No le tiemblan las manos ni registra ninguna reacción cuando los horribles sonidos descargan el uno después del otro.

En silencio, acerco la diana, la miro y luego lo miro a él.

—Así es como disparo yo, Adeline —me dice con tono inflexible.

Cinco balas disparadas, cinco balas clavadas en el corazón de la diana.

Cuando cruzamos la puerta de su ático, los dos estamos empapados y tiritando. Hemos estado expuestos a las frías gotas solamente unos segundos, el tiempo justo para recorrer el trayecto desde la entrada del campo de tiro hasta el coche, pero con poco más de veinte segundos ha sido suficiente. La lluvia estaba en su apogeo en ese momento.

Tan pronto como entramos, Robert eleva la temperatura de la vivienda, me coge de la mano y me lleva a lo que era (¿es?) su dormitorio. Supongo que ahora vive aquí, porque hay objetos personales, como gemelos en la mesilla, un libro con las páginas dobladas, tirado descuidadamente al lado de un vaso de agua vacío, una camisa olvidada encima de la cama. Todo apunta a que la última vez que estuvo aquí dentro salió con prisa.

—Tienes que cambiarte. Estás muerta de frío. Y yo también.

Abre el vestidor, me lanza una camiseta suya y empieza a desnudarse. Trago en seco cuando le veo esa ancha espalda, húmeda de la lluvia y tensa del ejercicio de esta mañana. Su cuerpo es esbelto y musculado, estrecho hacia la cintura, y yo no puedo apartar la mirada de él. Cada terminación nerviosa de mi ser está alerta en este momento.

Dejo caer la camiseta al suelo, me acerco a él y lo abrazo por detrás. Suspira y coloca las palmas encima de mis manos.

—Ojalá pudiera disponer de todo el tiempo del mundo para estar contigo —susurro en tono derrotado.

Robert me coge por las muñecas y me vuelve hasta tenerme cara a cara. No dice nada, solo me rodea la espalda con un brazo, me aparta el pelo que se me ha pegado a la clavícula y, acto seguido, coloca la lengua ahí, dibujando una línea en dirección al lateral de mi cuello. Su avance es lento, enloquecedor. Suspira profundamente y me inhala, como si fuese el perfume más desquiciante que ha olido jamás. Entrecierro los ojos y hundo los dedos en su cabello.

La boca de Robert, ardiente en contraste con mi gélida piel, se arrastra por la columna de mi garganta, subiendo y bajando, haciendo que, poco a poco, todo pierda contorno; que todo carezca de importancia. Con la mano que le queda libre, baja lentamente la cremallera de mi sudadera y me la quita.

—Te necesito —murmura su boca, encima de la piel de mi mentón.

Deslizo los dedos por su espalda y le clavo un poco las uñas. Robert me hace retroceder hasta pegarme contra el vestidor, me quita la camiseta y acopla los labios a los míos, con los rígidos antebrazos apoyados a ambos lados de mi cabeza y su polla, increíblemente dura, presionando contra mi vientre. Su lengua empuja para entrar, y yo se lo permito. Los dos dejamos brotar un gemido cuando está dentro. Y los dos nos volvemos más ansiosos a medida que avanza el beso. Nunca me cansaría de él, y sé que a Robert le pasa lo mismo que a mí.

El beso se convierte en violenta insaciabilidad. Con dedos trémulos, Robert deshace el botón de mis vaqueros e introduce una mano dentro. Me arqueo contra su pecho y le beso con un hambre aún más voraz. El deseo estalla por todo mi cuerpo y se vuelve descontrolado. Vierto toda mi ira en nuestro beso, toda la frustración, todo el dolor... Necesito quitarme todo eso de encima, y solo conozco un modo de conseguirlo. Necesito matar los monstruos que se ocultan en mi cabeza. ¿Y qué, sino la pureza del amor, puede vencer a un monstruo?

—Robert...

—Quieta. Yo me ocupo.

Sonrío y vuelvo a hundir los dedos en su cabello, tirando de él con fuerza. Claro que él se ocupa. Él siempre se hace cargo de todo lo que necesito.

—Voy a quitarte el sujetador —me informa, y yo asiento. Lo desabrocha y lo deja caer al suelo. Luego, me pone una mano bajo el mentón y me vuelve a besar.

Dos dedos de Robert se cuelan en mi interior al mismo tiempo que su boca baja por mi pecho. Sus labios me rodean un pezón y tiran de él con fuerza. Después, me pasa la lengua por encima para calmar lo que ha hecho. Mis manos

impacientes se colocan encima del bulto que empuja contra mi vientre, y Robert deja escapar un profundo y sexy sonido, que sale de las profundidades de su garganta y corre por toda mi espalda, hasta repercutir intensamente en los músculos internos, que se contraen alrededor de su invasión.

Lo miro y descubro que sus ojos arden de puro deseo, con tanta intensidad que me deja sin aliento. Me estudia como siempre, para analizar todo lo que produce en mí.

—Robert, te necesito —musito, con los labios arrastrándose por la aspereza de su mandíbula.

Me pone una mano en la nuca y su boca se abate sobre la mía una vez más. Cuando interrumpe el beso, se arrodilla delante de mí y se abraza a mi cintura, con la mejilla pegada contra mi vientre. No habla. No se mueve. Tan solo me aprieta con fuerza. Está suplicándome que me quede con él. No es necesario que me hable. Le comprendo a través de los gestos.

Al cabo de un rato, sus manos se aferran al borde de mis vaqueros y tira de ellos hacia abajo. A medida que la tela deja mis piernas al descubierto, Robert cubre mi piel de ardientes besos.

Bajo los párpados y lo estudio mientras, ahí arrodillado, me envuelve en electrizantes caricias.

—Ven aquí —le susurro, y él eleva la azul mirada hacia la mía y agita la cabeza despacio.

—No he terminado. No aún.

Hay un aire salvaje en su rostro mientras me quita las bragas y las deja caer al suelo. El pulso se descontrola en mis oídos, la respiración se me vuelve pesada. Robert me coge por la rodilla y me coloca una pierna encima de su hombro. Acto seguido, me rodea el clítoris con la lengua, y es implacable en su modo de dar placer. No quiero correrme ahora. No así. Quiero más que esto.

—Robert. Basta. Basta. Ven aquí.

Lo niega, con los ojos alzados hacia los míos.

—No he terminado —musita contra mi temblorosa carne.

—Ahora sí.

Me mete un dedo dentro y yo gruño y me encojo, sin poder evitarlo.

—¿Desde cuándo estás al mando? —quiere saber, penetrándome con parsimonia y los increíbles zafiros clavados en mis pupilas.

Le dedico una mueca, y él me sonrío picarón.

—Desde siempre.

Pone los ojos en blanco.

—Es verdad. Soy un calzonazos.

Me río y tiro de él hacia arriba. Me cobija entre sus brazos y me levanta del suelo. Yo le rodeo la cintura con las piernas y me agarro a su cuello.

Camina conmigo en brazos hasta la cama, donde me deposita con mucha suavidad y se coloca encima de mí, con la boca devorándome a besos mientras con una mano se termina de desnudar.

—¿Mañana vas a escabullirte? —me dice, tirando de mi labio inferior.

Antes de que me haya dado tiempo a contestar, me separa las piernas con las suyas y me besa con dureza. Su polla empuja contra la cúspide de mis muslos y hace que el estómago se me agite. Su olor está a mi alrededor, envolviéndome. No puedo hablar. No puedo pensar. Todo lo que me está haciendo es mágico. Electrificante. Sin más, magnético.

—Contesta.

Me humedezco los labios.

—No lo sé. Puede.

—Mmmm. Puede... —repite, como cavilando acerca de ello—. Entonces, *puede* que te folle esta noche o *puede* que no.

—Contigo todo es un *quid pro quo*, ¿verdad?

Me dedica una sonrisa de triunfo que ilumina el resplandor malicioso de sus ojos.

—Absolutamente todo.

Su mano se cuela entre nuestros cuerpos y empieza a acariciarme despacio. Sonríe cuando me retuerzo debajo de él. Me mira a los ojos, se relame y prosigue con su delicioso modo de atormentarme.

—¿Y si te dijera que no volveré a tocarte nunca más si vuelves a huir de mí? —me propone, con los dedos abriéndose camino hacia las raíces de mi ser. Sus labios acarician mi oreja y mis pezones se ponen tan duros que empieza a ser molesto. Necesito su boca alrededor, para calmarlos.

—Vaya. Entonces me quedaré mañana.

Inclina su hermoso rostro sobre el mío y toma mis labios entre los suyos con suavidad.

—No cierres los ojos. Quiero que me mires mientras estoy bien dentro de ti —me susurra.

Los dos estamos jadeando. La intensidad aumenta con cada instante que pasa. Con los ojos clavados en los míos, Robert se hunde con un ritmo muy lento, y yo arqueo las caderas para recibirle.

—¿Ahí? —musita, aunque sé que sabe perfectamente que es ahí mismo.

—Sí —siseo.

—Bien —dice, con una muy débil sonrisa, mientras sigue moviéndose despacio, fuera y dentro, colmándome una y otra vez. No hace más que atormentarme con toda esta lentitud.

—Robert, más rápido, por favor.

Para mi asombro, se detiene y me mira con un brillo extraño en los ojos.

—Tú... eres... mía —gruñe, dando peso a cada una de sus palabras—. Yo me haré cargo de ti. Siempre.

Asiento, y entonces Robert empieza a moverse. A moverse de verdad. Noto cómo se me tensan los dedos de los pies; cómo el mundo se prepara para su ocaso; cómo mi cuerpo se acelera, hasta que ya no puedo notar nada que no sea él y nuestra unión.

—Quiero mi polla dentro de ti cuando te corras —me susurra al oído.

Su voz es rasposa, tan sexy que supone mi detonante. Estallo a su alrededor sin poder impedirlo. Le cojo la nuca entre las palmas y levanto la pelvis para intentar prolongar esta sensación para siempre. Robert no aguanta más de treinta segundos, y me sigue murmurando algo que no consigo entender.

Se deja caer a mi lado, me abraza y me pega a su costado. Yo coloco la palma encima de su abdomen, y él me besa en la coronilla.

—Quiero que vuelvas —dice de pronto.

Su corazón le late como loco dentro del pecho.

—¿Volver? ¿Adónde?

—Conmigo... —musita, cierra los ojos y me aprieta más fuerte entre los brazos.

Me tomo unos momentos.

—¿Y tu novia? —pregunto por fin.

Me hace hundir la cara en su cuello y se entretiene acariciándome el vello de la nuca.

—La dejaré —resuelve, como si no le importara demasiado el asunto. Como si ella no fuera más que un problema del que hay que hacerse cargo.

—¿Y le parecerá bien a ella?

—¿Te parece que me preocupa el asunto a mí? —repone con dureza.

Trago en seco.

—Eres un capullo. Lo sabes, ¿verdad?

—Te dije desde el principio que yo no era un buen hombre. Si no me hiciste caso, es asunto tuyo.

Mi dedo empieza a dibujar una línea por el valle que se ha formado en su

pecho. Despacio, bajo hasta el pequeño sendero de vello que parte desde su ombligo y llega un poco más abajo. Sé por su dificultosa respiración que todo su cuerpo se ha centrado en mi dedo y en lo que estoy haciendo.

—¿Y qué vamos a hacer, Robert? ¿Casarnos en prisión?

—Mientras quieras casarte conmigo, me conformo con lo que sea. ¿No lo entiendes, Adeline? Yo ya me siento casado contigo. Siempre me he sentido como si estuviera casado contigo.

—¿También te sentías así mientras follabas con ella? —repongo con mordacidad.

Gruñe irritado.

—Joder. Siempre vas a estar cabreándome, ¿verdad?

Alzo los hombros con desdén.

—Supongo...

Suspira y planta un beso en mi cuello.

—Está bien. Te perdono.

—No recuerdo haberme disculpado.

—No hace falta. Sé que lo sientes.

—Vaya, señor sabelotodo. ¿Y qué más sabes?

—Que me quieres, que te mueres por estar conmigo, que no puedes vivir sin mí, tal y como yo no puedo vivir sin ti... Ya sabes, todo eso.

Lo rodeo con los brazos y me quedo de ese modo, aferrada a él.

—Eres mi única debilidad —le susurro.

—Lo sé...

—Y yo soy la tuya.

—Lo sé.

—Somos muy tóxicos.

—Lo somos.

—Black...

—¿Mmmm?

Me paso la lengua por los labios y sonrío.

—No tendrás un pañuelo en ese armario, ¿verdad?

—Ni de coña —gruñe entre dientes—. ¡Pero ni de coña!

—Pero...

—¡A dormir!

—No sabes lo que iba a decir.

—Ni quiero saberlo —repono, tan mosqueado que suelto una risotada—. No quiero oír nada acerca de ninguna perversión. Me da igual que sea eso lo que te

ponga últimamente. Las perversiones sexuales se han acabado en esta casa.

Mis carcajadas llenan el silencio del ático.

—Solo quería decirte que me gustaría atarte las manos y poseerte de modos inimaginables, pero como me has mandado a la cama...

Me aparto, le doy la espalda y apago la luz de la mesilla.

—Espera, espera, espera. —Tira de mí, pero me niego a volverme de cara a él—. Hablemos acerca de eso.

—Buenas noches, Black.

—Nena, venga... Negociemos los detalles —insiste.

Sonrío y suspiro afectada.

—Me temo que la oferta ha caducado.

Ríe entre dientes, me arrastra hacia él y coloca una pierna encima de la mía.

—Una pena. Entonces, me tendré que conformar con hacer la cucharita contigo.

—En efecto.

—Adeline...

—¿Mmmm?

Su boca se coloca en mi oído, y yo siento escalofríos otra vez.

—Buenas noches, preciosa mía —me susurra con ese enloquecedor deje sureño.

Las yemas de sus dedos bajan por la vena de mi cuello, lo cual hace que se me acelere el pulso.

—Buenas noches —contesto con voz apenas audible.

—Te quiero —me vuelve a susurrar.

Sonrío, y Robert me envuelve en sus brazos y me acaricia la nuca con su nariz. Su presencia es lo único que me reconforta en mis momentos de completa oscuridad.

*Evidentemente,
es una mujerzuela o una duquesa.*
(Alexandre Dumas)

Capítulo 3

Actualidad, ciudad de Nueva York, Nueva York

Adeline

Me levanto de la cama, envuelvo mi desnudez con su camisa y me acerco a la ventana, mi mirada perdida en la noche que cae y envuelve toda la ciudad con su velo de negrura. Tan solo las titilantes luces de Nueva York interrumpen la densa oscuridad del mundo que contemplo. Mi mundo. Aquí está, delante de mis ojos. Lo había echado de menos. Cuando lo tenía, no supe valorarlo. Ahora, que estoy a punto de perderlo, me siento triste. ¿Cuándo volveré a ver estos rascacielos? Quizá, nunca. Quizá me hagan regresar a la oscuridad. Un nuevo cautiverio me espera. Han diseñado una nueva jaula para encerrar a Adeline; una infranqueable prisión creada para atraparla en las entrañas de las sombras que tanto la reclaman. Ni siquiera sé qué sentir respecto a eso.

—Tenemos que volver —susurra Robert a mis espaldas.

Me tomo unos instantes más, para despedirme de estas vistas, y me giro de cara a él. Me está contemplando en silencio, con esa preciosa arruga suya cruzándole la frente. Hago el esfuerzo de componer una sonrisa temblorosa, muy débil.

—Sí, supongo que habrá que regresar a... *casa*.

Robert, de pronto entristecido, asiente despacio.

—Me temo que sí. Habrá que irse de aquí antes de que alguien se percate de que hemos violado la libertad condicional.

Siento cómo un nudo empieza a formármese en la garganta. No quiero irme tan pronto. He sido tan feliz aquí, en esta casa, con él. ¿Por qué no podemos regresar a eso ahora?

—Antes de irnos, hay algo que necesito hacer.

Robert me estudia con curiosidad.

—¿Ah, sí? ¿El qué?

—Un lugar que debo ver. Quizá sea mi último deseo antes de morir.

Una oleada de dolor barre su hermoso rostro, que se congestiona un poco, pese a todos sus esfuerzos por mantenerse inexpresivo. Mirando sus ojos, me doy cuenta de que se han vuelto vidriosos.

—No digas cosas así.

Intento sonreír.

—Solo los estúpidos enmascaran la verdad dentro de una mentira piadosa. Yo no soy ninguna estúpida, Black. Sé lo que hay en juego, y sé que puedo perderlo todo.

Se me acerca, me envuelve entre sus brazos y me besa la frente.

—No dejaré que eso suceda.

Levanto un poco los brazos y me aferro a su cuello. Siempre ha sido lo único que me ha mantenido anclada en tierra firme.

—Sé que no lo harás. Pero no depende de ti.

Su agarre se vuelve más fuerte.

—Me mata la idea de perderte —susurra en mi oreja—. Creo en el sistema, Adeline. Ahora más que nunca. Eres inocente, y creo que ellos se darán cuenta de ello. Pero si el sistema fallara...

Coloco un dedo en sus labios y le acallo antes de que lo diga. No quiero hablar de lo que pasará cuando me declaren culpable. *Cuando, no si.* Black está convencido de mi inocencia, ¿pero a quién le importa lo que él piense? Lo que cuenta es lo que se puede demostrar en una corte. Y, admitámoslo, no creo que podamos demostrar gran cosa. Estoy perdida. Los dos lo sabemos. Cada vez que lo miro a los ojos, sé que es consciente de ello tanto como lo soy yo misma. Y, aun así, fingimos ignorarlo, porque fingir es lo adecuado en algunas ocasiones.

—No digas nada de eso ahora. Ahora solo quiero que me lleves a un sitio.

Retrocede un poco y se obliga a sí mismo a sonreír.

—De acuerdo. ¿Me doy una ducha y nos vamos?

Asiento despacio.

—Claro. Tómame tu tiempo.

Me da un beso en la frente, retira ropa limpia del vestidor y entra en el baño. Me coloco de nuevo delante de la ventana. Intento volver a centrarme en las vistas, pero me es imposible. Solo puedo estar pendiente del sonido de esas gotas de agua. Me imagino cómo se estrellan contra su cabeza, cómo se escurren por su rostro y su cuerpo...

«¡Mierda!»

Giro con brusquedad sobre los talones e irrumpo en el baño. Robert está de espaldas al cristal salpicado de gotas. Ni se ha dado cuenta de que estoy aquí.

Distraído, se lleva una mano al cabello, se lo hecha hacia atrás y deja caer la frente contra los azulejos. Parece absolutamente derrotado en este momento.

Me bajo la camisa por los hombros, abro las puertas de cristal y me meto dentro. Robert, asombrado se gira de cara a mí.

—¿También te apetecía una ducha? —me pregunta, intentando sonreír para disimular la agonía que aún brilla en su mirada—. ¿Está el agua lo bastante caliente para...?

No le dejo acabar su frase. Hundo los dedos, posesivos, en su pelo mojado, atraigo su boca hacia la mía y estrello los labios contra los suyos, empujando con la lengua para que me permita entrar. Robert deja escapar un sexy gruñido, me rodea la espalda con los antebrazos, para pegarme contra su cuerpo, y responde a mi beso como si su vida dependiera de ello.

El agua cae sobre nosotros como una cascada, envolviéndonos con su calidez. Yo lo toco, deslizo los dedos a lo largo de su suave espalda, y él gime contra mis labios. Sus manos vagan por todo mi cuerpo, ahueca mi culo, clava los dedos en mis caderas.

—Te necesito dentro de mí —murmuro contra su boca.

Robert retrocede un poco, lo justo para mirarme a los ojos. Hay una sonrisa burlona jugueteando en las esquinas de su boca.

—Me temo que eso tendrá que esperar, preciosa.

Quiero preguntar el porqué del asunto, pero sus dedos encuentran el camino hacia mi interior, y cualquier palabra que pudiera decir pierde contorno dentro de mi mente. Mi cuerpo empieza a retorcerse, y los ojos se Robert se convierten en dos pozos candentes que me estudian con mucha atención.

—¿Te gusta esto? ¿Te gusta que te folle con los dedos?

La lujuria que impregna su voz y sus ojos hace que la tensión en mi vientre se vuelva arrolladora.

—Robert...

—Contesta. ¿Te gusta así o prefieres esto? —Me coge la mano y la coloca encima de su pene, absolutamente rígido—. ¿Quieres mi polla dentro de ti?

—¡Joder, sí!

Me mira y sonrío burlón.

—Aprecio tu sinceridad. ¿Pero sabes qué, dulce Adeline? *Esto* no va a entrar ahí nunca más, por mucho que yo lo desee.

Abro los ojos de par en par. Espero que me esté tomando el pelo.

—¿Qué...? —me interrumpo, gimo y me contorsiono cuando sus dedos rozan un lugar muy sensible en mi interior—. ¿Qué estás diciendo?

Robert se retira, me levanta contra la pared y me besa más fuerte, aunque la intensidad de este beso está lejos de aplacar mi deseo. Al contrario. El hambre que él despierta en mí se magnifica hasta tornarse tan devastador como un furioso tornado.

—Estoy diciéndote la verdad. No volveré a follarte.

Miro su rostro, tan alterado por los claros indicios de la lujuria, y pongo un gesto de incompreensión.

—Te estás burlando.

Sonríe, me hace separar un poco las piernas y empieza a mecer su sexo entre mis muslos. Esto es tan intenso que tengo ganas de gritar. Lo quiero dentro, y él lo sabe.

La cabeza de su polla empuja para entrar, y mi estómago se encoge con la expectativa. Sin embargo, Robert se retira y vuelve a frotar la carne dura contra la humedad que él mismo ha provocado. Su boca baja y se aferra a mi cuello. Desesperados gemidos brotan de mi garganta mientras su pene se mueve a lo largo de mi sexo, hinchado y casi dolorido.

Hundo los dedos en su cabello y tiro de él con ira cuando sus labios se colocan alrededor de mi pezón y los chupan con fuerza. ¿Por qué le gusta tanto atormentarme? ¿Por qué me gusta a mí atormentarle a él?

Balanceo las caderas y lo insto a que entre de una vez. Levanta la cabeza de entre mis pechos y una sonrisa ladeada empieza a insinuarse en su boca.

—No insistas. Ya te he dicho que eso no pasará más. —Mirándome a los ojos, me suelta la cintura y emplea las manos para jugar con mis pezones. Gime afectado al ver cómo me contraigo de nuevo y suplico a por más—. Claro que hay una remota posibilidad de que lo haga... —lo deja caer, como quien no quiere la cosa.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Cuál?

Una sonrisa de autosuficiencia empieza a ganar cada vez más terreno en sus labios.

—Cásate conmigo.

Lo miro como si considerara que se le va la cabeza. No, espera un momento... ¡Realmente considero que se le va la cabeza!

—Estás de coña.

Su gesto es demasiado serio. No creo que esté bromeando con este asunto.

—Dime que sí, y te follaré ahora mismo. En esta ducha. Contra esta pared. Tú decides.

Me quedo contemplando sus poderosos ojos. La cabeza de su sexo se frota contra los labios del mío. Dejo caer los párpados y empiezo a respirar más deprisa. Al cabo de unos segundos, abro los ojos y lo miro de nuevo.

—¿Y si te dijera que no?

Robert vuelve a dedicarme su sonrisa irritante.

—Te contestaría que podemos ser solo amigos. Y te echaría de mi baño, ya que los amigos no se duchan juntos.

Rechino los dientes. No estoy para nada divertida. Estoy frustrada. Y cabreada. Y demasiado excitada. Quiero a mi juguete favorito, y me lo están negando. ¡Pues claro que eso me irrita!

—Eres un capullo —escupo entre dientes.

Su sonrisa se torna odiosa.

—Pero tú me amas. Siempre he sido un capullo. ¿Cuándo te ha importado eso a ti, Adeline?

—Tienes novia —le recuerdo—. ¿Cómo vamos a casarnos si tú aún sigues oficialmente a su lado? Te gusta jugar a dos bandos, ¿eh, Black?

Nos miramos a los ojos. Los dos sabemos que solo hará falta una conversación para que él deje de tener novia. En realidad, el tema de su novia me deja fría. Si se lo pidiera, él la dejaría por mí. Sé que haría cualquier cosa por mí.

—¿Estás celosa? —pregunta con una ceja en alto.

—Más que el mismísimo Otelo —miento con descaro, pese a que mi indiferente voz deja traslucirse mis verdaderos sentimientos.

Robert baja la mano por mi espalda, me aprieta el trasero con fuerza y presiona su erección contra mi clítoris. El deseo que late en mi interior es casi inaguantable. Me está forzando la mano para hacerme ceder.

—La dejaré y me casaré contigo. Para que veas los sacrificios que tengo que hacer por ti. —Su rostro se tuerce cuando empiezo a balancear las caderas para sentirle más cerca—. ¿Sabes que podría hacer que te corrieras sin ni siquiera penetrarte? ¿Solo moviéndome así, mi polla contra tu coño? Pero no es eso lo que quieres, ¿verdad? Tú lo quieres todo de mí, como siempre. Y puedes tenerlo. Solo tienes que decir *sí, Robert, me casaré contigo*. Nada más.

Sonrío. Es el hombre más ingenuo que conozco si piensa que puede manipularme de este modo. Admito que lo deseo. Mucho. Muchísimo. Hasta la locura. Pero no tanto como para volver a joderle la vida. No le ataré más a mí.

No antes de saber lo que va a pasarme.

—¡Dilo! —exige, empezando a perder la paciencia conmigo.

Se mueve con rapidez. Su boca encuentra la mía, nuestras lenguas se rozan, y yo dejo escapar un suspiro. Me tiene ahí dónde pretende tenerme, y no puedo permitírselo. Ya no soy esa niña que siempre cedía ante él y su aplastante atractivo. Por lo que le empujo los hombros hacia atrás.

—Me deseas tanto como yo a ti, Black —expongo con calma.

Frunce el ceño. No se esperaba este giro de los acontecimientos.

—¿Y?

Las esquinas de mi boca se alzan hacia arriba, en una sonrisa un tanto malévola.

—¿Quieres apostar a ver quién cede primero?

Baja los ojos hacia mí y sonrío divertido.

—¿Estamos jugando duro, Adeline?

—La gente como nosotros siempre juega duro, Black. A vida o muerte. Como en una ruleta rusa.

Con los ojos clavados en los míos, se pasa la punta de la lengua por los labios.

—¿Y qué es lo que vas a hacer?

—Lo que sea necesario.

Sin dejar escapar sus ojos, me arrodillo delante de su poderoso cuerpo. Hace una mueca cuando comprende mi plan. No le da tiempo a decir nada, yo extendiendo la lengua y la paso despacio por la punta de su miembro, limpiando toda la humedad.

—Sabes bien —le susurro, relamiéndome.

Su pecho se mueve deprisa conforme el aire entra y sale de sus pulmones. Se inclina sobre mí, reúne mi pelo entre sus manos y apoya el pene contra mis labios.

—Si este es tu plan, adelante. Hazlo.

Abro la boca para él y lo acojo dentro, y Robert deja escapar una lenta exhalación. La intensidad de sus ojos es lo más indecente que he visto en toda mi vida. No aparto la mirada de la suya mientras mi boca sube y baja a lo largo de su miembro y mis labios chupan con fruición. Su abdomen se tensa cuando empiezo a usar también la lengua y la mano para acelerar el proceso.

—Más profundo —me suplica.

Sin embargo, yo me retiro y me pongo en pie.

—Ahora te dejaré para que reflexiones, querido mío. O para que te des una

ducha fría, lo que sea que te apetezca hacer. Estaré en el salón. Date prisa. Como he dicho, hay un sitio al que quiero que me lleves.

Y salgo de su ducha silbando, consciente de que sus confundidos ojos azules me siguen de camino hacia la puerta.

Libre. Es así como me siento mientras el inclemente viento del otoño tardío azota la piel de mi rostro. Robert está a mi lado, con las manos hundidas en los bolsillos de su pantalón de corte italiano. La grisácea tela de su camisa ondea en el fuerte aire, y las puntas de su cabello se mueven, dejándolo mucho más despeinado de lo habitual. Sus hermosos ojos azules están perdidos a lo lejos.

—¿Por qué aquí?

Miro distraída el mundo que se extiende ante nosotros dos. El mundo que él me mostró una vez.

—¿Cómo no iba a ser aquí? —repongo con voz distraída. Hago una enorme pausa, y después pongo un gesto ceñudo—. Aquí fue donde me sentí viva por primera vez. En las peores horas de mi vida, regreso a ese momento obsesivamente. Imaginar que estoy aquí arriba es lo único que me tranquiliza. Supongo que, antes de enfrentarme a todo lo que me espera, quería verlo una vez más. —Muevo el cuello y recorro con la mirada la firme línea de su mandíbula—. Contigo... —añado en un susurro.

Robert hace un acerbo intento de sonreír.

—Entiendo —musita—. Entonces, estaremos todo lo que quieras. Tómate el tiempo que necesites.

Me vuelvo del todo para estar de cara a él.

—¿Cómo hemos conseguido colarnos dos veces aquí? No se puede subir a esta azotea, ¿verdad? Y menos a estas horas de la noche.

Robert sonrío travieso.

—Jimmy, el portero, fue cliente mío hará un par de años. Se enfrentaba a tráfico y posesión de drogas. Un caso jodido. Todas las pruebas estaban en su contra. Está hoy en libertad gracias a mí. Lo he sacado de la trena, y ahora me debe una.

Me cruzo de brazos.

—¿Y cómo diablos lo sacaste, si había pruebas contundentes en su contra?

—Fue bastante sencillo, la verdad. La actuación de la policía violaba los derechos de mi cliente. Su modo de conseguir las pruebas infringía la ley.

Escuchas no autorizadas, fáciles de rebatir.

Pongo una expresión entre sorprendida y divertida.

—¿Y ganaste el caso con ese argumento?

Los ojos se Black se pierden de nuevo a lo lejos, hacia el oscuro horizonte.

—He ganado casos peores con argumentos más débiles —musita en voz apenas audible—. Siempre hay una brecha, Adeline. Mi trabajo es encontrarla. El factor humano es débil. Solo tengo que quebrantarlo.

Me vuelvo a girar de cara a la ciudad y permanezco así un buen rato.

—¿Cuántas personas crees que se lanzaron al vacío desde este mismo lugar?, ¿desde la punta de este triángulo?

—¿Piensas hacerlo?

No digo nada. El viento echa mi cabello hacia atrás. Aquí estamos los dos, de pie, con las piernas ligeramente separadas y las manos colgando de nuestros bolsillos. Mantenemos las miradas clavadas en puntos remotos, los rostros absolutamente inflexibles y los labios cerrados. La noche nos envuelve con su manto de silencio. Ahí abajo hay todo un mundo moviéndose frenético, pero yo solo escucho el sonido del silencio. He aislado todo lo demás.

—Mi abuela se suicidó, ¿lo sabías? —comento en un susurro—. Todos se suicidan en mi familia, tarde o temprano. Lilian tomó demasiados somníferos. Chris se lanzó a un lago. Giselle se cortó las venas. Yo, en cambio... debo de ser un bicho raro, porque jamás lo haría. Creo que el suicidio es demasiado fácil, Black. A mí no me gustan las cosas fáciles.

—Más vale que no —musita.

Otra vez caemos en las redes del silencio.

—¿Crees que debería regresar a Texas y enfrentarme a un juicio? —le digo de pronto.

Veo de reojo cómo el ceño de Robert se frunce. Lógico. Acabo de preguntarle si considera que sería mejor darme a la fuga y buscar refugio en algún lejano país. Soy extremadamente rica. ¿Por qué no? Creo que mi padre me ayudaría, aunque eso signifique el fin de su carrera política.

—¿A qué te refieres?

Bajo la mirada al suelo, para que él no pueda ver el gesto de dolor que esbozo.

—Van a encerrarme en la oscuridad, Robert. Y antes me daba igual. Antes de verte, antes de estar contigo, antes de estar... *aquí*. Ahora, sin embargo, me siento demasiado... *libre* como para soportar la idea de que me encierren otra vez.

Se gira de cara a mí y toma mis manos con ternura.

—¿Tienes miedo?

—¿Miedo? Nooo. No es más que terror lo que me domina en este momento. —Sonrío por lo pésima que ha resultado mi broma, y luego me vuelvo seria y profunda—. Me aterra la idea de... de no envejecer a tu lado, supongo. ¿Qué es lo que me espera, Robert? —pregunto, buscando sus ojos—. Intento adivinarlo, pero lo único que veo es oscuridad. Mi futuro parece demasiado incierto. He venido esta noche aquí, a la azotea del Flatiron, porque quería descubrir si estaba o no preparada para lo que se me echa encima. Y lo cierto es que no lo estoy. Estoy jodida y... ¡sí!, estoy asustada. Y no quiero sentirme así. No quiero tener más miedo. Odio tener miedo y sentirme tan vulnerable, tan perdida...

Robert, con suavidad, me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. Después, me abraza como nunca, se aferra a mí y yo me aferro la él. Solo nos tenemos el uno al otro. Él es mi salvavidas y yo soy el suyo.

—Adeline, no temas —me dice al oído—. No dejaré que te encierren nunca. Iremos a juicio e intentaremos hacer las cosas bien. *Legalmente*. Eres inocente. Hay miles de culpables andando sueltos por el mundo. No pueden meter a un inocente entre rejas.

—Pueden, y *lo harán*. Sabes que lo harán. Van a por mí, y, francamente, a no ser que ocurra un milagro, ellos tienen todas las de ganar. No puedo explicar lo de ese botón, Robert. ¡No puedo! Me declararán culpable en base a eso, y los dos lo sabemos. ¿Por qué seguimos fingiendo que las cosas irán bien?

—Entonces, si ellos te declaran culpable, pondré en marcha el plan B.

Me aparto de él y dibujo en mi rostro un gesto perplejo.

—¿Qué plan B?

—Mi plan secreto —me dice, guiñándome un ojo.

—¿Y tu plan secreto es...? —pregunto apremiante.

Su rostro irradia diversión.

—Adeline, si te lo dijera, dejaría de ser secreto. Confía en mí una vez más, ¿quieres? Nadie te encerrará nunca más. Nadie nunca te cortará las alas. Te lo prometo. No dejaré que el mundo te venza, princesa.

Y tira de mí para volver a abrazarme. No quiero ni saber lo que tiene pensado hacer. Las personas solemos perder la cabeza cuando estamos bajo la influencia de venenos tan poderosos como el amor.

—Siempre cuidaré de ti —me vuelve a susurrar.

Su agarre es puro acero alrededor de mi espalda. Sus labios están apoyados contra mi coronilla, y yo quiero deshacerme en lágrimas. No me lo merezco. Él

es demasiado bueno para mí. Siempre lo ha sido. ¿Por qué la gente como él acaba con gente como yo? ¿Por qué la vida tiene que ser así de injusta? ¿Por qué el amor es así de ciego?

—Robert...

Traga saliva y baja los ojos hacia los míos.

—¿Sí?

—Bésame, por favor. Bésame como si fuera la última vez.

Coge mi cabeza entre las manos y hace un gesto de negación.

—No. Te besaré como si fuera la primera. Independientemente de lo que nos aguarde el futuro, lo nuestro es para siempre. Te quiero, Adeline.

No dejaré que arriesgue nada por mí. Iré al juicio, y si me encuentran culpable, entonces volveré a la oscuridad. Jamás le pondría en peligro a él, por mucho que me aterre la idea de vivir encerrada.

—Y yo te quiero a ti.

—Lo sé. Y tú has de saber que nos enfrentaremos a todo. Y, esta vez, lo haremos juntos.

Sonríó cuando unas palabras familiares comienzan a brotar dentro de mi mente.

—¿Tú y yo, juntos, para siempre? —le propongo, y Robert baja la cabeza y me besa ambos párpados.

—Exacto. Para siempre, angelito. —Se humedece los labios y me sonrío—. Ven aquí. Necesito sentirte más cerca.

Su hambrienta boca se hunde en la mía y los dos gemimos, cada uno en la boca del otro. Cuando Robert me besa, no hay más miedo. No más terror. No más monstruos. Estamos él, yo, el Flatiron y el viento. Nuestra noche. Nuestro momento. Su boca clavada en la mía. Su esencia dentro de mí. Necesitaba esto. Lo necesitaba para poder recordarlo cuando las cosas vayan a ponerse difíciles otra vez.

—Oh, Adeline, ¿por qué me estás haciendo esto? —suspira contra mis labios.

—No lo sé...

Las manos de Robert buscan mis pechos y los aprietan, mientras su cuerpo se pega al mío y su boca me besa con más dureza. Ahora su polla roza mi vientre, y yo no puedo resistirme al impulso de desear sentirla entre mis manos. Me da igual dónde estemos. ¿Está bien querer lo que quiero? ¿Está mal? ¿A quién diablos le importa? Solo puedo pensar en acariciarle. En sentirle dentro de mí. Aquí. Ahora. Es todo lo que cuenta.

Metó una mano entre nuestros cuerpos, envuelvo su impresionante erección

con los dedos y se la acaricio a través de la tela de los pantalones.

—Dios, estás tan duro...

Su mirada es pura lujuria.

—Por ti. Estoy así por ti —murmura, al tiempo que flexiona las caderas hacia las mías.

Lo miro y sonrío.

—Creo que tengo la solución —le digo en un susurro.

El rostro de Robert parece asombrado.

—¿Ah, sí?

—Ajá.

—¿Y cuál es?

—Te lo mostraré.

Y eso hago. Los ojos de Black se abren de par en par cuando su cerebro entiende mi plan.

—¡Santa madre de Dios! ¡Adeline, estate quieta! ¡Suelta eso! No, no, no. Déjate eso puesto. ¡No se ocurra quitarte la ropa! ¡Nos pueden pillar!

Me río en su boca. Pese a sus protestas, sus labios son incapaces de soltar a los míos y sus manos se cuelan por debajo de mi ropa para echarme una mano a quitármela.

—Vamos, Black. No seas miedica. Solo un poco.

—Adeline, hablo en serio. Esto es ilegal en el estado de Nueva York.

—¡Bah! Como si fuera lo primero ilegal que haces en tu vida...

Sus manos se detienen, y Robert parece pensárselo por un segundo. Después, reanuda lo que estaba haciendo.

—El caso es que tienes razón. ¿Pero y la apuesta?

Me detengo y lo miro confusa.

—¿Qué apuesta?

Entorna los ojos.

—Esa ridiculez tuya de ver quién de los dos cede antes.

Hago una mueca.

—Ah. Eso. Cedo yo —le digo con demasiada facilidad. ¡Al cuerno con las apuestas, las normas y el mundo entero!— Enhorabuena, Black. Has ganado. Ahora, volvamos a los estábamos haciendo.

—Estás loca. ¡De atar! Todo tu juego de *ahora te quiero y ahora no me desquicia*, Adeline. ¿Quieres aclararte de una santa vez?

Me río y lo beso de nuevo.

—No seas cascarrabias —le susurro al oído, lo cual le arranca una lenta

sonrisa.

—Entonces, deja de jugar conmigo —advierde, con una repentina y sorprendente expresión dura.

—No estoy jugando ahora —musito con absoluta sinceridad.

—Mmmm. Me gustaría creerte.

—A mí me gustaría que me besaras —repongo con voz monótona.

Su cuerpo se balancea un poco. Un dedo suyo traza un lento camino desde el lóbulo de mi oreja hasta mi clavícula, y ese débil roce envía escalofríos por todo mi cuerpo. Mis rodillas se doblan un poco cuando su índice sube por la curva de mi mandíbula y me roza el arco de los labios.

—¿Besarte? —murmura en mi oído—. Mmmm. Quizá lo haga.

Su aliento caliente roza la piel de mi cuello, y mis ojos se entrecierran. No puedo hacer más que respirarle, empaparme en él. Su boca está demasiado cerca de mi piel, y así y todo, demasiado lejos. Su nariz me toca el cuello mientras Robert me inhala, absorbe mi olor y mi esencia, aunque sin que sus labios se posen sobre mi piel.

Su rostro baja por mi garganta y mi clavícula. Sigue respirándome. Gimo cuando su boca se aferra a mi pezón a través de la tela de mi ropa y lo chupa con fuerza, hasta que se pone lo bastante duro para su gusto.

Protegidos por las sombras de la noche, nuestras bocas se buscan y se hunden la una en la otra en una profunda, inquebrantable unión.

—Si este es un sueño, no me despiertes jamás —le susurro al oído mientras empuja para abrirse camino dentro de mí.

Cuando aterrizamos en Austin, es de día. Desayuno con Robert, me doy una ducha rápida y me meto en la cama. Todas estas aventuras me has dejado reventada.

—¿Puedes bajar las persianas? —le pido.

Sin decir nada, aprieta un botón que hace que la oscuridad empiece a apoderarse poco a poco de su dormitorio. Viene hacia mí con su modo elegante y aplomado de caminar, se inclina sobre la cama y me besa el cabello.

—Descansa, preciosa.

—¿Es que tú no vas a dormir conmigo?

No sé qué es mayor, si mi asombro o mi tristeza. Después de lo que ha pasado, supongo que fantaseaba con dormir entre sus brazos, envuelta por la

calidez de su cuerpo. El tiempo se me está acabando y pretendo pasar mis últimos momentos a su lado.

Pero Robert agita la cabeza para indicarme que eso no va a pasar.

—No puedo. Tengo que trabajar. He quedado con tu padre en veinte minutos.

Frunzo el ceño.

—¿Ha regresado Edward?

Robert asiente despacio.

—Sí. Ahora duerme. Volveré antes de que tú hayas despertado.

Se inclina de nuevo y me da un beso suave en la boca.

—Te quiero —me susurra con dulzura.

Intento sonreír, pero solo me sale un gesto atormentado.

—Y yo te quiero a ti.

—No te escabullas, por favor. No me gusta cuando desapareces y te ocultas en sitios donde yo no puedo encontrarte.

Alargo un poco el brazo y le acaricio la rasposa curva de la mandíbula. Me gusta sentir el roce de su barba bajo la piel de mis dedos.

—Descuida. Estaré aquí.

Me sonrío y me vuelve a besar.

—Bien. Adiós.

—Adiós.

Sale por la puerta sin decir nada más. Me aferro a la almohada que huele a él, cierro los ojos y dejo que los monstruos que devoran mi cabeza vuelvan para atormentarme dentro de mis sueños.

Parte 4

Gigantes y monstruos

*El que se arrepiente de lo que ha hecho
es doblemente miserable.*
(Baruch Spinoza)

Capítulo 1

Actualidad, Austin, Texas

Robert

Suelto un gruñido al ver el nombre con el que se ilumina la pantalla del móvil que, descuidadamente, he dejado caer en el asiento del copiloto antes de salir del garaje.

«*Monique*».

Una maldición escapa a través de mis dientes. Agarro con más fuerza el volante. Me siento como un bastardo. Tenía que haber cortado con Monique hace días, pero no he tenido la ocasión de hacerlo. No quería mantener esa conversación con ella por teléfono, se merece más que eso, y anoche no podía dejar sola a Adeline en Nueva York para ir a hacerme cargo de mis líos de faldas, así que he aplazado y aplazado el momento.

Llevo casi una semana estando demasiado ocupado como para preocuparme por ponerle fin a mi relación con Monique. Mi mente solo puede centrarse en buscar una solución para salvar a la chica que no quiere que la salven. Cualquier otro asunto es una distracción que ahora mismo no puedo permitirme. Adeline en sí es una distracción que no debería permitirme. Si tan solo pudiera dejar de pensar en ella...

Me siento como si estuviera engañándolas a las dos. Sé que Monique no me quiere. No cómo Adeline. Nuestra relación no es una de esas. Aun así, no puedo evitar sentirme mal por lo que le estoy haciendo.

Nunca ha sido lo mío poner los cuernos. Nunca. Me gusta creer que soy un tipo justo y correcto que hace las cosas bien. Al menos, dentro de lo posible. Claro que esa imagen que tengo sobre mí mismo se esfuma cuando estoy cerca de Adeline. Con ella, ya no sé quién soy, ni sé qué es lo correcto y qué no lo es. Ella dice que a mí solo puede seguirme, que conmigo no tiene elección.

Entonces, a mí me debe de pasar exactamente lo mismo, porque, de un modo u otro, la vida siempre me arrastra hacia ella.

Adeline me hace ser demasiado vulnerable. Me hace perder el control demasiado a menudo (¡y los estribos!). No me gusta no poseer el control de las situaciones. Hago cosas muy malas cuando pierdo el control.

Mi pie se clava con ira en el acelerador, el coche sale disparado, y la velocidad hace que todos los pensamientos relacionados con el pasado se borren de mi mente. El móvil sigue sonando, y yo sigo ignorándolo. No voy a contestar la llamada de Monique. ¿Qué podría decirle? ¿Mentirle? No quiero mentirle. Lo que tengo que hacer es regresar a Nueva York y poner fin a esto. Mañana a primera hora me iré y le diré la verdad. Le dolerá, y a mí también me dolerá admitir lo que he hecho, lo bajo que he caído, pero es lo correcto. Es lo que debo hacer. Admitir mi culpa, pedir disculpas y poner fin a esta locura.

Una vez tomada esa decisión, me relajó un poco. Aflojo mi agarre en el volante. Tenía los nudillos blancos a causa de la tensión. Apoyo la espalda contra el respaldo del asiento, elevo el volumen de la música y empiezo a tararear *Zombie*, de The Cranberries. La letra de esta canción hace que mis pensamientos vuelen de nuevo hacia Adeline. ¿Qué pasará por esa cabecita suya? Seguro que está durmiendo en mi cama, encogida como un gatito. Ojalá estuviera ahí con ella. ¿Qué estará soñando? ¿Pensará en mí como yo pienso en ella? ¿O menos de lo que yo pienso en ella?

La misma pregunta de siempre vuelve para atormentarme la mente. ¿En qué está pensando Adeline ahora mismo? Me desquicia no saber la respuesta a esa pregunta. Adeline es una mujer demasiado impulsiva. Uno nunca puede saber por dónde estallará. En realidad, en eso consiste parte de su atractivo. Ella siempre mantiene el misterio acerca de lo que está a punto de hacer. Imagino que eso es debido a que ni ella misma sabe lo que va a hacer, hasta el instante anterior a hacerlo. Es absolutamente imprevisible, lo cual hace que resulte imposible anticipar sus movimientos. El único modo de saber en qué está pensando es preguntárselo directamente y rezar para que ella te diga la verdad.

La gente diseña planes. Los planes nos hacen sentir a salvo. No hay nada caótico dentro de un plan; no se puede perder el control dentro de una situación que ya has previsto. Adeline nunca diseña planes. ¿Tener un plan? No, eso ya no es lo suyo. Una vez ella fue como todos los demás, una vez tuvo planes, pero la vida los hizo arder, así que ahora ya no se rige por nada que hubiera sido previamente estudiado. Ella prefiere el desorden y el barullo, porque eso le hace sentirse cómoda y viva.

Por eso supe desde el principio que Adeline era inocente de los cargos que se le imputan. El asesino es alguien organizado. Meticuloso. No dejó cabos sueltos, salvo por aquellos que deseó dejar, como esa frase en el espejo, la misma frase que, convenientemente, escribió Rita en ese cristal.

El asesino es alguien con un plan. ¿Pero quién? ¿Rita? Empiezo a dudarle por varias razones. ¿Y si Adeline tuviera razón? ¿Y si no fuera Rita? El razonamiento que más peso tiene para mí es que, físicamente, Rita no pudo hacerlo. Estaba en Londres. Es posible que enviara a otra persona, la mano ejecutora del crimen, pero eso no me encaja del todo con el motivo: la venganza. Alguien con deseo de vengarse, un deseo tan grande y obsesivo, arrastrado durante meses y meses, tan cuidadosamente planificado hasta el último detalle, querría apretar él mismo el gatillo. No delegaría esa responsabilidad. Porque matar por venganza produce placer, y nadie quiere privarse de ese placer.

Y si lo hiciera, supongamos que el asesino no ha tenido agallas para apretar el gatillo, así que contrató a un tercero, ¿por qué dejar esa pregunta en la escena del crimen?, ¿una frase que relacionaría a Rita con los hechos? Parece un descuido demasiado grande para alguien tan frío y tan meticuloso.

Una cosa tengo clara, y es que Adeline, sin la más mínima duda, no apretó el gatillo. Y ahora empiezo a creer que Rita tampoco. Entonces, ¿quién demonios lo hizo? ¿Quién mató a Hunter Graham? Esa es la pregunta del millón de dólares. ¿Quién mató a ese capullo?

Esa sería la solución más lógica para ganar este caso: encontrar al que *realmente* lo hizo. ¿Pero cómo? No tengo tiempo para preparar la defensa e iniciar una investigación policial al mismo tiempo. Necesito a alguien que me ayude. Y creo que ya tengo a la persona adecuada.

Aumento la velocidad del coche otra vez. Estoy impaciente por llegar al hotel de Edward. Tengo mucho de lo que hablar con él.

Al cabo de unos cinco minutos, detengo el coche delante del Hilton. Me bajo deprisa, le lanzo la llave al aparcacoches y entro casi corriendo. Carrington tiene pintas de estar cansado cuando me abre la puerta. Peor para él. Le necesito en forma, preparado para maquinarse un plan.

—Es absolutamente inocente y tenemos que encontrar al que lo hizo —declaro, sin tan siquiera respirar.

Edward frunce el ceño.

—Sí, buenos días a ti también, Black. ¿Una copa para que te relajes?

Dejo salir el aire de los pulmones e intento sosegarme un poco. He subido corriendo por las escaleras porque no tenía paciencia para esperar el ascensor.

—Sí, gracias.

Entro, cruzo la estancia y me siento en el sofá. Edward me sirve un *whisky*, antes de dejarse caer en una butaca.

—¿Y bien?, ¿cuál es tu plan para llevar a cabo todo eso?

Dejo el vaso en la mesilla, al lado de una lámpara blanca, abro el maletín y retiro todos mis apuntes, ordenándolos encima de la mesa que nos separa. Así, tanto Edward como yo podremos mirar con atención las pruebas. Quizá él vea algo que a mí se me haya escapado. Nunca viene mal contar con segundas opiniones.

—Mi plan es muy sencillo. Yo me ocupo de la defensa mientras tú te encargas de dar con el asesino. Trabajo en equipo, senador. Los dos uniendo fuerzas por la misma causa: Adeline. ¿Qué me dices? ¿Te apuntas?

La confusión retuerce los rasgos de Edward.

—¿Y cómo sugieres que haga eso?

—Seguiremos los procedimientos policiales. Quizá nos lleven a algo. Deberíamos contratar a un detective. Alguien que vaya a hablar con los vecinos, los amigos, los empleados, los conocidos, todo el que formó parte del círculo social de los Graham. El que mató a Hunter debía de ser amigo suyo. Estamos buscando a una persona muy organizada, muy meticulosa, con una increíble sangre fría y una tremenda sed de venganza. Habrá que reconstruir los pasos de Hunter de ese día. Quizá, de los días anteriores. Dónde estuvo, con quién habló. Ya sabes, todo eso.

Edward coloca una pierna encima de la otra y se relaja en su asiento.

—¿Y su ex novia, la *vedette*? Tenía todas las razones del mundo. Hunter la dejó para casarse con Adeline.

—Cantante —lo corrijo—. Rita Sky. —Abro la carpeta que contiene todos los datos que he podido recopilar acerca de ella. He tenido que untar a un funcionario para conseguir la ficha policial de *Miss Sky*—. Treinta y cinco años. Unos cuantos antecedentes penales, la mayoría de los cargos guardando relación con agresiones a fans, desorden público, consumo de alcohol y drogas. Es toda una muestra de buen comportamiento. Estuvo varias veces ingresada en centros de rehabilitación del extranjero, y ha pasado un sinfín de noches en prisión.

—Hablemos con ella —me propone, como si tal cosa fuera lo más obvio y sencillo del mundo. ¿Acaso piensa que no se me ha ocurrido a mí antes?

—Ya lo he hecho. Tiene coartada. No creo que ella le matara, pero tampoco puedo tacharla de inocente. En este caso todo el mundo es culpable hasta que se demuestre lo contrario. Salvo Adeline, por supuesto.

—Por supuesto —coincide de inmediato. Me alegro de ver que Edward en ningún momento ha puesto en duda la inocencia de su hija. Por fin se comporta como el padre que Adeline se merece tener.

—Necesitamos a alguien que investigue a Rita más a fondo —prosigo, cerrando la carpeta para guardármela de nuevo en el maletín—. Si ella contrató a un sicario, le habrá pagado, me figuro. Hay que comprobar sus cuentas bancarias, cualquier movimiento raro.

—Dalo por hecho. Conozco a la persona adecuada para encomendarle esta misión. Una sola llamada, una transferencia bancaria, y le tendremos trabajando como un loco. ¿Qué más?

—El tema del botón... —señalo distraído.

—¿Qué pasa con el botón?

Cojo la copa y le doy un sorbo.

—Es la prueba que sustenta toda la acusación. Si consigo derrumbarla, todo el caso se vendrá abajo. Tenemos que encontrar una explicación para situar ese jodido botón en la cocina. Y por mucho que me haya devanado los sesos, no se me ocurre nada plausible.

—¿Lo has hablado con Adeline?

—No lo recuerda.

—¿Y te lo has tragado?

Me tomo un momento y luego respiro hondo.

—No lo sé. Adeline dice que no sabe cómo acabó ese botón ahí; que no recuerda haber estado en la cocina. Se me ha ocurrido pensar que me está mintiendo, ¿pero por qué mentiría con algo así? La que va a salir perjudicada es ella misma. No sé qué decir. Anoche lo hablé con ella. Está asustada, Edward. Aterrada. Quiere ir de chica dura y mostrar una actitud de *todo me importa una mierda*, quiere fingir valentía, pero está tan hecha polvo que estuvo planteándose no presentarse al juicio.

—¿Quiere huir?! —se contraria Edward.

Bajo la cabeza y asiento.

—Sí. Piensa que si vamos a un juicio, la declararán culpable en base a esa prueba. No puede explicar cómo acabó el botón ahí. ¿Cómo es posible que ella no se acuerde de lo que hizo?

Edward se cruza de brazos.

—¿Y si Adeline dijera la verdad? —me propone, pensativo.

Levanto la mirada del suelo y lo contemplo en silencio. Su semblante muestra la misma expresión que una fría piedra.

—¿A qué te refieres? —Mi voz es tan baja que casi parece un susurro.

—¿Y si Adeline nunca estuvo en la cocina? ¿Has pensado en esa posibilidad? Frunzo el ceño mientras mis ideas adquieren cada vez más y más contorno.

—Entonces, si Adeline nunca entró en la cocina, y hay un botón suyo en la cocina, es...

—Porque alguien lo colocó ahí —termina Edward—. Y no creo que haya sido el asesino. El botón tenía sangre de la víctima, ¿verdad?

—Sí...

—Adeline estaba consciente cuando encontró a Hunter. Por lo tanto, nadie se le acercó para arrancarle un botón. Supongo que ella se acordaría. De modo que ese botón fue colocado después.

Mis ideas se desbordan.

—Podría ser eso. Podría... ella podría... ¡Dios mío, Edward! Si conseguimos demostrar esto, hemos ganado el caso.

Edward, severo e inflexible, asiente.

—Haré que investiguen a todos los que estuvieron ahí esa noche. Los policías, los médicos, todo el mundo. Uno de ellos tiene una razón para querer destruir a mi hija. Y quiero saber quién es esa persona y cuáles son sus malditas razones.

Nos sostenemos la mirada por un momento. ¿Podríamos tener un martillo entre manos? ¿La prueba de peso que destrozará las demás pruebas? ¿Podría ser esto tan simple?

—Adeline piensa que Rodríguez odia a los ricachones de la Costa Este. Yo empezaría por ahí —aconsejo en voz baja.

—¿El detective que llevó el caso? —se asombra Edward.

Asiento despacio.

—Él acusó desde el primer momento a Adeline. Cuando todos los demás policías veían en Adeline a una chica en estado de *shock*, él veía a una asesina fría y calculadora. El detective nunca se tragó su versión. He leído el diario de Adeline, y lo cierto es que el comportamiento de Rodríguez es extraño. No me fío de él.

También recuerdo el comportamiento de Adeline; su rechazo hacia el policía. A lo mejor se comportaba así porque algo en Rodríguez le indicaba que no debía fiarse de él.

—Investigaré al tal Rodríguez en primer lugar —resuelve Edward mientras apura su copa.

Entre nosotros dos se hace un silencio contemplativo, que él interrumpe al

susurrar:

—¿Black? ¿Cómo es ella?

Levanto la mirada, confuso.

—¿Te refieres a Adeline?

—Sí... —confirma, distraído— Hemos vivido bajo el mismo techo durante veinte años, y siento que no la conozco en absoluto. Mi hija es una... extraña para mí. Tú parece conocerla y entenderla. Háblame un poco de ella. A mí también me gustaría conocerla.

Mi mirada se pierde en el pasado.

—Es... —Sonrío y hago una breve pausa—. No es perfecta, pero se acerca bastante a la perfección. Es... rebelde. Y divertida. Un poco chiflada, a lo mejor. Es muy inteligente. Ingeniosa. Y es noble. Muy noble. Adeline es la clase de persona que se echa a llorar cuando se le acerca un mendigo, porque la entristece muchísimo no poder hacer más por esa persona, a pesar de haberle dado todo el dinero que llevaba encima. Se preocupa por los demás, aunque no le guste mostrarlo. Ella se ve a sí misma como un villano, pero para mí es lo más parecido que conozco a un héroe. Adeline, de un modo u otro, siempre recurre al autosacrificio.

Y es pasional. Absolutamente desquiciante. Juguetona. Sensual... Y es el amor de mi vida. Pero eso no se lo pienso decir a su padre.

—La amas, ¿eh? —susurra, con una sonrisa temblorosa.

Alzo la mirada para encontrarme con la suya, y asiento.

—Desde el primer momento en el que la vi —contesto con voz queda.

Edward mueve la cabeza para decir que lo entiende.

—Ella también te ama a ti —comenta de pronto

Sonrío un poco.

—Lo sé.

Edward hace una pausa, y después se pone en pie para indicarme el fin de este encuentro. Yo hago exactamente lo mismo.

—Intenta mantenerla la salvo —me pide con la voz un poco vulnerable.

—Siempre —aseguro, y él me da dos palmadas en el hombro a modo de despedida.

Me quedo mirándola y sonrío. No puedo evitar hacerlo. Adeline realmente duerme como un gatito. Está aferrada a mi almohada y respira con tranquilidad. No debería despertarla, pero lleva demasiado tiempo en la cama. Si la dejó para que siga durmiendo, se pasará toda la noche en vela otra vez. Por lo que me inclino sobre ella y la beso en los labios.

—Hola, desconocido —musita adormilada. Aún no tiene fuerzas para abrir los ojos y mirarme.

Con una sonrisa tierna, me tumbo en la cama y la acurruco pegada a mi cuerpo. Parece demasiado pequeña y demasiado frágil entre mis brazos.

—Hola, gatito —le susurro.

Planto un beso en la punta de su nariz, lo cual hace que abra sus hermosos ojos y busque los míos.

Adeline tiene los ojos más bonitos que he visto nunca. Marrones, enormes, curiosos. Siempre ávidos.

—Ya no tienes pesadillas —remarco, con voz tan ronca que tengo que carraspear para aclarármela.

Su pecho se mueve contra mi costado cuando ella deja brotar un suspiro hondo.

—He comprendido que los monstruos más terribles son bestias humanas y reales. ¿Cómo podrían seguir asustándome ahora los monstruos que habitan en mi cabeza?

—Ojalá hubiese podido protegerte para que nunca llegaras a averiguarlo —le susurro con pesadumbre.

Su palma se coloca en mi estómago, y mi polla se agita dentro de los pantalones.

—Robert...

—¿Gatito?

—No voy a irme más. Me quedaré contigo siempre y cuando me desees, aunque no sea buena para ti y aunque no tenga nada más que miseria para ofrecerte.

Bajo los ojos hacia los suyos y la miro con una sonrisa que no puedo reprimir. ¿La gatita ha decidido por fin guardarse las garras y entregarse a mí, sin más? No me lo creo.

—¿De verdad? —pregunto divertido.

—Ajá.

—¿Y eso por qué?

Se encoge de hombros, mete la mano por debajo de mi camisa y empieza a

dibujar una línea desde mi ombligo hasta la cintura de los pantalones. Mi polla palpita, lo cual la hace sonreír, antes de contestarme con voz invariable:

—Porque soy una zorra egoísta.

Su respuesta me hace reír a carcajadas.

—Bien, pues que sepas que a mí me encantan las zorras egoístas, gatito.

Sus ojos se elevan por mi rostro hasta clavarse en los míos. Está muy seria. O, al menos, finge estarlo.

—Tu masoquismo es preocupante, señor Black.

Bajo un poco la cabeza y me acerco a sus labios. Estoy a punto de besarla, y sé que ella se muere por ser besada ahora. Es por ello por lo que mis labios se detienen a escasos milímetros de los suyos. Me gusta atormentarla y hacer que lo desee más. Adeline es como yo. Ella no quiere lo que puede obtener así de fácil. Le gusta jugar, de modo que no la beso aún. Me limito a inhalar su aroma y a entrecerrar los ojos. Mi boca se mueve en una débil sonrisilla al sentir cómo se arquea para buscar mi contacto.

«Ronronea, gatito, ronronea. Suplica a por más».

—Y tu sadismo también lo es, señorita Carrington —digo con voz un poco más rasposa de lo habitual.

—Es señora Graham, en realidad.

—No te pega en absoluto —murmuro contra su boca, y la beso.

Me hundo en ella con furia, para recordarle que ella es mía. Y a juzgar por cómo se retuerce por debajo de mí, creo que le gusta mi recordatorio. Me ha cabreado esa impertinencia suya, así que la beso con rudeza. Se lo merece.

Mientras mi lengua entra y sale de su cálida boca, mis palmas empiezan a arrastrarse por su espalda, colándose por debajo de la camisa que lleva. Adeline se estremece, y noto cómo sus pezones se endurecen. No puedo evitar llevar una mano a su pecho y apretarlo. Ella se muestra entusiasmada ante esa idea, ya que gime en mi boca, lo cual me hace ponerme aún más duro. Joder. Creo que la necesito más de lo que ella me necesita a mí. Quería jugar, pero me parece que, como siempre, la que juega es ella.

Suelto sus labios y arrastro la boca por su mandíbula. Sé lo mucho que le gusta el roce de mi barba.

—Robert, no te detengas...

Alzo los ojos por un segundo, para empaparme en su hermoso rostro, alterado a causa del deseo.

—Nunca.

Le lamo el mentón, bajo la mano por su abdomen y mis ávidos dedos se

arrastran por debajo de la tela de sus bragas. Su pecho empieza a subir y a bajar con rapidez mientras mis dedos fisgan en los labios internos, esparciendo humedad por su sexo abierto. Adeline gime y se revuelve inquieta. Adoro verla tan fuera de control. En este instante, ella me pertenece por completo. En cuerpo y alma. Es mía. Y eso me hace sentir muy poderoso.

Presiono la nariz contra su cuello y la vuelvo a respirar, para grabarme su enloquecedor olor en la mente. Gime otra vez, y yo deslizo la lengua por su garganta, mordisqueando su suave piel. Adeline coloca una mano encima de la mía y me obliga a acariciarla más deprisa. Sonríe contra la piel de su clavícula. Ella sabe lo que quiere y sabe cómo lo quiere. Eso me gusta.

—Quítame la ropa —le susurro al oído.

Adeline obedece de inmediato. Sus manos se cuelan entre nuestros cuerpos, desabrochan el botón de mis pantalones y bajan la cremallera. Su mano cubre mi polla y la aprieta. Gimo contra sus labios húmedos, y la vuelvo a besar con urgencia. Estoy hambriento de sus besos.

Con la mano que me queda libre, busco a ciegas su pezón y lo retuerzo entre los dedos.

—No dejes que despierte nunca —me suplica.

Dejo de besar su mentón y busco sus ojos. Nuestras miradas se encuentran en el aire y se sostienen. Nuestra conexión no podría ser más profunda. Nadie ni nada podría romper la unión de nuestras miradas. Ha sido así desde el primer instante.

—Te lo prometo —le susurro, antes de tomar sus labios entre los míos y meter la lengua dentro de su boca, que se abre, suave y cálida, para recibirme.

Dejando escapar un profundo gruñido, me coloco encima de ella, le quito las bragas y me pierdo en ella. Le susurro que la amo mientras la penetro despacio, con los antebrazos apoyados a ambos lados de su cabeza. Hundo el rostro en su cuello y trazo el contorno de su oreja con la punta de mi lengua. Adeline se estremece y levanta las caderas para poder acoger toda mi erección.

Entro y salgo despacio, siempre siguiendo un ritmo controlado, que ella se muere por hacerme perder.

—Solo tú me haces sentir tan loca de amor —me susurra.

Hunde los dedos en mi pelo y le da un tirón mientras mueve las caderas para seguir mi ritmo. Extiende la lengua y la arrastra por la curva de mi mandíbula, a lo largo de la barba incipiente. Gruño y aumento el ritmo. Pretende hacerme perder el control una vez más, y lo está consiguiendo.

Mi respiración se vuelve dura y rápida. Adeline es implacable en su modo de

estrujarme. Bombeo dentro y fuera de ella hasta que la noto sacudirse por debajo de mí.

—¡Robert! —grita, y me clava las uñas en los bíceps.

Bajo el rostro y la beso, absorbiendo todos sus gemidos, todos y cada uno de sus suspiros. Adeline estalla en torno a mí en un orgasmo tan alucinante que me hace perder el control y correrme antes de lo planeado. Me empuja totalmente en su interior, llenándola con mi semen.

Gruñendo, me desplomo sobre su pecho y le doy pequeños besos en el rostro.

—Hola, gatito —le susurro.

—Hola, desconocido —murmura.

Se aferra a mí con las piernas y los brazos, suspira hondo y cierra los ojos. Al cabo de unos minutos, me doy cuenta de que se ha quedado dormida otra vez, pese a que sigo dentro de ella. No me atrevo a moverme en mucho tiempo, por miedo a que esto acabe. No puedo creer que sea real. ¿Dónde está el truco? Adeline y yo sabemos que la vida no te da oportunidades para que seas feliz. La vida te las jode todas. Las destruye, una a una, las trocea en pequeños, minúsculos pedacitos, y las lanza a los cuatro vientos. Me pregunto cuánto tardará la vida en jodernos esta vez a Adeline y a mí.

Unas cuantas horas más tarde, averiguo la respuesta a mi pregunta. Alguien llama al timbre, y yo, con los ojos hinchados de sueño, me levanto y me pongo algo de ropa encima para ir a abrir. He dado la semana libre al servicio. Quería tener a Adeline solo para mí, para poder mimarla y amarla sin ninguna clase de interrupciones. ¡Y ahora alguien llama al condenado timbre para echar al traste mis planes!

Maldigo entre dientes, bajo de prisa por la escalera y corro hacia la puerta. La insistencia del visitante no deseado acabará despertando a Adeline. Abro la puerta cabreado, preparado para estallar.

—Hola, amor.

Ni una jodida palabra. Nada. Intento abrir la boca y decir algo. No puedo.

—Sé que debes de estar muy sorprendido de verme aquí —prosigue ella, aparentemente ajena a mi conmoción—. Te llamé ayer para decirte que venía, pero no me cogiste el teléfono.

Se inclina sobre mí y planta un fugaz beso en mis labios. Frunzo el ceño. Bien podía haber esperado la vida un par de días más antes de joderme.

—Monique —musito, intentando recuperar la compostura—. Monique, es un momento espantoso para...

Los ojos de Monique miran algo por encima de mí. No necesito girar el cuello para saber que Adeline está ahora mismo en lo alto de la escalera. Probablemente, vistiendo mi camisa. Le encanta ponerse mi ropa. ¡Mierda!

—¿Qué hace ella aquí? —murmura Monique, desconcertada.

Entrecierro los ojos. Soy un gilipollas. Un capullo integral, como diría Adeline.

—¿Robert? —escucho la inseguridad en la voz de Adeline, y un gesto de dolor recorre mi rostro.

Me giro hacia ella deprisa y agito la cabeza despacio, olvidándome por completo de Monique, la cual también aguarda una explicación. Sin embargo, debe esperar porque, como siempre, mi prioridad más absoluta es Adeline.

—No es lo que parece —le digo.

Ella traga saliva y agita la cabeza.

—Nunca es lo que parece —dice apesadumbrada.

Da media vuelta y desaparece por el pasillo.

—¡Mierda!

—Os habéis acostado —afirma Monique, un poco cabreada, aunque no demasiado.

Me vuelvo para encararla.

—Hoy iba a regresar a Nueva York para hablar de esto contigo.

—Hoy... Qué conveniente.

—Va en serio, Monique —le digo con calma.

Esboza una sonrisa de incredulidad.

—¿Qué tiene esa niña, Robert?

Suspiro derrotado. Me he hecho la misma pregunta miles de veces en los últimos dos años.

—¿Por dónde quieres que empiece? —le digo con sinceridad.

Monique entrecierra los ojos y se toma un momento. Sigue en el umbral de la puerta, mientras que yo me mantengo a dos pasos de distancia. Son las ocho de la tarde, y creo que llevaba dormido desde las seis. Nunca me echo siestas. Me sientan mal. Sin embargo, hoy me he dormido abrazado a Adeline, y ahora me siento como si la cabeza me fuera a estallar. Nunca en mi vida me he sentido peor. No sé si es solo por la siesta o si la inmensidad de mi culpa también juega un papel importante en este asunto.

—¿De verdad la quieres? —susurra, buscando algo en mi mirada.

—¿Quieres decir que aún no lo sabes?

Asiente para decirme que lo comprende todo.

—Pensé que a lo mejor...

—¿Qué?, ¿que se me había pasado como la gripe? El amor no desaparece sin más, Monique. Adeline es... —Hago una pausa, y me paso una mano por el rostro. Me siento como un cabrón en este momento—. Es el amor de mi vida. Siento... siento todo esto. Nunca fue mi intención...

—¿Hacerme daño? —me propone con cierto sarcasmo.

Vale, me lo tengo merecido.

—Sí. Pero te lo he hecho, y no sabes cuándo lo siento —le digo, mirándola a los ojos.

Endereza los hombros y deja escapar un suspiro.

—¿Y cuando vuelva a dejarte, qué harás, Robert? ¿Volver a hundirte como la última vez?

Cierro los ojos mientras acuden a mi mente los recuerdos de aquellas noches en las que, absolutamente borracho, me follaba a Monique como un loco. Ella me ayudó mucho a superar a Adeline, lo admito. Pero nunca llegué a estar del todo bien. Nunca pasé página después de Adeline. Por eso, en cuanto la vi de nuevo, solo necesité unos tres minutos para volver a estar enamorado de ella. No puedo evitar amar a Adeline. Es así de simple.

—Monique, yo...

Ella levanta la palma para interrumpirme. Ni siquiera sé lo que iba a decirle. No puedo decir nada en mi defensa, la cual es extraño en un tipo que se gana la vida como abogado defensor.

—Olvídalo, Robert. Solo espero que no te vuelva a hacer daño.

Intenta sonreír, y yo me quedo mirándola con el ceño fruncido.

—¿Quieres pasar? —musito.

Suelta una risa incrédula.

—¿Para qué? ¿Me vais a invitar a tomar el té y contarme vuestros jodidos planes de boda?

Vale, también me lo merecía, por ser un gilipollas.

—Lo siento.

—Ya me lo has dicho. Me iré a casa. Me parece que ya no tengo razones para estar en Austin. Supongo que te veré en breve. Cuando acabe tu... trabajo aquí.

Lo que quiere decir es: *te veré en breve, cuando la demente de tu novia vuelva a dejarte*. Aprecio la cortesía de haberse guardado esas palabras para sí.

—Sí, supongo que sí —le susurro—. Ya nos veremos en Nueva York.

Me acerco a ella y le doy un beso en la mejilla. Ella suspira, un poco irritada.

—¿Puedo hacer algo por ti? —susurro de nuevo—. Llamar a un taxi o...

Monique agita la cabeza.

—No me llames si vuelve a partirte el corazón.

Entorno los ojos. Eso no se me ocurriría hacerlo. Ni siquiera yo soy *tan* capullo.

—Tomo nota.

Me guiña un ojo, da media vuelta y empieza a bajar por las escaleras. Me quedo en el umbral de la puerta hasta que desaparece de mi campo visual. Después, giro sobre los talones y rompo a correr hacia la escalera. Tengo que hablar con Adeline cuanto antes. Debe de estar confusa, y herida. O a lo mejor le está dando un puñetero ataque de nervios en el piso de arriba.

—¡Adeline! —Irrumpo en la habitación, pero está vacía—. ¿Adeline? —musito, empezando a caer presa de un terror que hace que los latidos de mi corazón se descontroren. ¿Dónde está? ¿Por qué no está aquí, desquiciándose y gritándome y llamándome capullo integral? Me sentiría mucho mejor si me lo dijera.

Abro la puerta del baño y dejo escapar una maldición entre dientes. Adeline no está aquí. Ha debido de largarse por la puerta de la cocina mientras Monique y yo estábamos hablando.

Me paso una mano por el pelo y juro. ¿Es que esta pesadilla nunca va a acabar? ¿Las demás personas también tienen esta vida de mierda?, ¿todos estos jodidos altibajos?

Furibundo, le doy un puñetazo a la puerta.

—¡Joder! —rujo, y me vuelvo a echar el pelo hacia atrás con ambas manos. ¿Es que no puedo tener ni un solo día de tranquilidad? ¿De verdad era tanto pedir que Adeline no se escabullera por un jodido día?

Pego un brinco cuando mi móvil empieza a sonar en alguna parte. Miro en derredor mío y al fin lo veo en el suelo del dormitorio, debajo de la esquina de la sábana. Me abalanzo sobre él y descuelgo.

—¡Eres un capullo! ¡Un capullo integral! —los ruidos de Adeline me hacen respirar aliviado.

Siempre huye de mí, pero nunca me llama después. Ahora lo ha hecho, lo cual es muy buena señal.

—Princesa...

—Déjate de princesas, gilipollas —interrumpe enervada—. Ni siquiera quiero hablar contigo ahora mismo.

Frunzo el ceño.

—Entonces, ¿para qué me llamas?

—¡Porque vives en el PUTO culo del mundo, está lloviendo a cantaros y yo llevo diez minutos andando, y no pasa ningún PUTO taxi, porque estoy ¡EN EL PUTO CULO DEL MUNDO! ¡Necesito que me lleves al PUTO hotel! ¡Espabila, Black!

Me tengo que morder los labios con muchísima fuerza para ahogar las carcajadas. Está hecha un basilisco.

—Está bien. Tranquila. Voy a por ti. ¿Dónde estás exactamente?

—¿Es que no me has oído? ¡EN EL PUTO CULO DEL MUNDO!

Y me cuelga. ¿Cómo supone que voy a encontrarla si no se digna a decir dónde coño está? Ni que fuera yo adivino. Es increíble lo mucho que consigue irritarme la mujer a la que más amo. Asombroso.

Enervado, bajo deprisa por la escalera, agarro las llaves y salgo corriendo hacia el garaje.

Montado en el coche, empiezo a callejear, a dar varias vueltas a la manzana, hasta que por fin doy con ella. Está sentada en una acera, abrazada a sí misma. Algo se tuerce en mi interior al verla tan pequeña y tan frágil, con la lluvia estrellándose contra su cabeza. Ya no parece cabreada. Parece triste. Vencida por el mundo.

Y eso me duele de modos que jamás podría expresar con palabras.

Bajo del coche y me acerco a ella corriendo. Adeline no dice nada. Levanta la mirada, y sus ojos, tocados de dolor, se fijan en los míos. Mi corazón se vuelve a estremecer de dolor.

—Gatito —musito con mucha suavidad.

Su labio inferior está temblando, como si se fuera a echar a llorar.

Me agacho para levantarla, y ella me rodea el cuello con los brazos y me lo permite. La aúpo en brazos y la aprieto contra mi pecho. Está empapada y calada de frío, y yo la abrazo con muchísima más fuerza. Ella es todo cuanto me importa; todo lo que tengo.

Hunde la nariz en mi cuello y suspira.

—Eres un capullo —lloriquea.

Le beso la cabeza.

—Lo sé. Lo siento. Pero no es lo que piensas. No estaba con ella mientras tú

y yo...

—Lo sé —me interrumpe con voz temblorosa.

—Solo podía pensar en ti —insisto—. Nunca te fui infiel. *Nunca*.

—Lo sé —repite, aferrada a mí.

Hago que me rodee las caderas con las piernas, y así, con ella colgando de mi cuello, me encamino hacia el coche. La dejo en el asiento del copiloto y le pongo el cinturón, antes de rodear el vehículo para ocupar mi lugar detrás del volante. Pongo la calefacción a tope y arranco de prisa. Adeline se mantiene en silencio hasta que el coche cruza la verja de la propiedad.

—Esto no es el hotel —me dice.

Muevo el cuello para mirarla. No parece cabreada. Ya ni siquiera parece triste. Parece... normal.

—Soy consciente de ello. Pero tú lugar está aquí. Conmigo.

Un suspiro es la única respuesta que recibo. Quito el contacto, me bajo y la cojo de nuevo en brazos. Me vuelve a rodear la cintura con las piernas y se vuelve a aferrar a mi cuello. La sostengo con una mano mientras meto la llave en la cerradura y abro la puerta de la entrada. Después, pongo las dos manos en sus caderas y la sujeto fuerte mientras subimos por la escalera.

Entro en el baño, abro la ducha y dejo a Adeline en el suelo. Empiezo a quitarle la ropa. Lleva una camisa mía y unos vaqueros viejos, también míos, que le quedan demasiado grandes. No puedo retener una sonrisa mientras se lo quito todo. Ahora solo le quedan las bragas. La miro a los ojos. No dice nada. Bien. Tengo su permiso para proseguir.

Le quito las bragas y las dejo caer al lado de la ropa mojada. Adeline sigue sin hablar. Sin moverse. Empiezo a desnudarme en silencio. Ella me mira, con sus preciosos y curiosos ojos marrones. Cuando ya estoy completamente desnudo, la vuelvo a levantar en brazos.

—Por las piernas alrededor de mí —le susurro al oído.

Adeline obedece. Se aferra a mí con fuerza, sin ninguna clase de protestas. Una de mis manos suelta su cadera para poder abrir la puerta de la ducha. Entramos, y me quedo así, con ella pegada a mí, mientras el agua caliente se derrama por encima de nosotros. Tengo la polla dolorosamente dura, pegada a los labios de su sexo. Espero a que se aparte de mí, o a que me llame de nuevo *capullo integral*. No lo hace, se limita a mirarme a los ojos. De modo que pego su espalda a la pared y mi boca baja para buscar a la suya.

Adeline se estremece entre mis brazos cuando mi lengua toma el control y empieza a frotarse contra la suya. Deja escapar un gemido, pero yo lo absorbo.

Mueve las manos y las hunde en mi pelo, y yo la beso con más pasión mientras me muevo contra ella. Sus dientes se clavan en mi labio inferior y tiran de él con fuerza, todo esto al mismo tiempo que sus caderas empiezan a moverse hacia las mías, para hacer que mi sexo se deslice sobre los resbaladizos labios del suyo. Nadie me ha puesto nunca tan cachondo. Necesito... Dios, necesito hacer muchas cosas con ella.

—Adeline...

—¿Sí?

Muevo los ojos por su rostro, que se tuerce y se contorsiona a causa de la excitación.

—¿Eres mía? —musito.

Adeline me sonríe con picardía. Adoro sus sonrisas. Todas ellas. Cada una significa algo diferente. Esta, en concreto, quiere decir: *eres un gilipollas inseguro, pero te quiero igualmente*.

—Sabes que sí —jadea.

Me empapo en su imagen. Paseo la mirada por sus facciones, sonriendo al ver lo alteradas que lucen a causa de la lujuria.

Muevo las caderas, para frotar mi polla contra la entrada, y Adeline separa los labios para dejar escapar un suspiro.

—¿Me quieres? —susurro, examinándola con mucha atención.

Disfruto mucho viendo lo que despierto en ella. Adeline es una de esas personas que saben exteriorizar su deseo. Es muy expresiva.

—La mayoría de las veces... —dice, mordiéndose el labio para retener un grito.

Mi mano le está retorciendo un pezón, y ella se arquea una vez más para indicar lo mucho que le gusta.

—Adeline...

Pone cara de exasperación.

—¿Vas a follarme o vas a seguir interrogándome?

Me río contra su boca, y la beso con suavidad.

—Ambas.

Entorna los ojos.

—Te quiero dentro.

Mi polla se agita furiosa. Nadie me excita como ella.

—¿Ah, sí? —murmuro, mordisqueándole los labios.

Adeline dice que sí con un gesto de cabeza, baja la mano entre nuestros cuerpos y me coge el miembro. Todo mi cuerpo se vuelve rígido, aplastando al

suyo contra esa pared.

—Y te quiero ya —me dice mientras me encamina hacia la entrada.

Una sonrisa lenta comienza a desplegar mis labios.

—Entonces, te tendré que dar lo que me pides, carita de ángel.

—Más te vale. De lo contrario, no me sirves para nada y ya te puedes ir con tu Monique.

Me entiero en ella de una firme estocada. Me ha vuelto a cabrear.

—No es *mi* Monique —gruño.

—Bla, bla, bla.

Entro y salgo furioso, con la intención de castigarla, pero parece que a Adeline le gusta verme tan cabreado, ya que se contorsiona contra mí al mismo tiempo que un ronco gemido sale de las profundidades de su garganta.

—Me parece que te ha salido la vena rebelde hoy, señorita. Y creo que te mereces una ligera amonestación.

—Me gustaría ver cómo planeas hacer eso.

Sonrío travieso.

—¿Ah, sí?

Alza ambas cejas con gesto malicioso. Devolviéndole una mirada tan ardiente como la que me muestran sus ojos, la empujo de nuevo contra la pared, apoyo una palma al lado de su cabeza y empiezo a moverme dentro de ella. A moverme cómo sé que le gusta.

—Robert...

Contra mi hombro, jadea con esfuerzo mientras, con las piernas envueltas a mi alrededor, se impulsa hacia mí, haciendo que la penetre aún más profundo.

—Sí, eso es. Eso es, preciosa...

Esto es lo más intenso que ella y yo hemos tenido nunca. Aun así, es muy tierno. Lo único que puedo hacer es besarla, acariciarla y decirle lo mucho que la quiero.

—Te mostraré cuánto te quiero —le susurro al oído.

Sus manos tiemblan al apartarme el pelo de la frente.

—Lo estás haciendo —me susurra.

Sacudo la cabeza.

—No es suficiente.

Me agarro con fuerza a sus caderas y empiezo a mecerla contra mí. Ella tira de mi pelo para acercarme a su boca, y me besa. Me besa tan jodidamente intenso que los últimos vestigios de control que me quedaban se esfuman, y empiezo a entrar y a salir de ella siguiendo un ritmo demencial.

—Más despacio —suplica, y yo ralentizo el ritmo de inmediato. Me cuesta mucho esfuerzo contenerme cuando estoy con ella, y a veces pierdo los papeles.

—¿Así? —musito, buscando su boca a ciegas.

—Mm-mm.

Me humedezco un dedo y empiezo a girarlo alrededor de su erguido pezón. Sus músculos internos empiezan a tirar de mí con más fuerza. Está cerca. Lo puedo sentir. Y me está costando mucho aguantarme.

—¿Vas a correrte? —gruño en su oreja.

Las pupilas de Adeline se dilatan.

«*Gatito...*»

Se pasa la lengua por los labios. Quiero probarlos, pero no puedo hacerlo ahora. Ahora tengo que concentrarme en llevarla allá dónde quiero que esté, en el mismo borde del puñetero mundo. Dejaré que se caiga, y será muy intenso. Yo caeré con ella.

—¿Notas esto? —le digo, aumentando el ritmo de nuevo—. ¿Me notas dentro de ti?

—S... sí —sisea, entrecerrando los ojos.

—No cierres los ojos. Quiero que me mires. Hazlo. Mírame.

Levanta los parpados y clava los ojos, en llamas, en los míos. Mi inflexible orden la irrita, a Adeline no le gusta que se le manden cosas. Sin embargo, al cruzarse con la hambrienta mirada que le dedico, se relaja y sonrío.

—Voy a...

No acaba la frase. No suele acabarla nunca. Se arquea, se curva contra mi pecho y grita mientras se corre debajo de mí.

—Sí, eso es —repito con una tierna sonrisa, plantando pequeños besos en su labio inferior.

Adeline levanta los parpados y me mira sonriendo. Esto es para mí la felicidad. Ella y yo. Juntos. Para siempre. Como debe ser.

Tú y yo estamos condenados a seguir así de por vida.
(The Joker)

Capítulo 2

Actualidad, Austin, Texas

Adeline

Robert...

Está tumbado a mi lado en la cama, con una mano por encima de mi estómago. Se ha quedado dormido. Yo no puedo hacerlo. No tengo sueño. Además, siempre que cierro los ojos, pierdo unas cuantas horas más de libertad. No quiero cerrar los ojos. No quiero perderme nada de esto. *Tic tac, Adeline. Tic tac.* Las manecillas del reloj avanzan. El tiempo se te está acabando.

El juego está a punto de comenzar, y se anuncia fuerte y sanguinario. Mañana por la mañana, Robert irá a encontrarse con el fiscal. Mañana por la mañana, conoceremos exactamente qué pruebas tiene la acusación. Mañana... Ojalá el día de mañana nunca llegara. Ojalá esta noche nunca fuera a acabarse. Pero lo hará. Todo comienzo ha de tener un final, ¿verdad? Lo que nace, debe morir. Jodidas leyes de la naturaleza.

Disgustada, me deslizo fuera de la cama. Robert gruñe y se revuelve, aunque no se despierta. Son pasadas las doce de la noche. La lluvia se ha apaciguado. Ahora solo está chispeando. Perfecto.

Arropada por las sombras, camino de puntillas hasta el armario, retiro unos vaqueros de Robert y una sudadera y me visto deprisa. Me recojo el cabello en una coleta y camino hacia la puerta. Cruzo el pasillo y bajo la escalera sigilosamente.

En el salón, enciendo la luz para buscar las llaves de su coche. ¡Mierda! ¡No están! Vuelvo a subir y regreso a la habitación. Tanteo las dos mesillas. Robert se revuelve otra vez. Espero que no se despierte. Echará a perder mis planes. ¿Dónde habrá dejado las dichas llaves?

Miro en derredor mío con el ceño fruncido. ¿Dónde están? ¡¿Dónde?! Cabreada, entro en el baño. Su ropa mojada está tirada encima del suelo. Me

agacho y empiezo a buscar dentro de todos los bolsillos. Sonrío como un felino cuando por fin las puntas de mis dedos rozan algo metálico.

Con las llaves ocultas en el bolsillo, me enderezo, salgo tan despacio como he entrado y bajo deprisa los escalones. Apago la luz del salón antes de irme. Robert no ha guardado el coche en el garaje, lo cual me simplifica mucho las cosas. Haría demasiado ruido si tuviera que sacarlo de ahí.

Manteniendo la cabeza agachada para protegerme de las gélidas gotas de lluvia que se cuelan por el cuello abierto de mi sudadera, abro la puerta del conductor, me deslizo dentro del Ferrari y arranco. Nunca he conducido un Ferrari. De hecho, nunca he conducido nada, salvo el Maserati de Robert. No tengo carné, ¿pero qué importa eso ahora? Hay un sitio en el que debo estar, y no puedo pedirle a Black que me lleve. Montaría en cólera.

Giro despacio el volante, con cuidado, para no golpear los laterales del coche contra los árboles que franquean el camino, y conduzco sin prisas hasta la salida, donde pulso un botón del mando que viene con las llaves. La verja se abre, y yo sonrío complacida. Mmmm. Ha sido más fácil de lo que pensaba.

Me detengo para teclear algo en el móvil, y después clavo el pie en el acelerador y salgo escopeteada. Espero que Robert no se dé cuenta de que me he escabullido. No he podido evitarlo. Tengo que ver a alguien ahora mismo. Dudo que se marche de ahí. Aun así, me daré prisa. Él y yo tenemos cosas de las que hablar.

Robert hunde la mano en mi cabello y se estremece por debajo de mí cuanto doy otra pasada de la lengua por la punta de su miembro, para limpiar las gotas de líquido preseminal. Es la primera vez que cojo yo la iniciativa. Por norma general, es Robert quien me despierta de este modo.

—¿Qué haces? —murmura, con la voz áspera de sueño.

Sonrío, y de nuevo deslizo la lengua a lo largo de su miembro, haciéndole estremecer una vez más. Me gusta esto. Me gusta ver lo que provoco en él casi tanto o más como le gusta a él ver lo que provoca en mí.

El antebrazo de la mano que mantiene en mi pelo empieza a tensarse, lo cual hace que parezca aún más fuerte. Es tan poderoso... Y ahora mismo la que domina soy yo. Me produce mucha satisfacción ser consciente de ello.

—Ven aquí... —murmura. Está muy dormido—. Acércate...

Mi lengua sube por su abdomen y su pecho, y el agarre de sus dedos se

vuelve de hierro. Encima de él, me deslizo por su erección, mientras mis labios bajan para encontrarse con los suyos.

—He soñado que te habías marchado a un lugar donde yo no podía encontrarte —me dice cuando suelto sus labios, para centrarme en su cuello.

Entrecierro los parpados, dando las gracias a la oscuridad que le impide ver la expresión de culpabilidad en mi rostro.

—Estoy aquí —murmuro, otra vez encima de su boca—. Estoy aquí... Nunca me iré. Te quiero. Te quiero, Robert.

Me muevo muy despacio, lo más despacio posible. Esta noche necesito absorberle, respirarle, empaparme de su esencia. Ha de ser mío por completo. Todos los recovecos de su mente, todos sus pensamientos, incluso los más oscuros, debo apoderarme de todo eso. Él es mío. Yo soy suya. Posesión, control... así ha sido lo nuestro desde el primer instante, y yo no cambiaría nada.

Esto es perfecto. Lo es para mí. Me da igual lo que piense la gente. Ellos creen que yo estoy loca. ¿Qué importa? Los de mi mundo siempre me han tratado como a un bicho raro, solo porque no me parezco a ellos. No actúo como ellos. No me expreso como ellos. No visto como ellos.

Lo que los de mi mundo desconocen es que *sí* soy una de ellos. Hace tiempo, tuve mis dudas. Pero ahora cualquier duda se ha esfumado. Ahora sé quién soy, y me acepto como tal. Dicen que es el primer paso para alcanzar la felicidad más absoluta: estar en paz consigo mismo. Entonces, yo soy muy feliz en este momento.

—Adeline, bésame...

Muevo la boca por su áspera mejilla, deslizo la lengua por su mentón y, por último, subo para dedicarme a su boca. Su dulce, cálida, sensual boca. La misma que yo no puedo sacarme de la mente. La que me he imaginado en mi cuerpo una y otra vez. Con la que he soñado durante meses. Ahora él está aquí, conmigo, y nada más importa. El mundo está en llamas y volverá a arder. No tengo tiempo para preocuparme por el mundo. Esto es todo cuanto me importa. Él. Nosotros. Me lo quitarán. Sé que hay un enorme riesgo de que eso suceda. Y lo acepto. Sé que nada dura eternamente. Pero hasta que eso pase, hasta que todo se consuma y se convierta una vez más en rescoldos, él es mío y solo mío. Enteramente mío.

Robert me coge un pecho con la mano y se lo lleva a la boca. Gimo y le sonrío.

—Sí. Sigue. Sigue así...

Él también sonrío. Y sigue.

No necesito más de unos cuantos minutos para saciarme y caer rendida a su lado. Robert me acurruca entre sus brazos y me besa en la sien.

—Tienes el pelo mojado —musita.

—No se me ha secado aún después de la ducha —miento, consciente de que han pasado muchas horas desde el episodio de la ducha. Robert no parece darse cuenta de ello. Planta un beso en mi mejilla y suspira, y yo me aferro a él con más fuerzas.

Siempre he vivido en burbujas a punto de estallar. Siempre. Nunca me ha preocupado el asunto. ¿Por qué iba a cambiar mis hábitos ahora?

—¿Y si hiciéramos un trato?

La fresa que estaba a punto de alcanzar mis labios se detiene en el aire. Robert y yo estamos desayunando en el invernadero, y él se empeña en que coma fruta. Dice que me faltan vitaminas. No sé de dónde se ha sacado eso. ¡Ni que fuera un condenado médico!

—¿Y declararte culpable? No, gracias.

Me acerca de nuevo la fruta, y yo la cojo de entre sus dedos, asegurándome de rozarlos con la lengua antes, solo para provocarle. Robert me sonrío y abre la boca para recibir un trozo de piña.

—¿Y qué otra opción tengo? —le digo, masticando mi desayuno—. A lo mejor consigues un buen trato con el fiscal. Soy muy joven. Con suerte, a los treinta y ocho habré salido de prisión.

El rostro de Robert pasa de inexpresivo a acero inquebrantable.

—No se hacen tratos cuando hay inocentes de por medio —repone con dureza.

—Sí, coincidido contigo. Pero te recuerdo que hay pruebas muy sólidas en contra de esos *inocentes*.

—Una sola prueba.

—Bastará para echarlo todo a perder.

—No, si consigo hundirla.

Suelto el trozo de piña que iba a ofrecerle y frunzo el ceño.

—¿Y cómo planeas hundirla?

—Aún no puedo decirte nada. Solo que estamos trabajando en ello.

—¿*Estamos*? ¿Quiénes estáis?

—Edward y yo.

No puedo evitar una sonrisa. Dos gigantes luchando contra mis monstruos.
¿Quién ganará la batalla decisiva?

—Conque Edward y tú, ¿eh? ¿Desde cuándo mi padre y tú sois tan amiguitos?

—Desde que tú te metes en líos día sí y día también. Abre la boca.

Separo los labios y acojo un trozo de plátano.

—Mmmm. Interesante —dice Robert.

—¿Qué pasa?

Lo miro ceñuda, y él me guiña un ojo con socarronería.

—Nada... —murmura, aunque sé que me está mintiendo. Hay algo sucio en su mente. Se lo noto.

Suspiro, cojo una fresa y la acerco a sus labios. Sus ojos se clavan en los míos, y su mirada es tan indecente que me estremezco. Madre mía. ¿Cómo consigue esto en mí?

—¿Robert? ¿Hay algo que te gustaría decirme? Algo que...

—¿Sabes lo que me gustaría hacerte ahora mismo? —me interrumpe.

Lo niego con un gesto de cabeza.

—No tengo ni idea.

Sus ojos se abren un poco.

—Algo terrible.

—¿Y qué te lo impide?

—El putito fiscal. Hemos quedado a las diez y cuarto.

Suspira, me ofrece otro trozo de piña y me sonrío otra vez con ternura. Ya no hay nada peligroso en su mirada ahora. Ha dejado de desear hacerme algo malo. Ahora solo quiere besarme y mimarme. No sé cuál de sus dos mitades me gusta más. ¿El Robert tierno? ¿El Robert posesivo? Ambos, supongo, porque esas dos mitades suyas forman un extraordinario total.

—Ojalá pudiera quedarme contigo todo el día —dice de nuevo—. Pero no puedo. Cuando regrese, me encerraré en el despacho de la planta baja. No me molestes, a no ser que la casa esté ardiendo. No puedo distraerme más. Tengo que preparar la defensa y estudiar las pruebas. He de encontrar una salida a este problema.

Se inclina hacia mí, me coge la cabeza entre las fuertes manos y planta un beso en mis labios. Después, su boca se acerca a mí oído. Algo se enciende dentro de mí. No puedo evitarlo.

—¿Adeline?

—¿Robert? —murmuro, y ahora mi voz ha sonado temblorosa.

—Procura que no te acusen de nada en mi ausencia, ¿quieres?

Suelto una carcajada.

—Lo intentaré.

—Haz cosas de niña normal —aconseja, apartándose de mí.

—¿Como qué?

—Píntate las uñas, moldéate el pelo. Yo qué sé. Lo que sea que las chicas de tu edad hagáis hoy en día. Pero, hagas lo que hagas, mantente alejada de la escena de un crimen. ¿Estamos?

Suspiro con fingido fastidio.

—Haré todo lo que pueda.

—Ánimo.

Se levanta, camina hacia la puerta y ahí se detiene.

—¿Adeline?

Muevo la mirada hacia la suya. El azul de sus ojos luce increíblemente oscuro en este momento. Ha regresado el brillo peligroso y narcótico; ese hambre en sus pupilas; ese destello tan seductor que me deja sin aliento.

—¿Sí? —balbuceo.

—Me la pone dura incluso verte desayunar.

Y cruza la puerta, dejándome boquiabierta y con las mejillas ruborizadas. Necesito un buen rato para recuperarme del impacto. Últimamente, no me hace más que confesiones escandalosas.

Como no tengo nada mejor que hacer, decido llamar a mi padre. Ni siquiera sé si seguirá en Austin.

Al tercer toque, el senador Edward Carrington descuelga.

—¿Diga?

—Soy yo, tu hija.

—Ya sé que eres tú, Adeline.

—Entonces, ¿por qué diablos contestas con un *diiiga*? —me mofo, intentando imitar su voz, aportándole un toque extra de afectación.

—¿Y cómo te gustaría que te contestara?

—Olvidalo. ¿Dónde estás?

—En el Hilton.

—¿Y qué haces?

—Viendo la BBC.

—¡Qué aburrido!

—No te creas. Estoy viendo las consecuencias del Brexit. ¡Qué terrible!

—Por favor, que alguien me pegue un tiro.

Mi padre resopla.

—¿Qué quieres, Adeline?

—No lo sé. Es que me aburro.

—¿Y Black? ¿Por qué no está ahí para entretenerte?

¡Ni que fuera yo un mono al que hay que divertir!

—Tiene que trabajar...

—Cierto. Es un muchacho responsable. Me gusta eso.

No me he acostumbrado aún a esta relación entre ellos dos. Me resultaría más natural que anduvieran lanzándose pullas.

—Edward...

—¿Hija?

—¿Has jugado alguna vez a los bolos?

—Ya te digo. Con tu edad, era el mejor de todo el estado de Nueva York —se vanagloria, con tanto orgullo masculino que, inevitablemente, pienso en Black. ¿Será cierto eso de que todas acabamos con hombres que nos recuerdan a nuestros padres? Por el bienestar de mis nervios, espero que no.

Horrorizada por mis propios pensamientos, sacudo la cabeza y me obligo a mí misma a dejar de desvariar y auto-psicoanalizarme. Nada bueno puede salir de eso.

—Así que el primero. Vaya. Enhorabuena. Siempre te ha gustado ser el primero en todo, ¿eh?

—Nadie se acuerda de los secundarios, Adeline.

—Así es. Nadie se acuerda de los secundarios. Escucha, Edward. Hay una bolera cerca del Hilton. ¿Te veo ahí en media hora?

Edward hace una pausa. No sé si es que está conmocionado por mi invitación o, por el contrario, intenta inventarse alguna excusa para pasar de mí.

—¿Quieres que vayamos a jugar a los bolos? —susurra—. ¿Tú y yo?

—Siempre y cuando te pongas algo que no sea un traje estirado y te dejes los sermones en casa, sí.

—Hecho.

Y me cuelga. Me quedo sonriendo. Mi padre y yo haciendo algo juntos. ¿Dónde está la prensa rosa ahora? Esto sí que daría la imagen de familia feliz.

Voy al cuarto de baño y me doy una ducha rápida. Aunque no lo suelo admitir la mayoría de las veces, al menos no delante de ellos dos, me siento más tranquila sabiendo que Edward y Robert están aquí, haciéndose cargo de mí. Me siento... a salvo, supongo.

Mientras el agua caliente se desliza por mi rostro y mi cuerpo, mis

pensamientos vuelan hacia unas vacaciones que pasé con mi familia en Londres. Chris y yo debíamos de tener unos diez años, quizá menos. Mi hermano estaba como loco por subirse en el London Eye, así que acabó convenciendo a nuestros padres para que compraran entradas. Chris podía ser muy persuasivo, mucho más que yo. Mi estrategia consistía en jurar, gruñir, escupir y comportarme como un animalillo salvaje, lo cual hacía imposible alcanzar mis objetivos. Chris, en cambio, ponía ojitos, y no había quien se resistiera a eso. De modo que les puso ojitos a mis padres, y, a raíz de eso, acabamos los cuatro subidos en el condenado London Eye. Creo que en ese momento odié a Chris.

Recuerdo perfectamente lo que se sentía al estar ahí arriba. Era terror. El terror más absoluto e indiscutible. Mi corazón latía exaltado, los pensamientos se atropellaban los unos contra los otros dentro de mi cabeza, y me notaba las extremidades temblorosas y el rostro pálido. Cuando la noria se puso en marcha, pensé que iba a morir. Sin más. Me veía muerta, aplastada contra el suelo. Estaba absolutamente paralizada de miedo.

Entonces, Edward colocó una mano encima de la mía, y eso hizo que me sintiera a salvo. Su mera presencia ahí amortiguaba todos mis miedos. Era tan pequeña y tan ingenua que creía que nada malo podría pasarme si mi padre se hallaba ahí conmigo. En ese momento, Edward era todo lo que yo tenía, aparte de Chris. Creo que entonces, yo le amaba. ¿Podría volver a esos sentimientos ahora? ¿O acaso es demasiado tarde?

No lo sé. No sé si algún día podré tener una relación normal con mi padre. Lo único que sé es que hoy me siento esperanzada. Creo que hemos dado un paso muy importante. No sé aún hacia dónde nos va a llevar todo esto, pero estoy preparada para averiguarlo.

Puede que sea algo estúpido, pero me siento preparada para volver a montar en una noria, siempre y cuando él esté ahí para colocar una mano encima de la mía y me susurre que todo va a salir bien.

Mi corazón pega un violento brinco cuando abro la puerta y me deslizo dentro de casa. Son casi las once de la noche. Edward y yo hemos pasado la tarde juntos, y después se ha empeñado en cenar conmigo, así que me he retrasado más de lo previsto. Por supuesto, le escribí a Black para decírselo. He aprendido de los errores del pasado. La historia no puede repetirse.

Y sin embargo, al regresar a lo que últimamente llamo *mi casa*, un poderoso

déjà vu me recorre en forma de estremecimiento. El salón está a oscuras. Suena una canción de Nirvana, y Robert Black me espera rígido, sentado en una silla.

Su rostro está tapado por una máscara esculpida y dura, casi carente de vida. Hay un cigarrillo colgando de la esquina derecha de su boca. Su cabello está muy alborotado, cayendo sobre su frente. Se ha debido de peinar con los dedos. Muchas veces, además. Lleva la misma camisa blanca que llevaba esta mañana, solo que ahora ya no parece formal. Los primeros botones desabrochados, las mangas subidas y la arrugada tela le dan un aspecto de irresistible desaliño. No sé por qué está tan cabreado conmigo, pero en sus ojos brillan unas llamas de proporciones apocalípticas.

—El hombre que vendió el mundo, ¿eh? —remarco con voz muy baja y un tanto ronca.

Una oleada de confusión pasa por encima de sus asombrosas facciones, tan gélidas en este instante, en perfecto contraste con sus amenazadores ojos azules.

—¿Cómo dices?

—*The man who sold the world*. Nirvana. Me encanta esta canción.

—Oh. La última vez que fui consciente de ello, me temo que sonaba *Where did you sleep last night*.

Encajo su pulla con una ligera sonrisilla. ¡Qué capullo es! ¿*Where did you sleep last night*? ¿Dónde dormiste anoche? ¿En serio? ¿Le habrá costado mucho encontrar la canción?

—Así que estás cabreado por eso.

—Nooo. ¿Por qué iba a estar yo cabreado contigo? Si lo único que hiciste fue salir de entre mis brazos para ir a pasar la noche con tu marido. Es el sueño de todo tío, Adeline.

Y para dar más peso a sus palabras, se saca el móvil del bolsillo y me lo lanza. Casi se me cae al suelo. Empiezo a hacer malabares con él hasta que, por suerte, consigo agarrarlo con firmeza en el último momento. Desconcertada, enciendo la pantalla y entorno los ojos al ver mi foto en la portada de un periódico de tirada nacional. Estoy sentada al lado de la tumba de Hunter. Estoy llorando. Parezco muy frágil en esta foto. El *paparazzi* que la sacó estará orgulloso. He de admitir que ha hecho un excelente trabajo.

—Anoche... tenía que verle —susurro, lanzando el móvil al sofá. Muevo los ojos hacia él y lo miro a la cara.

Black, enervado, da una nerviosa calada a su cigarrillo, y luego lo apaga mientras expulsa el humo hacia arriba. Dios mío, quiero hacer cosas muy malas con él. Cuando se cabrea, es el hombre más sexy que conozco.

—Tenías que verle anoche —repite con voz seca, tamborileando los dedos con nerviosismo.

—Me temo que sí.

—Ajá.

Camino hacia él, con los ojos anclados a los suyos.

—¿Estás celoso, Black? ¿Crees que mi marido muerto supone una amenaza para ti?

Aprieta los dientes. Su mandíbula está muy tensa en este instante.

—Cuando lo dices en ese tono, haces que parezca una locura.

—*Es una locura.* —Me arrodillo delante de él y coloco las manos en sus muslos—. No puedes tener celos de un fiambre.

Sonríe, pero a mí me parece más bien un gesto de incredulidad que de diversión.

—No puedo tener celos de un fiambre... ¡Ya te digo que puedo tener celos de un puto fiambre, Adeline! —ruge, con los ojos fuera de órbitas—. Mírate. Mira la puñetera foto. Mira la expresión de dolor en tus ojos. Aún sientes algo por él, ¿verdad?

Trago saliva.

—Mis sentimientos hacia Hunt están encerrados en un oscuro cajón. No me hagas abrirlo, Robert. No estoy preparada para eso. Aún no. Algún día, cuando todo esto pase, lo haré. Me enfrentaré a todo. Pero hoy es hoy, no es *algún día*, así que me niego a hablar de ello.

Robert parece a punto de venirse abajo, como si una fuerza se apoderara de él y le venciera, obligándole a abandonar su ira para abrazar la más profunda desesperación.

—¿Por qué no puedes ser mía y solo mía? ¿Por qué no puedes amarme solo a mí?

—Te amo a ti. *Solo* a ti. Él está muerto.

Me coge por los brazos con fuerza y me hace levantarme hasta inclinarme sobre su rostro.

—No soporto que le dediques ni un solo instante de tu vida. Ni un puto pensamiento en tu mente. ¿Lo pillas?

Con ternura, le cojo el rostro entre las manos. Está hecho una furia, y yo nunca me he sentido más tranquila que ahora. Me acerco un poco más y rozo sus labios con los míos. Robert gruñe como una bestia fuera de control.

—Deja de gruñirme —exijo.

—¡Yo NO gruño!

Mis labios, encima de los suyos, se extienden en una sonrisa.

—Te quiero. Confía en mí, ¿quieres?

Agita la cabeza.

—Me cuesta confiar en ti cuando ya te largaste con él una vez.

Clavo los dientes en su labio y tiro de él con fuerza.

—La última vez él estaba vivo.

Robert frunce el ceño. Creo que acaba de entender lo dantesco de toda esta situación.

—Llevas razón. Supongo...

—Te quiero, bobo.

Sus manos se mueven alrededor de mi espalda. Me hace sentarme a horcajadas encima de él y coloca las palmas en mis caderas.

—¿De verdad? ¿De verdad me quieres?

Le rodeo el cuello con los brazos y le doy unos besitos suaves, a los que él no corresponde.

—Sí, de verdad —le susurro.

Y solo entonces me besa. Me mete la lengua dentro y recorre mi boca una y otra vez, con toda la ira reprimida. Cuando me suelta, los dos estamos jadeando.

—¿Qué tal con el fiscal? —pregunto cuando sus manos de venas hinchadas se colocan en mis caderas.

—Como el culo. No hemos alcanzado ningún acuerdo.

Encajo eso con un suspiro. Que sea lo que Dios quiera.

«¡¿He dicho Dios?! Se me va la cabeza más de lo que creía».

—¿Han aparecido más pruebas, aparte de las que ya conocemos? ¿Arma del crimen o algo así?

Black sacude la cabeza.

—No. O si tienen un as en la manga, no me lo han mostrado a mí. Hoy solo hemos intercambiado la lista de los testigos y poco más. He pedido un juicio rápido. Cuanto antes acabemos con esto, mejor.

—Robert, tengo miedo.

Su rostro se suaviza.

—No lo tengas. No permitiré que te pase nada malo.

—Robert...

—¿Sí, preciosa?

—No quiero hablar más del futuro. Haz que me olvide de todo.

Robert me sonrío con ternura, hace fuerza en los brazos y nos levanta de la silla.

—Encantado —me susurra al oído.

Y yo sonrío. Hoy he comprendido que lo triste no es que te encierren en la oscuridad. Lo triste es que te encierren en la oscuridad sin que nunca antes hayas vivido. Vivido *de verdad*.

Yo no tengo nada por lo que preocuparme, porque entre sus brazos me siento más viva que nunca. Quizá sea suficiente para aguantar el encierro.

—Tienen visita —anuncia Ben desde el umbral—. El senador Edward Carrington III. ¿Le hago pasar?

Me río. A mi padre le debe de encantar que se le anuncie como a un duque.

—¡Qué formal! Haz que pase, por favor, Ben. Es mi padre.

Ben, todo solemne, asiente y da media vuelta.

Robert, sentado a mi lado en el sofá, teclea algo en su portátil. Parece muy concentrado, tanto que no me ha dicho ni una sola palabra en las últimas dos horas. La arruga de su frente me resulta arrasadora.

Edward, tras haber sido otra vez anunciado por el ceremonioso Ben, entra enérgico, sonriendo de oreja a oreja. Cruza la habitación a grandes zancadas, toma asiento en una butaca y carraspea para llamar nuestra atención, por lo que no puedo estudiar más a Black. He de centrar mi interés en mi padre y su inesperada visita.

—¡La acusación acaba de chocar con un iceberg! —declara, lanzándole a Robert la carpeta azul que traía entre sus manos.

Frunzo el ceño. Hace años que no veía a Edward tan contento. ¿Y de qué diantres está hablando?

—¿Que la acusación ha hecho el qué? —me asombro.

Robert mueve la cabeza para indicar que no tiene importancia. Aparta el portátil de inmediato.

—Una larga historia —expone, y, sin más dilación, abre la carpeta. Solo tarda unos momentos en leer la información impresa en esos papeles. Ha de ser algo extremadamente succulento, ya que Black tuerce los labios en una media sonrisa llena de regocijo—. ¡Esto es maravilloso, Edward! Tenemos el martillo.

¿El iceberg? ¿El martillo? ¿Qué están tramando estos dos? ¿Y por qué hablan en clave?

—Así es —corroborra Edward, igual de misterioso.

Empiezo a enervarme. Sé que tiene que ver conmigo lo que hay en esa carpeta, y me irrita que me mantengan al margen. A fin de cuentas, es mi futuro lo que está en juego.

—A ver, elenco de *Scooby-Doo*, ¿queréis dejar el misterio para otro día? ¿Qué es lo que os traéis entre manos?

—Adeline, sé buena y ofrécele a tu viejo padre una copa. Pronto te ilustraremos acerca de nuestros descubrimientos.

Resoplo, dejo el inquietante libro de Stephen King encima de la mesa y me levanto para atender la exigencia de mi padre. Cuando ya estoy detrás de la barra, alzo la mirada hacia Robert.

—¿Quieres tú una?

Meditabundo, dice que sí con un gesto de cabeza. Preparo dos copas con rapidez, vuelvo a dejar la botella de *whisky* en su sitio, en el estante, y me encamino hacia ellos. Les ofrezco las bebidas, antes a mi padre y luego a Robert.

—¿Y bien?

Tomo de nuevo asiento en el sofá, con la espalda recta y la mirada inquieta.

—Te acuerdas de Rodríguez, ¿verdad? —pregunta Robert, que cierra la carpeta, para acto seguido dejarla encima de la mesa.

—Como para olvidar a Rodríguez —mascullo, disgustada.

—Bien, pues he averiguado por qué la gente como nosotros le caemos tan mal —informa Edward.

—¿*Eing*?

Robert da un sorbo a su copa, la deja en la mesilla que hay a su derecha y se vuelve para tenerme cara a cara.

—Resulta que nuestro encantador agente —comienza, con la voz impregnada de sarcasmo—, estuvo durante diecisiete semanas entrenándose en *Glynco*, dándolo todo para poder ingresar entre las filas de agentes del Servicio Secreto. Cambió su trabajo y su apacible vida en Texas por una mucho más excitante en la gran ciudad. Se mudó a Nueva York y empezó una nueva etapa como guardaespaldas de un alto cargo político. Un sueño hecho realidad para un hombre de los bajos fondos. El problema es que, después de todos sus sacrificios, después de todo ese duro entrenamiento, el sueño de Rodríguez se vino abajo cuando el alto cargo para el que trabajaba no solo decidió echarle repentinamente del cuerpo, sino que encima le abrió un expediente disciplinario, lo cual hundió por completo todas sus posibilidades de volver a trabajar para Seguridad Nacional. A ver si adivinas quién fue el senador que echó a la calle a Rodríguez hace tres años.

Entorno los ojos. No hace falta ser adivino. Ni siquiera hace falta ser listo.

—¿Por qué lo hiciste, papá?

Edward se encoge de hombros.

—No lo recuerdo, pero, por lo visto, tenía algo que ver con su debilidad por el alcohol. O, al menos, ese es el pretexto que puse en mi informe. Quiero pensar que fui sincero y que no le destruí la vida por puro aburrimiento.

Gruño algo inaudible.

—El caso es que después del despido, la vida de Rodríguez se desmoronó —me explica Robert—. Su mujer pidió el divorcio. La quitó la custodia de sus dos hijos, y encima, se quedó con el piso de Queens, por el que Rodríguez aún paga una buena hipoteca cada mes. Sin mejores opciones, regresó a Austin, de donde había salido unos cinco años atrás, y recuperó su antiguo trabajo. Cualquiera diría que Rodríguez tenía una buena razón para querer vengarse. ¿Y qué mejor venganza que hundir al mismo político que hundió su carrera? Era la oportunidad de su vida, hay que admitirlo. Edward a punto de presentarse a las presidenciales, su yerno aparece muerto y su hija no recuerda haber apretado ese gatillo. ¡Menudo golpe de suerte!

Entreabro la boca.

—¿Adónde quieres ir a parar, Black?

—A que ya tengo explicación para el botón de la cocina. Fue colocado. Es una prueba manipulada, Adeline. Tú nunca estuviste en la cocina.

Empiezo a notar la explosión de la inquietud en mi estómago.

—Dios mío... —murmuro sobrecogida—. ¿Pruebas colocadas? ¿De qué estás hablando?

—Y hay más —dice Edward, con enorme complacencia.

Me obligo a levantar la mirada del suelo. Debo de parecer absolutamente azorada, porque es así cómo me siento en este momento.

—¿Más? —murmuro.

—Debes solicitar una moción de desestimación, Black.

Robert parece igual de confundido que yo.

—¿Qué? ¿Por qué?

Mi padre se lleva la mano al bolsillo de su chaqueta, retira un sobre blanco, cerrado, y se lo ofrece a Robert.

—Por esto.

Dentro hay unas fotografías un tanto inquietantes.

—Esa es Hayley —le digo a Robert, que ojea las fotos deprisa—. ¿Pero quién es ese hombre y por qué ella le ofrece un maletín?

—¡Menudo hijo de puta! —ladra Black, tirando las fotos al suelo.

Miro a mi padre en busca de una explicación. Está claro que Robert no piensa contestar a mi pregunta. Está demasiado cabreado ahora como para hablar.

—Ese es el fiscal que lleva tu caso. He hecho que siguieran a todo el mundo, y esto es lo que la hermana de tu ex marido hizo ayer. Inquietante, ¿verdad?

—¿El fiscal? ¿Y qué hay en ese maletín?

Mi padre me dedica una mueca.

—A ver, piensa.

—¿Dinero? ¿Pero por qué? ¿Por qué Hayley...?

—¿Por qué tu ex cuñada sobornaría al fiscal que lleva el caso? —Edward no me permite acabar la frase y lanza su pregunta con la voz parecida a un áspero ladrido—. ¡Jesús, Adeline!, ¡a lo mejor porque te quiere entre rejas! Ella está convencida de que tú lo mataste. Solo quiere asegurarse la lealtad de la Fiscalía.

—¡Son una banda de paletos corruptos! —estalla Robert, enfurecido.

Se pasa la mano por el cabello, con brusquedad. Coloco una mano encima de la suya, y él oprime mis dedos con fuerza. Sus ojos parecen dos carbonillos ardientes.

—Tranquilízate, Black. Te está saliendo humo por las orejas.

—Me enferma la corrupción. Yo no juego limpio, Adeline. No lo hago, ya lo sabes. Defiendo a culpables y consigo que un jurado los declare inocentes, y día a día vivo con el peso de eso. Y créeme, es un precio muy alto a pagar. Sin embargo, lo que hago yo es legal. Y no pretendo afirmar que estar abarcado por la ley me exonera de mi culpabilidad...

—Tú no eres como ellos —lo interrumpo con dureza—. No eres uno de ellos. No te compares con esta gente. Tú simplemente das la vuelta a las situaciones para implantar una duda razonable dentro de la mente de los jurados. Nada más. Solo cumples con tu trabajo.

—Adeline tiene toda la razón, Black. Tú no colocas pruebas falsas para hundir a inocentes, ni te dejas sobornar. ¡La fiscalía es el Estado! Los tipos buenos. Mira las fotos. ¿Te parece este un tipo bueno? Porque a mí me decepciona mucho su actuación. *Confío* en el Sistema. Defiendo el Sistema. *Trabajo* para el Sistema. Le he dedicado toda mi vida. Pero si lo que hay en esas fotos es lo que representa el Sistema, entonces, déjame decirte que el jodido Sistema me asquea.

Robert agarra su copa y se la acaba de un solo trago. Le están temblando las manos de ira. Mi padre se levanta y se arregla la americana.

—Evidentemente, un fiscal comprado por la familia de la víctima no puede

llevar este caso, así que has de ir a presentar las fotos a la jueza.

Robert lo niega despacio.

—Ni hablar.

Mi padre lo encaja como un puñetazo.

—¡¿Cómo que ni hablar?! ¿Vas a dejar que esa rata joda a mi hija? —ruge—. ¡Nadie fastidia a un Carrington y sale impugne, Black! ¡Nadie!

Las esquinas de la boca de Robert se alzan en una sonrisilla llena de autosuficiencia.

—Por supuesto que no. Pero si presento las pruebas ahora, no tengo ninguna garantía de que la Fiscalía vaya a retirar los cargos. No voy a correr riesgos con este caso. Lo haré a mi modo.

—¿Y cuál es tu modo, Black? —quiere saber mi padre, hablando muy despacio.

Robert vuelve a sonreír.

—Demoledor como una bomba de hidrógeno. Mi objetivo no es hacer tambalear la acusación. Mi objetivo es convertirla en pedazos. Hayley Lanchester es uno de los testigos clave de la acusación. La aplastaré en el estrado. Ella caerá, el fiscal caerá, y su caso se hundirá con ellos, porque perderán toda credibilidad delante del jurado. Si alerto ahora a la jueza, despedirán al fiscal y le pasaran el caso a otro. Y yo no conseguiré nada, salvo tener de contrincante a un hombre que, a lo mejor, tiene una trayectoria intachable. Un hombre intocable. No me gustan los hombres intocables, Carrington, porque son difíciles de destruir en el estrado. Prefiero a los paletos corruptos como este.

—Lo que tienes pensado hacer es ilegal —asevera mi padre, con sosegada dignidad.

Robert alza ambas cejas.

—¿Es ilegal aplastarlos?

—Es ilegal guardarte esta información en la manga para usarla más tarde. Es tu deber informar de ello ahora mismo. Te estás jugando tu carrera, Black.

—¡A la mierda con mi deber y mi carrera! —explota Robert, golpeando la mesa con el puño, instantes antes de ponerse en pie como un resorte—. ¡A la mierda con lo que es legal y con lo que no! ¿Sabes qué? ¡En este momento no doy una mierda por las putas leyes! Lo único que me interesa es Adeline. Y si tengo que jugar sucio para mantenerla a salvo, no te quepa duda de que lo haga. Y si tengo que aplastar al fiscal, lo aplastaré. ¡Aplastaré al mundo entero si hiciese falta!, pero Adeline no volverá a pasar ni un instante de su vida encerrada

en la oscuridad. Porque, ¿sabes qué, Edward? Ha tenido oscuridad durante toda su vida. Ella se merece un poco de luz.

Lo miro con los ojos llenos de lágrimas, observo la fiereza de su mirada, su hermoso rostro torcido de ira. Él cree en mí. Él me ayudará. Él está aquí. Todo va a salir bien. ¡Todo va a salir bien! Él y yo estamos juntos en esto, y siempre vamos a estarlo. Da igual cuánto nos golpee la vida, da igual los obstáculos que encontremos por el camino. Caeremos, por supuesto, pero encontraremos el modo de alzarnos una vez más. Porque él y yo estamos condenados a estar juntos para siempre.

Hemos intentado romper las cadenas de nuestro amor, hemos intentado alejarnos el uno del otro. Y, sin embargo, todo ha resultado en vano, pues Robert Black y yo no somos más que dos ratones atrapados en un enorme círculo cerrado que gira, y gira, y gira, una y otra y otra vez, devolviéndonos siempre al punto de partida. *Inquebrantable*. Así es nuestro círculo. Ojalá lo hubiese sabido antes. Me habría ahorrado mucho dolor.

Parte 5
Una comedia de lo más entretenida

*Nunca puedes saber cuándo todo tu mundo
se va a desmoronar en pedazos.*
(Percy Jackson)

Capítulo 1

Actualidad, Austin, Texas

Adeline

Ocho meses después de mi detención, arranca el juicio más esperado del año. La alta sociedad de América bulle más que una olla a presión. Nadie está dispuesto a perderse el succulento escándalo, por lo que el primer día, desde muy temprano por la mañana, hay una impresionante cola para ocupar asiento dentro de la sala donde se decidirá mi destino. Si vivo o muero, se resume a un solo veredicto emitido por doce personas normales y corrientes.

Yo, por mi parte, me lo tomo con tranquilidad. Los dados fueron lanzados hace muchos meses y ya nada puede hacerse ahora, aparte de confiar en el azar. Y en Robert Black, que, más atractivo que nunca, se me acerca para que le coloque bien la corbata.

Sonriéndole, se la ajusto, aprovechando la proximidad para plantar un beso en sus labios. Han sido ocho meses de felicidad absoluta, así que, pase lo que pase esta semana, me lo tomaré con calma. Gane o pierda, no importa, porque nadie podrá deshacer nunca todo lo que Robert y yo hemos vivido en este tiempo. Recientemente, he tomado la decisión de mirar la vida desde una perspectiva más optimista. No todo puede ser oscuridad y monstruos, ¿no es cierto?

—¿Estás bien? —me pregunta Robert, con seriedad, mientras se coloca los gemelos.

Asiento, forzando otra sonrisa para aplacar su más que evidente inquietud. Tenemos todas las de ganar, y creo que ganaremos, pero uno nunca puede estar al cien por cien seguro de un veredicto. El factor humano es imprevisible, y en este caso hay mucho de eso. Siempre he entendido un juicio como una enorme pirámide de naipes. El derrumbe de una sola carta puede provocar que todas las demás se vengán abajo. ¿Cuál será la carta débil en esta baraja? Nadie lo sabe

aún.

Robert, ya vestido con su soberbio traje azul marino, los gemelos de ónix y una corbata gris plata, viene hacia mí, me abraza y me besa la sien.

—Todo va a salir bien, princesa —me susurra.

Hay momentos en la vida en los que eso es todo lo que una necesita oír: que todo va a salir bien. Da igual que sea una mentira. Es una mentira necesaria.

—Lo sé —me hago la valiente, porque hacerme la débil ya no es lo mío.

Robert me coge de la mano y, juntos, nos encaminamos hacia la puerta. Hacia los nuevos comienzos. Hacia el fin de una era. Es todo cuestión de azar.

Black y yo, sentados en la mesa de la defensa, nos mantenemos callados, esperando a que la jueza haga su entrada. No sé los conflictos que se estarán debatiendo en la cabeza de Robert ahora mismo, pero yo, muy en contra de mi voluntad, me siento bastante intranquila.

Como era de esperar, la sala está repleta de periodistas ávidos de información. En primera fila, se halla sentado el senador Edward Carrington III, acompañado por Josh y Lily, que me sonrían para infundirme valor cada vez que vuelvo la mirada hacia ellos. Me giro en el asiento al escuchar la puerta abriéndose y les guiño un ojo de Catherine y Nathaniel, que entran seguidos por todo un séquito de *flashes*. Mis cuñados han tenido que interrumpir su viaje por Europa para estar a mi lado y trasmitirme su apoyo.

—Sienta bien estar arropada por tantos amigos hoy —le susurro a Robert, que coloca una mano encima de la mía y le da un apretón.

Creo que también está nervioso. Sus ojos lucen turbios, y no he visto ni un solo atisbo de sonrisa que no resultara forzado.

—Todo va a salir bien —repite, no sé si para convencerme a mí o más bien a sí mismo.

Asiento, y es entonces cuando el alguacil llama al orden y nos pide que nos pongamos de pie. La jueza está aquí. Comienza la función.

Se abre la puerta, y los doce miembros del jurado ocupan sus asientos. Los miro uno a uno, los escruto con mucha atención, porque todo mi futuro pende de un hilo que esos doce gigantes sujetan ahora mismo entre sus manos. Me pregunto cómo dormirán por la noche teniendo tanta responsabilidad. «¿*En colchones de los caros?*», me propone mi mente, y me veo obligada a ahogar una risita estúpida.

Me pongo en pie cuando la jueza me lo solicita. Escucho muy vagamente sus palabras. Todo esto me parece irreal.

—Se le imputa el cargo de asesinato en primer grado. ¿Cómo se declara?

Me tomo unos segundos, en los que solo soy consciente del aire que entra y sale despacio de mis pulmones. Me parece el momento más lento de toda mi vida.

—Inocente.

Me siento, contemplando ausente el arranque del juicio.

La exposición inicial del fiscal Michael Lambert resulta toda una exageración, a juzgar por la expresión de algunos miembros del jurado. Ofrece varias teorías, habla acerca de mi llamada a emergencias, mi gélido comportamiento durante el interrogatorio, lo teatral que fue mi reacción de abrazar el cuerpo sin vida y, por último, y lo más importante, el botón ensangrentado que no deja duda alguna.

—Mírenla bien, señoras y señores del jurado, y no se dejen engañar por los intentos de la defensa por tergiversar los hechos. Las pruebas son contundentes, y les puedo garantizar que lo que tienen delante es a una asesina a sangre fría, que planificó cuidadosamente todos los detalles y arrebató la vida de un ciudadano ejemplar cuyo único pecado fue amarla. Miren ese rostro, porque ese es el rostro de una asesina. Gracias por su atención.

Me entran ganas de vomitar, y tengo que darle un buen sorbo a mi vaso de agua. El fiscal, complacido por su propia actuación, vuelve a ocupar la mesa de la acusación. Robert Black me lanza una mirada elocuente, se pone en pie y se acerca a la tribuna del jurado.

—Damas y caballeros del jurado, mi nombre es Robert Black y represento a la acusada Adeline Graham en este juicio. El señor Lambert lleva cuarenta y ocho minutos tejiendo la acusación. Y sí, he empleado el verbo *tejer*, porque es exactamente lo que la Fiscalía ha hecho en este caso. Nos han ofrecido una interpretación de las pruebas, nos han dicho lo que *creen* que ha sucedido, y esperan a que nos lo traguemos sin más. Bien, yo no necesito más de cinco minutos para exponer mis argumentos, así que seré muy breve, para que todos podamos ir a almorzar cuanto antes. No estoy aquí para decirles lo que *creo*, porque eso es irrelevante para el caso. Estoy hoy aquí, delante de ustedes, para exponer las pruebas y *demostrar* lo verdad, de modo que me guardaré las tesis para mí. Mi consejo es que estudien bien las pruebas, que escuchen a los testigos y que, en base a todo eso, dejen que el sentido común dictamine el veredicto. A lo largo de esta semana, oirán testimonios tan desconcertante que, al acabar este

caso, solo quedará una opción válida: la de declarar inocente a Adeline Graham. Gracias.

Una vez acabada lo que creo que es la exposición inicial de la defensa más breve de la historia, Robert Black vuelve a ocupar su asiento. La jueza decide que es la hora del almuerzo, y sale, tan pronto como los miembros del jurado han abandonado la tribuna.

La sala estalla como un hervidero. Todo el mundo parece tener una opinión y algo que decir. Robert, sin mediar palabra conmigo, sale y se precipita hacia la puerta.

Me levanto ceñuda y me dispongo a seguirlo, pero mi padre se interpone en mi camino.

—Un poco breve para mi gusto, pero ha estado muy bien.

—Sí —musito distraída—. ¿Papá, me disculpas un momento?

Edward, asombrado por mi actitud, se echa hacia un lado para abrirme paso.

—Claro.

—Gracias.

Le doy la espalda y corro hacia la salida. Busco a Robert por todo el pasillo y, al no encontrarle, se me ocurre pensar que tal vez haya ido al servicio, de modo que irrumpo dentro del baño de caballeros, sin pensar demasiado en lo que estoy haciendo. Menos mal que está solo, delante del espejo, con el cabello mojado y revuelto. No tiene muy buen aspecto. Espero que no haya cogido ningún virus estomacal. No sería muy apropiado para estas circunstancias.

—¿Eh, estás bien?

Aferrado a los bordes del lavabo, levanta la cabeza para mirarme a través del cristal.

—¿Qué haces aquí? Es el baño de hombres, Carrington.

Una esquina de mi boca se alza hacia arriba.

—Ya lo sé, pero necesitaba verte y asegurarme de que... va todo bien.

—De maravilla.

Se yergue, se ajusta la corbata y se peina el cabello con los dedos.

—Necesitaba un rato para estar a solas —continúa, volviéndose de cara a mí.

—¿Estás nervioso?

Se le mueve la nuez al tragar saliva.

—Bueno, hoy me juego todo cuanto tengo, así que, sí, podría decirse que estoy un poco más inquieto de lo habitual.

Me acerco, con los ojos anclados a los suyos.

—Yo me sé un método de relajarte.

Me dedica una sonrisa de infarto que me provoca un revelador nudo en el estómago.

—Estamos en el baño de hombres del juzgado dónde decidirán todo nuestro futuro. ¿Eres consciente de ello, señorita?

Tuerzo los labios en un gesto de desdén.

—Bueno, no podían ser todo unicornios y arcoíris, ¿verdad? —musito mientras Robert me agarra por la cintura y me acerca a él.

Está a punto de unir nuestros labios, cuando se da cuenta de que alguien podría pillarnos, y entonces, me suelta y se va a echar el pestillo a la puerta. No puedo retener una risita traviesa. Robert se vuelve en redondo y camina hacia mí, lento, aplomado. La actividad de mis pulmones se desborda. Los nervios apenas me permiten respirar. Es lo que siempre me ha enloquecido de este hombre: el hecho de que parezca tan seguro de sí mismo. Él sabe lo que hay que hacer, y sabe cómo hacerlo.

—¿Dónde estábamos? —me pregunta con voz ronca.

—En la parte en la que tú me besabas.

Su sonrisa se torna un poco maliciosa.

—Me gusta esa parte, Adeline.

Su boca, sensual, enloquecedora, absolutamente irresistible, está cada vez más cerca de la mía.

—Entonces, también te gustará la parte en la que tú y yo...

—También —coincide, con sus labios buscando a los míos.

Cuando regresamos para la sesión de la tarde, tanto Robert como yo parecemos menos tensos que antes. Eso así, almorzar no hemos almorzado mucho, solo un pequeño y repugnante sándwich de jamón y salsa de huevo, que hemos comprado en las máquinas expendedoras del tribunal. Hemos estado ocupados en otros menesteres, y cuando nos quisimos dar cuenta, solo quedaban diez minutos para el arranque del juicio, así que a Robert no le ha quedado otra que irse a buscar algo de comer mientras yo recomponía mi aspecto. Claro está que no podía entrar en la sala con pintas de haber echado un buen polvo. Creo que no habría sido demasiado apropiado para una desconsolada viuda, ¿verdad?

Mientras espero a que regrese la jueza, empiezo a sentirme un tanto culpable. Debería mostrar un poco más de respeto. Los muertos se merecen que seas respetuoso con su memoria.

Pero entonces, los azules ojos de Black buscan los míos, y como siempre, conceptos como *bien* y *mal* pierden contorno dentro de mi cabeza. Con Robert Black no hay normas. Ni sensatez. Ni vacilación. A él sólo puedo amarle. Lo nuestro está muy por encima del bien y del mal que rige las vidas de los demás mortales. Siempre lo ha estado, y ahora es demasiado tarde para cambiar las cosas.

—En pie. Se abre la sesión —vocifera el alguacil, anunciando a la jueza Wharton, quien solo tarda unos segundos en cruzar la puerta, exhibiendo ese aire majestuoso tan típico en los jueces. ¡Ni que fueran los jodidos reyes del mundo!

Miro hacia atrás, y mi padre levanta el pulgar hacia arriba. Le dedico una sonrisa fugaz, antes de volver la mirada al frente. Ahora es cuando arranca el juicio. Cuando *realmente* comienza la batalla. Lo de antes no ha sido más que puro teatro.

Empieza el turno de la acusación, que llama a su primer testigo. Philippe, nuestro mayordomo.

—Señor Benton —el fiscal se acerca a la tribuna de los testigos y apoya la palma contra ella—. ¿Cuánto tiempo llevaba trabajando para los Graham?

Philippe, de cabellos canosos y expresión siempre impasible, se inclina para estar más cerca de su micrófono.

—Cinco meses.

—¿Vivía usted dentro de la casa?

—Sí, señor.

—Entonces, habrá visto muchas cosas.

Los ojos azul hielo del mayordomo se clavan en los míos.

—Unas cuantas —coincide en tono glacial.

—Háblenos sobre la relación que la acusada, Adeline Graham, mantenía con su difunto marido. ¿Era una buena relación de pareja?

Philippe me vuelve a mirar de ese modo tan gélido que me produce escalofríos a lo largo de la columna vertebral.

—Como todos los matrimonios, supongo.

—¿Discutían?

—Como todo el mundo.

—¿Mucho?

—De vez en cuando.

—¿Cree usted que la acusada amaba a su marido?

Black se pone en pie como un resorte.

—Protesto, señoría. El señor Benton no está cualificado para analizar los

sentimientos de la señora Graham.

—Se sostiene.

—Retiro la pregunta. Háblenos de la noche anterior al crimen. Tengo entendido que Adeline y Hunter discutieron.

—Así es. El señor derrumbó un florero, y eso hizo llorar a la señora.

—¿Y eso por qué, señor Benton?

—Bueno, era porcelana china de la más exquisita. Cualquiera se habría echado a llorar.

Varias personas en la sala ríen. La jueza tiene que llamar al orden. Lambert parece exasperado.

—¿Insinúa usted que lo que provocó esa reacción en la acusada fue la pérdida de un adorno y no la violencia de la discusión?

—En efecto. Como he dicho, era un buen adorno.

Más risas en la sala. Yo misma me tengo que morder los labios para retener una carcajada. La verdad es que era un adorno de una rara exquisitez.

Durante unos diez minutos más, el fiscal intenta por todos los medios que Philippe suelte prenda y me catalogue de asesina fría y sanguinaria, pero sus esfuerzos no le llevan a ninguna parte, ya que el leal mayordomo asegura que yo era la mejor persona para la que él jamás ha trabajado (sobre todo porque me empeñaba en prepararme sola el té) y que habría sido incapaz de matar a un ser humano. Y puntualiza eso último con los ojos clavados en los míos.

—Adeline Graham jamás habría sido capaz de asesinar —reitera, antes de que el fiscal dé por concluido su interrogatorio.

—¿Señor Black, desea ejercer su turno con el testigo?

Black se pone en pie.

—No, señoría.

—Puede retirarse, señor Benton —resuelve la jueza.

Ya veo que Black no tiene pensado malgastar sus energías y el tiempo del jurado con testigos de poco peso. Supongo que se prepara para las bombas atómicas que piensa hacer estallar a lo largo de esta semana.

Los siguientes testigos de la acusación son la operadora del servicio de emergencias, uno de los sanitarios que me atendieron esa noche y unos cuantos vecinos, que declaran haberme visto salir de casa en contadas ocasiones y siempre para acudir a eventos donde mi marido me acompañaba, lo cual ponía en duda la teoría de que yo llevaba una doble vida. El fiscal no deja de insinuar la idea de un amante secreto, teoría que, sin embargo, nadie respalda. Robert solo formula un par de preguntas, insignificantes la mayoría.

Antes de que acabe la sesión, el fiscal llama a un último testigo.

—La acusación llama al estrado a Rita Sky.

La jueza debe llamar al orden en tres ocasiones, ya que el público enloquece. A la gente siempre le chifla los famosos, ¿verdad?

—Señora Sky —el fiscal se le acerca cerrándose el botón de la americana.

—Señorita —le corrige Rita con una voz tan cantarina que la misma Marilyn Monroe habría sentido envidia.

—Le pido disculpas. Señorita Sky, usted era una de las mejores amigas de Hunter Graham, ¿no es así?

Rita me lanza una mirada absolutamente inexpresiva.

—Así es.

—¿Y le habló él alguna vez sobre la relación que mantenía con la acusada?

—En numerosas ocasiones.

—¿Y qué le dijo exactamente?

Rita se toma un momento, para que su revelación resulte más teatral, me imagino.

—Que ella no le amaba.

El público estalla en frenesí. El mazo golpea la madera cinco veces seguidas, mientras Wharton amenaza con voz atronadora que echará a la gente a la calle como no se haga el silencio de inmediato. La posibilidad de perderse el delicioso chismorreó parece calmar los ánimos. Al punto, un manto de silencio recae sobre los presentes.

Black podría haber protestado, pero no lo ha hecho. Se ha mantenido impassible, escuchando las palabras de Rita sin desvelar ninguna clase de reacción. El fiscal plantea unas cuantas preguntas más a Rita, y luego decide ir al grano.

—¿Diría usted que ella le mató?

De nuevo, Black podría protestar. No lo hace.

—Sí. No me cabe la menor duda de que lo hizo. Adeline es una niña muy caprichosa. Siempre lo ha sido. Nunca quiere lo que puede tener. A Hunter lo deseaba solo porque no le pertenecía, así que, cuando ya lo obtuvo, se deshizo de él. Adeline Graham es lo que en mi mundo llamamos una depredadora. Lo destruyó, y no me refiero solamente a su horrendo crimen, sino a todo lo demás.

—¿A qué se refiere con *todo lo demás*?

—Su falta de afecto mataba lentamente al pobre Hunt. Lo único que él quería era que ella le amara, pero Adeline nunca le amó, porque ella es incapaz de tan nobles sentimientos.

Una vez más, echo en falta una protesta por parte de la defensa. Rita Sky no posee la cualificación necesaria como para interpretar si soy o no soy capaz de amar a alguien. Sin embargo, Black se calla por tercera vez. Empiezo a fantasear con la idea de propinarle una patada por debajo de la mesa, a ver si así reacciona.

—Gracias, señorita Sky. No hay más preguntas, señoría.

—¿Señor Black? —la jueza mira a Robert por encima de sus gafas.

Black se toma un momento para aclararse las ideas. Acto seguido, se pone en pie y se acerca al estrado.

—Señorita Sky.

—Usted puede llamarme Rita, letrado —coquetea ella, lo cual le atrae una amonestación por parte de la jueza, que tan *amablemente* (es coña; en realidad, es muy borde), le recuerda que estamos en la sala de un tribunal, y no en alguno de los club de moda a los que doña estrella del pop está acostumbrada. ¡Bien dicho, Wharton!

—*Señorita Sky* —insiste Robert en un gruñido, dejando bien evidente que la mera presencia de la cantante le irrita horrores—. Ha afirmado usted que era tan buena amiga de Hunter Graham que este le hacía confidencias íntimas acerca de su matrimonio.

—Así es.

—¿Y cuándo tenía pensado decirnos que es usted la exnovia del señor Graham?, ¿la exnovia que él *abandonó* para casarse con mi cliente?

El alboroto colectivo enfurece a la jueza una vez más.

—Protesto, señoría. No guarda ninguna relación...

—Se rechaza —interrumpe Wharton al fiscal—. Conteste, señorita Sky. Algunos tenemos más cosas que hacer hoy.

No puedo evitar una sonrisilla. La jueza es mi ídolo. De mayor quiero ser como ella.

—No creí que fuera relevante.

—No *creyó* que fuera relevante —repite Black de lo más sarcástico—. Pero sí *creyó* relevante afirmar, sin contar con ninguna prueba concreta, que la señora Graham mató a su marido, porque, según usted, Adeline Graham es una niña caprichosa que se cansó de estar casada, y en vez de solicitar el divorcio, decidió pegarle un tiro a su esposo, que viene siendo lo normal en estos casos.

—Protesto, señoría. La defensa está acosando a la testigo.

—Se sostiene. Letrado, vaya al grano de una vez.

Black, en absoluto alterado por la amonestación, asiente.

—De acuerdo. Señorita Sky, ¿cómo se sintió cuando Hunter Graham la

abandonó?

—Tú mejor que nadie deberías saberlo, Black. A ti te pasó lo mismo. Adeline te dejó plantado para fugarse con mi novio.

El alboroto ya es infernal a estas alturas. El rostro de Robert Black adquiere un peligroso tono de rojo. Está a punto de estallar, y de no ser por la intervención de la jueza, no me cabe duda de que lo habría hecho.

—Señorita Sky, haga el favor de no convertir mi sala en un circo, y límitese a contestar a la pregunta.

Rita frunce los labios, disgustada.

—Me sentí dolida —se toma un momento, y la expresión en las profundidades de sus ojos se nubla—. Traicionada.

—¿Y cómo iba a sentirse si no? —repite Black, haciéndose el comprensivo—. Su novio estaba enamorado de una mujer a la que usted consideraba una amiga, y la abandonó a usted para casarse con ella. Cualquiera en su lugar se sentiría furioso.

Rita mira a Robert a los ojos, y un gesto de dolor contrae sus facciones. Lo mira como si pensara que él la comprende. No me cabe duda de que esto forma parte del maquiavélico plan de Black.

—Así es. Me sentí furiosa —declara a través de los dientes apretados.

—Y les deseo lo peor.

El aire del rostro de Rita cambia con rapidez. Ha comprendido que Black no está siendo comprensivo con ella, sino que pretende tenderle una trampa. Chica lista.

—No, eso no es cierto. Solo que... me sentí enfadada, eso es todo.

—Se sintió enfadada... —Black, distraído, parece sopesar aquello—. Solicito permiso para presentar como prueba un correo electrónico enviado por la señorita Sky nada más enterarse de la boda de su ex novio.

¿Qué? ¿Por qué yo no sabía nada de eso? ¿De dónde diablos ha sacado Black ese correo? Y lo que es aún más importante, ¿qué pone ahí?

—¡Protesto, señoría! No he sido informado de ningún correo.

Le jueza le lanza una mirada elocuente, por encima de las gafas, a Robert.

—¿Señor Black?

—Me temo que ha llegado a mi poder justo antes del arranque de la segunda parte de la sesión de hoy y no me ha dado tiempo de informar, señoría.

La jueza sabe que Black miente. Pero en un tribunal no importa lo que sepas, sino lo que puedas demostrar, ¿verdad? Mira a Robert con expresión disgustada y luego llama a los dos abogados a que se acerquen a su tribuna. No sé qué les

susurra. Es una conversación breve. Pero intuyó que les ha dicho que se dejen de triquiñuelas y que no conviertan su sala en un circo. O algo parecido.

—Se admite la prueba —anuncia Wharton en voz alta. El fiscal no parece demasiado contento mientras camina hacia la mesa de la acusación—. ¿Letrado?

Black carraspea, se acerca a nuestra mesa y retira un papel de debajo del fajo de papeles que se ha dejado preparado con antelación. Regresa a la tribuna de los testigos y se lo alarga a Rita.

—¿Le importaría leerlo, por favor, señorita Sky? No llevo las gafas.

¡Qué mentiroso! ¡Si ve mejor que un halcón jovenzuelo!

Rita, para nada conforme, pero sin volver a protestar, ya que la jueza la fulmina con la mirada, coge el papel con manos trémulas y se dispone a leer.

—*Hunter, es el quinto correo que te mando hoy. ¿Quieres dignarte a contestar? Te quiero, nene. Te quiero tanto que no puedo imaginarme la vida sin ti. ¿Por qué rechazas mis llamadas?*

Rita se interrumpe, pero Black la insta a continuar con ese gesto suyo tan severo de enarcar una ceja. A mí me da miedito cuando se pone en ese plan.

—Prosiga, prosiga. Ahora llega lo bueno.

—*¡Te odio, Hunter!* —lee Rita, asombrando a todo el mundo con el desequilibrio de su mensaje—. *¡Te odio tanto que quiero hacerte cosas espantosas! ¿Cómo pudiste hacernos esto? Pensaba que éramos un equipo. Anoche lo hablé con Ewan y le dije que si nosotros no podemos estar contigo, nadie debería poder hacerlo.*

Rita se calla y se limpia una lagrimita.

—Interesante —se jacta Black, que parece muy orgulloso de la prueba que ha presentando—. *Si nosotros no podemos estar contigo, nadie debería poder hacerlo.* Una frase memorable, señorita Sky. Apúntenla en sus libretas, damas y caballeros del jurado, para meditar detenidamente acerca de su significado.

—No lo decía en serio —lloriquea Rita—. Estaba muy afectada ese día. Yo...

—¿Señorita Sky, por qué habla en plural? ¿Por qué ese *nosotros* de su correo? ¿Qué pintaba Ewan en todo este asunto?

Rita le lanza una mirada feroz a Black. Uno de los miembros del jurado, un hombre de unos cincuenta años, de aspecto de lo más conservador, se inclina hacia adelante con evidente interés.

—Estábamos juntos.

—¿Usted y Ewan, o usted y Hunter?

Surge una pausa. Por unos inquietantes segundos, Rita se mantiene en completo silencio.

—Los tres —confiesa por fin, lo cual hace que la actividad en la sala se vuelva tan frenética que apenas se le escucha a Black diciendo que no tiene más preguntas.

Me extraña que no haya presionado a Rita para que confiese si contrató a alguien para cargarse a Hunter. Supongo que la estrategia de Black consiste en sembrar una duda razonable sin acusar a nadie en concreto, ya que no dispone de ninguna prueba al respecto. Su único objetivo es que el jurado me declare inocente. Todo lo demás, (la justicia, por ejemplo, o el sistema de leyes, lo que es justo y lo que no) se la pela a Robert Black.

Cuando acaba la sesión, son casi las cinco de la tarde. Mi padre se me acerca, bastante contento por la evolución de los acontecimientos, y me da un prolongado abrazo, que todas las cámaras captan de inmediato. Después, retrocede y le aprieta la mano a Black.

«*Un buen titular, papá*».

—Bien hecho, muchacho. Me ha gustado tu manera de llevar los interrogatorios.

El rostro de Robert no desvela ni pizca de alegría. De hecho, el rostro de Robert no desvela nada humano en este momento.

—Gracias, señor —es todo cuanto dice.

—¿Tomamos un café antes de que os marchéis?

Digo que sí, lo cual me consigue el obsequio de una mirada enfurruñada por parte de Black. No sé qué diablos pasa con él hoy. Está bastante raro. No sé si serán los nervios. Sabe que, en parte, toda mi vida está ahora en sus manos, y supongo que es mucha presión para un solo hombre. Será por eso por lo que últimamente Robert Black parece cargar con el peso del mundo entero encima de sus hombros. Hacía mucho que no me parecía tan atormentado.

Catherine y Nathaniel se nos acercan también. Es la primera vez que veo a Catherine y a Robert juntos, después de esa fatídica noche que marcó el comienzo de nuestro fin, y aún no sé qué sentir al respecto. Muy a mi pesar, he de admitir que aún hay una sombra de celos cayendo sobre mi mente como una oscura niebla. Supongo que hay cosas que nunca cambiarán. Aunque ni Robert ni Catherine me dan la más mínima razón para dudar de ellos, una parte de mi cerebro se mantiene alerta.

—Bien hecho, Black. —Catherine, sin reparar en la presencia de mi padre, se

acerca y besa las dos mejillas sin afeitar de Robert—. He disfrutado mucho con tu intervención.

—Mi hermano es un crack, ¿eh, amor? —se enorgullece Nate.

—Nunca he tenido dudas al respecto. —Catherine se vuelve para tenerme cara a cara—. Hola, Adeline.

Alzo un poco la barbilla.

—Catherine —saludo, en el mismo tono inexpresivo que el que ha empleado ella.

—Me alegro de volver a verte —me dice.

Catherine se inclina sobre mí y me da dos besos. Y es entonces cuando por fin suelto el aire que retenía en los pulmones, y con él, parte de la tensión que me endurecía los hombros.

—Gracias. Igualmente.

—*Hello*, angelito. —Nathaniel, pícaro como siempre, me guiña un ojo con socarronería. A este no puedo no sonreírle. Con él las cosas siempre han resultado fáciles. Quizá porque somos demasiado parecidos.

—Nate. ¿Cómo estás?

—He estado mejor. —Abre los ojos de par en par, se inclina sobre mí y me susurra—. Tengo el puto *jet lag*.

—Y una terrible resaca —se empeña en especificar su mujer, cuyo aire de aburrimiento resulta bastante divertido.

Nathaniel pone los ojos en blanco.

—Hoy nos empeñamos en resaltar lo de la resaca, ¿eh? Es la quinta vez que me echa en cara el haberme tomado tres copas anoche —se le queja Nathaniel a Robert, el cual suelta una carcajada.

—Haber mantenido tu apetito a raya —se mofa Robert.

Nate hace una mueca.

—Soy el chico malo de Hollywood, hermano. Tengo una reputación. No puedo ir por la vida siempre sobrio.

Mi padre carraspea impaciente.

—Oh, disculpad. Os presento a mi padre, Edward Carrington.

El rostro de Catherine adquiere una palidez casi cadavérica. Se vuelve para encararle, y el silencio es absoluto durante unos insufribles cuarenta segundos. No sé por qué hay tanta tensión de repente. Nathaniel también se ha vuelto raro, mirando a su mujer como si pretendiera absorberle el alma. Jamás he visto un modo tan posesivo de mirar a alguien. Creo que ni siquiera en su hermano aquel día cuando encontró a Hunter acariciándome.

—Edward —exhala Catherine, no sé si asombrada. Esta mujer es una maestra a la hora de ocultar sus emociones.

—Kitty —saluda mi padre con voz apática.

Ella fuerza una sonrisa mientras coge una profunda bocanada de aire en los pulmones.

—¿Cómo estás?

—Bien. Dadas las circunstancias.

—Te presento a mi... marido, Nathaniel.

La garganta de Edward se mueve al tragar saliva.

—Sí, ya me lo presentaste una vez. En la fiesta de Alan. ¿No te acuerdas de ello?

Catherine le muestra a mi padre su sonrisa más educada, que podría significar cualquier cosa.

—Ah, por supuesto. Casi se me olvida la fiesta de Alan. ¡Qué tiempos tan encantadores!

Los oscuros ojos de mi padre se mueven para enfocar a Nathaniel.

—¿Cómo está usted, señor Black? —Con aire severo, le ofrece una mano, que Nate aprieta de inmediato.

—Muy contento de ver que mi hermano y su hija han vuelto. Supongo que usted también lo estará, ¿verdad, senador?

—Desbordado de alegría estoy —coincide Edward flemático, mirando a Nathaniel con un desprecio que nos incomoda a todos los presentes.

Decido intervenir para poner fin a este momento tan extraño.

—¿Tomamos ese café o qué? —pregunto en un tono que pretende ser lo más desenfadado posible.

Mi padre mira el reloj.

—En realidad, acabo de recordar que hay un asunto que requiere mi inmediata atención. ¿Qué tal si lo dejamos para otro día?

Le lanzo una mirada escrutadora de la que no consigo gran cosa, ya que Edward se mantiene inexpresivo. También es un maestro a la hora de ocultar sus emociones.

—Mejor —contesta Robert por mí—. De todos modos, tanto Adeline como yo estamos bastante cansados y queremos regresar a casa cuanto antes. ¿Dónde os alojáis? —Mueve la mirada hacia Nate al formular la pregunta.

—En el Hilton —contesta este.

Mi padre rechina los dientes. No parece muy contento de averiguar que Catherine y Nathaniel van al mismo hotel que él.

—Ah. Vale. Yo nos vemos. Nos vamos, Adeline.

Me despido de ellos con un torpe gesto de la mano, y sigo a Black en dirección a la salida. En el aparcamiento, me abre la puerta y espera a que me instale en el coche. Parece absolutamente ausente, así que no intercambio ni una palabra con él hasta que llegamos a casa. Cuando se pone así, es mejor dejarlo a su aire. Sé le pasará. Tarde o temprano. Siempre se le pasa.

Sin disponerse a abandonar su ensimismamiento, Black sube de prisa las escaleras del porche, gira la llave dentro de la cerradura de la puerta principal y se echa a un lado para permitirme el paso. Vale, ya no soporto más su mutismo.

—¿Estás bien? —susurro, volviéndome en redondo para encararle.

No dice nada. Camina hacia mí, tan despacio que parece un depredador al acecho. Cuando nuestros ojos están a la misma altura y nuestros pechos se rozan un poco, Robert Black rodea mi nuca con los dedos y acerca mis labios a los suyos. Por un segundo, se limita a respirarme. Parece absolutamente atormentado en este momento.

Las yemas de sus dedos presionan con fuerza mi nuca, por debajo del pelo. Su boca está encima de la mía.

—Robert, bésame —suplico, como siempre.

Y él obedece.

Me ofrece un beso que adquiere cada vez más y más urgencia. Esta vez ni siquiera intenta contenerse, sino que me besa a conciencia, como si tuviera intención de absorberlo todo de mí.

Al apartarse por fin, deja caer la frente sobre la mía. Su pecho sube y baja violentamente, y en sus ojos aún arde ese deseo estremecedor que me despoja de todo pensamiento coherente. Un impresionante escalofrío me recorre de la cabeza a los pies cuando él mueve una mano y me empieza a acariciar muy despacio las comisuras de los labios.

—Ahora estoy mejor —musita, con una sonrisa temblorosa—. Estar contigo lo mejora todo.

—¿Estás estresado?

Su boca recupera esa sonrisilla suya un tanto socarrona.

—¿Por qué? ¿Tienes pensado volver a relajarme como hiciste esta mañana?

Busco sus ojos, que siguen destellando ese demencial brillo de deseo.

—No.

Lo firme que ha sonado mi voz parece asombrar a Robert Black, cuyo rostro adquiere un aire de sorpresa.

—¿No?

—No —aseguro con tono neutro—. Pienso hacerlo mucho mejor que esta mañana.

Una carcajada ronca brota de las profundidades de su pecho.

—Es tentador. Muy tentador. Pero mi plan es otro.

Enarco una ceja.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

Robert me suelta y desaparece detrás de la puerta. Me siento de repente sola y desamparada. No me gusta cuando no está cerca de mí. Soy una loca con una única obsesión: Robert Black.

Unos momentos después, escucho una canción de lo más familiar sonando en el salón. Sonriendo, me encamino hacia ahí. Robert está detrás de la barra de granito, sirviendo dos copas de vino. Me quedo un tiempo incalculable contemplándolo, calmada, siguiendo con la mirada la tranquilidad de sus movimientos, el absoluto control que exhibe, la anchura de sus hombros, que puedo percibir por debajo de la oscura tela de su traje.

—¿Por qué? —digo en tono bajo y ronco, buscando la intensidad azul de sus iris.

Se toma un momento, deliberadamente, y luego levanta la cabeza hacia mí. Al mirar en las profundidades de sus ojos, comprendo que Robert es consciente de que no me refiero al vino, ni siquiera a la canción que ha elegido, sino a por qué sigue aquí después de todo lo que nos ha pasado. Por qué aún sujeta mi mano.

En silencio, lo miro, y él me mira a mí. Fijamente. Sin vacilar. Sin pestañear.

Cuento treinta y ocho segundos hasta que Robert abre la boca y me dice así de claro:

—Porque mi amor por ti es insaciable.

A lo largo de mi vida, mi mundo se ha roto en pedazos demasiadas veces. Cuando me ocultaba en ese armario, cuando perdí a Chris, cuando murió Giselle, cuando mi bebé dejó de existir, y ahora, al recibir su respuesta.

«*Porque mi amor por ti es insaciable*».

Esas palabras resultan mucho más demoledoras que cualquier otra cosa que me haya dicho nunca. Abrumada por todo un abanico de emociones, me acerco a la silla más cercana y, sin nada de fuerzas, me dejo caer encima. Me siento vencida en este momento. Él me desarma así de rápido: con su mirada clavada en la mía y siete sencillas palabras que hacen que todos los muros del mundo se derrumben a mi alrededor.

Porque mi amor por ti es insaciable. ¡Como si fuera tan malditamente fácil!

Para Black, supongo que lo es. Las cosas son o blancas o negras. Punto. No está al tanto del deprimente y asfixiante gris que cada día gana más y más terreno dentro de mí.

Al día siguiente, Robert y yo llegamos al tribunal bastante enfadados el uno con el otro. Se ha opuesto tajantemente (por enésima vez) a que yo suba al estrado, pero me he empeñado en hacerlo, y, por supuesto, me he salido con la mía. Solo las personas que temen algo no suben a declarar, por miedo a que el fiscal les pille con una declaración contradictoria. Yo no tengo nada que temer. Tengo bien claro lo que sucedió ese día.

—Sigo reiterando lo estúpido que me parece todo esto —gruñe Black mientras esperamos a que Wharton ocupe su asiento.

—Y yo insisto una vez más en que pienso hacerlo.

—El fiscal va a ser inclemente contigo.

—Lo cual me hará disfrutar mucho más cuando choque contra el suelo como una torre derrumbada. Los gigantes también caen, Black. Y algunos nunca se levantan. Lambert va a ser uno de esos.

Robert me lanza una última mirada elocuente. De pronto, el alguacil llama al orden. La jueza está aquí.

Ya que soy el testigo de la defensa, hoy le toca empezar a Robert Black.

—La defensa llama al estrado a la acusada Adeline Graham.

Me levanto, me aliso la falda blanca y me acerco al estrado con paso firme. Mi rostro mantiene el aire sereno que llevo semanas ensayando. Como me dijeron de pequeña: la imagen lo es todo. Así que haz lo que te dé la gana, pero sin que te pillen. Es por eso por lo que hoy visto tonos pasteles y mi maquillaje es suave, casi inexistente. El jurado quiere a una niña a punto de venirse abajo. Démosles lo que aclaman con tanto fervor.

Ocupo la tribuna de los testigos y juro solemnemente decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, que así me ayude Dios.

—¿Señora Graham, a qué hora se despertó ese día?

—No miré el reloj.

—¿Pero diría que era por la mañana, por la tarde...?

—Casi por la noche. En algún momento pasado el té de las cinco y antes del *cocktail* de las ocho.

Alguien ríe en la sala. Black hace un gesto discreto que, sin embargo, no

disimula lo mucho que le ha irritado mi contestación.

—De acuerdo. ¿Y qué hizo nada más despertarse?

—Llamar a Hunt.

—¿Y?

—No contestó, así que bajé a la planta baja y puse música.

—¿Y qué fue lo que pensó? ¿Se preocupó de que Hunter no contestara?

—No demasiado. Supuse que estaría aún de morros por nuestra pelea de la noche anterior.

—¿Por qué se pelearon la noche anterior?

—Él no se mostraba de acuerdo con las ideas de Tolstoi.

Algunos miembros del jurado parecen divertidos. A lo lejos, resuena una carcajada.

—Entonces, ¿diría usted que fue una pelea de escasa importancia?

—Bueno, pienso que a nadie en su sano juicio le parecería tan grave discutir acerca del desenlace de una película, aunque hay gente que se toma estas cosas muy a pecho.

—¿Sí o no, señora Graham? —se enerva Black.

Lo fulmino con la mirada.

—Sí —escupo entre dientes.

—Bien, así que la noche anterior tuvieron una pelea de escasa importancia, se fueron a la cama enfadados y al día siguiente él no estaba.

—Así es.

—¿Y qué pasó a continuación?

—Subí a darme un baño. Ahí... —Hago una pausa de exactamente cuarenta y nueve segundos, al cabo de la cual trago saliva y bajo la mirada hacia mis nudillos—. Ahí estaba —digo con voz muy débil.

Robert Black me mira compasivo. Cree saber el tormento que se desata en mi interior ahora. Se equivoca. No tiene ni puñetera idea de sus magnitudes. Como siempre, ve lo que yo quiero que vea. Ni él ni nadie de esta maldita sala conocen la intensidad de mis sentimientos.

—¿Se encuentra bien?

Asiento en silencio, sin dejar de mirarme los nudillos.

—De acuerdo —dice Black, su voz, de pronto, cálida—. ¿Le importaría decirnos qué fue lo que pasó después de que encontrara el cuerpo?

Me tomo otros treinta segundos, antes de levantar la mirada. Algunos de los miembros del jurado sentados en primera fila dan un respingo al ver el inimaginable dolor reflejado en la turbia superficie de mis ojos.

—Me vine abajo. Llamé a emergencias, y no recuerdo nada después de eso. Yo... él estaba... —Me desmorono, hundo la cabeza entre las manos y susurro—... Estaba muerto. Muerto *de verdad*.

—Sé que es duro para usted, Adeline, pero necesito que haga memoria: ¿entró usted en algún momento en la cocina después de encontrar el cuerpo de su marido?

Agito la cabeza con fervor.

—No que yo recuerde.

—Entonces, ¿cómo se explica el botón ensangrentado?

Me encojo de hombros.

—No me lo explico.

—No pudo aparecer ahí por arte de magia, señora Graham.

¿Por qué demonios se pone tan agresivo conmigo? ¿Se le ha olvidado que su cliente soy yo?

—Obviamente, letrado. Pero no recuerdo haber entrado nunca en la cocina.

—¿Y cómo se explica lo del disparo?

Levanto los ojos hacia los suyos.

—¿A qué se refiere?

—Pegaron un tiro a su marido a quince metros de distancia de donde usted dormía.

—Así es.

—¿Y cómo es que no lo escuchó?

—Dormía.

—Debe de tener usted un sueño muy profundo.

—Diríase que yo dormía igual que un muerto.

—¿Y eso por qué, señora Graham?

—Porque él me había dado algo para el insomnio, y ese *algo* produce esos efectos.

—Protesto, señorita. No hay pruebas que lo respalden.

—Se rechaza. Quiero ver adónde nos lleva esto. Prosigan.

—Él le había dado algo... —Creo que todo el mundo es capaz de percibir el escepticismo en la voz de Robert Black. ¿Qué es esto?, ¿alguna especie de interrogatorio de choque? ¿Me está volviendo agresiva para resistir mejor los golpes de su contrincante? —. ¿Y qué era ese algo que tomó y que la dejó tan inconsciente como para no escuchar el atronador disparo, señora Graham?

Me tomo un momento, para crear más expectación en la sala. Me inclino hacia el micrófono y digo con voz clara y sin nada de inflexiones:

—Líquido X.

El público estalla. La jueza tiene que llamar al orden en más de una ocasión. Robert se vuelve cada vez más implacable, ahondando en el asunto de la droga que tomé, sus efectos y el fin, que yo recalco en dos ocasiones distintas como el insomnio.

—Después del fallecimiento de mi madre, me derrumbé a nivel psíquico —explico después de tomar un sorbo de agua—. Empecé a ir al psicólogo y a sufrir insomnio. Lo pasé realmente mal, la verdad. Al casarme con Hunt, me mudé a Texas y dejé de ir a la consulta del doctor Zagers, en Nueva York. De todos modos, Hunter consideraba que no me servía de mucho, así que me encaminó hacia tratamientos alternativos.

—¿Drogas? —me propone Black con dureza.

«*Los jurados no empatizan con los drogadictos. La gente enganchada a las drogas es capaz de cometer un asesinato por un gramo de cocaína*».

—No necesariamente. Es decir, solo muy de vez en cuando, en casos de extrema gravedad, por supuesto, cuando era imposible conciliar el sueño de otro modo. Por norma general, me funcionaba la meditación y algunos otros métodos de origen... alternativo.

—¿Como cuáles?

Me encojo de hombros.

—Bueno, teníamos un modo... peculiar de focalizar las energías negativas.

—El sexo violento.

La contundente afirmación del abogado de la defensa provoca estupor entre los miembros más conservadores del jurado, y diversión entre los asistentes más liberales de la sala. En concreto, a Nathaniel Black, quien es incapaz de retener una carcajada. Estoy sopesando la idea de pedir tiempo muerto. ¿Se puede pedir tiempo muerto en un juicio? Lo desconozco, la verdad, pero Black me está acorralando, y esta vez no es con fines lujuriosos. Me está metiendo mucha presión, como si más que mi defensa, fuera mi acusación; el verdugo que va a blandir la espada.

—Se encontraron varios instrumentos de *bondage* en su sótano, señora Graham.

—Bueno, todo el mundo sabe que sí.

—¿También los usaban para el insomnio?

Su pregunta me saca de mis casillas. Robert enarca una ceja con aire severo. Me está poniendo muy a prueba hoy. Y yo pienso ponerle a prueba a él. ¿Quién coño se ha creído que es este tío?

—Estábamos muy enamorados, letrado. Cuando hay unos sentimientos tan intensos de por medio, las normas carecen de valor. ¿Obramos bien? ¡Por supuesto que no! Aunque no corríamos peligro físico, nuestras almas iban camino a la perdición —digo con sinceridad, moviendo la mirada hacia uno de los miembros del jurado que, al entrar en la sala, tenía un rosario de rezar colgándole del bolsillo—. ¿Cometimos pecados? —prosigo, mirando a aquel hombre a los ojos—. ¡Claro que sí! Pero no serán los miembros de este tribunal quienes nos juzguen por ello, sino una fuerza superior a todo hombre. Yo me he dejado en Sus manos hace tiempo ya, porque los pecados que he cometido nada tienen que ver con las leyes de los hombres, sino con las que están muy por encima.

—Se ha vuelto usted muy religiosa.

—Siempre lo he sido, letrado. Desde pequeña me educaron en el conocimiento de Dios.

Robert me dedica su mirada de *¡y un cuerno!*, y yo sonrío con timidez. Cuando es preciso, puedo ser la niña que mi padre quiere que sea.

Vuelvo a escudriñar a los miembros del jurado y me doy cuenta de que mi última afirmación ha borrado de sus mentes cualquier incidente relacionado con las drogas o el sexo violento. Siguen viéndome como a una pecadora, por supuesto, pero una pecadora *arrepentida*. ¿Acaso no reside ahí la base de nuestra religión? ¿Pecar y arrepentirse después? Yo, desde luego, lo hago mucho.

—Señora Graham, ¿qué sintió esa mañana, cuando encontró el cuerpo?

Me tomo unos momentos antes de formular palabra. Todas las emociones reprimidas regresan a mi mente, y por unos cuantos latidos del corazón, se vuelven abrumadoras.

—Perderle fue un modo terrible de morir —susurro con voz queda y una amarga sonrisa insinuándose en mis labios—. Me derrumbé tan estrepitosamente como la torre de Babel. Yo no le maté. Al menos, no en el sentido más literal de la palabra. No puse una pistola contra su cabeza y...

—Le dispararon en el pecho, señora Graham.

Entorno los ojos hacia mis adentros. «*Fallé por muy poco. Dame un respiro, Black*».

—Bien, no puse una pistola contra *su pecho* —me corrijo con cierta irritación—. No. Lo que hice fue herirle de un modo mucho más horrible, y para eso no tengo perdón. No estuve a su lado cuando más me necesitaba, y es lo único que lamento ahora, porque él estuvo a mi lado en los momentos más oscuros de la mía. Cuando gritaba, arredrada por mis pesadillas, sus labios

estaban cerca de mi oído, susurrándome que me tranquilizara. Cuando estuve encerrada, prisionera de mi propia vida, él me abrió la jaula. Él me hizo sentirme viva, letrado —le digo, buscando sus ojos, que brillan un poco más de lo normal—. ¿Y qué fue lo que hice yo cuando él se vino abajo? Volverle la espalda.

—¿Y por qué se vino él abajo?

—Todos tenemos nuestros demonios. Algunos son muy poderosos.

—Señora Graham, tengo aquí una foto suya sacada de un periódico bastante importante. ¿Le reconoce?

Se la muestra antes al jurado y luego a mí. Hago un gesto de exasperación.

—Sí.

—Según el artículo que escribieron, eran más de las doce de la noche cuando sacaron esta foto. ¿Qué hacía usted en el cementerio a esas horas, en una noche tan lluviosa?

—Pensé que así podría evitar precisamente eso: que la prensa pudiera hacer un circo de mi vida personal. Uno ha de estar solo para poder despedirse de sus seres queridos, letrado, así que creí que a esas horas, en una noche tan infernal como aquella, nadie me seguiría para sacar esa foto que tan orgullosamente expone usted ahora. Sin duda, me equivoqué. No debería exhibirse mi vida personal de ese modo. Yo también tengo derecho a la intimidad, ¿sabe?

Eso cala a la gente, lo puedo ver en sus rostros. Cuando subí a este estrado, me miraban como a una asesina. Ahora, algo en sus ojos ha cambiado: un brillo compasivo que antes no estaba ahí.

—Una última pregunta, señora Graham.

—Le escucho.

—¿Le mató usted? Y recuerda que ha jurado sobre todo lo sagrado decir la verdad. Supongo que una persona religiosa como usted no se atrevería a mentir en estas circunstancias.

La pregunta del año: ¿le mató usted? Levanto la mirada y la clavo en la de Black. Necesito mirarle a los ojos.

—Yo jamás arrebataría la vida de otra persona.

Puede que tenga millones de pecados, pero ese nunca se sumará a la lista. Puede que haya mentido, engañado, traicionado, abandonado. Y no me cabe duda de que volveré a hacerlo, si se me presenta la ocasión. Sin embargo, arrebatar la vida a un inocente no es lo mío.

—¿Sí o no, señora Graham?

Una larga pausa. Los implacables ojos de Black se hunden en los míos con

una intensidad desbordante.

—No.

Contundente. Claro. Sin ninguna especie de vacilación. La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, que así me ayude Dios.

Pasan diez segundos hasta que Robert deja de enfocarme con tanto empeño. Ha sido un momento raro. Es la primera vez que él me lo pregunta: ¿Le mataste, Adeline? ¿Apretaste el maldito gatillo? Y el hecho de que lo haya hecho aquí, delante de toda esta gente, resulta desconcertante.

—No hay más preguntas, señoría.

—¿Señor fiscal? —pregunta Wharton.

El fiscal se pone en pie, se arregla la americana y se me acerca. Dejemos que la función comience.

—Señora Graham, acaba de afirmar usted que no mató a su marido.

—Así es.

—Sin embargo, no ha podido explicar hoy a esta corte por qué los investigadores encontraron una prueba de su presencia en la cocina, cuando usted nunca estuvo ahí, que sepamos.

—No, no puedo.

—Interesante. ¿Y sabe qué es aún más interesante?

«*Apostaría mi cuello a que me lo vas a decir*».

—No, no lo sé.

—Su llamada a emergencias. Pido permiso para reproducirla, señoría.

—Adelante —dice Wharton.

El alguacil pone la grabación.

—911, ¿cuál es su emergencia?... ¿Hola?... Ha llamado al servicio de emergencias. ¿Cuál es su emergencia?... ¿Hola?... ¿Hay alguien?... ¿Me escucha?

—La escucho.

—¿Señora, cuál es su emergencia?

—Creo que he matado a mi marido.

—Por favor, tranquilícese y... ¿Señora? ¿Oiga? ¿Sigue ahí?

La llamada se corta. Recuerdo que se me cayó el teléfono de la mano. O que lo dejé caer. No está muy claro. Los recuerdos de lo que pasó después los tengo bastante confusos y faltos de coherencia.

—A mí me parece que lo tenía bastante claro en el momento cuando efectuó esa llamada. *He matado a mi marido*. Esas fueron sus propias palabras.

—Protesto, señoría. Está induciendo a un deliberado error a los miembros del jurado, omitiendo algunas de las palabras de la acusada, que cambian por completo el sentido de la frase, ya que ella nunca afirma haberlo hecho, sino que lo pone en duda con un *creo*. *Creo* que he matado a mi marido.

—Se sostiene. Señor fiscal, déjese de juegos.

—Retiro la afirmación. Señora Graham, ¿amaba usted a su marido?

¿Qué puedo contestar a eso? ¿La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, quizá?

—Sí.

—¿Y él la amaba a usted?

—Por supuesto.

—¿Cómo lo sabe?

Todos los recuerdos reprimidos empiezan a adquirir forma dentro de mi cabeza.

«*Te quiero, nena. Eres lo mejor que me ha pasado nunca*».

«*Encontraré la forma de salvarte. Te lo juro*».

Es tan intenso el peso de todo *aquello* que ya no puedo más. No puedo reprimirme, y me vengo abajo, rompiendo a llorar. Todo eso tenía que estallar de algún modo.

—¿Señora Graham? —insiste el fiscal al cabo de un rato.

Tomo todo el vaso de agua para tranquilizarme. Me tiemblan las manos tan fuerte que derramo parte de su contenido encima de mi ridícula blusa de seda rosa pastel. Levanto los ojos, anegados en lágrimas, hacia los suyos y me disculpo por mi torpeza.

«*Todo lo que te queda ahora soy yo. Nunca cambiaré eso*».

«*Sabes que formo parte de ti, tal y como tú formas parte de mí ahora*».

«*Solo me tienes a mí, y yo nunca te abandonaré*».

—Me lo demostró en muchas ocasiones. Me hizo sentir la... magnitud de su amor.

—¿Mantiene usted una relación con su ex novio, el señor Black?

—Protesto, señoría —se irrita Black—. No estamos juzgando mi vida sexual.

—Se rechaza. Conteste, acusada.

—Robert me ha apoyado mucho en los últimos meses. Siempre ha estado ahí. Intento pasar página y... seguir con mi vida.

—No me ha quedado muy claro, señora Graham. ¿Intenta decir que se está

acostando usted con Robert Black?

—¡Protesto, señorita!

—¡Sí! —grito, lo cual hace que el alboroto colectivo inunde la sala.

La jueza llama al orden. Black me fulmina con la mirada. Sus ojos me confirman sus pensamientos. Me dicen que él me advirtió de que esto iba a pasar y que me lo he hecho yo solita; que lo podía haber evitado todo negándome a declarar.

—Así que usted, pese al papel de viuda sin consuelo que se empeña en exhibir en la prensa sensacionalista, mantiene una relación amorosa con su ex novio, el hombre con el que estuvo a punto de casarse y...

—El hombre al que abandoné para casarme con Hunter, querrá decir —interrumpo con impaciencia, intentando no mirar a Robert—. Sí, señor fiscal. Mantengo una relación con él, pero eso no me convierte en una asesina. ¿Qué es lo que espera que le diga? ¿Que me tenían que haber enterrado con mi marido? Pues lo siento, pero esas prácticas ya no se llevan a cabo hoy en día. Han transcurrido ocho meses y, por muy dolorosa que haya resultado mi pérdida, necesito pasar página y recuperar mi vida después de todo lo que ha pasado. Creo que tengo ese derecho.

—¿Se arrepintió usted alguna vez de poner fin a su relación con Robert Black?

Esta vez sí miro a Robert.

—Nunca —digo con una contundencia que hace que Black apriete la mandíbula.

—Pero ahora ha vuelto con él.

—Sí.

—¿Porque aún le ama? —me propone.

—Porque es rico, guapo y de muy buena familia. Es un buen partido. Y si no puedes tener al hombre que quieres, ¿qué más dará uno que otro?

Eso produce diversión entre los asistentes. Menos, claro, a Robert Black, cuyos dedos se tensan alrededor del bolígrafo hasta que los nudillos de su mano derecha se vuelven blancos.

—¿Mató usted a Hunter para volver con Robert Black?

¡Pero qué ridiculez!

—¡No!

—Entonces, ¿por qué lo hizo? ¿Le aburría el matrimonio?

—En absoluto. Nuestro matrimonio era de lo más entretenido, según ha quedado claro.

Durante los siguientes cincuenta minutos, el fiscal y yo ponemos en marcha un intenso toma y daca. Él enumera y ahonda en todos mis trapos sucios. Drogas, inestabilidad mental, una vida sexual fuera de lo normal, un ex novio (Black), una ex novia (Rita) que a lo mejor me inspiraba celos. Todos los motivos que se le pudieron ocurrir para justificar el porqué de apretar ese gatillo, los expone delante del jurado. Pero no consigue que yo claudique. Como he dicho, solo las personas que tienen algo que temer se vienen abajo.

Cuando acaba mi interrogatorio, estoy agotada. Sin embargo, la sesión de hoy aún está lejos de acabar.

—¿Señor Black, un contrainterrogatorio?

—No, señoría.

—Entonces, haremos una pausa de quince minutos y luego retomaremos los testimonios.

Aún quedan dos testigos: el doctor Dubois, un reputado psiquiatra que Robert ha hecho venir desde París para hablarnos acerca de los *shock* post traumáticos, y el doctor Zagers, de Nueva York, el psicólogo que me trató después del suicidio de mi madre.

Al acabar la pausa, Robert se pone en pie y llama al primer testigo, Dubois, que asegura que, a juzgar por esa llamada a emergencias, yo me hallaba en un más que evidente estado de conmoción, lo cual pudo haber trastornado mi mente lo bastante como para acabar creyendo que había apretado el gatillo. Como bien dijo Black, la verdad es relativa, según quién la cuente. Y cuanto más prestigioso y europeo sea el especialista, mejor para creer sus palabras.

El fiscal no obtiene nada beneficioso de su interrogatorio, así que solo formula un par de preguntas rutinarias, antes de retirarse y devolverle la pelota a Black.

La defensa llama a su último testigo, el doctor Zagers, que les habla a los miembros del jurado acerca de los efectos del aislamiento afectivo, un mecanismo de defensa a través del cual las personas que han sufrido un hecho traumático intentan proteger sus heridas afectivas mediante un comportamiento que la mayoría describiría como pasivo o indiferente. Lo cual justificaría más que de sobra mi actitud después de la llegada de los servicios de emergencia.

Para rematar sus afirmaciones, Zagers pone en antecedentes al jurado sobre el anterior episodio de aislamiento afectivo sufrido nada más fallecer mi madre, hecho que demuestra mi predisposición a esta especie de sucesos.

Al acabar la jornada, tengo la sensación de que la balanza se ha inclinado ligeramente a mi favor. Y también de que Robert Black está aún más cabreado

conmigo de lo que estaba esta mañana.

Cuando regresamos a casa, es de noche. Dentro del pasillo no hay ni una sola luz encendida. Me sobrecoge tantísima oscuridad.

A diferencia de otras ocasiones, esta vez Robert no me sostiene la puerta para que entre, sino que pasa él primero y desaparece en la penumbra. La lluvia tamborilea contra el tejado con golpecitos huecos, y yo tengo gotas en el pelo y los pies húmedos.

Avanzo hasta la mitad del pasillo, cuando la puerta se cierra ruidosamente a mis espaldas, sumiendo la casa en más negrura. Me giro de prisa, con el corazón en un puño, pero no veo nada ni a nadie. Hay demasiada oscuridad aquí dentro.

—¿Robert? —musito con voz desmayada.

Le escucho respirar desde alguna parte de la aborrecible oscuridad. ¿A qué está jugando ahora? ¿Por qué se esconde de mí?

—¿Qué haces? —vuelvo a hablar.

Robert, surgiendo de entre las sombras, se abalanza sobre mí y, desde atrás, me agarra los pechos entre las palmas. Grito, pillada por sorpresa. ¡Dios! ¡Qué susto me ha pegado!

—¡Joder, Black!

Sus manos aprietan mi carne con caricias rudas y ansiosas, trazando las aureolas con las puntas de los dedos.

—No hablabas de él, ¿verdad? —resalla en mi oído.

Mientras espera una respuesta, su polla empuja contra mi espalda.

—¿A qué te refieres?

—Hoy. En el estrado. *Perderle fue un modo terrible de morir. Me derrumbé tan estrepitosamente como la torre de Babel. Él me hizo sentirme viva, letrado.* Eso fue lo que dijiste. Y luego me miraste a los ojos y continuaste: *¿Y qué fue lo que hice yo cuando él se vino abajo? Volverle la espalda.* No te referías a tu marido en ese momento, Adeline. Te referías a mí.

Vacilo un poco, y Robert empuja de nuevo las caderas contra mi trasero, como si quisiera estar dentro de mí ahora mismo, traspasar todas las barreras que le detienen.

—Contéstame —me exige con dureza.

Una de sus manos me suelta y me obliga a ladear el rostro hacia la derecha. En cuanto obedezco, su boca se estrella contra mi cuello y empieza a succionar

con una intensidad casi salvaje.

—¡Robert, duele!

—Y a mí me duelen muchas de las cosas que me haces tú —gruñe, pasando la lengua por encima de la piel lastimada, para suavizar su brusquedad.

Entrecierro los ojos y comienzo a frotarme contra su polla.

—¿La quieres dentro? —murmura, con una mano sujetándome por el mentón y con la otra aferrada a mí pecho, que no deja de masajear.

—Sí —siseo.

Me suelta el pezón, arrastra la palma por mi abdomen y la desliza entre mis piernas, por debajo de la falda. En cambio, su otra mano no tiene pensado dejar de mantener mi rostro hacia la derecha. Supongo que quiere un pleno acceso a mi oído y a mi cuello.

—¿Lo decías en serio? ¿Lo de antes?

Mientras me habla, sus dedos apartan un poco la tela de mis bragas y empiezan a acariciarme. Doy un respingo, lo que hace que las yemas de su otra mano se hundan en mi mandíbula y me sujeten pegada a su cuerpo.

—Esa mano tuya está peligrosamente cerca de mi cuello —advierdo.

Noto cómo sus labios se mueven contra mi hombro.

—¿Cuál? ¿Esta? —Me suelta la mandíbula para poder rodearme el cuello. Enrosca los dedos a su alrededor, al mismo tiempo que hunde el índice de la otra mano dentro de mí. Mis músculos internos se aferran a él y empiezan a estrujarlo con fuerza—. Mmmm. Me gusta tu cuello. Es muy... frágil.

—Vuelves a comportarte como un demente —le digo, moviéndome contra su mano.

Riéndose, clava los dientes en el lóbulo de mi oreja y tira de él con suavidad.

—Lo sé.

Hago una pausa, y un gruñido lascivo escapa de mi garganta al sentir el húmedo calor de su aliento acariciando mi oído.

—Lo decía en serio —susurro—. Lo de antes. Me refería a ti. A lo nuestro.

Sin apartarse demasiado de mí, Robert se deshace de su pantalón y de mis bragas. Después, vuelve a pegarse a mi espalda, meciéndose a sí mismo entre mis piernas.

—¿Por qué? —murmura, arrastrando la boca por el lateral de mi cuello, por detrás de la oreja.

—Porque quería que lo supieras. Quería que supieras que... lo siento.

Cierro los ojos cuando su erección se abre camino a través de mi carne. Sus manos se agarran a los huesos de mis caderas, para poder controlar mejor mis

movimientos.

—Ahora lo sé. Y te perdono...

*Mira, su moralidad, su ética...
es una gran mentira.
(The Joker)*

Capítulo 2

Actualidad, Austin, Texas

Adeline

—La acusación llama al estrado a Hayley Lanchester.

Hoy es el día. El gran día. El día del golpe final.

Hoy me siento más inquieta que nunca. No puedo dejar de removerme en mi asiento, lanzando miradas frenéticas por toda la sala. Tengo las palmas sudadas y el corazón me late con furia. Dios mío, esto resulta muchísimo más difícil de lo que creía.

Hayley, con aire sombrío y expresión cadavérica, sube al estrado y repite las palabras del juramento. El fiscal se acerca parsimonioso, como si no tuviera ninguna especie de prisa hoy. Empieza con las típicas preguntas, su relación con la víctima, su relación conmigo, etc. Hayley rompe a llorar dos veces durante su interrogatorio, sobre todo en la parte en la que le dice al jurado lo buena persona que era su hermano, siempre solidario e implicado en varios proyectos humanitarios. Parece destrozada, y eso me conmueve, porque sé lo que siente ahora mismo. Conozco su dolor. Daría lo que fuera por poder evitárselo, pero no puedo.

—Señora Lanchester, sé que está pasando por un momento muy complicado —dice el fiscal, de lo más compasivo—. Soy consciente de lo difícil que le resulta hablar de estas cosas, pero me gustaría que me dijera si cree usted posible que la señora Graham apretara ese gatillo.

Hayley me dedica una mirada aniquiladora. Traga saliva, se inclina hacia el micrófono y dice con contundencia:

—Estoy segura de ello.

—¿Por qué?

—Porque no se llevaban bien. Ellos... ellos se peleaban mucho, y ella dijo una vez... Dijo...

—¿Qué dijo, señora Lanchester?

—Dijo: *como me vuelvas a tocar, juro por la memoria de mi hijo que te mataré.*

La jueza llama al orden. Black me lanza una mirada desconcertada. Sin embargo, me mantengo impassible.

—Gracias, señora Lanchester. No hay más preguntas, señoría.

—¿Desea la defensa interrogar a la testigo?

—Sí, señoría.

Black se pone en pie, se pasa una mano por el cabello y echa a andar hacia el estrado.

—*Como me vuelvas a tocar, juro por la memoria de mi hijo que te mataré.* Dígame, señora Lanchester, ¿fueron esas las palabras exactas de la señora Graham?

—Así es.

—¿Me puede describir el contexto?

—Estábamos en una fiesta. En su casa. Hunter dijo que a Adeline no le apetecía participar. De todos modos, ella no era muy sociable. Casi nunca salía de su habitación cuando nosotros íbamos de visita.

—¿Y eso por qué, señora Graham?

—Le caeríamos mal —sugiere con una sequedad que me hace entornar los ojos.

—Bien, ¿y qué fue lo que pasó en la fiesta? ¿Si Adeline no estaba presente, cómo pudo usted escuchar aquello?

—Había demasiada gente ahí, y yo quería ir al servicio, pero el baño de la biblioteca estaba ocupado, así que subí al de arriba. Pero el de arriba también estaba ocupado, por lo que decidí usar el baño personal de Hunter. A fin de cuentas, era mi hermano. No creí que le fuera a importar. Yo estaba embarazada, y él sabía que iba mucho al baño y que no podía aguantar por demasiado tiempo. El caso es que estaba a punto de entrar en su habitación, cuando los escuché peleándose. Me detuve, no encontré el valor de interrumpir su discusión.

—¿Y qué más escuchó, aparte de esa frase? ¿Qué decía Hunter?

—No lo sé. Él hablaba muy bajo. Solo la escuché a ella. Supongo que Hunter se había puesto un poco cariñoso. Siempre se ponía cariñoso con dos copas de más.

—Así que intuye usted que él intentaba...

—Acostarse con ella. Sí, sin duda. Pero imagino que a Adeline le molestarían sus avances, así que le soltó esa amenaza.

—¿Y qué fue lo que hizo Hunter? ¿Insistió? ¿La obligó?

Hayley suelta un bufido despectivo.

—¡Obligarla! Mi hermano no era de esos. No le hacía falta obligar a nadie. Salió cerrando de un portazo y, al chocar conmigo, me gritó: *¡Joder, Hayley, no escuches detrás de las puertas! ¡Ni que tuvieras cinco años, coño!* —sonríe un poco al reproducir las palabras de su hermano, y luego se vuelve sombría otra vez—. Parecía muy cabreado cuando bajó por la escalera. De hecho, estaba tan enfadado que cogió su coche y se marchó sin decir adónde iba.

—¿Vio usted a Adeline esa noche?

—No. Mi marido y yo estuvimos ahí un rato más y luego nos fuimos a casa.

La puerta del juzgado se abre, sobresaltando a Hayley, y yo giro la cabeza hacia atrás y miro a la mujer pelirroja que acaba de franquearla. Ella camina por el pasillo, atrayendo de inmediato la atención de Robert.

—Señoría, ¿me disculpa un momento? Es mi investigadora, y puede que traiga algo relevante.

—De prisa, letrado. Todos queremos irnos a casa.

Robert se acerca a la portezuela, habla en voz baja con esa mujer a la que no conozco de nada y coge la carpeta que ella le ofrece. Vuelve a aparecerle un ligero ceño mientras la abre y la estudia por unos momentos. Con la vista clavada en los papeles, se acerca de nuevo a la tribuna de los testigos.

—Señora Lanchester, ¿confía usted en la justicia?

Hayley parece azorada.

—Cl... claro —responde con duda.

Robert alza los ojos hacia los suyos, al mismo tiempo que cierra la carpeta.

—¿Piensa usted que la Fiscalía está haciendo todo lo posible para meter entre rejas a la señora Graham?

El fiscal protesta, arguyendo que la defensa está insinuando que el Estado, más que aplicar las leyes, lo que hace es conspirar, pero Robert asegura a Wharton que esto es muy gordo y que debe seguir. Finalmente, la jueza cede, ávida de saber qué succulenta información contiene esa carpeta azul que Robert ha dejado a unos centímetros de distancia del vaso de agua de Hayley.

—Sí, lo creo —responde Hayley, instada por la jueza.

—Entonces, ¿por qué creyó necesario sobornar al fiscal que lleva este caso, señora Lanchester?

—¡PROTESTO, SEÑORÍA! Está acusando al Estado de cometer...

—¿Acaso no confiaba usted en que la justicia iba a obrar bien sin necesidad de sobornos, señora Lanchester? —le grita Black, por encima de los rugidos del fiscal.

La sala ha enloquecido. La jueza parece al borde de una crisis nerviosa. Ordena que salga el jurado y llama a los dos abogados a su despacho. Está hecha una furia. Espero inquieta, mordiéndome las uñas, durante cuarenta minutos, hasta que regresan los tres, muy serios. No puedo hablar con Black para saber qué diablos ha sucedido ahí dentro, ya que Wharton llama de inmediato al jurado.

—¿Señor Lambert? —trueno, iracunda, tan pronto como los doce miembros ocupan sus asientos—. ¿Le gustaría decirnos algo en relación al circo que han montado en mi sala?

El fiscal se pone en pie. Parece destrozado. Robert coge mi mano por encima de la mesa y me guiña un ojo, pero ni siquiera eso consigue tranquilizarme. Nunca me he sentido tan nerviosa.

—Sí, señoría. En base a todas las irregularidades encontradas en este caso, la Fiscalía... —Lambert hace una larga pausa, como si le formular esas palabras fuera lo más difícil que haya tenido que hacer en toda su vida—. La Fiscalía retira los cargos, señoría.

El mazo golpea la madera para acallar a la sala.

—Se aprueba. Todos los cargos en contra de la acusada Adeline Graham se retiran con prejuicio. —Me mira por encima de las gafas, y, por primera vez en tres días, me sonrío—. Queda usted absuelta, señora Graham.

«Absuelta... Queda usted absuelta... »

El mundo entero oscurece a mi alrededor mientras esas palabras se reproducen una y otra vez dentro de mi cabeza. Me reclino sobre el respaldo del asiento y cierro los ojos. La sensación de desahogo es casi inaguantable.

«Absuelta... ¿Absuelta? ¿Soy libre? ¿Libre de verdad?»

—¿Así que la jueza te ha multado y va a abrir una investigación?

—No se ha tragado mi historia de que me acababan de entregar esas fotografías. Wharton está convencida que he tenido esa información en mi poder durante meses enteros, y hará todo lo posible para demostrarlo.

Las voces me suenan extrañas, demasiado lejanas, como zumbidos. No puedo centrarme en ellas.

—¿Te preocupa tu carrera?

—¡A la mierda con mi carrera! Lo importante es que ella esté bien. Wharton no va a poder demostrar nada, ya lo verás.

—Mmmm. Ahí estamos de acuerdo. Mis fuentes son fiables. No te preocupes por ello. ¿Y qué pasará con Rodríguez?

—Bueno, no tenemos pruebas de que hubiera colocado ese botón, solo una sospecha, pero podemos informar a sus jefes y...

—No —me opongo yo, que hasta ese momento me he mantenido al margen, demasiado ensimismada como para sumarme a su conversación.

Edward y Robert, los dos cómodamente instalados en los asientos del jet privado de mi padre, mueven las miradas hacia mí.

—¿Cómo que no?

Desprendo los ojos de los campos amarillos por encima de las cuales sobrevolamos, y los miro con impasibilidad.

—Tú le jodiste a él, él intentó jodernos a nosotros. Ojo por ojo, papá. Déjalo estar.

—No pienso permitir...

—He dicho que no, Edward. Además, como bien ha insistido Black, no tenéis más que pruebas circunstanciales.

—Pero le podemos abrir un expediente y...

—Déjate de expedientes. Rodríguez es un buen poli.

—¡Un buen poli! —bufa Black, aflojándose la corbata con una brusquedad producida por los nervios—. Lo que pasa es que te pone.

Entorno los ojos. No quiero saber cómo ha llegado a esa conclusión.

—No me pone. No es mi tipo. A mí solo me pones tú.

—¡Y una mierda! —ladra, colérico.

Mi padre se escandaliza aún más.

—¿Se te ha olvidado acaso que has estado a punto de recibir una cadena perpetua por su culpa?

—No, no se me ha olvidado. Y por eso te digo que lo dejes estar. Considero que Rodríguez y los Carrington estamos en paz.

Enervado, mi padre deja caer la espalda contra el respaldo de su asiento y resalla.

—Es la muchacha más rara que he conocido en mi vida —le dice a Robert—. ¿Cómo la soportas?

—Difícilmente —expone este mientras se echa una generosa copa, para superar su ataque de celos.

Vuelvo la mirada hacia abajo. Un nuevo capítulo se cierra. ¿Qué otros capítulos se abrirán ahora?

—Este sábado pienso organizar una fiesta por todo lo alto para celebrar nuestra victoria —informa Edward pasado un rato.

Black me mira mordisqueándose los labios. No sabe si contestar algo, porque aún no sabe qué me parece a mí, de modo que intenta calibrarme.

—Iremos —es todo cuanto digo.

Mi padre asiente.

—Sigo pensando que eres rara —me dice de pronto.

Suelto una carcajada. Los miro a los dos, risueña. Ellos son mi única familia ahora. Lo único que me queda.

—Nadie es perfecto, Edward. No existe la perfección. Y si acaso existiera, sería peligrosa.

Robert coloca una mano encima de la mía y la aprieta fuerte. ¿Se le habrá pasado el berrinche? Lo miro a los ojos. Él me mira a mí.

Y me sonrío. Sí, se le ha pasado el berrinche.

Siempre he detestado las fiestas de la alta sociedad neoyorquina. Todo el mundo lleva atuendos elegantes, y todo el mundo finge ser amigo de todo el mundo. Personas a las que hace años enteros que no ves, se te acercan para decirte lo mucho que te han echado de menos, cuando tú sabes que realmente les importas una mierda. Es asfixiante estar aquí. Pero no puedo marcharme. A fin de cuentas, es mi fiesta. Todos ellos están aquí para darme la enhorabuena. No puedo defraudarles ni puedo decepcionar a Edward, que se ha tomado la molestia de organizar todo esto en su casa.

Barriendo los solemnes suelos de mármol con mi vestido de gala color champán, me desplazo de un rincón al otro, charlando con todo el mundo, riendo y bailando como si en verdad me sintiera a gusto esta noche. Ni de lejos lo hago, me siento como pez nadando fuera de agua, pero como siempre he dicho, si es preciso, puedo ser la chica que ellos quieren ver. En la vida todo es cuestión de disciplina.

—Eres la chica más guapa de toda la maldita fiesta y yo no puedo dejar de mirarte —me susurra Black al oído, tan pronto como me quedo sola por primera vez en tres horas. Se ha pasado todo el rato apoyado contra el alfeizar de una ventana, cruzado de brazos, mirándome con obstinación. A fin de cuentas, solo

es un intruso, la mejor categoría de todas. Él no está aquí para hacer amigos. Está aquí por mí.

Me giro de cara a él y le sonrío.

—Hola, desconocido.

—Hola, mi ángel.

—¿Te aburres?

Tuerce los labios.

—Ahora ya no.

—¿Por qué ahora ya no?

—Porque ahora tú estás conmigo.

Sonrío de nuevo. Me agarro a su brazo y empezamos a pasear por el salón.

—Sabes, Black, esto me recuerda a esa fiesta en la que te conocí.

—¿En serio?

—Ajá. No bailamos esa noche. Siempre lo lamenté.

—Es cierto. Fui un patán contigo. No te invité a bailar.

—No, no lo hiciste. Tú solo me arrastraste a las sombras y me diste el beso más alucinante de toda mi vida.

Con una sonrisa socarrona, baja los ojos azules hacia los míos. Está irresistible con su esmoquin negro.

—¿Te hubiese gustado bailar conmigo esa noche?

Me tomo un momento, antes de atreverme a mirarlo a los ojos.

—Me hubiese encantado —le contesto con la voz ronca.

—Entiendo.

Se lleva mi mano a los labios, planta un beso en mis nudillos, y luego la coloca de nuevo encima de su brazo.

—¿Black?

—¿Mmmm?

—¿Qué tal si reescribimos el pasado?

Me dedica una sonrisa traviesa.

—Solo si puedo follarte después. No creo que pueda volver a pasar de nuevo por todo ese rollo de *ahora te quiero, ahora no*.

Mi sonrisa es igual de juguetona que la suya.

—Puedes.

—Hecho. ¡Bailemos!

Sin esperar respuesta, me coge por la cintura y me pega a su pecho. Ni siquiera suena una canción lenta, pero a Black le da igual. Él baila conmigo como si sonara un *blues*.

—Hola, soy Robert —me susurra al oído, su mano en mi espalda, su mejilla, áspera a causa de la barba incipiente, frotándose contra la mía; su desquiciante olor, envolviéndome.

Suelto una risita de colegiala tonta, y entonces, Robert baja un poco el rostro y me besa.

—¿Por qué has hecho eso? —susurro en cuanto se aparta.

—Porque siempre he deseado hacerlo. Y como estamos reescribiendo el pasado y todo eso...

Dejando la frase en el aire, se aferra a mí de nuevo, hunde el rostro en mi cuello y sigue moviéndose mientras la gente pasa a nuestro lado. El escenario que nos rodea se altera. A ninguno de los dos le importa. Ninguno de los dos puede centrarse en nada que no sea esto.

No sé la de veces que cambia la canción, no sé la de veces que me besa y me susurra que me quiere. No sé nada, porque entre sus brazos, mi mente se sumerge en una profunda y oscura confusión, me vuelven a la memoria todos los momentos buenos que él y yo vivimos en el pasado y yo solo puedo centrarme en eso. Y en su mirada. No puedo apartar los ojos de los suyos. Su mirada me atrapa, me atrae como un poderoso imán cuya fuerza es demasiado aplastante como para conseguir vencerla.

Cuando cobramos consciencia acerca del mundo que nos rodea, los invitados empiezan a marcharse. La fiesta está a punto de acabar. ¿Cuánto tiempo hemos estado aquí abrazados?

Me aparto y compongo una sonrisa.

—Vaya. Pues sí que hemos bailado —comento en tono de guasa.

—Lo siento. Te he mantenido aislada durante demasiado tiempo. Es que... no me gusta compartirte con nadie, ya lo sabes. Me enferma la idea de compartirte, Adeline.

Nos miramos a los ojos. Ha cambiado algo en él; algo casi imperceptible en las profundidades de su mirada. ¿Qué es ese algo que le hace volverse de pronto lejano, protegido por altos muros detrás de los cuales no me está permitido mirar?

—No importa —me obligo a decir—. Me ha gustado bailar contigo.

Apenas sonrío.

—Y a mí, Adeline.

Surge un momento de silencio, como si ninguno de los dos supiera qué añadir a eso.

—Robert, yo...

—Ha sido complicado —me interrumpe—. Sé que lo ha sido. Hemos pasado por muchas cosas juntos, y no todas buenas. Hemos estado rodeados de vida. Y también de muerte. Hemos pasado por luz y oscuridad. Pero que sepas que yo no me arrepiento de nada, Adeline. Si pudiera volver para reescribir nuestra historia, no renunciaría a ningún momento. A ningún beso. A ningún te quiero. Porque ha valido todo la pena.

Mis ojos se empiezan a nublar.

—Nadie dijo que sería fácil, Robert.

Mostrándome su sonrisa tímida, mi favorita, me roza la mejilla con los nudillos.

—Tampoco fue tan difícil, ¿verdad?

—Pudo haber sido peor. Supongo...

Robert, riéndose entre dientes, me atrae a sus brazos.

—Me encanta tu optimismo, Carrington. Dime que te casarás conmigo.

Eso me pilla por sorpresa. Entre parpadeos lentos, levanto la mirada hacia la suya.

—¿Por qué siempre quieres casarte conmigo?

Entorna los ojos. Le exaspero algunas veces.

—Hombre, querer, querer, lo que se dice querer, no quiero, pero es lo decente. ¿Acaso no te he arrebatado la virtud?

Suelto una carcajada. Robert, en cambio, se mantiene serio, como si tuviera miedo de recibir una respuesta negativa.

—Me lo pensaré —susurro, y parece que eso le vale por esta noche, pues baja el rostro y me da un beso tierno.

—¿Nos vamos a casa?

—Sí. Vamos a despedirnos de Edward.

—De acuerdo.

Cogidos de la mano, salimos al jardín en busca de mi padre. Tengo que interrumpir la charla del juez Hamilton para recuperar a Edward.

—En unos segundos estará de vuelta —me disculpo, arrastrándolo de ahí.

—No irás a decirme que os vais tan pronto, ¿verdad?

—Estoy un poco cansada, papá. Necesito un par de días de tranquilidad después de los últimos... años que he tenido. Me recuperaré, no te preocupes. Solo necesito tiempo.

Edward asiente. Parece entenderlo.

—Volveré a... —Se mordisquea el labio con nerviosismo— ¿Verte?

Nunca me ha conmovido tanto. Me abrazo a su cuello y hundo la cabeza en

su pecho.

—Gracias por todo tu apoyo —le susurro.

—Como he dicho, nunca dejaré que nada te haga daño.

Cuando me aparto, hay lágrimas agarrándose a las esquinas de mis ojos.

—Vendré a comer el domingo —le digo, y Edward me sonrío complacido.

—Vendremos —me corrige Black.

—Eso, vendremos. Buenas noches, papá.

Se inclina, me besa la mejilla y le da la mano a Robert.

—Buenas noches. Id con cuidado.

Me agarro al brazo que Robert ofrece, le vuelvo a espalda y echo a andar hacia la salida. De pronto, freno en seco y me giro. Hay algo que me carcome la mente desde hace un par de días.

—Edward.

Mi padre, con las dos manos en los bolsillos de su carísimo pantalón, me mira con una ceja alzada.

—¿Sí, hija?

—¿Cuándo tenías pensado decirme que te acostaste con mi cuñada?

A Black se le desencaja la mandíbula. Mi padre pone los ojos en blanco.

—No creí que fuera de tu incumbencia. Además, ya sabes, lo que pasa en París...

Hago una mueca.

—Sí, sí, sí. Buenas noches.

—Buenas noches, cachorrillo.

—¡¿Se ha acostado con Catherine?! —se escandaliza Robert.

—Eso no es lo inquietante, Black.

—¿Y qué es lo inquietante, Adeline?

—Que hacía quince años que no me llamaba cachorrillo.

—Perdóneme, padre, porque he pecado. Y me temo que pienso seguir haciéndolo...

—¿Adeline, eres tú?

Hago una mueca de exasperación.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Eres la única feligresa que viene a confesarse sin jamás mostrar arrepentimiento. Además, hace toda una vida que soy íntimo de los Carrington.

Reconozco tu voz.

—Oh. Tiene usted un buen oído, padre Robinson. ¿Ha pensado alguna vez en dedicarse a la industria de la música? Imagínese, podría hacer un *remix* con Jay-Z.

—¿Quieres ir al grano y decirme qué te preocupa?

Me encojo de hombros.

—La pureza de mi alma, supongo. Y, bueno, necesitaba hablar con alguien, y el psicólogo no me daba cita hasta el próximo miércoles, así que... aquí estamos. Usted y yo. Como en los viejos tiempos, ¿eh?

—¿Te enfrentas a un conflicto espiritual, hija mía?

—Me enfrento a varios, padre. Ni siquiera sé por cuál comenzar.

—Pues comienza por el que desencadenó todos los demás.

—Sí, supongo que eso sería lo suyo...—digo para mí, con voz lenta, pensativa—. Según cabía esperar, todo comenzó con una fiesta. O acabó en una fiesta... Es un asunto harto confuso.

Me quedo con la mirada perdida en la nada, aturdida, atontada. Por unos instantes tengo la impresión de que carezco de sentidos. De humanidad. De corazón. Los recuerdos me abruman y lo paralizan todo.

—¿Qué fue lo que empezó con una fiesta, Adeline? —me insta el padre Robinson.

Mis ojos abiertos miran el vacío, sin ver nada. Yo ya no estoy aquí, sino que me he alejado por el sendero del pasado una vez más.

—El fin, padre. Lo que comenzó esa noche fue el fin. Hace casi un año y medio de aquello, pero a mí me parece que sucedió ayer mismo. Llevaba tres meses casada con Hunter. Fue entonces cuando volví a verle.

Un año y medio antes, ciudad de Nueva York, Nueva York

Creo que el mundo entero se detiene cuando mis ojos se cruzan con los suyos. Debe de hacerlo, porque todo oscurece a mi alrededor de tal modo que yo solo puedo alcanzar a ver ese etéreo azul traspasando todos mis muros, todas las barreras, empeñado, como siempre, en derretir mi alma.

Está apoyado contra el alfeizar de una ventana. Él siempre está apoyado contra el alfeizar de alguna ventana. Está guapísimo. Mis recuerdos no le hacen justicia. Es mucho más guapo de lo que recordaba.

—Voy a por un par de bebidas —me susurra Hunter sin reparar en la presencia de Robert. De lo contrario, jamás me habría dejado sola.

Ni siquiera me digno a responder. Es como si estuviera en trance. Solo puedo centrarme en una cosa. En una persona. En unos ojos azules que nunca dejan de atormentarme. No hay nada más para mí. Solo él.

En cuanto Hunter desaparece, Black echa a andar hacia mi rincón. No dice nada. Me ofrece su mano. Y yo la cojo. Siempre la cojo, de un modo u otro, sin preguntas, sin vacilación. Me parece lo más natural coger su mano.

Callado, Robert me saca a la calle. Fuera aún refresca por la noche. La primavera no está del todo instalada. Mientras camino a su lado, mi mano encajada en la suya, sé que durante años enteros quedaré atrapada en el recuerdo de esta noche. Sus olores, a humedad y flores de cerezo, sus ruidos, la fuerte música y el tráfico de la calle, la gelidez de las gotas de lluvia, las cuales, colándose por debajo del cuello de mi vestido, parecen los fríos dedos de un cadáver... Nada de eso se borrará jamás.

Ninguno de los dos decimos ni una sola palabra. No hay reproches. No hay preguntas. No quiere saber por qué. Quizá ni siquiera importe. ¿Qué más da lo que haya sucedido? El pasado ha muerto. Yo, la que era hace tres meses, he muerto. Incluso la mujer que hace cinco minutos cruzó las puertas de este local, agarrada al brazo de su marido, está muerta ahora. Así que, ¿qué importancia podrían tener los sucesos del pasado?

Llegados al aparcamiento, nos apresuramos, protegidos por la oscuridad de la noche, hacia la parte de atrás, donde Black me pega al muro exterior y, sin decir nada, me besa. Con locura, con desesperación, murmurando mi nombre cada vez que nos detenemos para coger aire en los pulmones. Y yo lo beso a él, hambrienta y desenfrenada, absorbiendo el sabor a alcohol de su lengua. Le noto un poco achispado esta noche. Se ha debido de pasar con las copas.

—Vente conmigo —suplica, con mi rostro entre las manos y sus hermosos ojos azules a la altura de los míos—. Déjale y quédate conmigo.

Noto que está muy pálido, hecho polvo. Él sufre, sufre muchísimo; demasiado, incluso. No me ha olvidado. El tiempo no ha curado sus heridas. Nunca lo hará. ¿Por qué habré pensado lo contrario?

—Robert, yo... Estoy con él. Estoy casada. Con él.

Sacude la cabeza con desesperación.

—No importa. No te culpo por ello. —Inclina la cabeza y me besa de nuevo—. Cásate conmigo —suplica de nuevo, mientras las yemas de sus congelados dedos me acarician las comisuras de los labios.

—Yo... no... no puedo. ¡No debo!

Robert me abraza, me abraza con hercúlea fuerza, como si intentara retenerme aquí para siempre. Aquí, en esta oscuridad.

—¡Te quiero tanto! ¡Tanto! Me enferma la idea de saber que ahora estás con él. Que es él quien te besa y te susurra cosas. ¡Dios, le mataría ahora mismo si pudiera de ese modo recuperarte!

—Robert, no digas cosas así.

Retrocede y me observa con ojos vidriosos; me observa hasta que parece caer en la cuenta de algo. Y entonces, su rostro se quebranta. Desaparece todo vestigio de ira, y solo le queda la agonía; el indiscutible dolor que le produce conocer la verdad.

—Ya no me quieres, ¿es eso?

—Yo...

—¿Es eso? —insiste ansioso—. ¿Le quieres a él?

Coloco las palmas en su rígido pecho y lo empujo hacia atrás. Me mira como si le hubiese abofeteado. Tan herido, tan vulnerable... No puedo refrenar la potente oleada de dolor que me inunda todo el cuerpo.

—Tengo que irme, Robert. No debería estar aquí contigo. *Él* me espera.

Me mira, me mira largo rato, y finalmente da otro paso hacia atrás, para dejarme sitio. Parece haberse rendido. Ha intentado resistir durante unos segundos, he visto la lucha en su rostro, pero le ha vencido esa fuerza aplastante y desconocida; esa fuerza inexpugnable.

—Vete, entonces. No demores lo inevitable, Adeline. Está claro que él ha ganado.

—No es un juego, Robert —musito, con voz rota.

Sus hermosos ojos revelan una enorme tristeza.

—La vida en sí es un juego, princesa... —murmura derrotado, pero ya no habla conmigo, ya ni siquiera me ve, sus ojos están perdidos en algún punto remoto—. Y está claro que yo lo he perdido todo...

Se aparta y me da la espalda. No tengo fuerzas para moverme, mi cerebro es incapaz de mandar impulsos hasta mis piernas.

—Adiós, mi hermoso desconocido —abro por fin la boca.

Como él no contesta ni se vuelve hacia mí, empiezo a alejarme por la acera, abrazada a mí misma.

—Espera...

Anhelante, hambrienta por sus palabras, freno en seco y me giro hacia él. Está ahí, bajo la lluvia, destrozado y perdido, con la mirada fija en la mía.

—¿Sí, Robert?

—El sábado...

Lo miro ceñuda al ver que se detiene. ¿Por qué se calla ahora?

—¿Qué pasa el sábado? —me impaciento.

—Te estaré esperando. En el Flatiron. A las diez. —Se me acerca en un impulso desesperado y me coge la mano. La súplica que hay en sus ojos es devastadora—. Estaré esperando... —asegura ferviente, pero esta vez, sin hablarme a mí. Parece enajenado mentalmente.

Lo miro, no puedo despegar los ojos de su amada cara mientras, poco a poco, mis dedos empiezan a desprenderse de los suyos. Cada vez más despacio, milímetro a milímetro, hasta que solo nos queda el aire. Lo miro a los ojos, y él me mira a mí un poco más de la cuenta, calibrándome. Sabe que he hecho mi elección. Lo comprende. Lo ha visto en las profundidades de mis ojos; de mi alma...

Así que nos damos la espalda el uno al otro y cogemos direcciones opuestas.

Actualidad, ciudad de Nueva York, Nueva York

De vuelta al presente, suelto un prolongado suspiro.

—Hiciste lo correcto, hija mía. Elegiste sabiamente.

—Lo sé, padre. Esa ha sido una de las pocas elecciones buenas que he hecho en mi vida. Nunca me he arrepentido de ella. Nunca... —Me quedo en silencio por un momento, y luego levanto la mirada. No puedo ver su rostro. Está en la oscuridad—. ¿Cree usted en Dios, padre?

—Es evidente que sí, Adeline.

—¿Y piensa usted que Dios es noble y justo y que perdona los errores de sus hijos?

—Lo creo.

Me pongo en pie, me coloco las oscuras gafas de sol y me tomo unos momentos para poner orden en mis ideas.

—Entonces, espero que su Dios pueda perdonarle.

«Perdonar su abyecto crimen».

—¿A quién, hija mía?

—A él, padre. A él... —murmuro, enfrascada en mis pensamientos—. ¿Aún no ha comprendido de qué va esta historia?

Y sin abandonar mi lejanía, me encamino hacia la salida.

Es al colocarme esas oscuras gafas de sol cuando tomo la decisión. Robert y yo debemos regresar a Austin. Necesito enfrentarme a todo lo que *realmente* sucedió. Aún tenemos un capítulo abierto, y yo me siento preparada ahora para cerrarlo.

Contemplo a Hunter con ojos distantes, sin apenas reparar en lo guapo que era, o en lo vivo que parece en ese cuadro colgado encima de la chimenea del salón. Le he pedido a Robert que aguarde en el coche. Necesitaba estar sola un rato, así podré reunir las fuerzas que necesito para enfrentarme a él.

Aún recuerdo la última vez que vi a Hunter sentado en ese sofá naranja que hay a mis espaldas. Recuerdo las palabras que me dijo. Cada una de ellas. También recuerdo las que salieron de mis labios. Aquella mujer me parece ahora una persona diferente, una mera desconocida. Tengo la sensación de que ha trascurrido toda una inmensidad de años desde entonces, tan lejano resulta ese momento.

En otro tiempo, todo era diferente aquí dentro, lleno de luz; incluso, de vida. Ahora el sofá se mantiene tapado por una sábana blanca, al igual que el resto del mobiliario. La casa se me antoja vacía. Desoladora. Tan gélida y silenciosa como un sepulcro. Las carcajadas de Hunter ya no resuenan por el pasillo. Ya no me sobresalta el sonido de sus botas. Ya no jugamos al escondite.

«*Vida mía, ¿dónde estás?*», reía Hunter. Y yo aguardaba en la oscuridad, con el corazón martilleando dentro de mi pecho. Eso sí que era adrenalina.

Ahora, ya no hay nada, como si el presente hubiese devorado el recuerdo del pasado.

A Robert no lo ha gustado venir aquí. Para nada le ha gustado. Tiene celos. Siempre ha tenido celos de Hunter, por el simple hecho de que yo le prefiriera antes que a él. Robert Black es tan niño a veces... No quiere que los demás niños toquen su juguete favorito. Ojalá hubiese sabido que él siempre ha sido mi única opción. Se habría ahorrado muchos ataques de ira.

—Adiós, Hunt —le digo al hombre cuyos ojos verdes me contemplan con siniestra fijación desde un enorme lienzo—. Ojalá hubiese podido salvarte. Pero no pude. Donde quiera que estés, espero que puedas perdonarme por haberte fallado.

Con todas las lágrimas reprimidas escociéndome en la garganta, le vuelvo la

espalda y echo a andar hacia la puerta. La tupida alfombra, que una vez se tragaba el sonido de mis pisadas, ha sido retirada y guardada. Porque aquí ya no queda nada. Está todo muerto.

Fuera hace un sol desquiciante. Es un verano demasiado árido, uno de esos en los que parece que nada está vivo, nada se mueve bajo el asfixiante sol. Black, sentado detrás del volante de un coche de alquiler, mantiene las gafas *Police* puestas y una máscara de dureza sobre su hermoso rostro.

—Podemos irnos —le digo, tan pronto como ocupo el asiento del copiloto.

No dice nada. Arranca con movimientos forzados y sale con igual brusquedad. Lo dejo estar unos cuantos minutos, y luego me vuelvo hacia él. Quiero mirarle a la cara. Ha llegado el momento de tener *esa* charla. Aunque aún no sé por dónde empezar.

—¿Estás enfadado por haberte hecho venir hasta aquí?

Veo el gesto de disgusto que hace con los labios.

—No. Supongo que necesitabas despedirte de... *él*, antes de decidir si vas a casarte conmigo o no.

Sí, está muy enfadado. Muerto de celos, como siempre. ¿Acaso no fueron los celos quienes desataron esta tempestad?, ¿unos celos demasiado, demasiado enfermizos?

Me vuelvo en mi asiento y me quedo en silencio otra vez, perdida en las praderas de trigo dorado que se desdibujan en el lado derecho de la carretera.

—Te equivocas, Robert —empiezo de nuevo, sin apartar la vista del lejano horizonte—. No hemos venido hasta aquí para que yo me despidiera de Hunt. Eso ya lo hice el día de su entierro, ¿sabes? Cuando me dejaron sola con él. Lo miré, acerqué mis labios a su oído y, mientras le acariciaba la cabeza con ternura, le dije: Hunt, mi querido, querido Hunt... Dime, ¿qué se siente al saber que lo has perdido *todo*?

*Yo no soy un monstruo.
Solo voy un paso por delante.
(The Joker)*

Capítulo 3

Actualidad, Austin, Texas

Adeline

Robert está pálido y abatido, con la espalda reclinada contra su asiento. Hoy me parece más mayor. Veo arrugas en su rostro, líneas que ayer no estaban ahí. No se atreve a mirarme siquiera.

Recorro con la mirada su hermoso perfil, acariciando esa vena que late en su sien. Su mano derecha, encima del volante, está temblando. No puede controlarlo. Lo intenta, pero todo esto le supera.

—Has estado mintiéndome desde el principio —dice por fin, con voz muerta, sin ninguna especie de expresión en ella.

Me mantengo severamente distante, exhibiendo una frialdad en la que ninguna emoción humana tendría cabida.

—No te he mentado nunca. Tan solo he ocultado partes de la verdad.

Tarda un rato en reaccionar. Sigue mirando por la ventana, y yo sigo mirándole a él. El coche está parado en la cuneta de una carretera por donde no ha pasado nadie en los últimos diez minutos. Tan intensa es la sensación de soledad que, por unos momentos, se me ocurre pensar en que, tal vez, Robert y yo seamos los únicos que existen en el mundo entero.

—Tu diario...

—Oh, el diario —repito casi con deleite—. Era preciso escribirlo. Tengo memoria visual y necesitaba poner todo aquello sobre papel, para repetir siempre las mismas palabras, sin dejar colarse ninguna incongruencia. Lo entiendes, ¿verdad? Sé que lo entiendes.

Robert cabecea distraído. Se mantiene lejano, gélido. Creo que nada podría afectarle ahora.

—Me engañaste con ese diario. Todo lo que dijiste en él...

Sonríó con una ternura que parece fuera de lugar en un momento así.

—No. Ni un solo hecho fue alterado. Lo escribí todo, tal y cómo sucedió. Solo que omití contar dos de los acontecimientos que tuvieron lugar aquel día. Nada más. Si hubieses sido capaz de mantener la sangre fría, si no te hubieses dejado cegar por tus sentimientos hacia mí, te habrías dado cuenta de ello. He dejado varias pistas ahí, a propósito, para que las encontraras, pero tú no lo hiciste. No sé por qué, pensé que lo harías.

Se pasa una mano por sus congeladas facciones.

—¿Hacer el qué, Adeline?

—Mirar más allá de las apariencias. La verdad es relativa, letrado. Tú mismo lo dijiste. Depende de quién la cuente. Una palabra puede tener un significado u otro, según la interpretación que vaya a darle quien la escucha.

—¿Sabes tú lo que significa decir la verdad? —escupe entre dientes, con ira reprimida.

Una simple pregunta, pero mucho más compleja de lo que parece. Tiene un trasfondo en el que, de osar adentrarme, me perdería para siempre, asfixiándome entre las tinieblas del engaño.

«¿Qué es la verdad, Adeline? ¿Acaso lo sabes? ¿Qué vas a saber tú, niña estúpida?»

Callada, medito acerca de este nuevo concepto mientras mis ojos deambulan por el aristado rostro de Black. La frialdad de su aplomo tiene una nota cautivadora en ella. Siempre me ha resultado enloquecedor su aplomo.

—Siempre te he dicho la verdad, Robert. Fue así cómo sucedió. Discutimos por *Anna Karenina*, pasé la noche en mis... *estancias*, él me acarició el cabello con ternura y me hizo todas aquellas promesas de las que te hablé. Palabras y palabras vacías, lanzadas al viento. Palabras, palabras, palabras... Aún te gusta *Hamlet*, ¿verdad? Pues eso. Palabras... Promesas que nada significaban para mí. ¿Qué importancia tenía todo?

—No desvaríes y ve al grano, haz el favor.

Se ha puesto furioso de pronto. Su furia también me ha resultado siempre enloquecedora. Por mucho que me guste su aplomo, he de admitir que cuando lo pierde, me cautiva de modos que no sabría explicar. Sonríó a causa del rumbo de mis pensamientos y bajo la mirada hacia mis manos, entrelazadas encima de la falda.

—Como deseas. El caso es que por la mañana me trajo un vaso, una mezcla de alcohol y drogas, tal y como te dije en ese diario. Pensó que me lo había tomado. Tú también pensaste que me lo había tomado. Pero no lo hice. Ese es

uno de los hechos que omití contar. Dije que me llevé el vaso a los labios, y en efecto, me lo llevé, pero nunca mencioné haberme tragado su contenido, ¿verdad? Eso es porque nunca lo hice. Hacía mucho que no lo hacía, solo que él no se había dado cuenta de ello. Nunca supo por qué coloqué una planta al lado de la cama, ni por qué la mantuve ahí pese a que se secó a las pocas semanas. Jugué bien mis cartas, Black. Fue un trabajo asiduo, me llevó meses enteros de planificación. Pero lo llevé a cabo satisfactoriamente. Y no te vayas a pensar que me arrepiento de ello, porque no lo hago. Nunca lo haré.

—Dios mío... —Robert hunde el rostro entre las manos—. Intentas decirme que le mataste, ¿verdad?

Suelto unas cuantas carcajadas que hacen que Black se horrorice y se ponga aún más rígido. Piensa que estoy loca. ¡De atar! Seguro que le gustaría verme en una camisa de fuerza ahora mismo.

—¿Matarle? —Apenas puedo disimular la diversión que hay en mi voz—. No, no le maté. Parafraseándole, le salvé de sí mismo. Sabes, aunque te parezca de locos, él me ayudó, de alguna forma, así que me vi obligada a devolverle el favor.

—Dios mío... ¿De qué favor estás hablando ahora?

—Me hizo comprender quién soy. A ese favor me refiero. Me equivoqué al creer que yo era como mi madre y como Chris. Al principio, cuando me marché de ese bar, supuse que acabaría autodestruyéndome como ellos, quitándome la vida cuando el peso de mi tormento se volviese intolerable. Pero, a pesar de toda mi locura, yo no soy una Van Buren, Black, y Hunter me lo demostró durante nuestro breve matrimonio. Gracias a él, entendí que soy una Carrington, heredera de un legado del que, por fin, hoy me siento orgullosa. ¿Y sabes qué hace un Carrington cuando se enfrenta a un problema?

Mueve el cuello con brusquedad. No le veo los ojos a causa de las gafas, pero sé por puro instinto que están en llamas ahora mismo.

—¿Qu...? ¿Qué coño estás diciendo, Adeline? No sé qué coño estás...

—Se hace cargo de ello —lo corto con aspereza—. Y eso es lo que hice yo. Me hice cargo de mi problema.

—¿Cómo, Adeline? ¿Cómo te hiciste, exactamente, cargo de ello?

Habla con precipitación, con demasiadas ansias, tantas, que las palabras casi se atropellan las unas contra las otras al salir de su boca.

—Fue sencillo, en realidad. Solo tuve que alzar el brazo, mirarle a los ojos y apretar ese gatillo.

Algo muere en su rostro al escuchar mis palabras. Mi verdad... No quería que

lo supiera jamás, por eso intenté mantenerlo apartado de mí. No quería que ni el peso del pasado ni toda la oscuridad que me envuelve se interpusiera entre nosotros dos. Quería mantenerle a salvo de toda esta mierda, pero fracasé. Una vez más. Fracasas siempre ha sido mi punto fuerte.

Se hace un silencio absoluto durante muchos minutos. Imágenes inconexas dan vueltas por mi memoria, todo lo que he reprimido, todo lo que he guardado en cajones cerrados. Ahora tengo que enfrentarme a todo eso. Robert debe conocer toda la verdad. Quiere casarse conmigo. Y no puedo hacerle esto. Tiene derecho a saber con quién planea pasar el resto de su vida. Hoy ha de ver más allá de mi máscara. La verdad, *toda* la verdad y nada más que la verdad. Por fin. Me siendo aliviada de poder hablar de ello. Hay oscuridades que a veces debemos desgarrar. Es el único modo de conseguir que unos cuantos rayos de luz alumbren ahí dentro.

—Hunter estaba convencido de que yo jamás podría deshacerme de él —comento de pronto, con la vista clavada en el azul marino de mis uñas—. La arrogancia siempre fue su mayor defecto. Estaba seguro de que lo que me hizo vivir durante todos esos meses perduraría para siempre. Las marcas en mi alma... perdurarían, siempre sangrando y sangrando, siempre atormentándome. Supongo que le hacía sentirse poderoso pensar en ello.

Black se quita las gafas y por fin se atreve a mirarme, a mirarme fijamente, mirada azul clavada en mirada marrón. No hay nada en sus ojos. Nada en absoluto.

—¿Y llevaba razón? —susurra, errando con la mirada por cada uno de los rincones de mi rostro, como si quisiera absorberlos.

Sacudo la cabeza lentamente.

—No. Se equivocaba, porque he aniquilado incluso su recuerdo. Ahora ya no forma parte de mí y nunca más volverá a hacerlo. Me he enfrentado a mis demonios, Robert, a todos ellos, y les he vencido. Los he matado uno a uno, sin piedad, sin clemencia. Fue cuestión de perseverancia. Mera disciplina, como todo lo demás. Así es cómo dejé las drogas. No necesité terapia. Me bastó la disciplina. Hunter no me quería limpia, jamás me habría dejado ir a terapia. Me quería enganchada, débil, patética, siempre dependiente de él. Pero yo no iba a darle a Hunter lo que él quería, ¿verdad? No, claro que no. La vida gira en torno al control, Black. Quien posee el control, sobrevive. Quien no... bueno, es el peón que debe sacrificarse. De modo que recuperaré el control.

Su rostro muestra una expresión desacostumbrada que ni siquiera sé cómo interpretar.

—¿Por qué, Adeline? ¿Por qué le mataste? ¿Por qué tuviste que apretar ese jodido gatillo? ¿Por qué no te marchaste, sin más?

Apoyo el codo contra la portezuela del coche, descaso la sien en dos dedos y me quedo con la mirada perdida en la nada. Me siento tan congelada ahora... ¿Sigue latiendo mi corazón? ¿Se ha detenido? ¿Importa, siquiera?

—Porque, de lo contrario, me habría matado él a mí, Robert.

—¡¿Por qué iba a matarte?! Él te amaba. Sé que te amaba. Lo vi en sus ojos aquella tarde cuando os encontré juntos en el salón de casa. Te miraba tal y como yo solía hacerlo, Adeline.

—Así es. Tú lo has dicho. Me *amaba*. Y, probablemente, me habría matado con lágrimas escurriéndosele por las mejillas, porque yo era todo cuanto le importaba en el mundo. Pero, aun así, me habría matado, no me cabe la menor duda de ello.

—¿Por qué? —musita Black, rechazando esa idea con repetidos movimientos de la cabeza.

—Me temo que aún me queda una historia, la que me guardé para mí; la pieza que conecta todas las demás piezas sueltas. Te prometo que será la última vez. Después, no habrá más historias viejas por contar. Serán olvidadas, reemplazadas por historias nuevas. Historias aún por escribir...

Un año y medio antes, ciudad de Nueva York, Nueva York

Le doy la espalda a Robert y subo deprisa las escaleras del local. Tengo que encontrar a Hunter cuanto antes. Tengo que encontrarle y decirle que he cometido un error. Un estúpido y terrible error. Él lo entenderá, sé que sí. ¡Lo hará! Me dejará marchar, y así podré remediar mi equivocación.

Casarme con él no ha sido demasiado acertado, y cuando lo miro a los ojos, sé que él también lo sabe. Al ver la frialdad en mi mirada, Hunter comprende que el contacto físico que se empeña en tener conmigo no es más que mera cortesía por mi parte. Y eso le vuelve loco, porque él necesita mucho más que mi cuerpo. Quiere apoderarse de mi alma. Quiere tener lo que tuve con Robert. Y eso es imposible. Nunca podré tener con nadie lo que tuve con Robert. Aquel fue un caso singular. Quizá Black y yo seamos almas gemelas o algo así. De lo contrario, no me explico cómo puedo amarle con tanta intensidad.

—¡Hunt! —agito la mano al verle. Está solo, en un rincón oscuro—. ¡Hunt!

Tengo que hablar contigo deprisa.

Subo los escalones corriendo y me planto enfrente de su sillón.

—¿Ah, sí? —me dice, absolutamente impasible.

Asiento con fervor.

—Sí, es muy importante.

—Antes me darás un beso, ¿no?

Algo se mueve en mi rostro. Algo que muere, que se congela. Aun así, me inclino y le beso la mejilla sin afeitarse.

—Hueles a él —me dice.

Mi corazón pega un brinco dentro de mi pecho. Si sabe que he estado con Robert, ¿por qué se mantiene tan inexpresivo? No es un comportamiento normal en él.

—¿Qué?

—Os vi marchar.

Empiezo a sentirme nerviosa. No me gusta esto ni un pelo.

—Oh. Sí. De eso quería hablarte. Verás...

—Vas a volver con él.

No lo pregunta. Lo afirma, porque lo sabe. Siempre lo ha sabido. Cada maldita noche mientras estaba dentro de mí y me miraba a los ojos, él lo sabía. Yo he sido la única estúpida que lo ha ignorado hasta hoy.

—Me equivoqué al dejarle. Creí que... si me iba, él estaría bien. Pero no lo está, Hunt. Está peor que nunca. Y yo... —Sacudo la cabeza, con lágrimas en los ojos—. Yo no puedo dejarle porque...

—Le amas.

—Sí. ¡Sí! ¡Le amo! —le grito, presa de una repentina furia, provocada en parte por su distanciamiento—. ¡Le amo! Él tenía razón. Podemos superarlo todo. Juntos —llorando, me arrodillo delante de su silla y le cojo el rostro entre las manos—. Lo siento. No quise hacerte daño. Nunca fue mi intención herirte.

Su expresión adquiere por fin un toque humano, un espeluznante aire de ternura.

—Nena, nena, nena —me habla con una tranquilidad preocupante—. Cariño, estás confusa. No sabes lo que estás diciendo.

Rehúyo de esa idea haciendo repetidos gestos con la cabeza.

—No. ¡No! Maldita sea, no me hables como si fuese una niña de cinco años. Sé perfectamente lo que estoy diciendo.

Hunt se pone en pie, tira de mí para levantarme y me cobija entre sus brazos. Con fuerza. Mucha fuerza. ¡Me está asfixiando! Intento forcejear con él, pero no

tengo ni una sola oportunidad. Es mucho más fuerte que yo.

Con esa estremecedora ternura, acerca los labios a mi oído mientras a mí me falta cada vez más aire en los pulmones.

—Escúchame, cariño —me susurra—. Yo te salvaré. Tú no sabes lo que estás diciendo, porque estás confusa. ¡Estás enferma! Es una enfermedad, en el fondo. Sabes que es una enfermedad que te corroe y te corroe, sin dejarte vivir como debes hacer. Tu amor es un cáncer. Pero no te preocupes, porque yo te ayudaré a que te rehabilites, vida mía. Te salvaré de ti misma. No dejaré que vuelvas a hacerle daño a nadie nunca más. Te lo prometo. Pero para salvarte, antes tendré que matarte de muchos modos. Lo entiendes, ¿verdad? —Empieza a acariciarme la cabeza con sus fuertes manos, como si no le importaran en absoluto las lágrimas que se escurren por mi rostro y empapan su camisa—. Claro que lo entiendes, mi vida. Sabes lo mucho que yo te quiero. Sé que lo sabes. Yo haré que te olvides de él, Adeline. Cuando haya acabado contigo, no quedará nada. Lo habrás perdido todo. Incluido ese amor tuyo tan enfermizo.

—No quiero perderlo —me las apaño para suplicar cuando Hunter afloja un poco su agarre.

—Es el único modo, mi vida —murmura, abrazándome aún más fuerte—. El único modo de que tú seas feliz. Tienes que dejarlo ir. Renunciar a todo...

Actualidad, Austin, Texas

—Lo siguiente que sé que es desperté en un lugar que no conocía —le digo a Robert, sin mirarle a la cara.

—¿Cómo que despertarse en un lugar que no conocías?

Las comisuras de mi boca se alzan en una sonrisa amarga. Black parece angustiado.

—¿Acaso piensas que iba a dejarme marchar? ¿Sin más? No, claro que no. ¿Es que no me has oído? Quería salvarme de mí misma. Así que me maltrató física y mentalmente durante meses. Me mató de formas que tú jamás imaginarías, formas atroces de las que ni siquiera podría hablar sin quebrantarme. Día, tras día, tras día, encerrada en ese sótano, en la aborrecible oscuridad, atada bocabajo a esa maldita cruz. Te dije que había sido consensuado. Mentí. No lo fue. Yo no quería estar ahí. Jamás habría dado mi conformidad para eso. Pero no tuve elección.

Él sigue mudo y yo sigo hablando. No me atrevo aún a mirarle. No quiero ver cómo se culpa a sí mismo. Sé que una parte de él piensa que es culpa suya. De no habernos encontrado esa noche en esa fiesta, de haberse mantenido alejado de mí, nada de esto habría sucedido jamás. Pero yo no le culpo a él. Nunca lo he hecho. La única culpable soy yo misma. Me lo hice con mis propias manos. ¿A quién podría echarle la culpa ahora?

—Me fue despedazando poco a poco, a base de golpes —continúo, manteniendo la voz sin modulaciones—. Me lo arrancó todo, tal y como prometió hacer. Todas esas cámaras que viste... No estaban ahí para impedir que alguien entrara en la propiedad. Estaban ahí para impedir que yo saliera. Estaba monitorizada las veinticuatro horas del día, un estúpido ratón encerrado en una estúpida jaula donde yo misma me había metido. Controlaba mi teléfono. Dios... —Suelto una risa vacía mientras cabeceo, casi divertida por mi propia desgracia—. Controlaba incluso las calorías que ingería y las horas de sueño que dormía. No hacía ni una sola cosa por propia elección. Meses enteros viví ese calvario.

—Adeline...

No me callo, porque necesito expulsarlo todo. Tengo que exorcizar todos esos demonios, abrir mi alma delante de él, arrancármela y ofrecérsela. Hablar de ello en voz alta lo hará real. Y mucho más aterrador. Pero he de hacerlo.

—Me tenía atada día tras día, la mayoría del tiempo bocabajo, a varios metros del suelo, cautiva en esa maldita jaula a la que él llama mis *estancias*, donde me sometía a toda clase de torturas sádicas. Una vez estuve suspendida del suelo durante diecisiete horas seguidas. Me hice pis encima. Supongo que es lo normal, ¿verdad? Por supuesto, me castigó por ello.

Robert coloca una mano encima de la mía y la estrecha fuerte, se aferra a mí con abrumadora desesperación. Sin embargo, apenas noto su roce. Yo ya no estoy aquí, con él, en esta carretera soleada. Ahora he regresado a mi jaula. Una vez más. Ahí donde todo está oscuro y congelado. Inhumano... Escucho cómo gotea el grifo del baño de al lado. Escucho el látigo. Mis súplicas. Su indiferencia.

—No sigas, Adeline.

—He de hacerlo —murmuro abstraída—. Tenemos que acabar esta historia para escribir una nueva. ¿No lo entiendes?

—Lo siento. No sabes cuánto siento...

—Chissss. Calla. Calla y escucha. Se pondrá interesante.

—Adeline...

Percibo la emoción en su voz, percibo su dolor, pero me mantengo ajena a ello. Me he alejado de todo ahora. Nada humano me podría afectar en este momento, porque estoy por encima de cualquier sentimiento.

—Todos los días, atada y golpeada. Y cuando el sol se ponía, Hunter me liberaba, me abrazaba y me acariciaba el pelo con ternura. Yo ya no reaccionaba, porque no podía más, así que él me echaba un vaso de agua en la cara para espabilarme. Cuando abría los ojos, débil y a punto de perder el conocimiento de nuevo, me sonreía como un niño y me decía: *¿Dime, vida mía, qué se siente al saber que lo has perdido todo?* ¡Ese tono meloso! Y yo contestaba: *¡agonía!* Y me venía abajo, rompiendo en desgarradores sollozos mientras él me abrazaba y me consolaba como si no hubiese sido él quién había provocado todo aquello. Yo creía que a lo mejor se arrepentía de lo que me estaba haciendo. *Parecía* arrepentirse de ello. Pero al día siguiente, comenzábamos de nuevo. La misma rutina. Los mismos golpes. Ni un solo patrón se alteraba.

—No hace falta que lo rememores.

—Sí que hace falta. Pasadas unas semanas, dije que *dolor*, porque lo que yo sentía se había tornado menos intenso que antes. Ya no era agonía. Solo era dolor. Sin embargo, él siguió y siguió, hasta que, al cabo de un mes y medio, contesté que *nada*. *¿Qué se siente al saber que lo has perdido todo?* Nada, no se siente nada. Porque, si solo tienes *nada*, entonces no hay nada que puedan arrebatarle. Y por fin, acabaron las torturas. No del todo, aún le gustaba atarme y pegarme antes de follarme, pero ya no con tanta brutalidad, porque él pensaba que estaba casi curada. Ingenua, ingenua criatura. Sé equivocó. No era más que disciplina. Mi propia voluntad había regresado.

—¿Por qué te hizo todo eso? —murmura Black, destrozado.

—Aún no hemos llegado a esa parte. Aún seguimos en esa jaula, atrapados en la oscuridad. ¿Sabes con qué soñaba mientras permanecía ahí suspendida, mientras esas detestables cuerdas oprimían mis muñecas y mis tobillos? Soñaba con una chispa. Eso es. Una chispa. Fantaseaba con que el viento arrastrara una débil chispa a mi nuevo *Edén*.

—¿*Edén*...?

—Sí, lo llamó *Edén*, porque era su modo retorcido de atormentarme, de hacerme comprender que lo había perdido todo. Él me castigaba así, creía destruirme, arrancarme a cachos mi humanidad, para convertirme en alguien tan enfermo como él, pero yo sobrevivía y me fortalecía pensando en esa chispa. La veía dentro de mi mente cada vez que su látigo me fustigaba la espalda. Y, en vez de seguir llorando y morir, me agarré a esa chispa con ambas manos para

seguir con vida ahí abajo, en ese lugar tan monstruoso. Me dije a mí misma: *algún día. Algún día el fuego llegará aquí.* Y fue así cómo salí de ese infierno. Porque conservé esa única esperanza. La esperanza de que un día todo estallara en llamas a mí alrededor. El fuego es tan maravilloso... —comento con aire soñador y una sonrisa de una lejanía aterradora—. ¿Sabes por qué? Porque se propaga y arde. Porque consume y destruye. Porque el fuego es el elemento más implacable que existe. Todo empezó con una chispa, Robert. Una chispa que desató un auténtico infierno de llamas. Era lo que yo quería: que las llamas se descontrolaran y arrasaran con todo. Fue un plan perfecto, ejecutado con la más absoluta de las maestrías desde el principio.

Black se frota la barba con ambas manos. No ha superado aún su estado de *shock*.

—Estoy cada vez más y más confuso. Hay tantas cosas que no comprendo...

—Fue culpa de su madre, ¿sabes? Todos tenemos nuestras madres, ¿no es así?

Robert se vuelve en su asiento para encararme, pero yo me mantengo con la vista clavada en mis dedos.

—¿Qué fue lo que hizo su madre?

—Cometió el único crimen que él jamás habría sido capaz de perdonarle a una mujer: el abandono. Lo dejó, para que su padre siguiera abusando de él, una y otra vez, cada noche. Hunter decía que su madre lo sabía, pero que no le importó. Se largó con el chófer del autobús escolar, y no se llevó a sus dos hijos con ella. Una vez estaba borracho e hice que me hablara de ella. Me dijo que estaba enferma y que él la había salvado de sí misma.

—¿Quieres decir que la...?

—Supongo. Nunca me lo confirmó. Pero sé que hubo otras después. Muchas otras. Siempre hacía que pareciera un suicidio. Era su *modus operandi*. Las elegía así a posta: chicas débiles, mentalmente jodidas. Como yo. ¿Quién se habría sorprendido de haber aparecido yo, una mañana cualquiera, gélida, con los ojos en blanco y una aguja clavada en la vena? Nadie, dado mi historial. Solo hacía falta que su amigo Eric testificara. Nada más. O cualquier otro miembro del *Madness*. Habría hecho que pareciera una sobredosis. Por eso me quería enganchada. *Así ya no podrás hacerle daño a nadie más, vida mía.* Eso me susurraba cuando pensaba que yo estaba inconsciente, colocada con la mierda que me daba. Como he dicho, su arrogancia fue su perdición. Se creía más listo que yo. No me veía capaz de jugársela. Por eso no se molestaba en esperar a ver si realmente bebía lo que él me daba.

—¿Estabas prácticamente secuestrada ahí?

—¿*Prácticamente*? —Suelto una risa vacía—. ¡Era su jodida prisionera! A su absoluta disposición, sin nadie que se preocupara por mí. Mi padre no me hablaba, mi madre estaba muerta, y no tenía amigos. Era la víctima perfecta. El problema es que un día me cansé de seguir siendo una víctima indefensa. Y entonces, tracé un plan. No hay nada más peligroso que una mujer con un plan, ¿verdad, Black?

—¿Cómo lo conseguiste?

—¿Sabes qué fue lo que me dijo mi padre cuando tenía cinco años?

—Mmmm... ¿Adeline recoge los juguetes? —me propone.

Mi carcajada le hace fruncir el ceño.

—Qué estupidez. Mi padre jamás me diría eso. Sobre todo, porque yo no tenía juguetes. No, mi querido señor Black, lo que Edward me dijo fue: *Adeline, para destruir a un enemigo, antes hay que conocerle. Coge cada una de sus debilidades, explóralas y vuélvelas en su contra.*

—¿Tu padre te decía eso a los cinco años? —se asombra Black.

—Claro. ¿Qué te decía el tuyo?

—No lo recuerdo. Pero seguro que algo del tipo: *Robert, no te limpies los mocos en el mantel.*

Suelto otra risa, no puedo evitarlo. Muevo el cuello para mirarle, y me doy cuenta de que sonrío. Un poco.

—Sí, tu padre es majo —le digo.

La sonrisa de Robert se ensancha un poco más. Y luego se apaga del todo.

—El caso es que hice eso —prosigo, recuperando mi aire sombrío—. Conocí sus debilidades, las exploré y, por último, las volví en su contra. Cuando más me pegaba y me maltrataba, más le decía yo que le amaba. Me tenía que ganar su confianza, antes de actuar. Necesitaba un poco más de libertad. Y la conseguí así. Su debilidad era yo, y en cuanto comprendí aquello, recuperé el control. Le dije que me haría mucha ilusión tener una planta que cuidar y que mimar. Mentí diciéndole que tú eras alérgico y que nunca pude tener una contigo. Eso le entusiasmó, porque era una novedad. Algo que yo haría con él y solamente con él. Así que me concedió el primer capricho: salimos de casa por primera vez en dos meses y compramos una planta.

—¿Y cómo es que conseguiste dejar las drogas sin que se diera cuenta?

—Como he dicho, me gané su confianza. Yo misma pedía la droga, arguyendo que estaba demasiado enganchada como para sobrevivir sin ella. Fingía darle un sorbo, así él dejaba de observarme y se iba a recoger el desastre

del sótano antes de que lo viera el servicio. Pese a su locura, era un tipo organizado. No le gustaban los cabos sueltos ni despertar sospechas. Yo aprovechaba ese rato a solas para deshacerme de la bebida. Cuando volvía, fingía estar colocada, profundamente dormida. Nunca sospechó de mí, porque le di lo que él necesitaba: mi engañoso amor. Lo veneraba, le decía que me había salvado y que le estaría por siempre agradecida. Me coloqué una máscara e interpreté un papel. Cuanto más le decía que le amaba, mayor se volvía mi repugnancia hacia todo lo que él significaba.

—¿Por qué una pistola? ¿De dónde la sacaste? Te habría sido más fácil inducirle una sobredosis.

—Con una sobredosis mueres y no te enteras de nada. No se merecía eso. Se merecía sentirlo. Sentir en su propia piel lo que se siente al saber que lo has perdido todo...

—¿Pero cómo lo hiciste?

—Una vez te hablé de los *intocables*. Te dije que llevan cientos de años en la sombra, gobernando este país. ¿Sabes por qué?

—¿Los escándalos apenas os tocan? —me propone con cierto sarcasmo.

Agito la cabeza en señal de negación.

—Porque nos protegemos los unos a los otros, Black. Y yo tenía un *intocable* muy cerca de mí. Alguien que una vez me dijo: *nadie salvo tú puedes salvarte, Adeline*.

—¡Darrow! —exclama Black al pillarlo.

Asiento con una sonrisa.

—Darrow. No hay nada que Darrow no pueda conseguirte, ¿verdad? Da igual que sea un kilo de coca, una bolsa de éxtasis o una pistola sacada del mercado negro. Pide y se te dará. Y eso es lo que hice yo. Pedí. Estudié mis opciones y llegué a la conclusión de que Darrow era el único con posibilidades reales de cruzar ese umbral, aparte del servicio. Y ellos no iban a ayudarme. Temían a Hunter. Además, yo no era nadie para ellos. Una desconocida, nada más. Pero Darrow, mi Darrow, el mejor amigo de Chris... No iba a dejarme morir en ese oscuro sótano, ¿verdad? No, porque había un fuerte vínculo que nos ataba. Así que persuadí a Hunter para que le pidiera las drogas a Darrow, lo cual hizo que él tuviera que venir a Texas muy a menudo. Tuve que esperar meses hasta que se dio la ocasión de quedar a solas. Se había acabado el *bourbon*, otra de las debilidades de Hunt, y como no había nadie en la casa, porque daba la noche libre al servicio cuando venía Darrow, bajó a la bodega a por otra botella. Solo conté con dos minutos. Fueron suficientes.

—¿Cómo consiguió darte la pistola?

—El baño de la planta baja. La siguiente vez que vino Darrow, pidió ir al baño. Vacío la cisterna de agua y la guardó ahí. No fue tan complicado.

—Así que... ¿cogiste la pistola, subiste y le mataste?

—Sí. Esa misma tarde. Y déjame decirte que sentí placer al hacerlo.

—¿Pero cómo cojones...?

—Ah, sí, la puntería mala. Me temo que te engañé ese día. Te hice ver, una vez más, lo que yo quería que vieres. Verás, Black, lo cierto es que mi puntería es exquisita. Tenemos una finca en Colorado. Perteneció al abuelo, y ahora la gestiona mi padre. Pasé ahí todos los veranos de mi infancia, corriendo por el bosque y practicando el tiro al plato. Yo era la favorita del viejo Joseph Carrington, sobre todo porque disparaba mejor que él, a diferencia del pobre Chris, que solo rozaba las ventanas de la casa o a los gatos de los vecinos.

Robert alarga el brazo y me eleva el mentón. Sus ojos son tristes, relucientes.

—¿Por qué no me dijiste la verdad? ¿Por qué no confiaste en mí?

Bajo la mirada y cabeceo.

—Necesitaba que tú creyeras en mí. Para poder conseguir que los demás lo hicieran también, antes tenías que estar plenamente convencido de mi inocencia. Tuve que engañarte. Lo que hice después de apretar ese gatillo fue colocarme una máscara, una máscara que no me quité ni siquiera delante de ti. Me convertí en una actriz que estaba interpretando su papel a la perfección. Di a mi público lo que quería ver, y conseguí una obra maestra.

Black suelta un juramento entre dientes y me mira a la cara con gesto feroz.

—¿Y me has hecho venir hasta aquí para contarme todo eso? ¿Para aliviar tu corrompida alma?

Recupero la tranquilidad, me coloco la máscara una vez más. Es lo normal en estas situaciones.

—No. En realidad, te he hecho venir hasta aquí porque necesitaba recuperar la pistola antes de que alguien la encontrara. El cuadro de la chimenea...

—Pongo los ojos en blanco—. Ese repugnante cuadro debe de ser la obra más narcisista que he visto jamás. Pero algo bueno sí tiene: un perfecto doble fondo. Ahí es dónde guardé la pistola y los guantes. No pasa nada, usé una bolsa de plástico. No dejé residuos.

—Oh, me dejas mucho más tranquilo. —Se echa el pelo hacia atrás con las dos manos, y vuelve a jurar—. No me puedo creer que estemos manteniendo esta conversación. Es surrealista.

—Robert, yo...

—¡Me miraste a los ojos y me dijiste que tú no le mataste! —me recrimina, buscando mi mirada con expresión ansiosa. A lo mejor, herida.

Levanto la cabeza y le sonrío con toda la ternura de la que soy capaz.

—Erróneo. Te miré a los ojos y te dije que yo no mataría a ninguna persona. Nunca mencioné nada acerca de matar a un monstruo.

—Entiendo. La verdad es relativa, ¿no? Todo depende de quién y *cómo* la cuenta. —Se toma todo un minuto, antes de proseguir—. Supongo que la prueba que dejaste en la cocina...

—Un desliz. Eso no fue planeado. No todo se puede prever en la vida. Por desgracia, siempre hay una carta endeble dentro de un castillo de naipes. Esa fue la mía. Casi lo echa todo a perder. Gracias a Dios, me tocó el detective Rodríguez. Le reconocí de inmediato. Está un poco más viejo y bastante más gruñón, pero no ha cambiado demasiado. Una vez me recogió de la calle, estando yo borracha, (y menor de edad, por cierto), y, no sé cómo, acabamos besándonos. Nunca olvido los rostros de los hombres que me besan, Black, así que en cuanto vi a Rodríguez, supe que podía sacar provecho de ello, de un modo y otro. Y fue exactamente lo que hice. Por supuesto, no le habría destrozado la carrera jamás. De haber hecho que le despidieran por haber, supuestamente, colocado pruebas falsas, le habría pedido a mi padre que le enchufara en alguna parte, alguna embajada de algún lejano país. A fin de cuentas, Rodríguez no era más que una víctima colateral. No iba a dejar que pagara por mi propia estupidez.

—Vaya. Siempre tan noble, ¿verdad, Adeline?

Su tono es sarcástico, seco. Espero que a diga algo más, a que se pronuncie de alguna forma, pero él calla. Al ver que no tiene pensado mover ficha, coloco una mano encima de la suya, para arrancarle de su abatimiento.

—Estás, ¿qué? ¿Pasmado? ¿Decepcionado? ¿Horrorizado? ¿Qué sientes, Black?

Necesita varios momentos para abrir la boca y contestar a eso.

—Nada, en realidad. No siento nada. Supongo que lo sé desde hace días, solo que no quise aceptarlo. Lo supe en cuanto le dijiste a tu padre que no cargara contra Rodríguez.

—Oh.

Interviene otro prolongado momento de silencio.

—Ni siquiera tienes fobia a las agujas, ¿a que no? —pregunta abruptamente.

Me muerdo el labio para refrenar una sonrisa. Es un momento pésimo para mostrar señales de diversión.

—En absoluto. Es que no podía hacer la prueba de sangre. Como he dicho, llevo meses limpia, y necesitaba dar positivo en drogas. Era mi coartada. No podía fastidiarla.

—¿Y de dónde diablos sacaste la orina? No era tuya, ¿verdad?

—¿Recuerdas mi diario?

—Como para olvidarlo... —refunfuña disgustado.

—¿Recuerdas que cogí el bote que me ofrecieron y dije que estúpidamente preferiría uno de tapa azul?

Robert echa la cabeza hacia atrás y suelta una risa incrédula.

—Tenías uno de tapa azul preparado en el baño —afirma, irritado consigo mismo por no haberlo pillado antes.

—Tenía uno de tapa azul aguardando en el armario del baño, en efecto. Así que cogí el bote y simplemente di el cambiazo. La orina no era mía, por supuesto. Era de Darrow.

Su silencio se vuelve devastador. No sé qué es lo que piensa, qué cree sobre mí, y eso me está matando. Necesito que hable, que se pronuncie, que sentencie algo. Cualquier cosa que diga me parecerá mejor que este insufrible silencio.

—Todo esto es culpa mía... —murmura de pronto, y aunque se esfuerza por ocultarlo, percibo lo devastadora que es su tristeza.

Vale, de acuerdo, retiro lo que acabo de decir. Prefiero mil veces el silencio a ver cómo se vuelve a culpar a sí mismo por algo que no hizo. Su culpa es mucho más difícil de sobrellevar. Intentando buscar algo que decirle, desplazo la mirada hacia su querido rostro, torcido en una mueca de dolor.

—¿Culpa tuya? ¿Qué diablos estás diciendo? Esto es solo culpa mía. ¿No te das cuenta de que he formado parte de un retorcido plan desde el principio? En cuanto me vio, Hunter se fijó en mí. Jugó conmigo, me manipuló según su antojo, pero no me di cuenta de ello.

Su cara tiembla de confusión cuando alza los ojos para escrutar mi expresión.

—¿A qué te refieres?

—Yo era lo que él quería desde el principio, porque encajaba en el tipo de chica jodida que tanto perseguía. Solo había un obstáculo interponiéndose entre él y yo: el enfermizo amor que yo te procesaba a ti. Piénsalo, Black, ¿quién me habló sobre el *Madness*, para empezar?

—¡Hijo de puta! —gruñe, apretando los puños con tanta ira que los nudillos se le vuelven blancos.

—Yo acabé en el *Madness* porque él quería que acabara ahí. Yo era débil, pero Hunter pretendía debilitarme aún más. Y contigo fuera del mapa, iba a

conseguirlo. Por lo que me tendió una trampa, de la que él mismo me rescató después. Yo necesitaba un héroe en el que creer, así que él interpretó ese papel por mí. Así fue cómo se ganó mi confianza. Pero nuestro bebé echó por los suelos sus planes. Yo regresé a ti, y él tuvo que retroceder.

—¡Voy a matarle! —ruge, colérico.

—Eso ya lo he hecho yo, cielo. Relájate —me río—. El caso es que después de perder el bebé —continúo, recuperando la seriedad, puesto que Black me mira como si quisiera estrangularme—, y ya no me quedó nada más que dolor, regresó. Me ayudó y me apoyó durante meses, hasta que confíe plenamente en él. La clave de esto siempre ha sido la confianza. Confianza que yo volví en su contra. Lo maté, Black. Esa es la terrible verdad. Le metí una bala en el pecho, no solo por lo que me hizo a mí, sino por lo que les hizo a todas ellas. Y me gustó hacerlo. Eso es lo horrible de todo, que en ese momento me gustó. Me sentí bien. Sé que es aborrecible. Pero lo saboreé. ¡Lo hice!, y ahora me toca vivir con la culpa y toda esa sangre manchando mis manos. —Me quedo abstraída, abatida, casi viendo las puntas de mis dedos ensangrentadas—. La sangre nunca se irá, Robert, por mucho que me lave. Clamará justicia, y me atormentará por el resto de mi vida, pero tendré que aprender a aceptar lo que hice.

Robert coloca una mano encima de la mía y me da un suave apretón.

—¿Y vas a poder hacerlo?, ¿vivir con el peso de todo eso? ¿No te parece una carga demasiado grande para tus frágiles hombros?

«*Oh, si tú supieras, Black... Si supieras lo difícil que resulta mirarse a un espejo y ver a una asesina reflejada en él...*»

—Lo es, pero soy consciente de que, de no haberle matado yo a él, me habría matado él a mí, y luego se habría buscado a otra chica patética y jodida como yo, a la que le habría hecho exactamente lo mismo. Durante un tiempo, intenté salvarle. Perdonarle la vida. Pero no habría sido lo correcto, ¿verdad? No, claro que no. Así que lo maté porque alguien tenía que hacerlo. Y porque todo se resumía a una sola elección. Él o yo. Y fui lo bastante egoísta como para elegirme a mí. Nunca he sido un mártir, me temo. No iba a empezar ahora.

—Podías haber acudido a la policía.

Suelto una risa de helada.

—¿Y cargar contra una figura nacional sin contar con ninguna prueba en su contra? Habrían sacado mi historial: una chica loca, con adicción a las drogas. Dime, ¿quién habría ganado la partida?

No le hace falta pensárselo, así que me contesta de inmediato, con absoluta

convicción.

—Él.

—Él —corroboro, moviendo la cabeza para dar más peso a mis palabras—. Yo habría sobrevivido, probablemente. Pero él estaría ahora en libertad, buscándose a otra chica para ocupar mi lugar en esa jodida cruz. No podía permitirlo.

Se hace el silencio. Creo que ya hemos dicho todo lo que había que decirse. Ahora toca tomar una decisión. Miro a Robert, esperando a que diga algo. Pero él no dice nada.

—Robert...

—¿Mmmm? —murmura ausente.

—Di algo...

Levanta la mirada hacia la mía. Me estremezco involuntariamente al ver ese vacío en sus ojos.

—Tengo mucho que asimilar, Adeline. No puedo decir nada ahora.

—Lo sé. Ahora lo sabes todo. Todo lo que intentaba ocultarte. Ahora conoces la razón por la que no te dije que sí cuando me preguntaste si quería casarme contigo. Era por esto. No porque no te quisiera o porque aún seguía pensando en él. Dios, me moría de ganas por gritarte que sí, que nada me haría más feliz que casarme contigo, pero no podía atarte a una persona tan despreciable como yo; una vil criminal. No habría sido justo.

Su cara es cruzada por un rictus de ira.

—¿Y alguna vez vas a dejar que decida yo lo que quiero, o vas a decirlo todo por mí?

—¡Pues decídelo ahora, joder! —me enervo—. Mírame a los ojos y contesta a esto: ¿sigues viendo en mí a una chica que necesita que la salven?

Black se lo piensa por un momento y después agita la cabeza con pesadumbre.

—No. Esa chica ha muerto. Ese brillo inocente y travieso que tanto adoraba yo, ya no ilumina tu mirada, Adeline.

Eso me duele de modos inimaginables.

—Entonces, ¿qué ves, letrado? —digo con la voz cargada de emoción.

Tengo muchísimas ganas de llorar. Sé que soy despreciable y abominable, y una criminal, pero le amo más que a nada en el mundo. ¿Acaso los villanos como yo no se merecen una segunda oportunidad? ¿No se merecen ellos también ser amados? Ansiosamente, busco esas respuestas en la mirada de Robert, y comprendo que no, que no se merecen nada de eso. Solo se merecen pudrirse en

el Infierno. Y al comprender todo eso, es cuando dejo escapar un sollozo.

—¡CONTÉSTAME! —rujo, furiosa al ver que estoy viniéndome abajo; furiosa al ver cómo me destruye con un simple silencio.

—Veo a una chica que se las puede apañar por sí sola —responde, con glacial tranquilidad.

Bajo la mirada al suelo y asiento mientras intento sorberme las lágrimas.

—Oh.

Él no dice nada más, ni yo tampoco. Otra vez nos anegamos en la quietud. Hasta que yo levanto la cabeza y le suelto en un impulso:

—Si eso es lo único que ves, lo más sensato sería que te apartaras de mí. Al fin y al cabo, soy una asesina. Da igual el porqué del asunto. Disparé esa bala. Ningún crimen tiene justificación, y desde luego que no intento buscar una.

Black frunce el ceño como si lo estuviera sopesando.

—Mmmm. Llevas toda la razón. Eres una criminal, Adeline. Y no hay nada en el mundo que justifique eso.

Oírlo en sus labios duele más que cualquier otra cosa, sobre todo porque es cierto. Eso es lo que soy: una criminal. Hasta ahora he encerrado esa palabra en un oculto cajón de mi mente, pero hoy ha escapado y se está reproduciendo una y otra vez, con enormes letras de sangre. Esa es la cruel verdad, y es una verdad inaguantable.

—Lo soy... —murmuro derrotada, apartando la mirada.

—Y, como muy bien has dicho, lo más sensato que puedo hacer es apartarme de ti.

Me mantengo igual de ausente, igual de vencida por mi propia monstruosidad. Resulta brutal el momento en el que comprendes que después de haber luchado contra un monstruo durante tantísimo tiempo, te has convertido precisamente en alguien tan aborrecible como él. ¿Cómo voy a vivir con esto por el resto de mis días?

—Sí... —coincido, incapaz de abandonar mi ensimismamiento.

—Muy bien. Entonces, baja de mi coche.

Salgo del trance y muevo la mirada hacia él. Parece estar hablando en serio.

—¿Qué? —musito aterrada.

—Que bajes de mi coche, Adeline.

Miro esos ojos azules, veo el vacío en ellos, y lo comprendo. Él ya no me ama. Porque yo no soy más que una criminal. Una despreciable villana que no merece ser amada.

—Entiendo —susurro, pasándome la lengua por los labios resecos.

No hay nada más que contarnos, así que alargo el brazo y abro la puerta. El calor del exterior me pega en toda la cara, aturdiéndome. Me bajo con toda la dignidad de la que soy capaz y me tomo un momento, ahí, paralizada, intentando reunir las fuerzas que necesito para seguir adelante. Nunca me han gustado las despedidas. Significan no volver a ver a las personas a las que más amas. Pero a veces las despedidas son inevitables.

—Adiós, Black —le digo, sin girarme hacia él. No puedo mirarle a la cara ahora. No sabiendo que es el fin de todo.

—Adiós, Adeline —susurra al cabo de unos momentos.

Dejo caer la puerta a mis espaldas y me aparto del coche, encogiéndome al escuchar cómo lo pone en marcha. En fin, esto es lo que hay. No puede amarme siendo una asesina, y yo no puedo obligarle a que lo haga, por lo que debo dejarle ir. Otro sueño que muere instantes antes de cobrar vida. Debería estar más que acostumbrada a esto, pero no es así. Aún duele cerrar capítulos.

Cojo aire en los pulmones y aguardo unos momentos, antes de volver la mirada hacia atrás, por encima del hombro. Lo único que queda a mis espaldas es una enorme nube de polvo. Porque yo no tengo nada. Nunca lo he tenido. No ha sido más que una ilusión. Simple ceniza que ahora se desintegra entre mis dedos.

Hago un mohín de disgusto y me alejo en dirección contraria, carretera abajo. Al cabo de unos segundos, me pongo las gafas de sol. Aun así, cuesta mucho mantener los ojos abiertos y enfrentarse a toda esta luminosidad. ¡Qué día más espantoso! Debemos de estar por encima de los 40 grados, porque estos rayos queman más que el Infierno. Ni siquiera se puede respirar, tan árido y caliente resulta el aire. Me va a dar un golpe de calor, lo veo venir. En la media hora que Black y yo hemos estado en esta carretera, no he visto pasar ni un condenado coche. ¿Cómo voy a hacer autostop?

¡Maldito Robert Black y su estúpido sentido de la justicia! ¿Y qué si apreté el dichoso gatillo? Sigo siendo esa chica con la que cruzó una mirada en una fiesta cualquiera; esa chica rota que lo único que necesita es un poco de amor. Pero él no está dispuesto a dármelo, ¿verdad? No, claro que no. Porque él es bueno, y noble, y no se junta con chusma como yo. ¡Que le zurzan!

Enervada, le doy un golpe a una piedra. ¡Puñetero sol! Miro hacia atrás otra vez, hacia esa nube de polvo que empieza a disolverse. Cuando comprendo que el amor de mi vida se ha ido de verdad y que yo no he podido hacer nada para impedirselo, suelto un interminable suspiro. Supongo que me lo tengo merecido.

Con aire derrotado, retiro el móvil del bolsillo de los vaqueros, me coloco los

dos cascos y busco una de mis canciones favoritas: *Piece of my heart*. Arrastrando los pies por el ardiente asfalto, me encamino hacia ninguna parte, con el sol golpeándome fuerte en la cabeza. No tengo ningún rumbo, solo coloco un pie delante del otro, como lo que siempre he sido: un estúpido ratón, atrapado en un estúpido círculo cerrado. Corro, y corro, y corro. ¿Por qué nunca consigo alejarme?

Empeñada en no reflexionar más acerca de este asunto, elevo el volumen un poco más y empiezo a cantar por lo bajo, para distraerme de mis filosóficos pensamientos.

—*Vamos, toma otro pedazo de mi corazón...*

A medida que avanza la canción, mi cabreo va en aumento. ¿Cómo ha podido abandonarme aquí como a un perro? ¡Estoy en la puñetera mitad de la nada! No veo más que asfalto achicharrante y campos amarillentos. Al menos podía haberme llevado hasta el pueblo más cercano, ¿no? Aunque, por el otro lado, ¿qué puedes esperar de un hombre cuyo libro favorito se llama *Crimen y Castigo*?

Epílogo

Siete años más tarde, ciudad de Nueva York, Nueva York

—Mamá. ¡Mamá!

Distraída, bajo la mirada hacia el niño que tira del dobladillo de mi falda roja de tubo.

—¿Sí?

—¿Qué está haciendo papá ahí?

Sonriendo, vuelvo la mirada al frente y contemplo a ese hermoso desconocido de ojos azules que, sentado detrás de una mesa, con su elegante traje gris y su cabello despeinado, ordena unos papeles. Lo observo por unos segundos, me fijo en el aplomo con el que se mueve, en la seguridad que destila, y luego vuelvo a bajar la mirada hacia mi hijo.

—Tu padre es un héroe, Robert. Desde esa mesa está ayudando a los inocentes.

—Ah.

No me da tiempo de decir nada más, la jueza entra en la sala y me veo obligada a tomar asiento. Mi hijo, en absoluto pendiente de lo que sucede a su alrededor, se sienta en el suelo y empieza a jugar con su trenecito. Miro disimuladamente mi reloj. Mi cliente llega tarde otra vez. Este hombre nunca aprenderá. No estoy pendiente de lo que hablan ahí en el estrado, solo levanto la mirada cuando escucho esa intimidante voz diciendo:

—Robert Black por la Fiscalía.

Sonrío, sin poder evitarlo, y lo miro encandilada. Su sueño se ha hecho realidad por fin. Ya no defiende a culpables. Ahora juega para los tipos buenos.

El pequeño Robert pierde el interés por su juguete al cabo de unos minutos, y entonces vuelve a tirar del dobladillo de mi falda.

—Mami...

Lo miro con una sonrisa que no puedo reprimir. No se puede estar quieto por más de cinco minutos. Siempre tiene una pregunta que hacer, algo que necesita

averiguar. Me recuerda a Chris en ese aspecto, eternamente ávido de información.

—¿Sí, Robert?

—¿Tú también ayudas a los inocentes?

Frunzo el ceño. ¿Cómo decirle a mi hijo de seis años de edad que yo no hago nada de eso?, ¿que yo opino que los culpables también se merecen una defensa justa?, ¿que hay crímenes que, a lo mejor, no requieren un castigo legal, sino uno moral, uno muy por encima de las leyes de los hombres?

No puedo decirle nada de eso. No pretendo inculcarle mis valores. No quiero que sea un villano como yo. No. El pequeño Robert Black será un héroe, bueno y noble, tal y como lo es su padre. Crecerá, y será fuerte, y justo, y altruista. En nada se parecerá a mí. Así que le sonrío y hago lo que cualquier madre haría en estas circunstancias: mentirle.

—Sí, mi pequeño saltamontes. Tu madre también defiende a los inocentes.

Junto en ese momento, mi cliente franquea la puerta. Irritada por su falta de puntualidad, me acerco al oído de Robert y le susurro:

—Aunque tu tío Nate no es ningún inocente...

El mayor de los Black viene hacia nosotros, revuelve los cabellos de Robert y besa mi mejilla, antes de dejarse caer a mi lado.

—*Hello*, angelito.

—Llegas tarde —gruño—. La jueza está que trina.

Nate se inclina hacia mi oído.

—¿Nos ha tocado Andy?

—Sí, Andy Wood.

—¡Bah! Ya me conoce. Nunca soy puntual.

—Volverá a llamar nuestro caso después del de tu hermano, como un favor personal. Tienes suerte de que juegue al golf con ella. ¡Que sea la última vez que me dejas en ridículo!

—¡Oh, vamos! ¿Por qué estás tan de malas pulgas hoy?

—Porque es jueves y eso me pone de mal humor. ¡Y porque odio el puñetero golf!

Nate me contempla con su seductora sonrisa de chico malo. No hay quién se resista a eso.

—Entonces, no juegues, Adeline.

—Soy una señora de la alta sociedad. ¡Pues claro que tengo que jugar! La imagen lo es todo, Black.

—Vaya por Dios. Quién te ha visto y quién te ve ahora. ¿Qué tal lo está

haciendo el benjamín? —pregunta, volviendo la mirada hacia mi apuesto marido, que pelea por aquello en lo que cree: la justicia.

—De perlas. Ganará.

—Siempre gana.

—Eso también es cierto. Me enerva que la gente sea tan guapa y triunfadora como él.

Nate se ríe.

—¡Y a mí! Y tú, Robert, ¿qué opinas?, ¿ganará tu padre?

Robert se encoge de hombros con ese desdén típico en la familia Black.

—Mami dice que siempre gana...

Y vuelve a empujar su trenecito. Nathaniel ríe de nuevo.

—¡Es más adorable!

—¿Cómo está Catherine?

—Embarasadísima y de muy mal humor. Pero se le pasará en cuanto nazca la niña. Siempre se le pasa.

Le sonrío a Nate, y no me da tiempo de preguntar nada más, porque el alguacil llama nuestro caso. Mi cuñado está acusado de agredir a un *paparazzi*. Le caerá una buena multa hoy. De hecho, tan grande es esta vez que Nate se queda boquiabierto.

—¡Señoría, la víctima soy yo! —protesta indignado—. ¡Su coche impactó contra mi puño! Mire mis nudillos. Dentro de una semana empiezo a grabar la primera parte de *Broadway*. Exijo daños y perjuicios. Esta lesión supone un contratiempo para mi papel en la saga. ¿Dónde ha visto usted a un actor con los nudillos destrozados?

Andy, ya una vieja conocida de Nate, le lanza una mirada divertida por encima de las gafas.

—Le estoy viendo ahora mismo, señor Black. Haga el favor de abonar la multa si no quiere pasar un par de días en la cárcel. Estaré más que encantada de mandarle ahí. Se levanta la sesión.

—¡Pero señoría! ¡Andy!

Sus ojos azules siguen a la jueza de camino hacia la puerta.

—¡Qué cabrona! —exclama cuando ella cierra la puerta a sus espaldas.

—Oh, vamos, Black. Tampoco es para tanto. Paga la multa y ya está.

—No se trata de la multa, Adeline. Es que no tengo ganas de recibir un sermón en casa.

Suelto una carcajada. Catherine le tiene muy adiestrado.

—Lo siento. Se pondrá firme, ¿eh?

—¿Firme? ¡Se pondrá hecha un basilisco! En fin. Hemos hecho lo que se ha podido. Iré a comprarle bombones, a ver si así ruge menos. El chocolate aplaca a las bestias, ¿no?

—Bueno, inténtalo al menos —aconsejo entre risas.

—Sip. Eso pienso hacer. Gracias por todo.

Besa mi mejilla con aire apresurado y se va hacia la salida, despidiéndose con un guiño de su hermano y del pequeño Robert, quienes aguardan a que yo termine de recoger mis cosas.

Ya con el maletín en la mano, me encamino hacia ellos. No puedo evitar sonreír mientras me acerco. Son iguales. Mi hijo no se parece a mí en absoluto. Tiene los ojos azules de su padre, sus labios, su inteligencia y su rebeldía. Aunque es posible que eso último sea culpa mía...

—Has estado maravillosa ahí. —Robert me agarra por la cintura y me da un prolongado beso.

—Y tú también.

—¿Vamos a comer algo?

—¡Yo quiero una hamburguesa! —declara Robert, tirando de la chaqueta de su padre. No le gusta cuando nos estamos besuqueando y no le hacemos caso.

Robert se agacha y lo aúpa en brazos.

—Las espinacas que me las coma yo, ¿verdad?

—Las espinacas no me gustan.

Robert padre ríe.

—Pues ya somos dos, campeón. Pero tu madre, que es la mala de la historia, quiere que te las comas.

Le empujo con el hombro mientras caminamos hacia la puerta.

—¿Pues sabéis lo que os digo? Que habrá hamburguesas para todos. Mamá se siente generosa hoy.

El pequeño Robert no puede contener su entusiasmo. Mi marido me dedica una sonrisa de infarto. Llegamos al aparcamiento y, mientras yo coloco mis cosas en el maletín del coche, Robert se ocupa de instalar a nuestro hijo en su sillita.

Ocupamos nuestros asientos y yo arranco. Por fin tengo carné.

—Adeline...

—¿Qué?

—Ten cuidado con el coche. Es mi ojito derecho.

Hago una mueca. Y giro el volante con brusquedad, ya que, por distraerme, casi le hago un arañazo a la puerta lateral derecha. Ay, madre. Qué poco ha

faltado para rozar esa columna.

—¡No sé por qué tienen que poner tantas columnas! —refunfuño en voz baja.

—Mami...

Le lanzo una mirada a Robert por el espejo, pero una muy breve. El ojito derecho de mi marido corre serio peligro entre mis manos. ¿Cómo se le ocurre dejarme conducir este trasto? Este hombre es un inconsciente.

—¿Sí?

—¿Cuándo conoceré al bebé de la tía Catherine?

—Dentro de dos semanas. ¿Quieres tener tú una nueva amiguita, Robert?

—¡Quiero casarme con ella!

Robert y yo rompemos en carcajadas.

—Es hijo mío —me susurra con gesto cómplice—. Yo también me quería casar con su edad.

Cabeceo con reprobación. ¿Por qué será que eso no me sorprende?

—¿Y por qué no te casas con Cathy, Robert? —quiero saber.

Mi hijo se cruza de brazos. Es un niño enfurruñado a veces. Me pregunto a quién habrá salido.

—Cathy me pega siempre que quiero besarla. ¡Y es vieja!

Robert se ríe aún más alto.

—Sin duda, es hijo mío —asegura, de lo más divertido.

Riéndonos, salimos del aparcamiento y, una vez en el exterior, cojo una calle a mano derecha.

—Pondré la radio —anuncio.

Y eso hago mientras me centro en no destrozar el coche que mi inconsciente marido ha dejado en mis manos hoy.

Al cabo de unos minutos, empieza a sonar una canción que me encanta: *Happy Together*. Alargo la mano para elevar el volumen, al mismo tiempo que lo hace también Robert. Y entonces, nuestros dedos se rozan. Los dos nos tensamos cuando todas esas chispas estallan a nuestro alrededor. Las chispas... ¿Qué tendrán las chispas que me fascinan tanto?

Busco los ojos de Robert y él busca los míos. Le sonrío. Me sonrío. Nuestro hijo está jugando con su trenecillo como si fuese un avión. La ciudad de Nueva York nos contempla con estúpida indiferencia. ¿Qué sabe ella sobre nosotros tres? Nada. Para ella no somos más que una familia feliz de camino a un restaurante de comida rápida. Desconoce los oscuros secretos que se ocultan en nuestro pasado. Y es mejor así. Hay verdades que deberían permanecer por siempre enterradas en las tinieblas.

—Robert...

—¿Sí, preciosa mía?

Me tomo unos momentos antes de hablar. Imágenes de antaño regresan a mi mente y me abruman. Su voz aún resuena dentro de mi cabeza.

«Llevabas razón. Lo más sensato que puedo hacer es alejarme de ti. Pero yo nunca he sido un hombre sensato, Adeline. Es lo tercero que debes saber sobre mí».

—¿Por qué diste marcha atrás ese día? —digo por fin.

Robert baja la cabeza para ocultarme su sonrisilla. He necesitado siete largos años para plantearle esta pregunta, y parece que eso le divierte.

—¿Por qué di marcha atrás ese día...? —repite para sí. Eleva la mirada y clava toda la intensidad de ese azul en mis pupilas. Me encojo en mi asiento sin querer. Sus ojos son demasiado intensos, demasiado penetrantes, y me miran tal y como cada chica debería ser mirada—. Bien, supongo que lo hice porque mi amor por ti es insaciable.

—¿Papá, qué significa insaciable?

Los dos nos reímos cuando el pequeño Robert pone fin a la intensidad de nuestro momento. Robert traslada los ojos al espejo, para mirar a su hijo.

—Significa algo que no puede ser saciado nunca; algo que te gusta muchísimo.

Robert junior frunce el ceño, pensativo, adoptando la misma expresión que suele adoptar su padre cuando cavila acerca de algo muy importante.

—Entonces, ¡yo soy insaciable porque me gustan las hamburguesas! —declara con una sonrisa de complacencia.

—Así es, hijo.

—Y cuando no te gustan los pepinillos, ¿cómo se llama?

—Tiquismiquis —le contesta su padre, y yo sofoco una risa.

Los dos hombres de mi vida se echan a reír, y este es el momento en el que lo sé: no hay más monstruos, no hay más demonios, no hay más oscuridad. Solo estamos el desconocido de ojos azules y yo. Y, por supuesto, el pequeño tiquismiquis...

Agradecimientos

Escribir los agradecimientos es siempre la parte más complicada de una novela. No lo he hecho en mis últimos trabajos, la mayoría de las veces por despiste. Esta vez pienso incluirlos, porque necesito agradecer a unas cuantas personas todo el apoyo que me han brindado con esta obra, y no solamente.

Joana, por la corrección de todas mis novelas hasta la fecha. Han pasado casi dos años, y sigues aguantándome. ¡Millones de gracias, Joana!

Alexia, por todas mis portadas, estupendas, todas ellas.

Noelia, una ladrona de sonrisas que siempre ha estado a mi lado, desde Nathaniel Black, recomendando mis libros a sus amigos, haciéndome collage de fotos, organizando los sorteos, etc. Si no sois miembros de su grupo de Facebook (Ladrona de Sonrisas), no sabéis la diversión que os estáis perdiendo. Es un grupo activo y muy, muy divertido.

Cristi P. Blanco, millones de gracias por la reseña de la primera parte, por compartir conmigo las mejores frases de la trilogía y por ser tan, tan estupenda y hablar tan bien de mi trabajo.

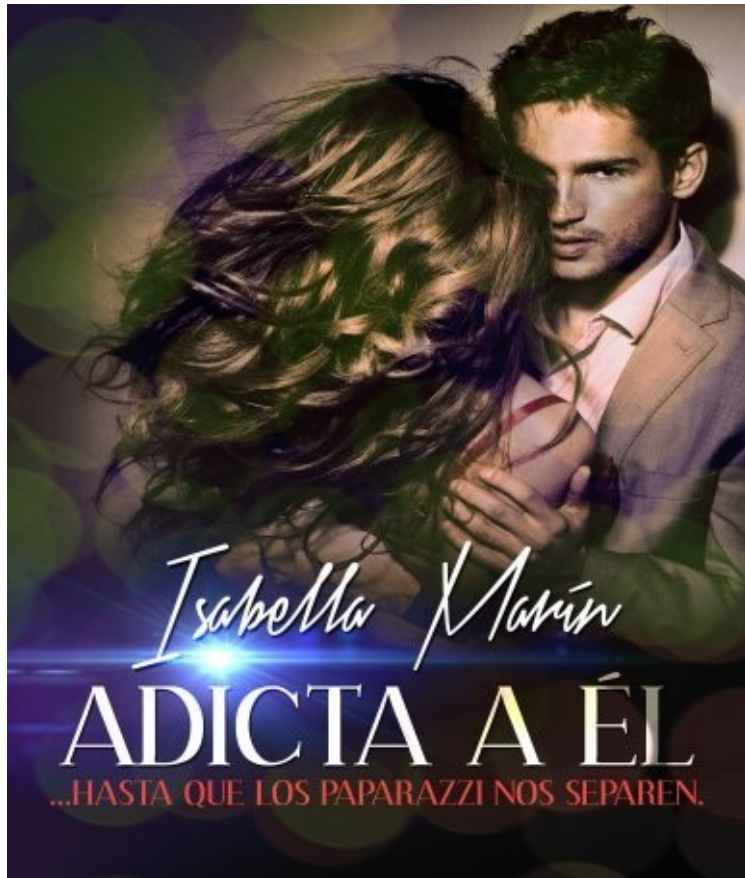
Mis primeras lectoras (no os voy a nombrar a todas porque saldrían otras 1000 páginas). Ocho libros, y todavía confiáis en mí. Nunca os lo podré agradecer lo bastante.

Y, para concluir, muchísimas gracias a ti, lector. Eres el que hace posible todo eso. Mis historias siguen creciendo, llegan cada vez a más personas, y es gracias a ti. Así que gracias por comentar, gracias por recomendar, gracias por leerme.

Como ya sabéis, esta trilogía parte de otra novela, una historia anterior al amor de Robert y Adeline. Si no la habéis leído, pero le habéis cogido cariño al chico malo de Hollywood, es muy posible que os interese. Se llama *Adicta a él* y es una bilogía. Eso sí, no esperéis un amor como el *Enseñame a Olvidarte*. En la familia Black, los amores suelen ser... desgarradores.

Novelas relacionadas

|



1